Publicaciones recientes

Álvaro Camacho Guizado (Editor)

Narcotráfico: Europa, Estados Unidos, América Latina.

Bogotá: Universidad de los Andes

Margarita Serje

El revés de la nación
Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie.

Bogotá: Universidad de los Andes

Libro ganador del Premio Anual de la Fundación Alejandro Ángel Escobar (2006)

Vicente Torres Mariño
Rémy Poignault (Compiladores)

La escritura del yo en la obra de Marguerite Yourcenar

Bogotá: Universidad de los Andes

Cristóbal Gnecco
Carl Langebaek (Editores)

Contra la tiranía tipológica en arqueología
Una visión desde Suramérica

Bogotá: Universidad de los Andes

El interés de Marguerite Yourcenar por la ecología alcanza perspectivas políticas e ideológicas de innegable actualidad. La defensa y protección de los animales y el medio ambiente constituyen, en efecto, para la escritora francesa, una actitud vital que la compromete en combates por el respeto hacia todas las formas de vida. En este sentido, sus novelas y ensayos, correspondencia y entrevistas, discursos y conferencias, dan testimonio de una transición de lo histórico a lo geológico y de lo estético a lo ético, hecho que expresa su postura crítica ante la creciente catástrofe ambiental. Yourcenar, contestataria, erige su voz contra las diferentes formas de la ciencia, la industria y el progreso que hacen de los animales y la naturaleza objetos de barbarie y consumo, denunciando así el sombrío porvenir que se cierne sobre la humanidad. Ante este estado de cosas, la autora cuestiona los valores y la responsabilidad de nuestras sociedades que, en su concepción actual, amenazan la supervivencia y dignidad de hombres y mujeres.

La presente obra reúne una selección de textos de la Académica -algunos inéditos- tomados del conjunto de su producción literaria. Las diferentes secciones son presentadas por especialistas de Canadá, Colombia, Chipre, Bélgica y Francia. Esta es la primera publicación sobre un tema esencial en la vida y obra de Marguerite Yourcenar, fuente inagotable de escritura y reflexión sobre el incierto destino de la humanidad que arrasa a su paso vertiginoso a todas las criaturas comprometidas en esta extraña "aventura de existir".

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
AMBASSADE DE FRANCE EN COLOMBIE

ISBN 978-958-695-300-9

Andrea Padilla Villarraga
Vicente Torres Mariño

Marguerite Yourcenar y la ecología

Marguerite Yourcenar y la ecología
un combate ideológico y político

Andrea Padilla - Vicente Torres
Compiladores

Uniandes - Ceso -
Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales

Andrea Padilla Villarraga

Psicóloga, Máster en criminología de la Universidad Católica de Lovaina. Profesora de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Miembro de la Asociación Defensora de Animales y del Ambiente (ADA) de Bogotá. Ganadora del Tercer Concurso Nacional de Traducción de Poesía Francesa de la Embajada de Francia en Colombia y de la Casa de Poesía Silva, 2005.

Vicente Torres Mariño

Ph.D. Profesor Asociado de la Universidad de los Andes, Presidente de la Asociación Colombiana de Estudios Yourcenarianos (ACEY). Autor de *El mundo según Marguerite Yourcenar* (Icono Editorial, 2006). Traductor del libro *La escritura del Yo en la obra de Marguerite Yourcenar* (2005) y director de la revista *Marguerite Yourcenar, peregrina y extranjera* (2003).

Marguerite Yourcenar y la ecología

un combate ideológico y político

Textos reunidos y traducidos por
Andrea Padilla y Vicente Torres

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de lenguajes y estudios socioculturales

Marguerite Yourcenar y la ecología : un combate ideológico y político / textos reunidos y traducidos por Andrea Padilla, Mauricio Roa y Vicente Torres . – Bogotá : Gallimard : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales, Ediciones Uniandes, 2007.

184 p. ; 17 x 24 cm.

ISBN: 978-958-695-300-9

1. Yourcenar, Marguerite, 1903-1987 2. Ecología en la literatura 3. Naturaleza en la literatura 4. Literatura francesa – Historia y crítica I. Yourcenar, Marguerite, 1903-1987 II. Padilla Villarraga, Andrea III. Roa, Mauricio IV. Torres Mariño, Vicente V. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales

CDD 843.912 SBUA

Primera edición: octubre de 2007

©Vicente Torres, Andrea Padilla y Mauricio Roa. Traductores compiladores.

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales y Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales - CESO
Carrera 1ª Nº 18ª-10 Edificio Franco P. 5
Teléfono: 3 394949 - 3 394999 Ext. 3330 - Directo 3 324519
Bogotá D.C., Colombia
http://faciso.uniandes.edu.co/ceso
ceso@uniandes.edu.co

Ediciones Uniandes
Carrera 1ª Nº 19-27 Edificio AU 6
Teléfono: 3 394949 - 3 394999 Ext. 2133 - Fax: Ext: 2158
Bogotá D.C., Colombia
http://ediciones.uniandes.edu.co
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-695-300-9

Diseño, diagramación e impresión:
Legis S.A.
Av. Calle 26 Nº 82-70
Bogotá, Colombia
Conmutador: (571) 4 255255

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o trasmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Editorial 1
Andrea Padilla Villarraga

Presentación 3
Vicente Torres Mariño

El hombre en el impase ecológico 9
Pierre-Yves Longaretti

La cosificación de los animales, ¿una consecuencia del humanismo metafísico? 27
Florence Burgat

Marguerite Yourcenar y la protección de la naturaleza: el combate de toda una vida 37
Michèle Goslar

Ensayos y meditaciones

Presentación de Rémy Poignault 49
Animales de hermosa piel 51
¿Quién puede saber si el alma del animal desciende bajo la tierra? 53
Esa siniestra facilidad para morir 59
Una civilización de compartimentos estancos 61
Anhelos 63
Odios 64
Proyectos 65
Pensamientos y preceptos 67

Discursos y conferencias

Presentación de May Chehab 69
Declaraciones y confidencias 72
Discurso de inauguración de la Fundación Marguerite Yourcenar 79
Preámbulo de Yvon Bernier a la alocución de Marguerite Yourcenar 81
... Si aún queremos intentar salvar la Tierra 83

Entrevistas

La fe y las raíces. Bérengère Deprez 89
Marguerite Yourcenar y el amor por la Tierra 92
Un escritor en su siglo 105

Una política para el mañana 111

Correspondencia

Elementos de ecología aplicada. Philippe Berthier 115

Cartas a sus amigos 119

Fragmentos

Vicente Torres Mariño 131

Apéndices

Serie de estampas para Ku-Ku-Hai 155

Tumba de Valentina 160

Cronología de Marguerite Yourcenar 165

Bibliografía 169

Reseña de autores y participantes 173

El éxtasis divino y la humana dicha no pueden prescindir de la apacible alegría de las humildes criaturas explotadas por el hombre y que comparten con él la aventura de existir.

Marguerite Yourcenar, *El Tiempo, gran escultor.*

Editorial

Andrea Padilla Villarraga

Desde la creación de la Asociación Colombiana de Estudios Yourcenarianos, filial de la Société Internationale d'Études Yourcenariennes, Colombia y Francia han dado curso a una nueva vía de integración literaria que se suma a los importantes acercamientos culturales entre ambos países. En efecto, el compromiso de la Embajada de Francia en la difusión de la obra de Marguerite Yourcenar en español ha permitido la creación de espacios permanentes de estudio e intercambio y del más importante centro de documentación que existe actualmente en América Latina consagrado a la obra de la primera mujer admitida en la Academia de Letras Francesas. Este esfuerzo, que ha servido de semillero para nuevas iniciativas de intercambio cultural, pero también político, social y humanístico, hoy se materializa una vez más, esta vez, en una obra que trasciende sus alcances literarios para inscribirse en la actualidad ambiental del planeta, a través del testimonio de un escritor en su siglo.

En el marco de este compromiso con la defensa y protección de la vida en general, que Yourcenar asumió desde su establecimiento en Estados Unidos, nos hemos entregado a la tarea de reunir y traducir una selección de textos de la escritora francesa, tomados de entrevistas, discursos, conferencias, correspondencia, ensayos, novelas y notas personales. Dar la palabra a Yourcenar sobre un tema que tanto la inquietó, llevándola a involucrarse con más de cuarenta asociaciones defensoras de derechos humanos, de animales y del medio ambiente, es dar la palabra a una escritora comprometida con el estado del mundo y con "este drama de la tierra, del aire y del agua" que jamás dudó en hacer extensivo a todos los seres vivos. En efecto, su ecología profunda le permitió comprender que la violencia ejercida contra los animales y la naturaleza es el inicio de la violencia ejercida contra la humanidad, y que la protección de unos y otros se inscribe en el mismo combate en favor de la bondad, la dignidad, la justicia y la libertad de cada cual. De allí que su obra aborde una diversidad de temas que se entremezclan, en los confines de lo literario y lo político, con la observancia siempre aguda de quien otorgó a su combate un carácter progresista, anticipando incluso algunos de los acontecimientos que hoy el mundo vive con asombro y perplejidad. Por ello, hemos querido hacer el retrato de una voz ecológica, cuya palabra literaria

reviste plena actualidad en el conjunto de las acciones emprendidas por Francia y Colombia para hacer frente a la crisis ecológica actual.

Agradecemos a Gallimard y Alfaguara, casas editoras de Yourcenar en francés y en español, respectivamente, por cedernos los derechos de traducción y publicación de los textos escogidos. Así mismo, a Yannick Guillou y Luc Brossolet, ejecutores literarios de la autora; a Yvon Bernier, figura tutelar en la difusión de la obra de Yourcenar en Colombia, a la Société Internationale d'Études Yourcenariennes (SIEY) y al Centre International de Documentation Marguerite Yourcenar (CIDMY), por su generosidad, asesoría y disposición. Agradecemos igualmente a Josiane Cueff, Agregada Cultural de la Embajada de Francia en Colombia, y a María Mercedes Gómez, directora del Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales de la Universidad de los Andes, por creer en este proyecto y apostarle a su publicación y difusión en Colombia y en otros países de habla hispana. Finalmente, agradecemos a Philippe Berthier, Florence Burgat, Pierre-Yves Longaretti y Rémy Poignault (Francia), a Bérengère Deprez y Michèle Goslar (Bélgica), a May Chehab (Chipre) y a Vicente Torres (Colombia), quienes con su visión y conocimiento sobre la obra de Marguerite Yourcenar y la situación actual de los animales y el medio ambiente en el mundo, le imprimieron al libro un matiz crítico, rico y diverso a través de sus contribuciones.

Esperamos que el libro que el lector tiene en sus manos contribuya a replantear su responsabilidad ante el estado del mundo, a cambiar su mirada y asumir las cosas simples, en aras de mejorar la situación de los hombres, los animales y la Tierra, a través de una renovación del pacto con la vida y lo sagrado.

Presentación

Vicente Torres Mariño

La admonición del estrecho humanismo cartesiano, "Pienso, luego existo", aparece como uno de los momentos cruciales de la ruptura entre el hombre y la naturaleza, ya que excluye del paisaje del mundo a todos los seres vivos que no están dotados de pensamiento. Por otra parte, a través de la dicotomía que implanta el célebre *cogito* del filósofo francés, entre el cuerpo y el espíritu, el instinto y la libertad, la naturaleza y la cultura, se convierte al hombre en amo irrefutable del universo. Se inicia así, en el siglo XVII, una era de modernidad tecnocientífica en la que los animales serían víctimas de explotación, maltrato y aniquilamiento. La ciencia y la industria se vuelcan entonces sobre ellos, y en nombre del "progreso" se han desarrollado prácticas que hoy alcanzan su paroxismo, en las que la innata y humana crueldad ha encontrado la justificación para ejercer su acción: caza, vivisecciones en escuelas y laboratorios, extracción de pieles, crianzas en cautiverio en las que el animal ha perdido el contacto con el suelo, prisiones erigidas en aras de la diversión a menudo infantil (zoológicos y circos), escenarios de muerte (corridas de toros y combates de animales), y más cerca en el tiempo, los últimos ídolos de la ciencia, la clonación y los xenotrasplantes.

Pero el mal viene aún de más lejos: el humanismo en su versión religiosa declara al hombre amo y señor de la naturaleza. Gran parte de la sangre que corre en la Biblia es de origen animal, derramada en el curso de sacrificios que paradójicamente se convierten en ofrendas que buscan reparaciones o a través de las cuales se esperan dones. De tal manera, la ciencia y la religión, en nombre del bien y la necesidad, se convierten en los grandes artífices del dolor y la muerte animal.

Pero no siempre fue así. Ya en la Antigüedad, Plutarco se rehusaba a limitar la noción de *filantropía* solamente al género humano; más tarde, en el Renacimiento, Bruno y Montaigne vuelven sobre este postulado, en su afán de reconciliar al hombre con el mundo. En este período de la historia, la ciencia, la filosofía, las artes y la naturaleza están íntimamente ligadas. El pintor alemán Durero, por ejemplo, se place en llevar a los animales al lienzo con un esplendor y generosidad inigualables: ¿Quién puede olvidar, en *El caballero y la muerte*, la tristeza del caballo que porta al jinete cuando éste encuentra la muerte y el destino

humano y animal se hallan de tal manera sellados bajo la misma experiencia del dolor y lo ineluctable? Por ello es pertinente establecer la diferencia entre el humanismo filantrópico del Renacimiento, que no sobreviviría, y el humanismo cartesiano que aún se despliega a nuestro alrededor. En efecto, la tesis cartesiana de los animales-máquinas es más que nunca visible en las sociedades actuales que infligen a los animales los peores tratos —verdaderos instrumentos y materias primas del provecho humano—, en pos de la eficacia y el rendimiento. Los "sofisticados" galpones de gallinas ponedoras en serie, en los que la luz eléctrica ha desplazado al sol; el aborto de corderos karakules, en Uzbekistán, provocado para obtener una mejor piel y en el que la madre muere muy a menudo, o el exterminio sistemático de animales de compañía, entre otras prácticas, tienen el mismo rostro, el de la ontología dualista.

Cumple aquí un papel importante la ética, rasgo propio del género humano, forma colectiva de la moral individual, escogencia libre de la conciencia: ella permite al individuo discernir lo que se encamina hacia el beneficio común de lo que se orienta hacia la destrucción, y es esta distinción la que suscita en él la conciencia de un deber y la necesidad de asumir un comportamiento dictado por su responsabilidad ante el mundo. Nuestra relación actual con la extensión terrestre —el ecúmeno— concierne, claro está, lo estético, lo económico, lo político, pero la naturaleza de esta relación es profundamente ética. Ya no se trata de redefinir nuestra relación con lo humano en una postmodernidad que acuñó toda una serie de expresiones —la "alteridad", la "aceptación del otro", la "tolerancia"— que no han hecho más que avivar el rencor y el odio y cuyos frutos sombríos los encontramos a la vuelta de la esquina y cotidianamente en unos medios de comunicación que han teatralizado el horror. Tal vez ese Otro sea "yo", y quien dice "yo", dice avidez y devastación.

El estruendoso fracaso de la globalización, cuyos estragos en las sociedades y la naturaleza son incalculables —dislocación de las culturas e identidades locales, concentración del capital en unas pocas manos, empobrecimiento del campo bajo todas sus formas—, es un capítulo más del fracaso de la azarosa empresa humana. Debemos ahora intentar actuar de otra manera respecto a la Tierra misma: se requieren cambios drásticos en el comportamiento humano que susciten nuevas orientaciones en el curso de nuestras civilizaciones; dicho de otra manera, se trata de replantear la modernidad, ya que ella es particularmente responsable del desequilibrio en todos los niveles, comprendido el ecológico. Ésta es la gran preocupación que habitó a la primera mujer que ingresó en el seno de la Academia de Letras Francesas.

La obra de Marguerite Yourcenar se perfila en el tiempo como un gran tríptico: ante todo, su gran pasión por la Grecia humanística, de la que extrajo gran parte de las herramientas hermenéuticas para construir su obra, y que van del

logos al mito; luego, el creciente interés por el Oriente y sus corrientes místicas, dentro de las cuales se destaca en primer lugar el budismo zen, y la naturaleza —el "orden de las cosas", como la llamaba la autora—, que tras la Segunda Guerra Mundial se convierte bajo su pluma en objeto de reflexión constante. Siguiendo el delineamiento del humanismo renacentista, Yourcenar asocia el destino humano al destino animal, tal vez desde su visión unitiva heredada de los presocráticos o la compasión de la inteligencia propia del budismo. ¿No soñaba acaso con escribir, hacia el final de su vida, una obra que se llamaría *Paisaje con animales*, que trataría del animal en la historia y en la que la presencia del hombre sería apenas visible? Consciente de que la modernidad ha hecho del progreso un dogma, Yourcenar no cesa de anunciar, al igual que Casandra, que "la destrucción de la naturaleza justifica la del hombre" y que, en consecuencia, la protección de la naturaleza es, en el fondo, el mismo combate por la protección del hombre. Por ello, los animales adquieren en su obra un estatus sagrado —les concede el alma que les retira a los humanos—, como lo prueba la siguiente declaración de 1978: "En el fondo, soy la sirvienta de las aves. Siempre he pensado que existe una relación entre las aves y los ángeles. Las criaturas aladas que vuelan… Un ángel quiere decir un mensajero, alguien que nos trae un mensaje, alguien que nos aporta algo nuevo".

Cuando Yourcenar establece su cronología para la edición de sus obras novelescas publicadas por Gallimard en la colección de "La Pléiade" en 1982, llaman la atención las menciones *in crescendo* respecto a la naturaleza. Los lectores de *El principito* de Saint-Exupéry no se sorprenderán de que para Yourcenar, junto a hechos de exterior relevancia —publicación de libros, viajes, honores—, figuren igualmente otros que parecieran anodinos, pero que traducen, más que su interés, cierto aspecto contemplativo respecto a la naturaleza, que aumenta a medida que la escritora avanza en edad: en 1977 indica Yourcenar en la "Cronología" (texto establecido por ella en tercera persona), junto a la mención del Gran Premio otorgado por la Academia Francesa, que "visita dos grandes parques nacionales de Canadá, el de Banff y el de Jasper"; en 1978, durante los "años inmóviles" (1971-1979), debido a la enfermedad de Grace Frick —secretaria, traductora y compañera de vida—, Yourcenar señala, al terminar la redacción de *Como el agua que fluye*, que "se interesa cada vez más por la botánica e intenta trasplantar en el jardín [de Petite Plaisance] numerosas variedades de plantas locales de especie escasa o amenazada". Cuando en 1980 se entera de su elección en la Academia Francesa, a bordo de un crucero que la llevaría por las islas Caribes hasta las costas de Guatemala y el Yucatán, indica en la misma sección que "asiste en dos ocasiones a las grandes migraciones de aves" en Assateague, una de las frágiles *islas-barreras* de Virginia. En 1983, junto a la mención de una conferencia que dictó en el Instituto Francés de Nueva Delhi, indica la visita a "la

reserva de Corbett Park, al pie de los contrafuertes del Himalaya". Finalmente, en 1987 —en el mismo párrafo en el que menciona la redacción del capítulo "Las migajas del amor" de *¿Qué? La Eternidad*—, evoca, respecto a su estadía en Marruecos, las "caminatas por el desierto".

Un último detalle llama la atención: Yourcenar siempre se cuidó de no traducir ningún *pathos* que reflejara las emociones de sus personajes o las suyas propias, con un pudor casi stendhaliano. Su implacable racionalidad nos revela a una escritora de fuego y de hielo. Pero en las antípodas de su obra encontramos dos textos en los que la niña y la anciana traslucen un desgarre emocional debido a la pérdida de su primer y uno de sus últimos afectos caninos: Trier y Valentina. Estos dos desgarramientos, que hoy restituimos al lector, enmarcan una existencia cuyo principio fundamental está inscrito en su tumba a modo de epitafio, por indicación de la misma Yourcenar: "Quiera Aquel que Es quizá, dilatar el corazón de la humanidad a la medida de toda la vida".

El libro que hoy presentamos al lector restituye el retrato de la voz ecológica de Marguerite Yourcenar. Los dos primeros textos conciernen, desde la perspectiva de la ciencia y la ética, al estado actual del mundo y de los animales: en *El hombre en el impase ecológico*, Pierre-Yves Longaretti hace un balance —desde su perspectiva de astrofísico— del estado actual del planeta en términos cuantitativos y cualitativos del desgaste ambiental. Expone igualmente las implicaciones del calentamiento climático desde una retrospectiva geológica y sus incidencias energéticas, alimentarias y geopolíticas, en las que la ética cumple un papel decisivo. En *La cosificación de los animales, ¿una consecuencia del humanismo metafísico?*, la mirada filosófica de Florence Burgat aborda las consecuencias de la expulsión del animal de la esfera de lo ético por parte de los humanos y el estado de objeto al que lo hemos reducido. El "festín cárnico" y los experimentos en laboratorios aparecen como dos grandes fisuras del humanismo de hoy, al que F. Burgat no duda en atribuirle el epíteto de *metafísico.*

El artículo *Marguerite Yourcenar y la protección de la naturaleza: el combate de toda una vida*, de Michèle Goslar, traza una semblanza del compromiso moral y ético de Yourcenar respecto al medio ambiente, cuyos combates adquieren la forma de un compromiso político y literario. Para ello, recurre a ejemplos tomados de la obra novelesca y crítica de la escritora, en los que muestra la manera en que las preocupaciones ambientales de Yourcenar son una figura prominente en los últimos años de su vida. M. Goslar establece un fértil diálogo entre los fenómenos actuales en materia ecológica y el pensamiento yourcenariano.

Los textos que conciernen propiamente a Yourcenar, se encuentran bajo el título "Marguerite Yourcenar, retrato de una voz ecológica": Rémy Poignault, en "Ensayos y meditaciones", introduce varios ensayos tomados de *El Tiempo*,

gran escultor, y fragmentos de *Sources II* —presentados aquí por primera vez en español—, especie de meditaciones derivadas de la sabiduría filosófica y mística yourcenarianas. Por su parte, May Chehab aborda la relación existente entre los discursos y conferencias pronunciados por Yourcenar —tribuna privilegiada de la autora para denunciar los desmanes del hombre sobre la naturaleza— y su obra literaria, figura de complementariedad que comporta tres elementos: el filosófico, el político y el ético. Yvon Bernier se interesa en la última alocución de Yourcenar realizada en Quebec en 1987, durante una conferencia sobre el medio ambiente, verdadero canto del cisne en un mundo cuyo desgaste se percibe por doquiera. La sección de "Entrevistas", presentada por Bérengère Deprez —*La fe y las raíces*—, pone de relieve el carácter trágico de las declaraciones de Yourcenar y desglosa los elementos que aparecen reiteradamente en sus encuentros con periodistas y medios de comunicación.

Otra modalidad del combate político e ideológico de Yourcenar fue su correspondencia, ampliamente enriquecida a lo largo de su vida. Philippe Berthier, en *Elementos de ecología aplicada*, aborda diferentes fragmentos tomados de cartas y analiza la preponderancia que la escritora concede a lo animal sobre lo humano. Se incluye igualmente en esta sección la extensa carta dirigida por la autora a Brigitte Bardot, a propósito de la matanza de focas en Canadá. Finalmente, a través de fragmentos tomados de ensayos y memorias, Vicente Torres establece una "genealogía" de las preocupaciones de Yourcenar por el medio ambiente, así como la condena que hace la autora de las instituciones que, como la Iglesia o la ciencia, han sido verdaderas artífices en la destrucción planetaria. Para concluir, en el apéndice se publican dos textos en los que Marguerite Yourcenar rinde homenaje a dos compañeros cuadrúpedos de viaje, tan amados por ella: Ku-Ku-Hai y Valentina, "la rubia".

En esta obra se presentan textos inéditos, así como algunos que no habían sido hasta ahora traducidos al español y cuyas indicaciones encontrará el lector en cada sección.

El hombre en el impase ecológico

Pierre-Yves Longaretti
Universidad Joseph Fourier, Grenoble I
Francia

A primera vista, los puntos de encuentro entre la obra de una de las más grandes escritoras de lengua francesa del siglo XX, humanista apasionada por la historia y la mitología, y las preocupaciones de un astrofísico sumergido en la exploración teórica de las inmensidades heladas o ardientes del Cosmos pueden parecer lejanos e incluso imperceptibles. Pero al observar más de cerca, emergen correspondencias ocultas y compromisos compartidos. No conozco a fondo la producción literaria de Marguerite Yourcenar, y aunque como muchas personas de mi generación leí por supuesto *Memorias de Adriano*, es poco para estar familiarizado con una obra. Las verdaderas correspondencias están en otra parte: en el respeto por la vida y la Naturaleza, en una visión espiritual del hombre y su medio ambiente —actitud considerada en nuestros días como ingenua e incluso sospechosa en los bastiones de lo científicamente correcto—, y quizás también en el sentimiento de la necesidad de un compromiso al servicio del bien común. La urgencia ecológica a la que el hombre mismo se ha precipitado, arrastrando a su paso a las otras especies, otorga a esta necesidad una significación particular en el umbral de un nuevo siglo.

El peso de la actividad humana sobre el ecosistema global, totalmente desdeñado durante la casi totalidad de la historia humana, se ha tornado hoy tan importante que desequilibra el entorno natural del que depende esta actividad. La era industrial ha inaugurado un período de crecimiento material exponencial que, amplificado por el crecimiento también exponencial de la población humana y las especies domesticadas por ella, perturba considerablemente los ecosistemas naturales, poniendo en peligro a mediano plazo —algunas decenas de años— la supervivencia de un gran número de especies, incluido el hombre mismo.

La humanidad debe enfrentar amenazas de todo tipo, a cuya creación ha contribuido ampliamente. La más conocida es el calentamiento global y su estela de fenómenos climáticos extremos. La influencia de las emisiones humanas de gas y su efecto invernadero sobre este calentamiento —ligado principalmente a la utilización de carburantes fósiles: petróleo, gas natural, carbón— ya no requieren

ser demostrados. Pero el campo de acción se reduce en todas partes: disminución de las fuentes de agua dulce, debilitamiento de la fertilidad de los suelos en las regiones agrícolas más grandes del mundo, aumento de la desertificación, explosión demográfica en las regiones más frágiles… la lista es extensa; y un gran número de estos fenómenos se refuerza entre ellos, exigiendo una respuesta urgente y de gran amplitud, si se quiere evitar lo peor para segmentos enteros de la humanidad y lo viviente.

Esta situación es inédita bajo muchos aspectos. Diversas sociedades antiguas se han visto confrontadas a problemas ambientales —parcial o totalmente producidos por ellas mismas—, de las que ha desaparecido un cierto número al no haber sabido enfrentarlas. Sin embargo, hasta ahora se había tratado de problemas locales o regionales que no tenían impacto sobre el planeta en su conjunto, y sólo algunos indicadores ambientales o sociales habían sobrepasado el índice de alerta en dichas sociedades. Por primera vez, la situación se degrada globalmente —y no sólo en el nivel local— en todos los frentes a la vez. Esta situación nos concierne a todos. Las emisiones de gas carbónico locales se homogeneizan en la atmósfera a lo largo de todo el planeta en un lapso de pocos días; las tormentas de arena creadas por la desertificación de las zonas agrícolas chinas afectan a los países vecinos como Corea, y cada vez más, a América del Norte. Pero al mismo tiempo, nuestro conocimiento de los fenómenos en juego y nuestra capacidad para hacerles frente nunca habían sido tan amplios.

Esta situación resulta, en última instancia, de la suma de los comportamientos individuales multiplicados a la escala de la humanidad entera. Al mismo tiempo, incluso si a corto o mediano plazo un cierto número de tendencias ya no podrá ser modificado y si los umbrales del no retorno ya han sido franqueados, aún nos son accesibles algunos márgenes de maniobra que nos corresponde poner en marcha lo antes posible.

La ausencia de reacción decidida por parte del mundo político y económico frente a la dimensión de las conmociones ecológicas mundiales y sus implicaciones geopolíticas, sociales y éticas es, en apariencia, el resultado de múltiples factores: inercia de los modos de pensamiento y acción en un contexto de cortos mandatos y conflictos de intereses entre grupos sociales, desconocimiento de los modos alternativos de organización y evaluación socioeconómica incluidos en el marco de una economía de mercado adaptada a la nueva distribución planetaria y compatibles con las obligaciones impuestas por el ecosistema global del que dependemos para nuestra supervivencia, falta de herramientas de evaluación y de gestión suficientemente elaboradas que permitan la implementación de una organización socioeconómica donde estén disociados el bienestar social y humano y el crecimiento del flujo de recursos materiales y energéticos, y finalmente, dando soporte a estos dos últimos puntos, ubicuidad del pensamiento económico

dominante y de la filosofía que ella vehicula acerca de la naturaleza del hombre en todos los campos de la *res publica*.

1. Las implicaciones del calentamiento climático

La cuestión del calentamiento climático ocupa cada vez más el primer plano de la escena mediática. En Francia, por ejemplo, las continuas intervenciones de un muy popular y mediático defensor del medio ambiente, Nicolas Hulot, en la campaña presidencial de 2007 han favorecido la toma de conciencia sobre la amplitud del problema. En toda Europa el tema ha comenzado a imponerse en estos últimos años, tras las 45.000 muertes causadas por la canícula de 2003; una toma de conciencia difusa, sin embargo, debido al distanciamiento de estas muertes en el tiempo. En Estados Unidos fue necesario el choque que se produjo por el paso del huracán Katrina, que devastó completamente Nueva Orleáns, para que esta preocupación emergiera de manera contundente (¿pero duradera?). Estados Unidos continúa aún sin firmar el, a pesar de todo, tímido Protocolo de Kyoto sobre la reducción de emisiones de gas con efecto invernadero, que constituyen una de las principales causas del calentamiento climático; no obstante, numerosas ciudades y estados americanos han decidido aplicar este protocolo a su escala y el presidente Bush ya no niega la incidencia de la actividad humana sobre el cambio climático.

Cabe resaltar dos cosas en primera instancia, en lo concerniente al calentamiento del planeta. En primer lugar, el fenómeno es irrefutable y, de hecho, no refutado. En segundo lugar, el papel de la actividad humana como fuente esencial de este calentamiento deja de ser rebatido por la comunidad científica en su aplastante mayoría, así como lo confirma el último informe[1] del *Intergovernmental Panel on Climate Change* (IPCC), publicado a principios de año. Es importante resaltar que los resúmenes de los informes del IPCC han sido aprobados *palabra* por *palabra* por los representantes de *todos* los estados. Éste es un dato esencial en un contexto en el que numerosos *lobbies* buscan mantener la confusión sobre el tema; aun cuando una impugnación de la realidad científica —todavía sentida en los medios de comunicación— es virtualmente nula en la comunidad científica. Además, el mecanismo por el cual la actividad humana tiene un impacto sobre el calentamiento planetario (el efecto invernadero) también ha sido comprendido: la energía solar llega al suelo atravesando la atmósfera y calienta tierra y mar, que a su vez emiten el exceso de calor a la atmósfera bajo la forma de radiación infra-

1 El resumen ejecutivo de este informe puede ser descargado en la página del IPCC: www.ipcc.ch, así como la síntesis o el texto completo de los informes anteriores (los últimos se remontan a 2001). Estos documentos describen detalladamente una vasta información complementaria sobre el contenido de esta sección.

rroja. Esta emisión infrarroja permanece parcialmente retenida por la atmósfera, para la cual ésta resulta demasiado opaca. Ciertos gases presentes en la atmósfera en pequeñas cantidades aumentan considerablemente su capacidad para retener las radiaciones emitidas por la superficie; en particular, el gas carbónico y el metano: el primero es producido por la combustión de carburantes fósiles, y el segundo, por diversas actividades industriales y agrícolas. Esta retención acrecentada es la que produce el aumento de la temperatura.

Es igualmente importante cernir las implicaciones y los impactos del calentamiento climático, para entender correctamente las señales asociadas a él. A este respecto, por ejemplo, se cita con frecuencia la cifra de 0,6° de aumento de la temperatura media del planeta desde principios del siglo XX. A primera vista, esta cifra puede parecer pequeña e incluso banal, si se la compara con los 10º o 20° de variación estacional normalmente registrados en los países temperados entre el invierno y el verano. La aparente debilidad de esta tendencia continua respecto a las fluctuaciones anuales explica además que el fenómeno haya tomado varias décadas para ser confirmado de manera incontestable. Sin embargo, esta variación, incluso modesta, es significativa e inquietante por múltiples razones.

Por una parte, se trata de un fenómeno *acumulativo*. Tomemos como punto de comparación otro fenómeno que se extiende sobre grandes períodos: las variaciones de temperaturas asociadas a las glaciaciones. Las edades glaciares, debidas a variaciones de la órbita terrestre —muy conocidas en Mecánica Celeste—, se traducen en variaciones de la temperatura media del planeta, del orden de los 5° en períodos de aproximadamente 100.000 años. Estos 5° también representan *a priori* una variación de temperatura poco importante, en comparación con las variaciones estacionales, y sin embargo, fue bajo el efecto de estos 5° que una gran parte de Europa quedó recubierta en la última glaciación por más de un kilómetro de hielo. El efecto de una caída o un alza de temperatura distribuida a lo largo de muchos siglos o milenios, se suma año tras año para producir un resultado semejante. La segunda razón que hace preocupante esta variación es que el calentamiento no está repartido de manera uniforme en todo el globo, pues, en efecto, las regiones polares se recalientan más rápidamente que las ecuatoriales. Por ejemplo, el aumento promedio de las temperaturas en Europa ha sido de 1,4° y no de 0,6°, en el mismo período. Los daños producidos por el calentamiento climático son aún más acentuados en las regiones árticas, donde los inuit ven literalmente cómo el hielo se derrite ante sus ojos.

La tercera fuente de inquietud proviene de la importancia y la frecuencia acrecentada de los fenómenos extremos. Los 1,4° mencionados son muy probablemente la causa directa de la lista creciente de catástrofes "excepcionales" en Europa, que se suceden a un ritmo casi anual: tempestades invernales de violencia extrema, inundaciones de amplitud inaudita, canículas estivales récord, etcétera.

La frecuencia de los ciclones tropicales y su ímpetu son también una consecuencia del calentamiento climático, ya que obtienen su energía del calor almacenado en los mares. Además de los aterradores daños humanos, como en el caso de Nueva Orleáns, las cuantías de los daños materiales están en crecimiento constante y los aseguradores mismos activan las alarmas: al término de los próximos decenios, las compañías de seguros y reaseguros ya no podrán cubrir los riesgos ligados a los eventos climáticos extremos que amenazan, a corto plazo, con llevar a la bancarrota a la economía mundial.

La última fuente de inquietud es la más preocupante. Tiene que ver con los riesgos de cambios climáticos drásticos e importantes, de los que sólo mencionaré los tres principales. El ritmo del derretimiento de las masas glaciares polares es mucho más acelerado de lo previsto por la comunidad científica hace tan sólo algunos años. Además de contribuir al aumento del calentamiento climático por diversos mecanismos físicos, este deshielo puede resultar catastrófico. En efecto, el derretimiento del hielo que recubre las masas continentales polares —Groenlandia en el norte y el continente Antártico en el sur— se traduciría en un incremento de varios metros en el nivel de los mares. Por ejemplo, el derretimiento del glaciar de Groenlandia conduciría, él solo, a un crecimiento de las aguas del orden de los 6 metros, que a su vez recubrirían fracciones significativas de superficie terrestre continental o insular. Sabiendo que en algunas décadas cerca de la mitad de la población mundial habitará las zonas costeras y que éstas proveen una parte no despreciable de la alimentación de dicho segmento poblacional, las consecuencias para sus habitantes serían literalmente catastróficas. El derretimiento de los hielos de Groenlandia también podría modificar considerablemente la circulación oceánica (llamada "termohalina"), que resulta de las diferencias de temperatura y salinidad en los océanos del globo, a gran escala. A menudo se cita el caso de la Corriente del Golfo, cuya influencia tempera el clima de Europa. Una modificación mayor de esta corriente oceánica se traduciría en un enfriamiento casi glaciar de toda Europa —un acontecimiento semejante ya se produjo en el pasado a finales de la última glaciación—, paradójicamente en un período de calentamiento climático planetario. Finalmente, el calentamiento acentuado de las zonas árticas y polares provocaría el derretimiento del permafrost (o pergelisol)[2] en Siberia, por ejemplo. Este deshielo representaría, por supuesto, un peligro para las infraestructuras humanas, en la medida en que comprometería la estabilidad del suelo, conduciendo al derrumbamiento de los edificios y las vías, entre otras construcciones. Pero más grave aún es que la descongelación de este suelo rico en

2 Se trata de la capa superficial de la Tierra que hasta una época reciente permanecía congelada durante casi todo el año.

hidruro de metano —compuesto inestable de agua y metano— podría conducir a emisiones significativas de metano en la atmósfera, con efectos potencialmente considerables en términos del aumento del calentamiento climático. Un efecto similar podría producirse en el fondo de los océanos, donde grandes cantidades de estos hidruros (o clatratos) podrían también liberar su metano en la atmósfera bajo el efecto del calentamiento climático.

Las proyecciones de calentamiento global son muy inquietantes desde esta perspectiva: para finales de siglo se prevé un aumento promedio de la temperatura entre 4º y 5° —es decir, la diferencia de temperatura entre una era glacial y una interglaciar—, con la diferencia de que ésta nos conduciría a una *terra incognita*, pues nunca antes en el curso de los últimos 650.000 años se registraron temperaturas tan elevadas como las que corrientemente se pronostican para finales de siglo. Además, las concentraciones de gases con efecto invernadero, observadas en la atmósfera de nuestros días, exceden en gran medida todo lo que ha sido registrado durante este mismo período[3]. La inercia del sistema es ineluctable: incluso si de la noche a la mañana abandonáramos toda actividad, la temperatura y el nivel de los océanos no se estabilizarían antes de muchos siglos o milenios, respectivamente.

La concentración de gas carbónico en la atmósfera y la temperatura promedio de la superficie terrestre han sido altamente superiores a las que conocemos en nuestros días y a las que existieron durante la casi totalidad de las eras geológicas pasadas, con excepción del final del Carbonífero, del período esencial del Pérmico que lo sucedió —en cuanto a la temperatura y la concentración de gas carbónico, simultáneamente— y del final del Ordovícico, en lo referente a la temperatura. Particularmente, en el Paleoceno (subdivisión de la era terciaria), un clima subtropical reinaba en el conjunto del planeta. El nivel de los mares era muy elevado y casi toda Europa estaba sumergida. Al final del Paleoceno, hace aproximadamente 55 millones de años, el clima se tornó aún más caliente y pasó por una fase relativamente corta pero intensa de máximo nivel térmico (la temperatura de los mares polares fue estimada en 25° aproximadamente durante esta fase), hasta provocar importantes cambios en la flora (aparición de verdaderas selvas tropicales densas en Alaska, por ejemplo) y la fauna (ciertos primates desaparecieron por el impacto de este cambio). Aparentemente, este calentamiento fue provocado por una emanación masiva de metano, inducida quizás por el calentamiento general de todo este período, que marca el límite con el período siguiente, el Eoceno. Tal episodio de la historia del planeta garantiza en cierto sentido que los cambios actuales prácticamente no puedan traducirse en la desaparición de toda forma de vida; pero, así

---

3 Esta información proviene del análisis de las microburbujas de aire encerradas en los hielos del Antártico.

mismo, advierte que el planeta pueda resultar difícilmente habitable tanto para el hombre como para la mayoría de las especies vivas en la actualidad, en caso de que nuestra actividad condujera de nuevo a la prevalencia de tales condiciones.

2. Complejidad de las implicaciones energéticas, alimentarias y geopolíticas[4]

Algunos creerían que la inminencia de "el pico de producción del petróleo" nos preservaría de las consecuencias más nefastas del calentamiento, al estar éste ligado principalmente a la utilización de combustibles fósiles por parte del hombre. El pico del petróleo es el momento en el que la producción mundial del crudo alcanzará su punto máximo antes de declinar. Ese momento es inevitable, ya que las reservas de petróleo —convencional o no— son limitadas. Además, es preciso resaltar que, frente a los grandes grupos petroleros, los analistas independientes consideran que este pico es inminente y que incluso ya ha sido alcanzado, aun cuando las grandes compañías tiendan a ubicarlo en los próximos 10 o 20 años. Tres argumentos tienden a favorecer los primeros análisis respecto a los segundos. En primer lugar, el desfase históricamente bien documentado (particularmente en el caso de la producción de Estados Unidos) entre el pico de descubrimiento y el pico de producción, muestra que este último ya ha sido alcanzado prácticamente en el mundo. En segundo lugar, la distribución entre países cuyas capacidades de producción están aún en crecimiento potencial, respecto a aquellos cuya producción está en descenso, sugiere que las ganancias de producción de los primeros permiten esencialmente compensar la caída de los segundos. Finalmente, el comportamiento mismo de los grandes grupos petroleros sugiere la inminencia del pico. En efecto, éstos invierten más en la nueva adquisición de su propia producción que en el descubrimiento de nuevos yacimientos (ya identificados en más de un 95%), expresando indirectamente con ello su convicción sobre el crecimiento de los precios del mercado, ligado a la futura escasez del petróleo.

La tensión sobre el aprovisionamiento petrolero es tanto más fuerte, en la medida en que los países emergentes buscan reproducir el modo de vida occidental altamente consumidor de energía fósil y otras materias primeras, como en el caso de China e India. Ahora bien, se sabe que la huella ecológica mundial ya excede las capacidades del planeta y que esta huella subestima el impacto del hombre sobre el medio ambiente, principalmente en lo concerniente a los efectos de contaminación de las aguas y los suelos. De hecho, la extensión del modo

---

4 El panorama brevemente esbozado en esta sección proviene del muy completo y profundo análisis presentado por Lester Brown, uno de los grandes precursores del desarrollo sostenible, en su último libro, *Plan B2*, W. W. Norton & Company, 2006.

de vida occidental, así fuera tan sólo a la China, es imposible, debido a que los recursos del planeta no serían suficientes; así como tampoco lo serían *a fortiori* para la India, cuya población sobrepasará a la población china en el curso de los próximos 25 años; ni para los otros países en vía de desarrollo...

Estas tensiones ya perceptibles sobre el aprovisionamiento de petróleo interactúan con una serie de limitaciones en otros campos, que se traducen, en su conjunto, en una situación geopolítica potencialmente muy inestable.

Por una parte, el carbón se convierte, en este contexto, en una atractiva fuente de energía desde un punto de vista económico y político —en efecto, las reservas de carbón del planeta permiten satisfacer por sí mismas la demanda de energía fósil, teniendo en cuenta su ritmo de crecimiento actual—, y por otra, las reservas de carbón más grandes del mundo se encuentran en China y en Estados Unidos, que son los principales consumidores de petróleo en volumen en todo el mundo. Cabe resaltar que desde la Segunda Guerra Mundial existen procesos de licuefacción del carbón que permiten que éste sea utilizado como carburante, pero esta perspectiva conlleva graves consecuencias en el plano climático: para un mismo nivel de producción de energía, la combustión del carbón emite ostensiblemente más gas carbónico en la atmósfera que la del petróleo (desde este punto de vista, el más "noble" de los combustibles fósiles es el gas natural). Además, independientemente de las necesidades energéticas del sector de los transportes, el carbón es una de las principales fuentes primarias de la energía mundial para la producción de electricidad. A pesar de los esfuerzos actuales para limitar los impactos negativos del fenómeno, el retorno al carbón es uno de los grandes peligros de este siglo, en términos del calentamiento climático.

Adicionalmente, la creciente crisis petrolera conduce a una mayor demanda de biocarburantes por parte de los países ricos, con consecuencias potencialmente graves en términos de seguridad alimentaria para los países pobres. En efecto, casi toda la producción agrícola destinada a la alimentación también puede ser convertida en carburante. A partir del momento en el que el precio del petróleo es lo suficientemente alto para que esta conversión sea rentable, dichas producciones también son solicitadas por el mercado mundial de la energía (es el caso del maíz en Estados Unidos y de la caña de azúcar en Brasil, que cubre el 40% de las necesidades de carburante del país, en detrimento del *Cerrado* y de la selva amazónica). Además, una vez que el curso de las producciones agrícolas se ajusta al de los carburantes, la escasez de estos últimos define el curso de la producción agrícola destinada a la alimentación en los mercados mundiales, cuyo impacto potencialmente catastrófico se refleja en los países pobres que dependen generalmente de importaciones agrícolas para su seguridad alimentaria. El ingreso al mercado de biocarburantes de segunda generación, producidos con la celulosa de los residuos de cosecha y no con su parte comestible, debería aligerar

este problema; pero ya se han operado inversiones masivas en biocarburantes de primera generación, para los cuales la producción alimenticia es directamente empleada en la producción de aceite o alcohol, utilizados como carburantes. De hecho, una presión creciente se ejerce sobre la producción agrícola mundial, debido a diferentes factores:

a. La cuestión evidentemente más crítica a corto o mediano plazo será la de los recursos de agua dulce. Numerosos países, particularmente de las zonas semiáridas de África y el Medio y Lejano Oriente, han desarrollado su agricultura recurriendo masivamente a la irrigación. Al hacer esto, utilizan sus recursos de agua dulce a un ritmo más acelerado del que les ofrecen sus capacidades de reconstitución natural, algunas veces hasta agotarlos. En ciertas regiones de India y China se perforan pozos de más de un kilómetro de profundidad, y los estados indios que ya carecen de agua deben llevarla en camiones desde estados vecinos. En ciertos períodos del año, ríos como el Amarillo ya no llegan al mar. Recursos subterráneos (capas freáticas) o de superficie (lagos) se desecan. Estos problemas de acceso al agua afectan un inmenso arco que se extiende desde el norte de China hasta el África sahariana, pasando por el Medio Oriente; algunas zonas del continente americano, así como Australia, también se ven afectadas. Más de 3.000 millones de personas, es decir, la mitad de la población mundial, se ven o se verán afectadas a corto término por la escasez de agua dulce. Este problema también concierne a algunos países industrializados como España y Estados Unidos (este último prevé a mediano plano el desecamiento de su gigantesca fuente subterránea, el acuífero de Ogallala, que se extiende por debajo de una parte de ocho estados del oeste americano y surte de agua a un sector importante de las explotaciones de sus grandes planicies); grandes ciudades como México y Los Ángeles también se ven confrontadas al mismo problema. Además, el calentamiento climático amplifica esta escasez. Ciertamente, el derretimiento de las nieves invernales y los altos glaciares alimenta los cursos de agua de las llanuras durante la estación seca. Ahora bien, el calentamiento aumenta la fracción de estas precipitaciones invernales en forma de lluvias, en detrimento de la nieve, impidiendo que éstas se almacenen a gran altura en forma de nieve o hielo. Las poblaciones que dependen de los ríos que nacen en el Himalaya se verán amenazadas en las próximas décadas, a más tardar, por la escasez de agua en la estación seca. Hoy el tema del acceso al agua ya es causa de conflictos políticos o militares en numerosos lugares del planeta.

b. Para enfrentar este problema y la demanda creciente de agua dulce en las regiones urbanas —la mitad de la población mundial ya habita en zonas urbanas y este fenómeno se amplificará en el curso de las próximas décadas—, numerosos países detienen una parte de su explotación agrícola e importan los ce-

reales que necesitan. En vista de que se requieren 1.000 toneladas de agua para producir una tonelada de cereal (el arroz y el maíz son los que más agua consumen), esta política es la vía más eficaz para enfrentar la escasez de agua. De manera general, la agricultura siempre resulta desfavorecida en la distribución de los recursos acuíferos, respecto a la industria y algunos usos domésticos.

c. El aumento de la población mundial se eleva a casi 80 millones de personas por año, y generalmente son los países en vías de desarrollo —los más pobres y los más poblados— los que padecen la mayor presión demográfica, viéndose obligados a extremar (e incluso más allá, en ciertos casos) la utilización de sus recursos de agua y su capacidad de producción agrícola. El crecimiento de la población y la emergencia de los países del sur exigen una alimentación cualitativa y cuantitativamente mejor.

d. La degradación de la calidad de las tierras agrícolas se generaliza en todo el mundo bajo el efecto de una explotación demasiado intensiva de zonas de cultivo o ganadería. La ruptura del ciclo de los nutrientes, ligada al hecho de que el consumo de los productos agrícolas se aleja cada vez más de su lugar de producción, también contribuye a este fenómeno. Esta sobreexplotación conduce, cada vez con mayor frecuencia, a una progresión de la desertificación: China, por ejemplo, pierde muchos millares de kilómetros cuadrados de tierras cultivables por año bajo el efecto de la progresión de los desiertos. Las tormentas de arena que se abaten sobre China o Corea cubren superficies considerables y se desplazan de un continente a otro, limitando la visibilidad en algunos metros o decenas de metros y causando numerosas afecciones respiratorias (al igual que el polvo de carbón que invadió a las ciudades chinas, y tal como ocurrió en Londres a finales del siglo XIX). La secuencia que conduce *in fine* a la desertificación es bien conocida: comienza por la deforestación destinada a despejar nuevas tierras cultivables, se continúa con la erosión de la capa de tierra vegetal por efecto del agua y el viento, y se termina finalmente con la degradación de estas tierras en desierto. El desierto de Siria, por ejemplo, hace algunos siglos apenas era una región cultivada y habitada. Por otra parte, los bosques desempeñan una doble función reguladora sobre los cursos de agua y las recargas de las extinciones freáticas, y sobre la redistribución del agua en las tierras agrícolas, por la vía del fenómeno de evapotranspiración[5]. China, una vez más, se embarcó en un

5 Ésta es, por ejemplo, una de las funciones importantes que desempeña la selva amazónica en la fertilidad de las tierras agrícolas brasileñas situadas en el interior del país. Se estima que la selva amazónica podría dejar de cumplir esta función si se destruyera más del 20 o del 30% de su superficie, umbral que podría alcanzarse relativamente a corto término.

programa faraónico de reforestación para intentar detener la progresión de los desiertos y regular las inundaciones catastróficas que padeció tras una política acelerada de deforestación.

e. Los rendimientos agrícolas se saturan y no quedan sino unas pocas tierras nuevas susceptibles de ser explotadas. Si un calentamiento climático débil puede aumentar ligeramente los rendimientos, un calentamiento climático mayor probablemente los reduzca; tanto más, cuando la mayoría de las variedades de alto rendimiento que actualmente se cultivan en el mundo es muy sensible a las variaciones de las condiciones de temperatura e higrometría. De tal manera, la agricultura mundial corre el gran riesgo de verse, a corto plazo, bajo la presión de muchos factores, con consecuencias potencialmente dramáticas en términos de seguridad alimentaria. Esta presión se traduce en una caída significativa de las provisiones mundiales de cereales —acaecida en los últimos ocho años—, que han pasado de cerca de 120 días a menos de 60 días de reserva en el último año, tras muchas décadas de estabilidad. Hace algún tiempo, China había alcanzado la autosuficiencia alimentaria. El retroceso de sus cosechas durante los últimos años la ha obligado a hacer uso de sus reservas, contribuyendo así a esta caída de las reservas mundiales. Un desequilibrio en el aprovisionamiento chino puede poner en riesgo fácilmente una fracción importante de los 200 millones de toneladas de cereales exportados anualmente por Estados Unidos (primer exportador mundial). Ahora bien, China es igualmente el primer país acreedor de la economía norteamericana y financia el déficit presupuestal abisal de Estados Unidos; una situación que, aunque se encuentra parcialmente contrabalanceada por el hecho de que el mercado norteamericano sostiene en gran parte el crecimiento de China, sitúa a esta última en una posición de fuerza, en el marco de una negociación que pone en juego su seguridad alimentaria, debilitando así a todos los países cuya subsistencia depende directa o indirectamente del mercado mundial de cereales.

3. Implicaciones ecológicas y éticas

No solamente se degradan las tierras agrícolas, sino que el conjunto de los ecosistemas experimenta una presión sin precedentes en la historia. El hombre y sus especies domesticadas, que a principios del Paleolítico no representaban sino el 0,2% de la totalidad de los vertebrados, hoy constituyen el 98%. Aparentemente la actividad humana acapara el 40% de los productos de la fotosíntesis terrestre, y este porcentaje no deja de progresar. El aumento de las superficies artificiales reduce no solamente los espacios agrícolas, sino también los espacios naturales de los que depende la supervivencia de las especies salvajes. A la luz de estas cifras,

parece casi imposible que la humanidad pueda seguir acaparando fracciones cada vez más grandes del planeta para su propio beneficio. Además, las proyecciones demográficas de la ONU prevén que hacia mediados del siglo la población mundial será de 8 a 11 mil millones de individuos, muy por encima de los 6.000 millones actuales. En este contexto, es legítimo preguntarse si se alcanzará realmente a llegar a esta cifra. Desde este punto de vista, la situación que prevalece actualmente en el África subsahariana es más preocupante. Por primera vez en la historia de la humanidad, una población ve disminuir su esperanza de vida; en este caso, por efecto de la epidemia del sida. Esta epidemia incrementa aún más las dificultades endémicas de la región, en cabeza de las cuales figuran la escasez de agua y la penuria alimentaria. ¿La situación en el África subsahariana representa uno de los últimos bastiones mundiales de la pobreza, o por el contrario prefigura el futuro para una fracción creciente de la población mundial?

Cualquiera que sea la presión ejercida sobre los ecosistemas, ésta alcanza proporciones aterradoras, así como lo destaca el *Millenium Ecosystem Assessment Report* de la ONU[6], por el hecho de la degradación y fragmentación de los hábitats. Además de las zonas altamente amenazadas de las selvas vírgenes restantes, esta degradación se correlaciona a menudo con las zonas más densamente pobladas donde se registra el mayor crecimiento demográfico. Paradójicamente, los océanos, en los que el hombre no habita, se encuentran también entre los medios más afectados: más de un cuarto de las especies de peces es sobreexplotada, la pesca en altamar disminuye desde los años 80 y muchas explotaciones pesqueras, entre ellas la del bacalao en Terranova, se han desplomado a causa de la sobreexplotación (incidentemente, la pesca industrial también empobrece considerablemente ciertas poblaciones humanas que ya se encuentran entre las más pobres y dependen de la pesca tradicional para su supervivencia). Las zonas costeras sensibles en donde numerosas especies de peces se reproducen, principalmente los manglares, están en regresión. Los corales, que son igualmente lugares de reproducción de numerosas especies, mueren a un ritmo acelerado; los crustáceos y los moluscos de concha se verán amenazados en las próximas décadas por efecto de la acidificación de los océanos, ligada al cambio climático, que puede disolver su protección calcárea. Globalmente, el ritmo de extinción de las especies se acrecienta[7]: más del 10% de las aves, cerca de un cuarto de los mamíferos y casi un tercio de los anfibios se encuentran amenazados de extinción;

---

6 El conjunto de los informes se puede descargar en el sitio www.maweb.org/en/Reports.aspx

7 Consultar a este respecto la "Lista Roja" de las especies en peligro de extinción y la síntesis del informe de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), que se puede descargar en el sitio www.iucn.org/themes/ssc/red_list_2004/GSAexecsumm_EN.htm

para ciertos grupos de especies la amenaza sobrepasa el 50%. Se estima además que cada especie amenazada o que desaparece acarrea con ella la desaparición de cientos de especies desconocidas. La presente ola de extinción de flora y fauna, la sexta de la que se tiene noticia (la más célebre es la de los dinosaurios), es sin duda la más acelerada que ha conocido el planeta, cuyo directo responsable es el hombre. Agravando este hecho, el hombre desplaza ciertas especies a escala planetaria, voluntariamente o no, alterando y haciendo cada vez más frágiles los ecosistemas locales no adaptados a la presencia de especies invasivas. El calentamiento climático agrava el fenómeno, pues al producir diversos efectos sobre especies interdependientes, acentúa la desorganización de los ecosistemas.

El principal problema que ponen de presente estas evoluciones en términos ecológicos es el de la *resiliencia*. Este concepto resalta la diferencia entre un sistema complejo y un sistema simplemente complicado. Por ejemplo, un reloj es complicado mas no complejo, en la medida en que puede comprenderse de forma lineal (si se suprime uno de sus engranajes, deja de funcionar). Por el contrario, los ecosistemas son complejos, su funcionamiento es global, y pueden eliminarse algunos eslabones de la red ecológica local sin que el ecosistema se derrumbe: esto es la resiliencia. Sin embargo, si la agresión se hace muy fuerte, el derrumbamiento es inevitable. En este plano, la humanidad avanza a ciegas: los ecosistemas son de una complejidad tal, que generalmente se conocen muy poco y a menudo se descubre demasiado tarde que se ha franqueado un umbral de no retorno y que no es posible dar marcha atrás. Probablemente, el hombre está cortando la rama sobre la que está sentado, pues si el ecosistema global se derrumba, sus oportunidades de sobrevivir se derrumban también.

Desde un punto de vista estrictamente económico, el conjunto de las evoluciones brevemente descritas en este ensayo da testimonio de una serie mayor de fracasos de la economía del mercado, aun cuando no todos los economistas profesionales estén de acuerdo con este análisis (¿pero podemos esperar de una profesión una evaluación imparcial de su actividad?[8]). Más allá de lo anecdótico y desplazado frente a tal desafío, ¿el dilema que se plantea es simplemente el de una delimitación de la economía de mercado o el de un cuestionamiento de sus fundamentos, algunos de los cuales atañen a nuestras sociedades modernas? ¿La lógica del crecimiento material, de la población humana y sus necesidades —tan grave por las lesiones que causa al medio ambiente y por su rechazo al ecosistema— es disociable de la ideología económica dominante o es parte integral de ella? Más importante aún e indisociablemente ligado al resto, ¿tiene derecho la

8 "Es difícil que un hombre comprenda algo cuando su salario depende justamente de no entenderlo". Upton Sinclair, citado por Al Gore en *An Inconvenient Truth*.

humanidad, en el plano ético, a apropiarse del planeta y de lo vivo, sin mencionar las consecuencias para ella misma?

Sin duda alguna, la lógica del crecimiento material ha permitido a segmentos enteros de la humanidad salir de la pobreza. Pero si se mira el fenómeno desde una perspectiva histórica secular, es claro que este crecimiento se ha producido en detrimento de su entorno. De hecho, una lógica que parecía justificada en un mundo vacío y con medios de acción limitados puede devenir suicida en un mundo sobrepoblado y con medios de acción de una potencia sin igual. Además, la lógica del crecimiento material ha permitido evitar, hasta ahora, la redistribución justa de la riqueza (y en términos generales, comprar la paz social), tanto entre de los países industrializados como entre los países ricos y pobres, con la esperanza de que algún día cada uno pueda beneficiarse de las consecuencias de dicho crecimiento. Pero los límites que el medio ambiente impone actualmente activan de nuevo este tema, con tanta mayor amplitud por cuanto las desigualdades se han agravado ampliamente en el transcurso del último siglo.

Diversas propuestas han sido sugeridas para enfrentar los inmensos problemas que se plantean. Desde este punto de vista, el programa presentado en el libro de Lester Brown, *Plan B2*, citado anteriormente, es a la vez alentador y ejemplar. Algunas de las mutaciones propuestas en el plano económico parecen derivar del buen sentido más elemental: hacer que la actividad humana sea de nuevo local (dado que la globalización es en extremo consumidora de energía), renunciar a las energías fósiles para privilegiar las energías renovables y promover la sobriedad energética, abandonar la lógica de lo desechable en beneficio de una lógica de lo reciclable, gravar con impuestos y no subvencionar las actividades contaminantes, en beneficio de las actividades respetuosas del medio ambiente. El conjunto de las propuestas planteadas en este libro para contrarrestar los problemas globales constituye, igualmente, un todo coherente y alcanzable para erradicar la pobreza y el hambre en el mundo, combatir el calentamiento climático, estabilizar la población mundial y garantizar su seguridad alimentaria, modificar la gestión del agua dulce y reconstituir sus reservas, estabilizar el clima y la erosión de los suelos, reversar la destrucción de los ecosistemas o concebir nuevamente las zonas urbanas, conforme a una lógica de sostenibilidad y bienestar para sus habitantes. Los costos son realistas (del orden de una décima parte de los gastos militares mundiales). Pero el problema que plantea un programa semejante es doble: movilizar al mundo político y a los ciudadanos en aras de este objetivo, y conseguirlo en las dos décadas venideras. Esta última obligación en particular, vital respecto al ritmo y amplitud de las degradaciones en marcha, es extremadamente severa, sabiendo que las grandes mutaciones comportamentales y sociales jamás se han operado de manera voluntaria en el lapso de una o dos generaciones.

Desde un punto de vista filosófico, y para abordar un aspecto un poco más personal sobre las implicaciones discutidas en este artículo, las cuestiones planteadas despiertan y magnifican la vieja oposición entre deontología y consecuencialismo. Uno de los aspectos de esta última corriente, el utilitarismo[9], está inscrito en los fundamentos mismos de la teoría económica moderna. En la misma lógica, y por razones de tractabilidad matemática, el ser humano, idealizado por la microeconomía (*Homo economicus*), es de un egoísmo máximo, a pesar de las contradicciones aportadas a este respecto por varios análisis sociológicos y etnológicos efectuados sobre un gran número de sociedades. Una de las consecuencias más ampliamente criticadas de este estado de cosas es que el capitalismo (modelo socioeconómico dominante e incluso hegemónico) corrompe el fundamento ético de la sociedad en la que se ejerce. Por una parte, el capitalismo, como todo sistema de funcionamiento colectivo, depende del conjunto de reglas de la sociedad para su existencia misma. Pero al mismo tiempo, la lógica de extensión de mercados que promueve se apoya sobre (y a la vez deforma) el sistema de valores en el que la sociedad reposa. Desde este punto de vista, la publicidad desvía el conjunto de valores no comerciales de la sociedad, con el único objetivo de incrementar las ventas en provecho de intereses privados[10].

Los modelos económicos son omnipresentes en nuestra sociedad, desde las pequeñas y medianas empresas que buscan evaluar su potencial de mercado hasta los estados en pos de optimizar su crecimiento, pasando por los grandes grupos que analizan la estrategia comercial de sus competidores o de los sectores económicos con los cuales interactúan. ¿Cómo no creer, en un contexto semejante, que el sistema de valores sobre el cual reposa esta modelización no termina incitando a los individuos a conformarse con un sistema semejante para sobrevivir? La economía no es sólo una ciencia de análisis y observación, sino que, al igual que el experimentador en mecánica cuántica, afecta, perturba e incluso controla los comportamientos que intenta comprender. Dos ramas modernas de la economía pretenden sobrepasar las divergencias entre economía, medio ambiente y sostenibilidad. La primera de ellas, la economía del medio

---

9 Según esta doctrina, la justeza moral de una acción se evalúa sobre la base de la variación del placer o el displacer total, inducido sobre el conjunto de individuos por esta acción. Cabe anotar que el sufrimiento de los seres vivos no humanos no es tenido en cuenta, salvo en la medida en que influye sobre el placer o el sufrimiento humano. En efecto, ningún valor intrínseco es atribuido a los animales en el pensamiento económico moderno, punto totalmente discutible en un plano estrictamente ético y en completa oposición con el pensamiento y la sensibilidad de Marguerite Yourcenar.

10 Una discusión interesante sobre las ideas expresadas en este párrafo, se encuentra en el capítulo IV del libro de Prugh, Costanza y Daly, *The Local Politics of Global Sustainability*, Island Press, 2000.

ambiente[11], da prioridad a la regulación colectiva en el marco de la economía tradicional y busca en el progreso conocimientos y técnicas como una forma de conciliar crecimiento (cada vez menos material), medio ambiente y bienestar individual y colectivo. Una rama más reciente y radical, la economía ecológica, pone de nuevo en tela de juicio los fundamentos éticos de la economía en cuanto disciplina, y cuestiona el carácter todopoderoso de la tecnología (que plantea nuevos problemas ambientales a medida que pretende resolver algunos de ellos), otorgando un lugar mucho más importante a las obligaciones (geo)físicas y ecológicas en el pensamiento y la modelización económicas. Por el momento, esta rama no ha convergido en un marco operacional genérico, a pesar de los importantes avances conceptuales[12]. Las dos ramas coinciden en la urgencia de una reacción, las direcciones a seguir, y al menos en las etapas iniciales, en cuanto a los medios a poner en marcha.

Es hora de repensar nuestro sistema de valores. Es una elección a la cual se han confrontado todas las sociedades del pasado, trátese o no de cuestiones ambientales[13]. En numerosos casos, sino en todos, la supervivencia de estas sociedades dependía de un cuestionamiento de los valores fundacionales. Algunas han podido hacerlo, otras no. En ciertos casos, el nivel de complejidad de estas civilizaciones, que a la vez encarna la fuente, el emblema y el punto máximo de su poderío, ha resultado también ser la causa de su inmovilidad e incapacidad para reformarse[14].

Las cuestiones éticas planteadas son cruciales. Cuando el Adriano yourcenariano anticipa de forma visionaria en el siglo II, respecto al devenir humano, que "la semilla del error y la ruina, contenida hasta en el bien, crecería […] monstruosamente a lo largo de los siglos" (*MA,* 196), constata la situación que prevalece en nuestros días, es decir, que en el plano colectivo nuestras acciones individuales son repetidas por millones, incluso por miles de millones de nuestros contemporáneos, haciendo de nuestras mínimas elecciones una fuerza de la naturaleza que lamentablemente se ha tornado devastadora. El cambio climático es quizás la consecuencia más dramática de este hecho que compromete el futuro

---

11 Una fuente mayor de información sobre esta subdisciplina es el *Handbook of Environmental and Resource Economics* (Edward Elgar, 2002), editado por C. J. M. Van den Bergh. Aunque se trata de una obra técnica, algunos capítulos esenciales pueden ser leídos por los no especialistas.

12 Ver el libro de Herman Daly. *Beyond Growth,* Beacon Press, /996.

13 El excelente libro de Jared Diamond, *Collapse* (Penguin Books, 2005), discute de manera erudita diversos casos de sociedades antiguas y modernas confrontadas a problemas de supervivencia asociados a la degradación de su entorno.

14 Ver el destacado libro de Joseph Tainter. *The Collapse of Complex Societies,* Cambridge University Press, 1988.

del hombre y de todos los seres vivos; pero los otros peligros, tal vez menos irremediables, son por el contrario más urgentes. ¿Podremos evitar a la vez Escila y Caribdis? ¿Seremos testigos o padeceremos las mutaciones que se avecinan? Éste es el desafío que nuestra generación debe asumir por la Humanidad y por todas las especies con las que comparte, según Marguerite Yourcenar, "el infortunio y la dulzura de existir".

La cosificación de los animales, ¿una consecuencia del humanismo metafísico?

Florence Burgat
Instituto Nacional de Investigación Agronómica
Francia

Una cosificación sin precedentes

Pocas especies animales escapan de la apropiación casi siempre mortal del ser humano, quien las cría de manera industrial, las caza, invade sus territorios con trampas, las pesca, realiza sobre ellas toda clase de experimentos, las encierra en zoológicos, las amaestra para que ejecuten actos de circo y se complace incluso en hacerlas combatir… "Nadie puede hoy negar este hecho, dice Jacques Derrida, es decir, las proporciones *sin precedentes* de esta sujeción del animal"[1]. Si la historia de esta guerra del hombre contra los animales no tiene edad, actualmente alcanza, sin embargo, un punto álgido. Cuando Jacques Derrida destaca que "la cuestión-de-la-animalidad no es una cuestión entre otras", no es solamente a causa de su valor estratégico como herramienta poderosa de deconstrucción, sino también de su carácter decisivo. En efecto, en ella se anuncian "todos los otros grandes temas"[2], principalmente, el que concierne a "lo propio del hombre" como *operación de expulsión de la ética y el derecho* de todo lo que no entra en esta delimitación.

En este sentido, la noción de animalidad sirve para designar aquello que ha sido situado, arrojado, fuera de la esfera ético-jurídica. Ella agrupa, o mejor aún, relega aquello respecto a lo cual no podría acordarse responsabilidad alguna. "Esta violencia industrial, científica y técnica no podría ser soportada durante mucho tiempo de hecho o en derecho", afirmaba Derrida a manera de profecía. "Las relaciones entre los hombres y los animales deberán cambiar, y deberán hacerlo

---

1 Jacques Derrida, "L'animal que donc je suis", en *L'animal autobiographique*. Paris, Galilée, 1999, p. 276. La traducción de los fragmentos de J. Derrida es nuestra.

2 J. Derrida, *De quoi demain*... Entretien avec Elisabeth Roudinesco. Paris, Fayard-Galilée, 2001, p. 106.

en el doble sentido de la necesidad 'ontológica' y el deber 'ético'"[3]. Ciertamente, nunca a lo largo de la historia la condición de los animales fue tan dura; nunca estuvieron tan solos en su infortunio. A los gestos directamente violentos hacia ellos, se suceden sistemas —particularmente de crianza y eliminación— cuya crueldad no puede imputarse a ningún actor tangible. La jaula donde los animales no tienen espacio para moverse y el recinto cuya oscuridad sólo es interrumpida por una luz artificial, del que sólo salen para ser eliminados, definen la nueva condición de estas materias primas destinadas a proveernos carne, conocimientos, y en suma, todo lo que se puede obtener de sus vidas mutiladas cuya decadencia nadie ve.

En efecto, el acrecentamiento de nuestras capacidades técnicas y científicas ha conducido a una explotación sin precedentes de los animales, llamada "racionalización de la producción". Algunas cifras son ilustrativas a este respecto: en Francia, cerca de 1.035 millones de animales son abatidos anualmente para consumo, 3 millones de vertebrados son utilizados para la investigación científica (los invertebrados no hacen parte del inventario[4]) y 30 millones de animales son eliminados cada año en actividades de caza —que no es más que una entretención—, sin contar los animales heridos que agonizan en los bosques y cuya cifra alcanza varios millones. Si bien los experimentadores afirman que los sufrimientos causados a los animales en sus intervenciones han disminuido gracias a la utilización de anestésicos y analgésicos[5], y que los tiempos han cambiado desde Claude Bernard, los campos de la experimentación se han incrementado considerablemente. Esto se puede juzgar por la lista de los fines establecidos en el decreto del 19 de octubre de 1987, que rige para toda Francia: el diagnóstico, la prevención y el tratamiento de las enfermedades u otras anomalías en el hombre, los animales o las plantas; las pruebas de actividad, eficacia, toxicidad y composición de los medicamentos y otras sustancias biológicas y químicas, incluidos los elementos radiactivos, así como las pruebas de los materiales de uso terapéutico en el hombre y los animales; el control y la evaluación de los parámetros fisiológicos en el hombre y los animales; el control y la calidad de los productos alimenticios; la investigación pura y la investigación aplicada; la enseñanza superior, la enseñanza técnica y la enseñanza profesional que conducen a oficios que incluyen la realización de experimentos sobre animales o el tratamiento y mantenimiento de

3 *Ibid*., p. 108.

4 Cifras del año 2000.

5 El recurso a estos productos es dejado a la libre elección de los experimentadores, quienes por demás tienen una idea bastante vaga de lo que conviene utilizar en función de las especies, debido a una formación insuficiente a este respecto.

ellos, y la protección del medio ambiente. A la luz de este decreto, uno se preguntaría, ¿qué no ha sido probado en animales?

A estas cifras se añaden las de la industria de las pieles (anualmente, 40 millones de animales en el mundo provienen de la crianza y la caza con trampas), las de riñas de animales, incluidas las corridas de toros, sin olvidar las de los animales cautivos de por vida en zoológicos, circos, delfinarios y acuarios… El mundo marino no debe ser omitido con sus 590.000 toneladas de peces en Francia en el año 2000 (no hay cifra per cápita). Paradójicamente, la dimensión de las cifras hace difícil la representación de esta realidad.

En este artículo, nos limitaremos a dos formas de cosificación de los animales: la desaparición del animal en la carne y el animal convertido en reserva de órganos.

La desaparición del animal en la carne

La crianza intensiva tiene como objetivo producir la mayor cantidad de carne, huevos y leche en el menor tiempo y al menor costo posible. La reducción del espacio vital y su carácter cada vez más artificial son las principales características de esta crianza denominada, justamente, "fuera de suelo". Los animales (aves para carne, pavos, conejos, gallinas ponedoras, cerdos, etcétera) son concentrados en densidades que han alcanzado límites insuperables: la superficie de los compartimentos se limita a la que cada individuo ocupa de pie o acostado, sin posibilidad de darse vuelta (terneros, cerdos, becerros), tal como ocurre en las cajas donde son encerrados los conejos, o en los cajones donde los patos son cebados para la obtención del paté. El mejoramiento de la nutrición y la mezcla de diversos aditivos (antibióticos, anabólicos) permiten obtener el engorde deseado en pocas semanas. La selección de las razas hiperproductivas que ha multiplicado los rendimientos en leche y huevos, la inseminación artificial y el control sobre la reproducción; el manejo de la temperatura, la humedad y la luz en un entorno totalmente artificial y cerrado, al igual que la automatización de las actividades, son algunos de los factores que han hecho de la crianza una industria eficiente, cuyos procedimientos han sido tomados de otros campos de producción. Los animales son explotados bajo los mismos parámetros y según las mismas normas económicas empleadas con materias vegetales o inertes.

Sin embargo, a nadie le gusta hacer la genealogía del trozo de carne que tiene en su plato, lo suficientemente abstracta como para olvidar al animal. También ingerimos ternero o cordero[6], como si la carne fuera un *continuum* de carne ajeno

6 El texto original en francés resalta la utilización del artículo partitivo *du* (*du* boeuf, *du* mouton) para enfatizar la idea de que se consume una parte de un todo. N. de los T.

a la individualidad animal. La lógica de la serie se antepone a la del individuo. Nada afecta la calma de la carne. Ninguna violencia se desprende del artificio de los trozos "cuya forma y aspecto nos son familiares desde hace mucho tiempo por haber adquirido, ante nuestros ojos, una autonomía y una realidad independientes del conjunto del que hacían parte […] La carnicería, escribe Pierre Gascar, es un lugar de inocencia"[7]. Ni culpable, ni víctima, el consumidor adquiere un producto comparable a cualquier otro que se encuentre en las estanterías. El vocabulario empleado en las revistas de zootecnia, sin hablar de las instalaciones mismas brevemente descritas, conmueve el espíritu: es por demás a justo título que se habla de la "detención" de los animales, de su "enclaustramiento" o "contención", sin ironía ni sentimiento alguno; descripciones escuetas que, sin embargo, no dejan de evocar el universo carcelario, la privación y el castigo. Los animales pagan por su silencio y pasividad frente a la fuerza de los hombres. Con inquietud, uno se interroga sobre los senderos que ha tomado el espíritu humano para idear sistemas semejantes. ¿Cómo no ver en acción una nueva forma de la banalidad del mal?

La reciente actualidad ha suscitado una alarma —pero sólo desde el punto de vista del consumidor— sobre los modos de producción de ciertos derivados de origen animal. Nos referimos a la llamada enfermedad de las "vacas locas" (se advierte el carácter ligero, casi burlesco, de esta designación), a la "tembladera del cordero", a la fiebre aftosa y a la "gripe aviar", las cuales han conducido al exterminio sistemático de centenas de miles de millones de animales. Sólo ha sido tenido en cuenta el aspecto sanitario del problema, ciertamente importante, sin reparar jamás en las condiciones de vida de los animales que, sin embargo, han sido puestas en evidencia por diversas filmaciones: cerdos y pollos amontonados en recintos, gallinas ponedoras en galpones, etcétera, como si una cortina de hierro se interpusiera a la reflexión, aislando las imágenes de su significado primero y ensombreciendo toda evidencia. Los comentarios permanecen ajenos al problema ético que una tal cosificación de los animales hace, sin embargo, manifiesto. Este enceguecimiento es, a primera vista, incomprensible. ¿Quién osaría perturbar la voluptuosidad del festín carnívoro, que según Marguerite Yourcenar consiste en "digerir agonías"? En efecto, el choque entre el universo tornasolado de la buena mesa y el de los animales tibios y blandos que, tratados en cadena, salen del matadero en forma de osamentas rígidas y decapitadas es cuidadosamente evitado.

El animal, puesto a disposición de los hombres y desviado de su finalidad inicial, está sometido a una causalidad ajena que le da forma y le imprime un nuevo fin: el de convertirse, en este caso, en una máquina de producción, estrictamente hablando, que bien designa el término técnico de "carne en pie". Algunos motivos

---

7 Pierre Gascar. *Les bouchers*. Paris, Delpire, 1973, p. 124. La traducción es nuestra.

socioculturales contribuyen ampliamente a nuestro enceguecimiento respecto a la manera como tratamos a los animales. Diversos relevos y artificios, además de la separación ya antigua de los lugares de sacrificio (mataderos) y ventas de animales (carnicerías), disimulan la violencia del proceso. La decoración y el corte de las carnes terminan por volver abstracto el alimento cárnico, del cual el animal, en carne y hueso, es, en fin de cuentas, y paradójicamente, el gran ausente.

Una nueva realidad es ofrecida a la percepción; una especie de doble singularmente desencarnado del animal. Estos artificios miméticos despojan al sacrificio no solamente de su aspecto trágico, sino que llegan incluso a eclipsarlo. La publicidad sobre estos desplazamientos y condensaciones complejos contribuye a ello notablemente, según tres grandes ejes puestos en evidencia por un estudio de imágenes y eslóganes: la valoración del animal, en la medida en que es consumido por el hombre; su reducción al universo alimenticio del que la dietética, la tradición culinaria y el esteticismo de los platos son los principales componentes, y finalmente, la erotización de los productos cárnicos[8].

El animal convertido en reserva de órganos

Existe un campo que no deja de crecer, en cuyo seno los animales son objeto de un nuevo tipo de cosificación y padecen los sufrimientos inherentes a la experimentación. Se trata del campo de las biotecnologías que se aventuran con éxito en las vías de la clonación, la transgénesis y los xenotrasplantes[9]. Nos detendremos en estos últimos.

En las discusiones que actualmente tienen lugar en los comités de ética en torno a los xenotrasplantes, la cuestión del estatus del animal es relegada al margen y dejada a la sensibilidad de cada cual, a la opinión personal o a la posición de ciertos grupos y escuelas de pensamiento: asunto de "convicción filosófica", se lee en el informe francés del Comité Consultivo Nacional de Ética ("Ética y xenotrasplantes", 1999, informe Nº 6), como si la argumentación filosófica se emparentara más con la creencia que con el análisis y la demostración. Además, en los cuestionarios prospectivos elaborados por sociólogos y especialistas de la ética, las preguntas se orientan hacia el posible sentimiento de animalización que podría experimentar el xenotrasplantado; jamás, hacia el estatus de estos animales convertidos en reservas de órganos, estrictamente hablando.

---

8 Ver Florence Burgat "Défiguration et reconfiguration des animaux dans la présentation des viandes et dans l'imagerie publicitaire", *Revue d'esthétique*, N° 40, diciembre de 2001, pp. 57-69.

9 El xenotrasplante (contrario al homotrasplante: trasplante de un órgano de un individuo que pertenece a la misma especie) es un trasplante entre especies, en este caso, de un órgano animal a un cuerpo humano.

Por lo general, los donantes de órganos humanos son las víctimas de accidentes viales. Como se sabe, los órganos deben ser extraídos mientras el corazón aún palpita, es decir, solamente en caso de muerte cerebral. Ahora bien, gracias a las medidas tomadas en favor de la prevención vial, los accidentes son menos recurrentes y con frecuencia menos mortales. Es esto lo que explica la penuria creciente de órganos y motiva las investigaciones en materia de xenotrasplantes. Si hacemos énfasis en este ejemplo, es porque los argumentos que se esgrimen a su favor ilustran adecuadamente la relación entre el humanismo metafísico y el olvido ético del animal.

Algunos autores han evocado el posible sentimiento de culpabilidad de los receptores de trasplantes humanos, en la medida en que deben su vida a la muerte de otro. Es un hecho que los períodos de mayor mortalidad en las vías son esperados con impaciencia (la cual no nos corresponde juzgar) por enfermos en espera de trasplantes. Sin duda, ésta es la razón por la que ciertos comités de ética estiman que la utilización de órganos animales tendría el mérito de librar al receptor de este eventual sentimiento de culpabilidad. En efecto, el animal —que no muere accidentalmente, sino que se lo ha hecho nacer, ha sido biológicamente "preparado"[10] y se le ha dado muerte para extraer sus órganos— no es concebido como ese "alguien" a quien se debe la vida, sino como un envoltorio que contiene las piezas sueltas necesarias. Según esta óptica, desde un punto de vista ético se considera menos espinoso extraer órganos de mamíferos dotados de todas sus facultades mentales y mantenidos en cautiverio sin consentimiento, *pero no-humanos*, que de cadáveres habiendo consentido en vida la donación, *pero humanos*. ¿Cómo no reconocer en ello el legado del humanismo metafísico, según el cual sólo el hombre muere mientras que el animal no hace más que cumplir con el destino de *medio* puesto al servicio de fines e intereses distintos a los suyos? Si el recurso a los animales como fuente de órganos (el término de "donante", que presupone el consentimiento, es, a justo título, criticado por ciertos autores que lo juzgan inadecuado e incluso cínico) resuelve los problemas éticos, esto significa al menos que la vida animal, si tiene un costo, no tiene valor alguno en sí misma.

Poder extraer un órgano "a voluntad", "sin límite", "en el momento exacto en el que se quiera", es presentado, por una parte, como una ganancia fabulosa, una mágica desmesura; y por otra, como aquello que pone en evidencia el fracaso de nuestra capacidad para meditar sobre el bien y el mal, sobre el tiempo y las

10 En efecto, estos animales son transgénicos y criados en condiciones particulares de confinamiento. Para ampliar estos aspectos, remitimos a Florence Burgat, "Le point aveugle de l'éthique (a propósito del informe Nº 61, "Ética y xenotrasplantes", del Comité Consultivo Nacional de Ética)", *Les Cahiers du Comité Consultatif National d'Éthique pour les Sciences de la Vie et de la Santé*, N° 21, octubre de 1999, pp. 19-27.

obras, y sobre la igualdad de las condiciones humana y animal ante la interrupción de todos los posibles, es decir, de la muerte. Esta voluntad de hacer retroceder indefinidamente los límites de las cosas dadas (nuestra condición de mortales) hace que la aceptación de la muerte humana sea cada vez más difícil y la de los animales cada vez más inconsistente. El humanismo metafísico sitúa al animal del lado de las cosas, de aquello que no se pertenece a sí mismo y cuya finalidad es *ser-para-un-otro*. Es así como el derecho positivo lo somete al régimen de las propiedades y de las cosas que cumplen su esencia, viendo su ser transferido y absorbido por la voluntad de un amo que, al marcar y dar forma a la cosa, exterioriza al mismo tiempo su voluntad y existencia racional, en términos hegelianos. La noción de disponibilidad estructura de manera esencial el estatus del animal. Por definición, lo disponible no está sometido a ninguna obligación, pudiendo así ser libremente ocupado, alienado y remodelado, rasgos que caracterizan la mayoría de los usos que las sociedades industrializadas hacen de los animales. El proyecto de crear reservas ilimitadas de órganos provenientes de animales transgénicos constituye una nueva variante de esta noción.

La idea según la cual la condición alienada del animal es el producto de un orden natural de las cosas, de una evidencia contra la cual es imposible rebelarse, subtiende el sofisma propio de una argumentación que busca hacer pasar una creencia antropocéntrica (el animal no es sino un medio para los fines del hombre) por una verdad trascendente, y en consecuencia, indiscutible. Los diversos beneficios que el hombre obtiene del animal, exhibidos en nombre del humanismo, proveen a esta empresa de sujeción el soporte más poderoso, llegando incluso a convertirse en el verdadero motivo y en la prueba decisiva del carácter legítimo de esta dominación. Para justificar las prácticas violentas hacia los animales, la fórmula trivial "siempre se ha hecho así", a la cual apela el sentido común, expresa a su manera la idea de que lo que existe *de hecho* existe igualmente *de derecho*.

El yugo del humanismo metafísico

¿Cuáles son los criterios sobre los que se fundamenta una negación semejante del sufrimiento animal? Esta negación se opera en dos planos íntimamente ligados: el del estatuto ontológico y el del estatuto ético del animal. En lo concerniente al estatuto ontológico, desde el punto de vista del humanismo metafísico y el humanismo jurídico que se nutre de las mismas fuentes, el animal es una propiedad que, por ende, carece de cualquier cosa que le sea propia, no siendo más que *para-un-otro*. En lo referente al estatuto ético y a la luz de toda una corriente de pensamiento, la manera como el animal es tratado le afecta en tanto que ser sensible, propiedad que por sí misma debería generar derechos morales.

Pero este sufrimiento es juzgado moralmente no pertinente, es decir, no causante de ningún derecho moral.

El problema teológico del sufrimiento animal se plantea claramente en el siglo XVII en los siguientes términos: ¿cómo justificar el sufrimiento de seres que no se han visto concernidos por el pecado original? Bajo un Dios justo y omnipotente, seres inocentes no deberían sufrir sin ninguna razón ni compensación; de esta manera, su sufrimiento no es más que una apariencia, según se empeña en mostrar Malebranche, caricaturizando al extremo el sistema cartesiano. La estructura de este razonamiento perdura sobre otro registro y se apoya en otros conceptos. El argumento jurídico según el cual sólo puede haber justicia entre seres capaces de suscribir un contrato que al mismo tiempo los proteja y los obligue, es más que discutible; incluso, en el estrecho marco de la reciprocidad de deberes y derechos. En efecto, desde el momento en que los hombres incluyen a los animales en un tejido de relaciones —usualmente económicas, pero también afectivas—, éstos entran a hacer parte de la sociedad humana, y aunque no pueden establecer un contrato (así como los seres desprovistos de facultades que deben servirse de representantes), viven, sin embargo, en relaciones de dependencia recíproca con los hombres. Además, los humanos utilizan a los animales, lo cual los incluye, de hecho, en el conjunto instituido que es la sociedad. Por otra parte, el reduccionismo fisiológico en sus diversas formas —el behaviorismo, la reflexología, la psicología objetiva— es otra vía que la ciencia moderna adopta para reducir al animal al estatus de un organismo movido tan sólo por pulsiones, desprovisto de un mundo envolvente y de vida mental, y por ende, cerrado a toda experiencia vital. La cosificación de los animales encuentra en esto un potente soporte teórico que suprime toda inquietud ética.

Si tiene sentido abordar esta cosificación bajo un ángulo distinto al de la sola lógica productivista, es decir, hacer de ella una cuestión filosófica, es hacia la definición de la animalidad en el pensamiento occidental que conviene dirigirse. Los textos muestran que los conceptos de humanidad y animalidad fueron pensados en su esencia en una oposición radical, y esta disyunción subtiende la definición clásica del hombre como animal racional. Los términos de este dualismo pueden ser fácilmente situados, en la medida en que esta distinción se construye sobre una idea anterior: la que afirma que existe algo propio en el hombre que es siempre, y al mismo tiempo, un motivo de rebajamiento del animal. Una vez establecido que la dignidad del hombre se basa en su diferencia con este último, la consecuencia está comprendida implícitamente en las premisas. Las siguientes líneas de Max Horkheimer y Theodor Adorno resumen el objetivo de amplios desarrollos conceptuales: “En la historia europea, la idea del hombre se expresa en la forma en que se le distingue del animal. Esta oposición ha sido predicada con tanta constancia y unanimidad […] que hace parte del fondo inalienable de

la antropología occidental, como pocas otras ideas. Incluso actualmente ella es aún reconocida"[11]. El carácter metafísico de esta oposición fundadora explica su perennidad. De esta manera, la proximidad fisiológica y psicológica entre humanos y animales, puesta cada vez más en evidencia por las ciencias (genética, neurología, psicología, etología), no tiene ninguna incidencia en el estatus ético-ontológico de los animales. La comunidad de destino, tan fuertemente evocada en el Eclesiastés —"Porque lo que sucede a los hijos de los hombres y lo que sucede a los animales, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que el animal, porque todo es vanidad […] ¿Quién sabe si el alma del hombre va arriba, y si el animal desciende bajo la tierra?"—, ¿no es acaso la última confesión de un mismo desamparo?

De acuerdo con una definición materialista estricta, la identidad orgánica no produce ningún imperativo moral. Además, es necesario constatar que los biólogos, adeptos a un monismo materialista, son más metafísicos que nunca en sus laboratorios: por una parte, extrapolación al hombre de los resultados obtenidos sobre el animal, y por otra, ruptura absoluta en lo concerniente al sufrimiento infligido inocentemente ante Dios y ante los hombres (al argumento teológico que exonera a Dios, lo suceden los que exoneran a los hombres). La afirmación de la continuidad está borrada en un palimpsesto donde sólo la diferencia aparece. En efecto, cuanto más se afirma la proximidad psicofisiológica de una especie animal con la especie humana, más vasto es el campo de sus usos. Por otra parte, ¿no es en esta proximidad que se apoya la experimentación animal? La demostración del parentesco entre el hombre y el animal, por mucho que trascienda y por fina que sea, no entraña ningún prejuicio sobre la legitimación del dominio del uno sobre el otro: es llevando siempre un poco más lejos los límites de la distinción y declarándola inconmensurable e ilocalizable, que se mantiene un derecho absoluto sobre el mundo animal. Ésta es la razón por la cual el desmoronamiento de los criterios clásicos de la diferencia no afecta esta lógica, y sería vano esperar, de un monismo cualquiera sobre lo viviente, la posibilidad de sustraer al animal del estatuto de bien apropiable. Lo esencial es que el animal continúa siendo un cuerpo sin alma, es decir, disponible. El reconocimiento de su inteligencia, de sus capacidades de aprendizaje y adaptación, y de sus relaciones sociales, no atenta contra el hecho de que el ser humano brille con una luz metafísica que lo hace inigualable.

---

11 Max Horkheimer y Theodor Adorno. *La dialectique de la raison* (1944). Paris, Gallimard, 1996, p. 268. La traducción es nuestra.

Conclusión

¿De dónde surge la necesidad de reiterar la diferencia antropo-zoológica si es tan fuerte, profunda y evidente? A nuestro parecer, el problema no es tanto eliminar todas las distinciones entre los individuos (humanos y animales), como el de poner en evidencia los fines que sirven a la temática de la diferencia. No se trata de nivelar a todos los seres, sino más bien, de desplazar la discusión hacia cualidades intrínsecamente generadoras de derechos, y plantear la pregunta sobre el criterio, a la vez específico y moralmente pertinente, que permita delimitar el campo de la comunidad moral. Según la óptica que restringe tal criterio solamente a la humanidad, éste debe caracterizar a todos los humanos a la vez —pero sólo a ellos— y ningún criterio sólido se presenta, a menos que recurramos a la más profunda metafísica. El único criterio que no perjudica a ningún humano, y que al mismo tiempo quebranta las fronteras de este malsano humanismo, es el de la sensibilidad. Demos la última palabra, a este respecto, a Claude Lévi-Strauss: "La percepción global de los hombres y los animales como seres sensibles, en lo cual consiste la identificación, precede a la conciencia de los opuestos […] [Ahora bien], se ha comenzado a separar al hombre de la naturaleza y a erigirlo en reino soberano, creyendo de esta manera borrar su carácter más irrecusable, a saber, que es ante todo un ser vivo. Ciegos ante esta propiedad común, se ha dado libre curso a toda clase de abusos"[12]. La industrialización de los animales constituye, sin duda, una de las formas más violentas de estos abusos.

12 Claude Lévi-Strauss. *Anthropologie structurale deux*. Paris, Plon, 1973, pp. 50 y 53. La traducción es nuestra.

Marguerite Yourcenar y la protección de la naturaleza: el combate de toda una vida

Michèle Goslar
Centro Internacional de Documentación Marguerite Yourcenar
Bélgica

Si lo político puede ser definido como la voluntad de incidir en el comportamiento de un grupo de individuos, puede decirse entonces que la preocupación constante de Marguerite Yourcenar por el porvenir de los animales y la naturaleza fue de carácter político. Esta preocupación por el respeto de la vida en todas sus formas se manifestó desde sus primeros escritos y en todos los géneros que cultivó: novela y poesía, teatro y ensayos, traducciones y discursos, entrevistas y correspondencia.

Fue a través del contacto con la naturaleza del Mont-Noir de su infancia que Yourcenar despertó su sensibilidad hacia su entorno natural, las plantas, los árboles y los animales. Más tarde, en la isla de los Montes Desiertos —que Yourcenar descubrió durante la guerra y en la que se estableció en 1950—, ella dará prioridad a la geología sobre la historia, y su interés por lo humano se verá desplazado por el de la Tierra que nutre y refugia al hombre.

Naturalmente, su reflexión se extendió al porvenir reservado a los humanos. En efecto, Yourcenar interrogó todo aquello que en mayor o menor grado concernía a lo vital: la alimentación, la explotación de los recursos naturales, el progreso tecnológico, la ciudad, la industria y sus efectos nefastos sobre el hombre[1]. Su penúltima conferencia, titulada "… Si aún queremos intentar salvar la Tierra" —ofrecida en la Universidad Laval de Quebec aproximadamente un mes antes de la hemorragia que habría de poner fin a su vida—, dice mucho sobre lo que inquietaba a esta mujer de ochenta y cuatro años. "De los bosques canadienses

---

1 Ver *Marguerite Yourcenar et l'écologie*. Bruselas, CIDMY, 1990, 116 p., donde se retoman numerosas citas de toda la obra de la autora que atañen a estas diversas preocupaciones.

a la campiña alemana o francesa, de India a Senegal, de Marruecos a China, encontramos en todas partes este inmenso avance de los desiertos", constata ella, denunciando la contaminación del agua y nuestra sociedad de consumo, "una sociedad de desperdicio que conduce no solamente a un deterioro de la condición psicológica y social del hombre, sino incluso a un deterioro de la Tierra".

Si el compromiso ecológico de Yourcenar estuvo sin duda motivado por el espectáculo de las vacas tan cruelmente conducidas al matadero, presenciado en Grecia hacia 1930, y por los sufrimientos infligidos a los animales por doquiera, esta compasión fue rápidamente trascendida para constituirse en un pensamiento organizado con la intención de modificar el comportamiento del hombre respecto a las otras especies. Su compromiso fue constante y total, así como lo expresa la frase de *Opus nigrum* que hizo grabar sobre su tumba: "Quiera Aquel que Es quizá, dilatar el corazón de la humanidad a la medida de toda la vida". Voto piadoso aún en el momento en que escribo estas líneas, en la medida en que reclama la atención y el respeto hacia todas las formas de vida humana, animal, vegetal, e incluso mineral. Entretanto, nuestra época continúa exhibiendo hombres que hacen sufrir a los hombres, sin por ello reducir la masacre de los animales y la naturaleza.

El horror del animal que sufre y de la muerte que se abate brutalmente sobre lo vivo, la infame ruptura del lazo de confianza entre el animal familiar y el hombre, la crueldad del campesino que lanza a su vieja mula desde lo alto de un acantilado, o la del torero que masacra a un toro ciego; toda esa náusea de la violencia gratuita viene sin duda,para Yourcenar, de tiempo atrás: del horrible espectáculo de una gata abatida por un disparo que la lleva del salto ágil en el árbol al estado de masa inerte que cae en las altas hierbas de los bosques de la infancia de la pequeña Marguerite[2]. La mujer nunca olvidó a la niña solitaria que se vivificaba con el contacto de los árboles o se divertía jugando con los conejos sobre las laderas del Mont-Noir, sensible incluso a las flores cortadas que forman los "ramilletes de agonías", mencionados ya por Victor Hugo. Yourcenar tampoco olvidó el disparo de fusil que segó la vida de su perro Trier al alba —llevado por su madre del viaje de esponsales en Tréveris, tres años antes de dar a luz—, ni más tarde, la horrible visión de los caballos reventados y de los árboles derribados que tapizaban los caminos de Europa entre 1914 y 1918. Las jaurías de perros hambrientos que merodean en los alrededores de los lugares arqueológicos de Grecia, los ruiseñores que en su Bélgica natal son despojados de sus ojos para mejorar su canto, o aun las escenas de caza en Acoz o Flémalle, donde el ave apenas liberada se lanza a un cielo que se abre ante ella como una inmensa página

2 La escena se convirtió en el tema de una pesadilla narrada en "La Mare maudite", *les Songes et les Sorts*, p. 1547.

blanca, siendo repentinamente convertida en piedra y cayendo como un Ícaro más: toda esta violencia, por el hecho de ser gratuita, le es aún más insoportable.

Yourcenar confiesa haberse forzado para escribir en 1950 las escenas de caza de *Memorias de Adriano* y precisa que aún en el siglo II este deporte se asimilaba a un combate real entre el hombre y el animal. En 1963, a través de Zenón, ella rechaza masticar el animal muerto y "digerir agonías" (*ON*). Más tarde, en *Archivos del Norte,* redactado entre 1973 y 1977, en un momento de gran toma de conciencia sobre la importancia del medio ambiente, que se produce a escala casi mundial, Yourcenar sueña con un mundo anterior al hombre, anterior a ese "predador-rey", "leñador de animales y asesino de los árboles", "cazador que dispone sus trampas en donde se estrangulan las aves y sus estacas en donde se empalan los animales usados por su piel"; ese "hombre-lobo, hombre-zorro, hombre-castor", en suma, ese hombre "con sus poderes que, sea cual fuese la manera de evaluarlos, constituyen una anomalía en el conjunto de las cosas, con su temible don de ir siempre más allá del bien y del mal que el resto de las especies vivas que conocemos, con su horrible y sublime facultad de elección" (*AN*, 23). Este texto premonitorio condena de antemano a la especie humana que hoy no duda en sacrificar decenas de millones de animales para su propia supervivencia, haciéndolos sufrir con los malos tratos infligidos por ella misma. Comparativamente, añade la autora, la ferocidad del animal que mata para alimentarse no finge pretextos, no apela a ninguna ley y su presa no se reclama víctima de ningún castigo: "La muerte, siempre obscena en los hombres, era limpia en aquella soledad" (*ON*, 278), dice Yourcenar.

Por una parte, ella describe los saltos cándidos y maravillosos de los delfines que siguen a una miserable embarcación de refugiados entre Ostende y Douvres en agosto de 1914, y por otra, al bebé foca apaleado sobre la banquisa canadiense y despellejado aún estando vivo para ofrecer a los turistas baratijas de piel animal. Por un lado, la aparición majestuosa de un alce que se aventura en las afueras del bosque, especie de dios milenario, y por el otro, los mataderos de La Villette plagados de gritos, sangre y carnicería, tan atroces como inútiles. Y en ella, siempre agazapada, esa certidumbre del sufrimiento de inocentes, esa monstruosa impotencia ante el mal y esa intolerable incapacidad para hacer cesar la masacre.

En sus libros abundan quejas y denuncias sobre la crueldad del hombre hacia el animal, la naturaleza o él mismo. Yourcenar nunca dejó de acusar a ese "gusano desnudo" por las carnicerías, los montones de cadáveres y los holocaustos que acumula desde su presencia en la Tierra. De la invención del sacrificio, esa "odiosa concepción de Dios" (*QE*, 70) que aún hoy justifica la degollación de millares de corderos en manos de musulmanes, a los inútiles juegos de masacres como la caza, donde la muerte se ha convertido en un deporte, ella indaga sobre el derecho que el hombre se arroga para ejercer un poder y una superioridad sobre el resto de lo que vive y muere.

Sin extenderse casi sobre estos temas, a Yourcenar le basta transmitir una constatación, una reflexión o una alusión. Sin desbordamientos que susciten risa, con la palabra justa e incisiva, la frase que conmueve y suspende la lectura, lapso de una toma de conciencia, ella sabe que aquello que estremece es el hecho descarnado, preciso y tajante como la incisión de un bisturí, y que el sufrimiento no requiere de lágrimas para conmover. "¿Quién puede saber —repite ella con el Eclesiastés— si el alma del animal desciende bajo la tierra? (*TGE*, 155), lo que es ya reconocerle un alma, ¿Quién sabe —añade— si "un animal es menos digno que el hombre de la solicitud de Dios"? (*DS*, 151), lo que es ya concederle una dignidad.

Yourcenar oscila entre el hombre y el animal, asimilándolos y sirviéndose del primero para describir al segundo, con el fin de persuadir sobre la igualdad entre ambas especies. El animal comparte con el niño la inocencia, y con el hombre encadenado, el incomprensible sufrimiento impuesto. Los peces que agonizan sobre la ribera mueren asfixiados como lo haría el hombre sin aire: "La misma fuerza que piensa en el hombre, rept[a] en la lombriz, vuel[a] en el ave o veget[a] en la planta" (*PE*, 88-89). ¿Acaso no decía del árbol que se troza, "matar lo que no puede huir"? (*TGE*, 220). Por otra parte, Yourcenar no deja de reconocer con Caillois, la piedra que data del mundo anterior al hombre, una "sorda vibración que dura desde hace tantos siglos que ni siquiera los podamos contar" (*PE*, 218). Recordemos que ella invitaba a escuchar las piedras, que habló de "la amistad de las piedras" e intituló uno de sus últimos libros *La Voz de las cosas,* para aludir al ruido que emite una placa de malaquita al romperse en el suelo.

Las vacas apoyan su hocico sobre el cuello de su compañero de cadena como una pareja de enamorados, un mendigo muere en un campo al igual que una mula, una mujer salta como un corzo, un caballo se desploma tras una agonía casi humana, un hombre muge como un buey que se desangra, la fiera llora a sus pequeños como Andrómaca, y la gata juega con el ratón como Celimea con sus amantes. Es decir que el animal muere de dolor, con dolor, así como el humano. Son abundantes los ejemplos que hacen del animal "nuestro hermano de sangre caliente". La brutalidad desplegada contra éste es insultante e inadmisible. Al comparar al asesino de los árboles con el verdugo de los animales, Yourcenar tilda de escandaloso el desprecio por la vida de un individuo de cualquier especie; y al denunciar la indiferencia del hombre frente a cualquier forma de sufrimiento, llama nuestra atención sobre el peligro que representa para todos la propagación de esta insensibilidad[3].

---

3 Es inevitable pensar en el hábito de la crueldad, inculcado no solamente por películas que ostentan una violencia cada vez más gratuita, sino también por juegos electrónicos infantiles de acceso libre en internet, donde, por ejemplo, se ve a una niña trozada por un lazo o a focas destrozadas que expanden su sangre sobre la blancura de una banquisa cubierta de nieve.

Yourcenar es consciente de que estos temas no son objeto de incursiones literarias inocentes o descontroladas, así como lo declara a Matthieu Galey: "Si el pasaje de *Recordatorios* sobre los elefantes masacrados ha desanimado a un solo rico ocioso a ir al África para matar a un elefante, o impide que una sola mujer compre una baratija de marfil, sentiría la justificación de haber escrito *Recordatorios*" (*OA*, 214). Clama igualmente con vehemencia por la realización de "una película llena de sangre, de mugidos y de un espanto harto auténtico", que produzca millares de protestas contra las prácticas de los mataderos de La Villette, en París (*TGE*, 204-205). También escribe artículos contra la masacre de focas y persuade a Brigitte Bardot para que, a través de su fama y belleza, disuada a las mujeres que aún se visten con cadáveres de animales (*C*, 312-318).

Para Yourcenar, el animal es una vida encerrada en una forma apenas distinta a la nuestra, lo que evidentemente justifica que sea respetado. Para ella, cualquier vida tiene significado, incluso la de un insecto, por lo cual no comprende que el hombre no viva en armonía con los animales: éstos, respaldándolo en su labor, y aquél, proveyéndoles a cambio los cuidados, el albergue y el alimento necesarios. La brutalidad hacia el niño, el animal o la naturaleza es una traición a nuestra misión de organizar el universo de la mejor manera posible.

Cuando Yourcenar aborda el examen de la naturaleza, más vasta que el hombre o el animal, se confronta con otra forma de explotación abusiva. El hombre parece haber olvidado que las cascadas le proporcionan la electricidad; los árboles, la madera de sus refugios y el papel en el que cree fijar verdades que perdurarán por siempre; o que el lino se transforma en tejido para cubrirlo. En suma, el vegetal "sirve" tanto como el animal. ¿Pero acaso aún existe un "reino vegetal", cuando se constata que la naturaleza ha sido desfigurada, contaminada y destruida por doquiera? Los bosques —esas zonas pintadas de verde en los mapas donde, recuerda la escritora, pastaban los uros que habían sobrevivido a la prehistoria— han sido devastados para imprimir diarios que difunden inutilidad y mentira o para construir trincheras donde los hombres se matarán unos a otros. Las aguas han sido contaminadas por fábricas que producen objetos inútiles y han impuesto al hombre una vida regulada por la cadencia.

Yourcenar asocia la naturaleza al animal que sufre, con el fin de despertar la sensibilidad hacia la suerte reservada a "esa naturaleza que se mueve y cuyos momentos ocupan siglos" (*ON*, 45). El prior de los franciscanos, en *Opus nigrum*, agobiado por los abusos de la Inquisición, evoca simultáneamente al cordero que sangra y al trigo que se muele; las espinas de un lenguado evocan el esqueleto vegetal; la nuca de Antínoo despierta la pulsación regular de las fuentes; un esqueleto es vigoroso como un tronco de árbol, y el emperador Adriano se pregunta incluso, "en qué difiere esencialmente el sufrimiento de la hierba segada del de los carneros degollados" (*MA*, 15). El árbol, "ese organismo verde", esa

"gran criatura verde" que "mantiene un equilibrio entre las presiones de arriba y las gravitaciones de abajo" (*PE*, 81), es derribado dejando a la tierra embebida de lluvias y asfixiando a los humanos imprudentes. El tallo crece hacia la luz, padece de la falta de agua y se contrae con el frío, constata el sabio y filósofo Zenón, quien también se interroga sobre las "sordas cogitaciones de [las] piedras" (*ON*, 232).

En el departamento del Norte de Francia —territorio de la niñez de Yourcenar—, los granjeros arrancaron los cercados de árboles para extender sus campos y mecanizar la cosecha. Jean-Marie Géhu, fitosociólogo fundador de la asociación en Bailleul —que respondió al deseo de Yourcenar de ver el parque de su infancia convertido en reserva natural—, denunciaba hace veinte años la imposibilidad de un retroceso, al no estar ya la tierra atada por las raíces de los árboles en aquella región montañosa y a causa del riesgo de la erosión de terrenos, agravado por el clima del norte. Yourcenar era poco optimista al declarar en 1973, que "los que saben que no se destruye la belleza del mundo sin destruir también su salud, no han nacido todavía" (*R*, 300).

Para la autora, la fuente esencial de la mayor parte de nuestros males es una demografía galopante que priva a la mayoría de los seres de la dignidad misma de existir y prepara la futura carne de cañón de un planeta atiborrado. Ella denuncia las ciudades sucias, las ciudades termitero, la pobreza, la falta de instrucción e higiene, es decir, la sobrepoblación descontrolada, fuente de conflictos y miseria. Las mujeres, "esas criaturas ricas en leche y lágrimas", han sido "esterilizadas contra la desdicha y la vejez" (*CO*, 55), recuerda Yourcenar evocando así la ciencia y el pretendido progreso. En realidad, han transformado el placer de vivir en "ultraje de existir" (*PE*, 246), haciendo del hombre "una empresa que tiene en contra al tiempo, a la necesidad y a la fortuna, así como a la imbécil y siempre creciente primacía del número" (*ON*, 343).

¡Y ella no se detiene allí! La industria, que debería proveer a todos los hombres por igual los productos de primera necesidad —tal como lo soñaban Taylor o los estajanovistas—, lejos de haber tenido ese efecto ha resultado ser fuente de mancilla y esclavitud de un nuevo tipo que liga al hombre a la máquina, desligándolo así mismo de la tierra y la naturaleza. Al cabo de más de dos siglos de "desgaste industrial", la industria es también la causante de la muerte del agua y el aire, de la pestilencia de nuestras ciudades, de la fealdad y la suciedad. Para alcanzar este triste resultado, se ha explotado "el carbón de los bosques muertos millones de siglos antes de que el hombre empezara a pensar y el petróleo nacido de la descomposición de las rocas asfálticas […] multimilenarias"; "las chimeneas de las fábricas vomita[n] su ofrenda a las potencias industriales" (*R*, 115), haciendo del cielo una "tapa grasienta". Las ciudades se asemejan a termiteros asfixiados con su topografía infernal, sus muros negros de hollín, sus calles grasosas, sus

cielos sombríos, sus olores rancios y sus sótanos húmedos y malsanos, habitables por seres distintos a nosotros[4].

No cabe duda de que semejante visión de la industria sea desfavorable al progreso, percibido como una fuente de contaminaciones de toda índole (sonora, visual, olfativa, etcétera), como un refinamiento y una manera certera de eliminar con mayor rapidez a un mayor número de seres vivos, comenzando por los humanos. El hombre sueña con los beneficios presentes y las satisfacciones del mañana, pero "nunca con lo que vendrá después del mañana o con el siglo por venir", afirma Yourcenar. Las lluvias ácidas o la rarefacción de la capa de ozono terminarán rompiendo el equilibrio natural. Ahora, el hombre corre el riesgo de ser destruido, así como él mismo ha destruido a otras especies vivientes, pues como decía Yourcenar en 1971, es la vida misma la que hoy está amenazada. También sabía que la naturaleza salvaje pronto cubriría de nuevo esos templos elevados al beneficio inmediato y a los placeres adulterados, esas huellas de una sociedad donde la facilidad de vivir ha borrado toda alegría de vivir. Y quizás, esta vez la Tierra impida a ese "gusano desnudo" desarrollarse y propagarse una vez más.

Yourcenar atraviesa el umbral hacia el verdadero compromiso político, cuando afirma que la violencia ejercida sobre el hombre es una consecuencia de la violencia ejercida impunemente sobre el animal, aun cuando se pueda añadir que a menudo ésta no más que una consecuencia de la violencia entre los hombres: "[…] la crueldad […] suele ejercerse a menudo contra el hombre porque antes se ha ejercido con el animal. […] habría menos niños mártires si hubiese menos animales torturados, […] menos caza humana […] si la afición y la costumbre de matar no fueran patrimonio de los cazadores" (*TGE*, 164-165). Haciendo ella misma de abogado del diablo, expresa a Brigitte Bardot que las masacres de focas no son poca cosa comparadas, por ejemplo, con los horrores del Vietnam[5], ya que "[…] el hombre culpable de tal ferocidad, o, lo que es tal vez aun peor, de grosera indiferencia a la tortura infligida a los animales, es también más capaz de torturar a sus semejantes" (*C*, 315). Ahondando aún más en su razonamiento, concluye que "[…] habría […] menos vagones sellados llevando hacia la muerte a las víctimas de ciertas dictaduras si no nos hubiéramos acostumbrado a ver furgones en donde las reses agonizan sin alimento y sin agua, de camino hacia el matadero" (*TGE*, 165).

Convencida de que lo inevitable no ha sucedido aún, Yourcenar nos anima a todos humildemente para que en lo cotidiano recorramos el camino en sentido

---

4 Se trata de la descripción del Lille paterno y de la infancia en *Archivos del Norte*.

5 Recordemos que Yourcenar participó contra esta guerra en Bar Harbor.

inverso. ¿Qué hacer? Decir, convencer, evitar, rechazar, limitar, denunciar, educar, donar, sostener, alzar la voz, reflexionar… Todo es válido aun si el resultado no es proporcional al esfuerzo desplegado. Buscando detener la caza, el comandante Cousteau decía a los niños: ¡roben los cartuchos de sus padres! Otro invitaba a abrir las jaulas de las aves; Yourcenar escribe: renuncien a las pieles, encuentren de nuevo la belleza natural sin ese maquillaje que apesta a vivisección, no compren más que lo útil; economicen la luz, el carbón, la madera; no usen más de un pañuelo de papel a la vez, reciclen sus envases y papeles; piensen, cada vez que abran el grifo, que el agua de las fuentes y los océanos es limitada; pregúntense si realmente les gusta el sabor de la carne, si la compañía para la que trabajan produce elementos útiles o indispensables; no hagan parte de la carnicería y luchen mientras haya una criatura errante en la extensión de los tres mundos, pues "cada uno de nosotros posee más poder sobre el mundo de lo que cree poseer" (*OA*, 219-220).

Aun siendo parciales, las soluciones existen. Donaciones[6], cartas de protesta, pronunciamientos y discusiones, son también formas de luchar contra la deplorable situación actual. "Nunca será demasiado tarde para intentar obrar bien, mientras haya sobre la tierra un árbol, un animal o un hombre" (*OA*, 268), afirmaba Yourcenar, puesto que la Tierra pertenece a todos los seres vivos y nos salvaremos o pereceremos con ellos y con ella. Durante su vida, Yourcenar apoyó económicamente a más de cien asociaciones que luchan por la salvaguarda del hombre, del animal y la naturaleza[7]. A través del testamento legó su casa (cuando ésta deje de atraer a los curiosos) a The Nature Conservancy of the Pine Tree State, y el dinero proveniente de la subasta de sus objetos personales, a tres instituciones ecológicas: la World Wild Fund, la Fundación Marguerite Yourcenar de Bailleul[8] y la Reserva Natural de Zwin en Bélgica y Holanda[9]. Aún hoy sus derechos de autor continúan apoyando a estas sociedades o a sus equivalentes. Estos deseos póstumos son testimonio de aquello que le parecía primordial.

En un texto titulado "Anhelos" —en el que incluye sus deseos más profundos y los aspectos del mundo en el que desearía vivir—, Yourcenar dice: "Un mundo

---

6 Los norteamericanos, que son quizás los principales responsables de la situación actual, también han comprendido que las donaciones pueden desviar una buena parte de los impuestos de manos de los políticos y apoyar directamente, sin pérdida de dinero, las acciones que están a nuestro favor. La lucha política para deducir de los impuestos la totalidad de las donaciones hechas a asociaciones de protección de la naturaleza es una de las vías para intensificar y ampliar la lucha por un ambiente sano.

7 Ver la lista en *Marguerite Yourcenar et l'écologie, op. cit.,* pp. 92 a 94.

8 Su objetivo es restablecer la flora autóctona del Flandes francés para reintroducir la fauna original de forma natural.

9 Una de las más importantes reservas ornitológicas de Europa.

donde todo objeto viviente, árbol, animal, fuera sagrado y jamás destruido, salvo con aflicción y en caso de absoluta necesidad" (*SII*, 240). Lejos de una sensibilidad exacerbada o una sensiblería tachada de "femenina", la compasión por la suerte de los animales y la naturaleza se revela en ella como la toma de conciencia de una actitud "antinatural" que choca con el orden mismo de la naturaleza por su carácter subversivo y a-normal. Al actuar como lo hace, el hombre socava la Tierra, y con ella, sus posibilidades para superar las nuevas devastaciones que le esperan. Es sabido, por ejemplo, que la selva amazónica guarda decenas de millares de plantas aún desconocidas por nosotros y cuyos efectos podrían salvarnos de una epidemia futura que nuestro modo de vida hará necesariamente universal. Y, sin embargo, cada día esta selva se reduce en centenares de kilómetros cuadrados para saciar la sed de ganancia de algunos o permitir a otros vivir sin la necesidad de buscar recursos en otra parte. Las guerras han expandido gases, contaminantes y armas químicas y biológicas por el mundo entero, inoculando enfermedades en plantas y animales, que luego nos son transmitidas… De cualquier manera, la masacre da testimonio de una verdadera inconsciencia, antes que de simple crueldad; ella revela una aberración del comportamiento humano fundada en una sensación de poder que nada ni nadie le ha atribuido al hombre.

Hacia los años 70, Yourcenar sabía ya que la inmensa fuerza que representa la naturaleza —con su facultad casi milagrosa de renovarse en cada primavera— podría reaccionar frente a tanto desprecio y ataques contra su integridad, podría ser perturbada al punto de desestabilizarse y crear a su vez el gran desorden que habrá de volverse contra su agresor. Quizás las catástrofes naturales que hoy padecemos no sean más que la prueba de ello, recordándonos que la humanidad también es frágil.

¿Yourcenar no vio ni padeció el espectáculo de los africanos que se matan entre ellos —efecto de mayorías o minorías étnicas queriendo reinar sobre una parcela de la Tierra—, ni las fosas comunes que surgen por doquiera? ¿Y qué decir de las poblaciones desplazadas como manadas de animales, amontonadas en campos a la espera de que la matanza se detenga? ¿Cómo aceptar la indiferencia de una parte del mundo frente a la otra que sufre de sed, hambre y enfermedades, mientras de este lado, de esta invisible frontera, se arroja la comida sobrante o poco rentable? ¿Qué hacer frente a una Europa que vierte sobre Asia sus desechos tecnológicos y en mares sus desechos radiactivos? ¿Cómo habría percibo Yourcenar la enésima petrolera contaminando por enésima vez un océano ya debilitado por todas las manipulaciones humanas y el espectáculo de aves cubiertas de alquitrán y de vientres blancos de peces asfixiados? ¿Cómo soportar cada verano a esos constructores que esparcen el fuego sobre millares de hectáreas de bosques, sin pensar siquiera en los humanos que habitan en él, en los árboles que arden y en los animales que no pueden huir de ese infierno? ¿Es realmente necesario

preguntarse si conviene detener el atroz, inconcebible y repugnante crimen que actúa y está presente en todas partes? ¿Cómo seguir presenciando, sin reaccionar, a los hombres que hacen inhabitable el mundo para otros, sin imaginar que están poniendo en peligro su vida y creyendo que hacen parte de los que serán salvados de lo inevitable? ¿Cómo no sublevarse ante la muerte de millones de animales que hoy el hombre se arroga el derecho de destruir, en aras de salvaguardar su propia especie? Ni siquiera el más alejado de la idea de un dios puede admitir la insolencia de afectar la vida de otro —del cual hacen parte animales y vegetales— sin pensar en la abjuración.

No se trata solamente de errores de aprendiz de brujo ni del derecho legítimo a la supervivencia, sino de crímenes conscientemente cometidos, genocidios y holocaustos perpetrados sobre especies vivas indefensas y carentes de medios para escapar de la masacre. El hombre desequilibra las fuerzas vivas del mundo sin saber siquiera a dónde lo conducirá todo aquello, va más allá de su poder, franquea el límite de lo permitido y destruye la vida que no le pertenece.

¡Y que no se diga que no había elección! Siempre hay elección: vacunar a los animales enfermos, cuidarlos y no servirse de ellos como alimento; la elección de no tratarlos como a un vulgar saco de carne obligado a tragar cualquier cosa; la elección de no contaminar el suelo con fertilizantes nocivos para producir cada vez más rápidamente; la elección de no duplicar la naturaleza mediante transgénicos cuyos efectos negativos ignoramos; la elección de no hacer una mala elección. Pero hemos optado por el desprecio a la vida, por el dinero, la ambición y el poder, que en el fondo no es más que una confesión de la impotencia fundamental de lo humano para vivir en armonía con las otras especies, respetar el planeta que le ha dado la vida y hacer algo más que arruinar lo que encuentra a su paso.

¿Inconsciencia real?, replicarán ustedes. ¿Desconocimiento del papel de las especies en la gran máquina universal? Es verdad que el ignorante se dice: una especie más o una especie menos, ¡mientras no sea la especie humana!... Quizás en lugar de fustigarlo con la publicidad de una nueva comida enlatada o de una nueva e inútil baratija, habría que saciarlo de pruebas para demostrarle que incluso el insecto más pequeño cumple un papel en la cadena alimenticia, que la mosca derribada de un manotazo —sin pensar siquiera que ese minúsculo ser está dotado, como él, de órganos— tiene su propia utilidad, y que su desaparición va a desequilibrar, aun cuando sea ínfimamente, la estabilidad del sistema entero. Ya no recuerdo en cuál ciudad decidieron erradicar a las palomas de los edificios públicos —¡que por demás no se duda en derribar durante las guerras!— y poco tiempo después fue necesario reintroducirlas, en vista de que todos los desagües de la ciudad estaban taponados, las cornisas sucias, las zanjas obstruidas…

Hoy un nuevo mal amenaza a las aves y a los hombres: la gripe aviar. Para combatirla, los humanos se han arrogado una vez más el derecho de matar: 1.500.000

pollos abatidos en tres días en China en 1997, 1.600.000 en Vietnam en 2004, 30.000.000 de aves en Holanda en 2003 —¡la eficacia de los países llamados desarrollados!—. ¿Y cuántos más aun en Indonesia, donde el mal se expande de manera casi inevitable? Europa y los países ricos se movilizan frente a la nueva amenaza promulgando la "regla de oro": destruir a las aves enfermas y a las que hayan tenido contacto con ellas, sin considerar la vacunación de los animales más que como último recurso, a pesar de ser más segura y menos costosa. Hasta el mes de abril de 2006, 107 personas habían perdido la vida a causa de la gripe aviar y 200.000.000 de aves de todas las clases han muerto o han sido eliminadas para detener el mal. ¿Pero acaso no estamos acostumbrados a ver a las aves hacinadas en las granjas industriales con el pico y las uñas cercenados para evitar que agredan a sus vecinas? ¡Otra fue la suerte de las vacas locas y el cielo no se nos vino encima!

Nuevos métodos son inventados cada día para matar más rápidamente y de forma más certera: cerca de 7.000 animales son electrocutados por hora. Inevitablemente pensamos en la misma insensibilidad e indiferencia que permitió el exterminio, con gases, de cientos de miles de judíos, como si el horror no pudiera más que repetirse una vez cometido; como si las cifras no fueran más que cifras, dibujos abstractos e insignificantes; como si ya no comprendiésemos el significado de morir; como si no viésemos los cadáveres aún recientes en las noticias del día. ¿En qué futuro próximo o lejano veremos a algunos hombres investidos del poder de decidir si los enfermos deberán ser tratados como peligros públicos —reunidos y eliminados como se hace hoy con las manadas de animales—, para proteger a una parte de la humanidad?

¿En cuánto tiempo veremos al pobre *Homo sapiens* perseguir a un ave, convencido de que lo contagiará? ¿Cuánto más para verlo abandonar a su gato querido o a su perro fiel por considerarlos susceptibles de ser portadores de la enfermedad?[10] ¿Cuánto tiempo más aún para verlo sospechar del menor brote de hierba que surja entre los pavimentos de su ciudad y rociarlo con herbicidas por temor a que la planta atraiga un insecto que podría inocularle un nuevo mal? ¿Cuánto tiempo para atacar a ese insecto que acecha la más mínima forma de vida en su universo de cemento esterilizado? ¿Cuánto, finalmente, para verlo morir en su casa-cubo, en una ciudad sin árboles, sin aire, sin perfume, sin vida, sin cielo, sin luz, sin ni siquiera el recuerdo de un ser vivo distinto al vecino? ¿Cuánto tiempo para que comprenda que quizás la armonía es la solución?

Hago votos por la existencia de un tribunal universal que no sólo condene los crímenes contra la humanidad, sino aquellos perpetrados contra todas las

10 Favoreciendo así el desarrollo de la enfermedad y seguramente exponiéndolos aún más al contagio eventual con las aves enfermas.

especies, contra la Tierra y la Vida. Quizás el verdadero combate suponga ante todo reconocer el derecho a la Vida y a la Tierra. Pues los hombres terminarán por destruir también al hombre —uno duda en seguir escribiendo Hombre—, así como lo afirmaba Marguerite Yourcenar… lo que por demás, ya está hecho.

Ensayos y meditaciones

Rémy Poignault
Universidad de Clermont-Ferrand II
Francia

Los textos que figuran en esta sección, escritos entre 1970 y 1980, están reunidos en su mayoría en *El Tiempo, gran escultor* y *Sources II*; algunos de ellos fueron publicados por primera vez en el diario *Le Figaro*. Ciertamente, Marguerite Yourcenar eligió inscribir su combate por el porvenir del planeta en un soporte mediático, la prensa —respecto a la cual se mostró generalmente muy crítica por su carácter efímero—, con el fin de acceder a un gran número de lectores. De igual forma, y por iniciativa propia, suscitó un reportaje televisado para sensibilizar a sus contemporáneos e incitarlos a tomar en consideración la causa de los animales, que es también la de los hombres.

Los textos publicados a título póstumo en *Sources II* revisten un carácter más secreto, ya que sus "Anhelos", "Odios", "Proyectos", "Pensamientos y preceptos", tenían ante todo un objetivo personal, a saber, el de la meditación cotidiana a la manera de los estoicos, los cristianos o los filósofos orientales que practican ejercicios espirituales, aun cuando revelan a la vez la toma de conciencia de una urgencia absoluta y la voluntad de una acción; incluso, si a menudo no van más allá de los votos piadosos en el cuadro de un mundo ideal que alcanza la utopía y lo que a veces ésta pueda tener de discutible. Sin embargo, nos encontramos ante uno de los "compromisos" inusuales de Yourcenar, en el sentido estricto del término. "Seamos subversivos"; sabemos que en este campo la escritora participó en acciones concretas: manifestaciones, apoyo a asociaciones, envíos de cartas a políticos, etcétera[1].

En estos escritos, Yourcenar asume ante todo la defensa de los animales usados por su piel —inmolados en aras de una cierta imagen de la feminidad—, criados

1 A propósito de este tema, consultar el artículo de Françoise Bonali Fiquet, "Yourcenar et la défense de l'environnement à travers les *Entretiens*", en *Marguerite Yourcenar essayiste*, Carminella Biondi, Françoise Bonali Fiquet, Maria Cavazzuti, Elena Pessini. Ed. Tours, SIEY, 2000, pp. 244-254.

industrialmente —privados de todo contacto con la naturaleza y condenados al horror del matadero— o convertidos en víctimas de experimentación. Pero más allá del animal, son también el hombre y el universo lo que ella defiende. Hay quienes se han ofendido por las comparaciones entre la suerte de los animales y los crímenes contra la humanidad, pero lejos de minimizar y banalizar la barbarie hacia el hombre, es preciso situarla en una dimensión universal y concebir un humanismo más allá de lo humano. En una sociedad que ha separado al hombre de la naturaleza, éste debe recuperar el contacto con el mundo animal, mineral y vegetal; en una palabra, con el Todo. Las "Meditaciones en un jardín" no tienen nada de bucólico o pastoril; el desafío es otro: penetrar en el corazón del ser del universo y hallar de nuevo, a través de la observación de un ave, una rana, una flor o un árbol, los cuatro elementos que nos constituyen a nosotros mismos.

Las causas del mal son profundas. Yourcenar evoca la sociedad de consumo, la carrera de producción y rentabilidad, la publicidad y diversas razones económicas, demográficas y psicológicas —la vanidad y la ligereza humanas—, pero se remonta aún más lejos para situar parte de los orígenes del mal en uno de los cimientos de la civilización occidental: la desviación del pensamiento judeocristiano que desconoce al animal sólo en provecho del ser humano, tal como lo muestra la imagen misma del cartesianismo. Es sorprendente observar que actualmente los estudios de etología evidencian la existencia de una "cultura" animal, allí donde hasta hace poco se veía tan sólo una "máquina" guiada por sus instintos.

El mal es grande. ¿Pero es irreversible? Una mirada lúcida no conduce al optimismo y Yourcenar se interroga ampliamente buscando una respuesta al suicidio de jóvenes desesperados que prefirieron renunciar voluntariamente a un mundo en guerra, de violencia y destrucción del medio ambiente[2]. Esta forma de sabiduría oriental, entre otras, es la que le ofrece su más sólido argumento: seguir viviendo mientras se pueda ser útil aun cuando sea a un solo ser; una forma de llamado a la resistencia, incluso cuando todo pareciera estar perdido. En esta "dificultad heroica de vivir" reside justamente la grandeza del combate.

El compromiso de Marguerite Yourcenar con los derechos fundamentales de los seres vivos, es un compromiso filosófico, moral y activo. En él habita la conciencia de una solidaridad universal del individuo.

---

2 "Esa siniestra facilidad para morir", *El Tiempo, gran escultor.*, pp. 167-171.

Animales de hermosa piel[3]

Me piden que colabore en un libro titulado *Las coléricas*. No me gusta ese título: apruebo la indignación que tantas ocasiones tiene, en nuestros días, para ejercitarse, pero no puedo decir que apruebe la cólera, esa pequeña irrupción individual que descalifica, ahoga y ciega. Tampoco me gusta el hecho de que ese libro sea elaborado exclusivamente por escritoras. No restablezcamos los compartimentos para mujeres solas.

No obstante, si escribo estas líneas es porque imagino, con razón o sin ella, que un libro escrito por mujeres será leído por mujeres, y es a ellas, sobre todo, a quienes va dirigida esta protesta. Cuando alguna vez —en la sala de espera de un odontólogo o de un médico— se me ocurre hojear una revista de modas femenina, sobre todo de esas de lujo en papel satinado, paso rápidamente, tratando de no verlos, como si se tratase de fotografías pornográficas, unos anuncios que ocupan toda la página y en los cuales se han derrochado todas las seducciones del tecnicolor. Son unos anuncios en donde se pavonean individuos femeninos envueltos en suntuosos abrigos de pieles. Estas mujeres jóvenes, a quienes cualquier ojo capaz de ver por detrás de las cosas vería chorreando sangre, se envuelven en los despojos de unas criaturas que respiraron, comieron y durmieron, que buscaron una pareja para sus juegos amorosos, que amaron a sus crías, a veces hasta el punto de dejarse matar para defenderlas y que, como hubiera dicho Villon, "murieron con dolor", como lo haremos todos, pero cuya muerte se las infligimos nosotros con salvajismo.

Más aún, muchas de esas pieles proceden de animales cuya raza, que desde hace millares de años antedataba a la nuestra, va a apagarse y desaparecer si es que no ponemos remedio, antes de que esas lindas mujeres que las lucen hayan llegado a la edad de las arrugas.

Antes de que pase una generación, la materia prima de esos "objetos de *standing*" —como se dice, pero como no debería decirse— será no sólo "imposible de encontrar" o "inabordable" sino que ya no existirá. A todos los que damos nuestro esfuerzo y nuestro dinero (aunque nunca lo bastante de lo uno ni de lo otro) para tratar de salvar la diversidad y la belleza del mundo, esas matanzas nos repugnan. Pero no ignoro que esas mujeres jóvenes de las revistas son modelos: se engalanan con esas "cabelleras arrancadas" porque es su oficio, igual que lo hacen, por lo demás, con un sostén o unas bragas diminutas llamadas, en honor de una explosión atómica (otra curiosa asociación de ideas...), un bikini. Esas inocentes cumplen un servicio "mandado" (aunque probablemente quisieran que

---

3 En *El Tiempo, gran escultor, op. cit.,* pp. 95-99.

aquellos abrigos les perteneciesen), pero no dejan de representar a todo un pueblo de mujeres: las que se comen con los ojos esas imágenes soñando con un lujo para ellas inaccesible, y las que poseen esa clase de despojos y los exhiben como una muestra de su fortuna o de su rango social, de su éxito sexual o profesional, o asimismo como un accesorio con el que cuentan para embellecerse y seducir.

En fin, arrebatemos a esas damas sus últimos trapos de disculpa. En nuestros días y aunque vivan no ya en París sino en Groenlandia, no necesitan esas pieles para calentarse la suya. Existen muy buenas lanas, muy buenas fibras y muy buenas prendas que irradian calor para no verse obligadas a convertirse en "animales de hermosa piel", como seguramente les ocurría a las mujeres estantiguas de la prehistoria.

Pero estoy atacando únicamente a las mujeres: los tramperos son hombres; los cazadores son hombres y los peleteros también. El hombre que entra orgulloso en un restaurante con una mujer envuelta en la hermosa piel de un animal, es eminentemente un hombre, aunque no necesariamente un *Homo sapiens*. En ese campo, como en tantos otros, los sexos se encuentran en perfecta igualdad.

1976

¿Quién puede saber si el alma del animal desciende bajo la tierra?[4]

¿Quién sabe si el hálito del hombre sube,
y si el de la bestia desciende bajo la tierra?
(Eclesiastés, III, 21)

Un cuento de *Las mil y una noches* cuenta que la Tierra y los animales temblaron el día en que Dios creó al hombre. Esta admirable visión de poeta adquiere todo su valor para nosotros que sabemos mucho mejor que el cuentista árabe de la Edad Media, hasta qué punto la Tierra y los animales tenían razón al temblar. Cuando veo ganado y caballos en el campo —hermoso espectáculo que en todas las épocas sintieron los pintores y poetas como "idílico", aunque hoy escaso, por desgracia, en nuestro mundo occidental—, incluso cuando veo algunas gallinas picoteando todavía libremente en el patio de una granja, me digo que, bien es cierto que esos animales serán sacrificados al apetito del hombre, o gastarán su vida en servirle, y morirán de "mala muerte" sangrados, a golpes, estrangulados o, siguiendo la antigua costumbre según la cual se daba muerte a los caballos que no pueden enviarse a la "carnicería", sacrificados de un tiro, torpe la mayor parte de las veces y que casi nunca es un verdadero "tiro de gracia", o abandonados en la soledad de la sierra como aún hacen los campesinos de Madeira, o incluso (¿en qué país me contaron este hecho?), empujados con la punta de la aijada hasta el precipicio en donde se romperán los huesos.

Pero me digo también que en este momento, y puede que durante meses todavía e incluso años, esos animales habrán vivido al aire libre, a pleno sol y a plena noche, maltratados a menudo, bien tratados a veces, recorriendo de una manera poco más o menos normal los ciclos de su existencia animal, igual que nosotros nos resignamos a cumplir los ciclos de nuestra propia vida. Pero esa relativa "normalidad" ya no se lleva entre nosotros, en donde la espantosa sobreproducción (que finalmente también mata y envilece al hombre) hace de los animales unos productos fabricados en cadena, que viven su pobre y breve existencia (preciso es que el criador recupere su dinero lo antes posible) envueltos en el insoportable resplandor de la luz eléctrica, atracados de hormonas que después nos transmitirá peligrosamente su carne, poniendo huevos y "haciéndose encima" como antaño decían las enfermeras y las nodrizas; privadas, en el caso de las aves confinadas unas contra otras, del pico y de las uñas que, durante su horrible vida

4 *Ibid*., pp. 155-165.

empaquetada, volverían contra sus compañeras de miseria; o también, como los hermosos caballos de la Guardia Republicana, ya viejos e inservibles, agonizando, a veces durante dos años, en una de las instalaciones del Instituto Pasteur, con la única diversión de ser sangrados cada día hasta que al fin, vacíos de sangre, caen al suelo, andrajos de caballo y víctimas de nuestros progresos en inmunología; y los mismos hombres de la Guardia exclaman: "¡Preferiríamos que los mandaran directo a la carnicería!".

Y cierto es que todos o casi todos hemos utilizado sueros, aunque deseando que llegue la época en que este progreso médico pase de moda, igual que pasaron tantos otros; la mayoría de entre nosotros come carne, pero algunos se niegan y piensan, con dulce ironía, en todos los desechos del espanto y la agonía, en todas las células gastadas de un ciclo nutritivo llegado a su fin en las mandíbulas de esos devoradores de bistec.

Aquí como en todas partes se ha roto el equilibrio; la horrible materia prima animal es un hecho nuevo, igual que el bosque aniquilado para suministrar la pasta necesaria para nuestros periódicos y revistas hinchados de propaganda y de falsas noticias; igual que nuestros océanos en donde el pescado se ve sacrificado a los petroleros. Durante miles de años el hombre consideró al animal como su cosa, pero subsistía un estrecho contacto. El jinete quería, aunque abusara de ella, a su montura; el cazador de antaño conocía las formas de vida de los animales que cazaba, y "amaba" a su manera a esos mismos animales que se vanagloriaba de matar: una especie de familiaridad se mezclaba con el horror; la vaca que mandaban a la carnicería cuando ya no le quedaba nada de leche, el cerdo sacrificado para las fiestas de Navidad (en la Edad Media, la mujer del habitante del pueblo se sentaba tradicionalmente sobre las patas del cerdo para impedir que se moviera), fueron primero "los pobres animales" para los cuales iban a cortar hierba y cuya comida preparaban con las sobras. Para más de una granjera, la vaca en la que se apoyaba para ordeñarla era una especie de amiga muda. Los conejos en jaula estaban sólo a dos pasos de la despensa, en donde acabarían "picados finamente como la carne del *paté*", pero mientras tanto, eran esos animales a quienes se miraba con gusto mover su hocico rosa, cuando a través de las rejas de la jaula les tendían hojas de lechuga.

Hemos cambiado todo esto: los niños de la ciudad no han visto nunca una vaca ni un cordero; ahora bien, uno no ama aquello que no conoce, no ama al animal al que jamás tuvo ocasión de acercarse y al que nunca ha acariciado. El caballo, para un parisino, no es apenas más que ese animal mitológico, dopado, al que obligan a correr más allá de sus fuerzas y gracias al cual se puede ganar un poco de dinero apostando en las carreras. Vendida en filetes perfectamente envueltos en papel transparente en un supermercado o conservada en latas, la carne del animal deja de apreciarse como procedente de un ser vivo. Llegamos a

decirnos que nuestros mostradores de carne, en donde cuelgan de unos ganchos los cuartos de animales que apenas han dejado de sangrar y tan atroces para quien no está acostumbrado a verlos —que algunos de mis amigos extranjeros cambian de acera, en París—, al vislumbrarlos desde lejos, son quizás una buena cosa, al ser testimonios visibles de la violencia que el hombre inflige al animal.

Del mismo modo, los abrigos de pieles presentados con cuidados exquisitos en los escaparates de los grandes peleteros parecen estar a mil leguas de la foca derribada a palos sobre el banco de hielo, o del mapache aprisionado en una trampa y royéndose una pata para tratar de recobrar su libertad. La bella que se maquilla no sabe que sus cosméticos han sido probados en conejos o cobayas que han muerto sacrificados o han quedado ciegos. La inconsciencia y, consecuentemente, la tranquilidad de conciencia, del comprador o de la compradora es total, así como es total, por ignorancia de lo que dicen y por falta de imaginación, la inocencia de los que se empeñan en justificar las diversas especies de "gulags", o que preconizan el empleo del arma atómica. Una civilización que se aleja cada vez más de la realidad produce cada vez más víctimas, comprendida ella misma.

Y sin embargo, el amor a los animales es tan antiguo como la raza humana. Millares de testimonios escritos o hablados, de obras de arte y de gestos apercibidos, dan fe de ello. Amaba a su asno aquel campesino marroquí que acababa de oírlo sentenciar a muerte porque él, durante semanas y semanas, había estado vertiendo sobre sus largas orejas cubiertas de llagas aceite para motores, por creerlo más eficaz, al ser más caro, que el aceite de oliva que abundaba en su pequeña granja. La horrible necrosis de las orejas había ido pudriendo poco a poco al animal entero, al que ya no le quedaban muchos días de vida, pero que seguiría hasta el final cumpliendo con su tarea, al ser el hombre demasiado pobre para consentir en sacrificarlo. Amaba a su caballo, aquel rico avaro que llevaba a la consulta gratuita del veterinario europeo al hermoso animal de pelaje gris, orgullo de los días de fantasía, y cuya enfermedad se debía únicamente a un alimento no apropiado. Amaba a su perro, aquel campesino portugués que llevaba en brazos, todas las mañanas, a su pastor alemán con la cadera rota, para tenerlo a su lado durante su largo día de trabajo como jardinero, y alimentarlo con las sobras de la cocina. Aman a las aves, ese anciano o esa anciana de los desmedrados parques parisinos que alimentan a las palomas y de los cuales se ríe la gente sin razón, puesto que gracias a ese batir de alas a su alrededor entran en contacto con el universo. Amaba a los animales el hombre del Eclesiastés cuando se preguntaba si el alma de los animales desciende bajo la tierra; y Leonardo, que liberó a las aves presas en un mercado de Florencia, o también esa china de hará mil años que al encontrar, en un rincón del patio, una enorme jaula con un centenar de gorriones —pues su médico le recomendaba que comiese cada día los sesos de un ave, aún tibios—, abrió de par en par las puertas de la jaula. "¿Quién

soy yo para preferirme a estas bestezuelas?". Las opciones que debemos tomar continuamente, otros las tomaron antes que nosotros.

Al parecer, una de las formidables causas del sufrimiento animal —en Occidente, por lo menos— fue la conminación bíblica de Jehová a Adán antes de la culpa, cuando le mostró al pueblo de los animales, haciéndoselos nombrar y declarándole dueño y señor de los mismos. Esta escena mítica siempre ha sido interpretada por el cristiano y el judío ortodoxos como un permiso para sacrificar indiscriminadamente a esos millares de especies que expresan, por sus formas diferentes de las nuestras, la infinita variedad de la vida, y por su organización interna, su poder de actuar, de gozar y de sufrir, la evidente unidad de la misma. Y sin embargo, hubiera sido muy fácil interpretar el viejo mito de otra manera: aquel Adán, aún no afectado por la caída, lo mismo hubiera podido sentirse promovido al rango de protector, de árbitro, de moderador de la creación entera, utilizando los dones que se le habían otorgado, superiores o diferentes de aquellos concedidos a los animales, para consolidar y mantener el equilibrio del mundo del cual Dios le había hecho, no el tirano, sino el intendente.

El cristianismo podría haber insistido en las sublimes leyendas que mezclan al animal con el hombre: el buey y el asno calentando al niño Jesús con su aliento; el león enterrando piadosamente el cuerpo de los anacoretas o sirviendo de caballo de tiro y de perro guardián a San Jerónimo; los cuervos que alimentaban a los Padres del desierto y el perro de San Roque a su amo enfermo; el lobo, las aves y los peces de San Francisco; los animales del bosque que pedían protección a San Blas, la oración para los animales de San Basilio de Cesárea o el ciervo con la cruz de San Huberto (una de las más crueles ironías del folclor religioso es el que ese santo se haya convertido después en el santo patrón de los cazadores). O también en los santos de Irlanda y de las Hébridas que llevaban a la playa y cuidaban a las garzas heridas, protegían a los ciervos acosados y morían fraternizando con un caballo blanco. Había en el cristianismo todos los elementos de un folclor animal casi tan rico como el del budismo, pero el seco dogmatismo y la prioridad otorgada al egoísmo humano ganaron la partida. Parece ser que, sobre ese punto, un movimiento supuestamente racional y laico, el humanismo, en el sentido reciente y abusivo del término, que pretende no conceder interés sino a las realizaciones humanas, hereda directamente de ese cristianismo empobrecido, del que el conocimiento y el amor al resto de los seres se haya ausente.

Por otra parte, una teoría diferente iba a ponerse al servicio de aquellos para quienes el animal no merece ayuda alguna y se encuentra desprovisto de la dignidad que, en principio al menos y sobre el papel, concedemos a cada hombre. En Francia y en todos los países influenciados por la cultura francesa, el animal-máquina de Descartes se ha convertido en artículo de fe, tanto más

fácil de aceptar cuanto que favorece la explotación y la indiferencia. También en este caso nos podemos preguntar si la aseveración de Descartes no fue entendida en su nivel más bajo. El animal-máquina, es cierto, pero ni más ni menos que el mismo hombre, que también es una máquina, máquina de producir y ordenar las acciones, las pulsiones y las reacciones que constituyen las sensaciones de frío y de calor, de hambre y de satisfacción digestiva, los impulsos sexuales y también el dolor, el cansancio y el terror que los animales experimentan al igual que nosotros. El animal es una máquina; el hombre también, y fue sin duda el temor a blasfemar del alma inmortal, lo que impidió a Descartes ir abiertamente más lejos en esa hipótesis que hubiera establecido los fundamentos de una fisiología y de una zoología auténticas. Y Leonardo, si Descartes hubiera podido conocer sus *Cuadernos,* le hubiera soplado que, en último término, el mismo Dios es "el primer motor".

Tal vez me haya extendido demasiado sobre el drama de los animales y sus causas primeras. En el estado actual de la cuestión, en una época en que nuestros abusos se agravan sobre este punto como sobre tantos otros, podemos preguntarnos si una *Declaración de los Derechos del Animal* va a ser útil. Yo la recibo con alegría, pero ya hay buenas almas que murmuran: "Hace cerca de doscientos años que fue proclamada la *Declaración de los Derechos Humanos* y ¿cuál ha sido el resultado? No ha habido ninguna época más concentracionaria, más llevada a las destrucciones masivas de vidas humanas, más dispuesta a degradar hasta en sus mismas víctimas la noción de humanidad. ¿Será efectivo promulgar en favor del animal otro documento de este tipo, que —mientras el hombre no cambie— será tan inútil como la *Declaración de los Derechos del Hombre?"*. Creo que sí. Creo que siempre conviene promulgar o reafirmar las Leyes verdaderas, que no dejarán por ello de ser infringidas, pero dejando aquí y allá a los transgresores el sentimiento de haber obrado mal. "No matarás". Toda la historia, de la que tan orgullosos nos sentimos, es una perpetua infracción a esa ley.

"No harás sufrir a los animales, o al menos les harás sufrir lo menos posible. Tienen sus derechos y su dignidad como tú mismo", es, con toda seguridad, una amonestación bien modesta; en el estado actual de las mentes, por desgracia, es casi subversiva. Seamos subversivos. Hay que rebelarse contra la ignorancia, la indiferencia, la crueldad que, por lo demás, suelen aplicarse a menudo contra el hombre porque antes se han ejercitado con el animal. Recordemos, puesto que hay que relacionarlo todo con nosotros mismos, que habría menos niños mártires si hubiese menos animales torturados, menos vagones sellados llevando hacia la muerte a las víctimas de ciertas dictaduras si no nos hubiéramos acostumbrado a ver furgones en donde los animales agonizan sin alimento y sin agua de camino hacia el matadero; menos caza humana derribada de un tiro si la afición y la

costumbre de matar no fueran patrimonio de los cazadores. Y en la humilde medida de lo posible, cambiemos (es decir, mejoremos si es que se puede) la vida.

1981

Esa siniestra facilidad para morir[5]

... Y temblar es preciso mientras no hayamos podido curar
Esa facilidad siniestra para morir...

Estos versos de Hugo, escritos por los muertos de la Comuna pronto hará un siglo, me los repito al pensar en esos jóvenes y en esa joven que se arrojan a las llamas antes que aceptar el mundo tal y como se los han dado hecho. Quizá sea ésta la primera vez, en nuestra sociedad occidental, que una inmolación voluntaria semejante abofetea la moral del interés bien entendido, del sentido común y la noción de adaptación al mundo tal cual es. ¿Pero esta inmolación es voluntaria? Al igual que los cristianos que antaño se negaban a realizar sacrificios a los ídolos, estos jóvenes han sentido, con razón o sin ella, que no tenían más elección que la de sacrificar a esos falsos dioses de avidez y de violencia en medio de los cuales consentimos vivir, o protestar con su muerte.

En cierto sentido, no se equivocaban: no se vive sin verse implicado. "El mundo está ardiendo —dicen desde hace casi tres mil años los sutras budistas—, el fuego de la ignorancia, el fuego de la codicia, el fuego de la agresividad lo devoran". Unos jóvenes en Lille, en París y hará unos meses en Provenza, han reconocido esa verdad que la mayoría de entre nosotros pasa toda la vida sin ver. Han salido de un mundo en donde unas guerras más radicalmente destructivas que nunca se instalan en medio de una paz que no es paz y que tiende demasiado a menudo a convertirse, para el hombre y su entorno, en algo casi tan destructivo como la guerra; de un mundo en donde los anuncios de restaurantes gastronómicos aparecen en los periódicos al lado de reportajes que nos hablan de pueblos muertos de hambre; en donde cada mujer con abrigo de piel contribuye a la extinción de una especie viva; en donde nuestras locas ansias de velocidad agravan cada día la contaminación de un mundo del que dependemos para vivir; en donde todo lector ávido de novelas de la serie negra o de sucesos siniestros, todo espectador de películas violentas, contribuye sin saberlo a esa pasión por matar que nos ha valido, en medio siglo, millones de ejecuciones. ¿Esos jóvenes, tuvieron o no razón al dejar todo esto?

La respuesta dependerá, en definitiva, del cambio que en el corazón de los hombres haya producido su sacrificio. ¿Podíamos nosotros impedirles realizarlo o, lo que es aún más importante, podemos impedir que en un futuro porvenir otros corazones puros tomen el mismo camino? Ante esta interrogación tan

---

5 *Ibid*., pp. 167-171.

acuciante, preciso es admitir que ninguna de las acostumbradas razones que nosotros hubiéramos podido darles para que siguieran viviendo es lo bastante fuerte para retener a alguien que ya no soporta el mundo tal cual es. Y no sirve de nada decirles que los más hábiles o tal vez los más listos aún pueden arreglárselas en este caos en que nos encontramos o incluso extraer del mismo unas parcelas de felicidad o de triunfo personal, cuando aquello por lo que mueren no es su propia angustia, sino por la de los demás.

Creo que a ese sacrificio de monje budista, tan digno de admiración dentro de su horror, sólo podemos oponer lo que nos cuenta la tradición sobre el mismo Buda, quien, ya a punto de entrar en la paz, decidió permanecer en este mundo mientras hubiera una criatura viva que necesitara su ayuda. Los que se fueron eran, sin duda, los mejores: los necesitábamos. Acaso los hubiéramos salvado de haberles persuadido de que su rechazo, su indignación, su desesperación incluso, eran necesarios, si hubiéramos sabido oponer a esa facilidad siniestra con que han muerto, la heroica dificultad de vivir (o de tratar de vivir), de tal manera que consigamos hacer del mundo un lugar menos escandaloso de lo que es.

1970

Una civilización de compartimentos estancos[6]

A todos nos ha ocurrido alguna vez el mirar con horror y asco ciertas escenas de ejecuciones en la plaza pública, en las pinturas medievales o en los grabados del siglo XVII. También muchos de nosotros han pasado deprisa, asqueados —en alguna ciudad pequeña de España o de Oriente— por delante de la carnicería local, con sus moscas, sus osamentas aún calientes, sus animales vivos y temblorosos frente a los animales muertos, y la sangre corriendo por el arroyo de la calle. Nuestra civilización, en cambio, está dividida en compartimentos estancos: nos protege de espectáculos como ésos.

En La Villette, en las cadenas número 2 de los nuevos mataderos, los terneros y los bovinos —estos últimos tras una lucha brutal— son colgados plenamente conscientes antes de la ejecución, lo que permite *(time is money)* ir más deprisa. Este sistema está prohibido, naturalmente (por decreto del 16 de abril de 1964), lo que no impide que siga vigente, para beneficio de los que lo emplean. Los muros de nuestros nuevos mataderos (hermosa realización técnica, no cabe duda, provista como está de toda clase de perfeccionamientos) son muy gruesos: nosotros no vemos a esas criaturas retorciéndose de dolor; no oímos sus gritos, que no soportaría ni el más ardiente aficionado a los bistecs. No hay que temer los efectos de la conciencia pública sobre la digestión.

Oscar Wilde escribió en algún lugar, que el peor crimen era la falta de imaginación: el ser humano no se compadece de aquellos males de los que no tiene experiencia directa, ni de aquellos a los que él mismo no ha asistido. A menudo pensé que los vagones sellados y los muros bien construidos de los campos de concentración aseguraron la propagación y la duración de unos crímenes contra la humanidad que hubieran cesado mucho antes de haber sucedido al aire libre y a los ojos de todos. La costumbre, en las plazas públicas de la Edad Media y del Siglo Grande, inmunizaba con toda seguridad a ciertos espectadores; siempre había alguno, no obstante, que se conmovía aunque no protestara en voz alta, y su murmullo terminó por ser escuchado. Los ejecutores de elevadas obras de nuestros días toman mejor sus precauciones.

"¡Pero qué!" —exclama el lector ya irritado o divertido (ciertos lectores se divierten con muy poco)—, "se trata de terneros y de vacas, cuyo nombre hasta es ridículo, como sabemos, y usted se atreve a comparar su sacrificio con los peores crímenes que se han cometido contra la humanidad". Sí, sin duda alguna: todo acto de crueldad soportado por millares de criaturas vivas es un crimen contra la humanidad que la endurece y la vuelve un poco más brutal. Me temo que no

---

6 *Ibid*., pp. 201-205.

esté dentro de nuestras posibilidades de franceses el interrumpir inmediatamente la guerra del Vietnam, impedir la destrucción en masa de la tierra de Indochina o curar las llagas de la India y de Pakistán. Creo, en cambio, que podemos hacer algo por que cese lo antes posible esa pesadilla de la cadena número 2, con ayuda de otra cadena, la de la televisión. Anhelo ver realizada una película llena de sangre, de mugidos y de un espanto harto auténtico, que tal vez procurará placer a ciertos sádicos, pero que también dará lugar a millares de protestas.

Hace algunos años escribí la vida de un tal Zenón, personaje imaginario, es verdad, que se negaba "a digerir agonías". Y es un poco en su nombre que redacto estas líneas.

1972

Anhelos[7]

Desearía vivir en un mundo
sin ruidos artificiales e inútiles,
sin velocidad y donde la noción misma de velocidad fuera despreciada
o detestada, reservando los transportes rápidos a los miembros de profesiones indispensables o a ciertos casos graves.

Un mundo sin efusión de sangre humana o animal y donde todo crimen fuera considerado repugnante, conllevando sanciones prácticas y purificaciones morales. El hombre manchado de sangre automáticamente relegado por sucio, extraviado e insensato.

Un mundo donde la sexualidad, bajo todas sus formas, fuera considerada sagrada, aunque no necesariamente situada en el más alto grado de lo sagrado.

Un mundo donde fuera vergonzoso e ilegal tener más de tres hijos.

Un mundo donde la población global, a través de prácticas sexuales razonables, se viera reducida y se mantuviera por debajo de los mil millones de habitantes.

Un mundo donde las nociones de voluptuosidad y castidad ocuparan un lugar infinitamente más elevado del que ocupan hoy.

Un mundo que hubiese *casi* eliminado la envidia.

Un mundo donde la prostitución no fuera más que ritual.

Un mundo sin bromas vulgares, sin reticencias hipócritas, sin escatología, sin exaltaciones tontas en torno al amor o de lo que comúnmente es tomado como tal.

Un mundo sin moda, o cuya moda no consistiera más que en imperceptibles matices lentamente transformados.

Un mundo donde una mujer demasiado ostentosa en su vestir hiciera sonreír.

Un mundo donde los más pobres tuvieran acceso a la verdadera lana, a la verdadera seda, a las más cómodas vestimentas y a los más armoniosos colores (sin telas artificiales, sin colorantes químicos feos e inestables).

Un mundo donde desechar un traje usado o un plato desportillado fuera un gesto ritual solamente ejecutado con duda y constricción.

Un mundo que situara muy alto la idea de *renovación* y que despreciara la noción de *novedad*.

Un mundo sin músicas propagadas, pero que nos devolviera a todos la danza y el canto.

---

7 En *Sources II*, pp. 239-241.

Un mundo donde la instrucción avanzada estuviera reservada a los mejores, es decir, a aquellos que la demandaran y se mostraran capaces de sacar provecho de ella, pero donde todo ser humano recibiera un mínimo de educación e instrucción elementales, infinitamente más sólidas y completas de las que sin embargo recibe hoy.

Un mundo donde todo objeto viviente, árbol, animal, fuera sagrado y jamás destruido, salvo con aflicción y en caso de absoluta necesidad.

Un mundo donde la carne fuera considerada un alimento inferior, indeseable y quizás solamente útil a algunos, como medicamento repugnante.

Un mundo donde la idea misma de competencia fuera estigmatizada como baja.

Un mundo sin idolatría, pero rico en respeto.

Un mundo donde la muerte fuera una gran aventura.

Un mundo donde el suicidio fuera la regla cuando comenzara el debilitamiento irreparable de las facultades. Los que a ello se negaran podrían vivir, pero sin honor.

Un mundo donde cada individuo, cada familia o cada grupo fueran animados a producir por sí mismos la mayor cantidad posible de lo que necesitaran.

Un mundo donde existieran organizaciones en las que se consagrara un tiempo a trabajos de utilidad o embellecimiento público o privado, a reparaciones de casas o edificios, a instrucción y fiestas públicas, sin otro salario que el del alimento y el del techo generosamente dados y un poco de dinero de bolsillo.

Un mundo donde la noción de servidor fuera noble y el servidor un amigo íntimo.

Un mundo donde los miembros de las llamadas profesiones intelectuales dedicaran al menos uno de sus dos períodos de vacaciones a ocuparse, *con placer*, de oficios manuales y del trabajo de la tierra.

Odios[8]

La velocidad inútil

La agitación inútil

La publicidad, es decir, la impostura

La rivalidad económica llevada al paroxismo

La fabricación de objetos inútiles

El sometimiento y el embrutecimiento de las masas ocupadas en la fabricación de estos objetos

---

8 *Ibid.*, pp. 241-242.

La moda, ya fútil y peligrosa en sí misma por lo que implica de gregarismo, monstruosa cuando no es más, como en nuestros días, que una forma de dictadura totalitaria para provecho de algunos comerciantes

La ausencia de materiales bellos: el plástico y el aluminio que reemplazan a los metales y los bosques que el ojo y la mano saben reconocer; los productos deplorables de la química moderna que reemplazan la lana y el lino

Los tonos repelentes de los colores de la anilina

La separación del hombre de las formas vivientes animales y vegetales

El ruido mecánico

Lo estrecho de la ropa

La opaca fealdad de la ropa de hombre

La vistosa baratija de la ropa de mujer

La brutal fealdad de los atuendos deportivos. El juego no tendría dignidad más que si los jugadores estuvieran recubiertos con túnicas cortas o desnudos

El inútil e irritante vaivén de las luces eléctricas

Anuncios de neón: luz chillona

La goma de mascar. La boca que estúpidamente rumia y el filamento de saliva que se estira y escurre

Los maquillajes burdamente adheridos

Las mujeres viejas jugando a la juventud; mostrando, a quien no quiere verlas, sus escobas de bruja

El metal pintado

Los objetos en serie. Por millones, cajas de hierro blanco que ruedan sobre la carretera con radios dentro, gritando nuevas mentiras e informaciones "dirigidas"

El ruido de rastrillo y de piel arrancada que hace cada auto al pasar, lanzado, sobre la autopista

La música a chorro continuo enchufada en todas partes, hasta en los ascensores, meando sobre nosotros

El estruendo de la vajilla en la mayoría de restaurantes distintos a los llamados de lujo, e incluso en éstos.

Proyectos[9]

Ausencia total de miedo físico.

Ausencia total de miedo intelectual (creo que esto está hecho).

---

9 *Ibid*., pp. 242-244.

Aprender a ignorar el ruido.

Aprender a no *ocuparse* del calor ni del frío.

No añadir la fatiga de la aprehensión a la fatiga pura y simple; no desperdiciar más fuerza de la necesaria, cuando se tiembla de fatiga.

Tener el sentimiento neto del lugar que se ocupa físicamente —ni más ni menos— en un pequeño espacio o en una multitud.

Cuando alguien fastidia, pensar en las contrariedades que lo aquejan.

Reconocer siempre una equivocación por *mínima* que sea. Aprender sin embargo a no exagerar jamás las propias equivocaciones.

Siempre rectificar, si el mínimo error se ha dicho o escrito.

Recordar siempre que un cierto coeficiente de error es humano.

Principales virtudes:

Serenidad (ausencia de agitación inútil)

Valentía (casi lo mismo)

Atención sin cesar alerta

Sobriedad (ausencia de abuso)

Circunspección (rigor o prudencia)

No malignidad (bondad).

Tener fortaleza momento a momento. Es Dios (quienquiera que Él sea) quien proveerá el valor de mañana o pasado mañana.

Intentar ser o parecer calmado. La calma es calmante.

Volver a leer las cartas manuscritas y retocar las palabras poco legibles para aclararlas. Cortesía. Nunca olvidar que escribimos para comunicarnos.

¿La alegría? No. Prematura en un mundo miserable.

¿La felicidad? Tal vez. Pero que la felicidad sea entonces un gran estanque claro en el que el dolor vaya a beber.

Los cuatro votos:

Por numerosos que sean mis errores, me esforzaré para vencerlos.

Por difícil que sea el estudio, a él me entregaré.

Por ardua que sea la vía de la perfección, no renunciaré a caminar en ella.

Por innumerables que sean las criaturas vivientes en la extensión de los tres mundos, trabajaré por salvarlas.

Después de esto todo está dicho, y no es necesario ningún otro precepto en esta tierra.

Pensamientos y preceptos[10]

Hacer de cada lugar donde se esté, un lugar limpio, aireado, claro, un oasis para uno mismo y para los otros.

Un lugar en el que no entre el ruido inútil.

Observar las disciplinas humildes. Fidelidad en las pequeñas cosas.

Dejar, en lo posible, cada recinto, cada objeto, más limpio, más agradable a la vista de como estaba antes de que hubiésemos entrado en él, de que lo hubiésemos tocado.

Obrar, en lo posible, en lugar de los otros.

Por ejemplo el plato, la taza, lavarlos siempre que sea posible para que otro no tenga que hacerlo.

Jamás dejar tras de sí un trabajo inconcluso que otros harán por nosotros.

Jamás conservar algo inútil; jamás comprar algo inútil.

Jamás tener un vestido que no esté limpio, arreglado, listo para ser usado.

Pero llevarlo, si es posible, hasta que se vuelva un harapo durante las horas de trabajo, con esa belleza propia de lo que está gastado y marchito. Esto, por horror al falso lujo y a las falsas elegancias.

Comer siempre los alimentos más simples, más puros y más frescos posibles. Nada de carne (solamente cuando la cortesía o la benevolencia lo exijan y solamente un bocado, salvo si se trata de un animal cazado que siempre deberás rechazar); huevos sí, pero lo menos posible, a menos que logres que provengan de aves que viven una vida natural y sana sin estimulante artificial alguno, y no de miserables gallinas-máquinas obligadas a poner en cadena y amontonadas en los escasos centímetros en los que son encerradas durante su vida "productiva"; leche sí, siempre que sepas que proviene de una vaca de la que ignoras cómo es tratada y sabiendo que terminará en la carnicería. Entonces, hagas lo que hagas, siempre implicado. Pero implicado sabiéndolo, y lo menos posible. Y quizás, más valga que una implicación subsista para que no creas que puedes desentenderte del horror presente por doquiera, como lo hacen aquellos que se creen irreprochables. Nunca tener buena conciencia.

Antes de iniciar una comida, cualquiera que sea, piensa en aquellos que recogieron esos frutos (en las condiciones en que viven), en aquellos que hicieron crecer ese trigo (y en las condiciones humanas o ecológicas buenas o deplorables), en la vaca de la que recibes la leche, en la gallina que te dio ese huevo y en la indignidad del trato que reciben del hombre. Y no bebas café sin pensar en el

---

10 *Ibid*., pp. 244-246.

Brasil, y no tomes azúcar sin pensar en Cuba; y cuando te laves las manos, antes o después de la comida, cuida no dejar correr y perderse, descuidadamente, el agua inapreciable.

Nunca comer sino lo estrictamente necesario.

Saborear plenamente y con conciencia lo que comes: de otro modo, habría ingratitud de tu parte.

Preparar las comidas con cuidados exquisitos y avaros.

Desdeñar todas las preparaciones que no sean de una simplicidad encantadora.

Tomar un poco de vino en la noche, como una deliciosa medicina.

La cerveza, alimento líquido. La sidra, esencia del vergel.

El té, caricia de Buda. Estimulante ligero, sostén casi espiritual.

El café, auxiliar tal vez ya demasiado fuerte. Un poco en la mañana, pero con intervalos esporádicos durante la jornada, en caso de gran fatiga.

Los perfumes sintéticos: ninguno. Pero el agua de lavanda, la esencia de hamamelis, cuando sea posible conseguirlas auténticas, algunas fórmulas antiguas de agua de Colonia.

Ningún alfiler en el cabello. A lo sumo, algunos peines. Y si algunos mechones se escapan ¿qué importa?

Fajas, corsés, cinturones, jamás: nombres varios de instrumentos de tortura femeninos, hechos para aquellas que no gustan de la forma de su cuerpo. Y jamás, tampoco, esos sostenes que aplastan, suben y erigen artificialmente los senos.

De joven, me gustó mucho el pintalabios, rojo en los labios, rojo en las mejillas que aviva el color de los ojos. Ahora no, casi nunca lo uso, o apenas. Que nuestro último rostro sea visto tal como es.

Aceptar la enfermedad. Tres palabras. Cada letra de estas tres palabras representa millares de esfuerzos.

Discursos y conferencias

May Chehab
Universidad de Chipre

Los discursos pronunciados por Marguerite Yourcenar relativos a la cuestión ecológica, por escasos o circunstanciales que resulten, se complementan y a la vez condensan las opiniones y sentencias varias en su obra literaria, para construir un pensamiento ecológico emparentado con las preocupaciones modernas más profundas.

Su tono es contundente. La firme condena que hace Yourcenar en "… Si aún queremos intentar salvar la Tierra" del apelativo "Tierra de los Hombres" —correspondiente a una importante organización no gubernamental[1]— sitúa inmediatamente su discurso ecológico en un triple escenario: filosófico (por el lugar del hombre en el universo), político (por la pragmática misma del discurso) y ético (por los principios morales convocados). Pues esta denominación de tierra *de los* hombres, "extremadamente peligrosa" según Yourcenar, ratificaría, por su genitivo, toda la tradición antropocentrista y utilitarista de dominio sobre la naturaleza, conforme a la cual la satisfacción de las necesidades humanas permanece como el designio esencial. La Tierra sería entonces percibida como una ecumene (οίκουμένη)[2] o conjunto de tierras habitadas o explotadas por el hombre, perspectiva que Yourcenar desvaloriza. En efecto, si el hombre se cree en la Tierra "el predador-rey" (*AN*, 23), de lo que a justo título está convencida la académica, es porque usurpa poderes que "de cualquier manera que sean evaluados, constituyen una anomalía en el conjunto de las cosas" (*ibidem*).

A primera vista, el discurso ecologista yourcenariano casi no se desmarca del ambientalismo moderno: al igual que en las diferentes peticiones sociales y políticas de nuestro tiempo, aquél nace principalmente del espectáculo de la

---

1 "Tierra de los Hombres" es una organización no gubernamental fundada en 1960 en Lausana, con el objetivo de mejorar las condiciones de vida de los grupos de niños más vulnerables. El anatema se refiere a la denominación de la ONG, mas no a sus objetivos.

2 De un género aún no completamente establecido por el uso, este término, que comparte su etimología con *ecología* (οίκολογία) y *economía* (οίκονομία), aparece bajo múltiples grafías latinas diferentes.

degradación de la naturaleza por el hombre. Antes de hacer el recuento de todas las injerencias impertinentes del aprendiz de brujo en que se ha convertido el hombre moderno (represa de Asuán, Bhopāl, etcétera), la mujer de las letras francesas y griegas que es Yourcenar, constata inicialmente esta degradación en las destrucciones antiguas de las que testimonian las obras literarias (líricos griegos, poetas franceses, etcétera). Así, condenando con una anáfora ("se ha olvidado") uno de los grandes peligros en los que ha incurrido la conciencia moral de hoy, a saber, su insensibilización causada por una urgencia mediática constante[3], Yourcenar añade una pieza al proceso instruido por Kant contra la pereza intelectual y moral[4].

Pero hay ecologismos de ecologismos: el empresarial del desarrollo sostenible y el ético de la simbiosis armoniosa. El compromiso de Yourcenar radica menos en la acción directa de un movimiento político o metapolítico, que en un activismo indirecto y personal, a la vez asociativo y americano —a través de sus aportes a diversas asociaciones para la defensa de la naturaleza y la lucha contra la contaminación—, e intelectual y francés —a través de sus discursos y de la creación de la Fundación de Bailleul—; pues desde la exhortación de Pangloss a cultivar nuestro jardín, "existen el plano local y el plano individual" que nos invitan a "predicar con el ejemplo" (*FMY*).

Por su crítica radical al antropocentrismo y por el llamado a ese "duelo de sí" que preconizaba Lévy-Strauss en sus *Tristes trópicos*[5], Marguerite Yourcenar fue anunciadora de la "ecología profunda" de hoy, que sustituye los valores humanistas —inmorales en tanto conceden al resto de vivientes el estatuto de "recurso"— por valores suprahumanistas. Dar marcha atrás, "expandirse como mancha de aceite" y hacer disminuir la sobrepoblación humana[6] son las consignas

---

3 Ver a este respecto, Jean-François Tétu, Michaël Palmer, Bernard Castagna (dir.). *Médias, temporalités et démocratie,* André Vitalis, Rennes, Éd. Apogée/PUF, 2000.

4 Immanuel Kant. *¿Qué es la ilustración? y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. Madrid, Alianza Editorial, 2004. "La pereza y la cobardía son las causas de que una gran parte de los hombres permanezca, gustosamente, en minoría de edad a lo largo de la vida, a pesar de que hace ya tiempo la naturaleza los haya liberado de dirección ajena; y por eso es tan fácil para otros erigirse en sus tutores".

5 Claude Lévi-Strauss. *Tristes Tropiques*, Paris, Plon, 1955, N° 5192. Del inventario de la biblioteca personal de Marguerite Yourcenar en Petite Plaisance.

6 Numerosos son los ataques en la obra de Marguerite Yourcenar contra la ligereza de la humanidad frente a la sobrepoblación de la Tierra. Aunque proviene de la ideología de una ecología antinatalista propia de los siglos XIX y XX, esta idea se encuentra, por ejemplo, en boca de Zenón. En un anacronismo propio de la escritura yourcenariana, Zenón se erige en defensor del planeta agobiado por la sobrepoblación: "Y tú mismo, ¿qué eres —gritó Zenón preso de furia dirigiéndose al tejedor de telares Colas Gheel— sino una máquina mal engrasada a la que usan, para después arrojarla a la basura y que, por desgracia, engendra a otras más? (*Opus nigrum*, 58).

de un pensamiento que podría llamarse *Proyecto de paz ecológica perpetua*, cuya amistad pindárica (*φιλία*) y benevolencia búdica serían los motores.

Declaraciones y confidencias[7]

Esta vez comenzamos en una cocina, que es quizás un lugar bien extraño para hablar de los espacios infinitos, de un mundo en el que todo se asemeja a todo, y donde las circunvoluciones de las estrellas no dejan de parecerse a las involuciones de las entrañas humanas. En suma, todo está hecho de la misma materia que conocemos aún tan mal.

Voy a apelar a su imaginación o a sus recuerdos, y les voy a pedir que evoquen las imágenes proyectadas por las exploraciones ínterespaciales durante, digamos, estos últimos diez años. Poco a poco comenzamos a ver a qué se parece la Tierra. La Tierra flota en el espacio y no está, como se pensaba en la Edad Media, como lo creyó todo el mundo cristiano, en el centro del universo. Hay un bello texto de un filósofo italiano de la Edad Media, Pico de la Mirandola, que se dirige al hombre diciéndole: *Dios te puso en el centro de las cosas para que puedas comprenderlas aún más.* Es admirablemente bello, pero no es literalmente cierto: el hombre no está en el centro del universo; salvo en la acepción del término en la que podemos decir que el centro está en todas partes, que cada hombre es un centro.

De tal manera, estamos en un planeta que depende del Sol para vivir, al punto que en todas las religiones posibles e imaginables, el culto al Sol era el que, de alguna manera, saltaba más a la vista. Es así, puesto que desapareceríamos en algunos segundos si el Sol no existiera. Antes, en los tiempos antiguos, incluso hace tan sólo cien años, podíamos imaginar que nuestra dicha de existir en un planeta vivible y habitable no era tan única, y que había no pocas criaturas que podían quizás, como nosotros, beneficiarse de otros planetas. Ahora sabemos que esto no es cierto. Sabemos, por ejemplo, que la Luna que el hombre imaginaba como una especie de lugar encantado, donde los japoneses y los chinos imaginaban a la rana que toca flautas de oro al claro de luna, y donde la Edad Media suponía a Caín con su carga sobre los hombros, no es en realidad más que un lugar sin aire y sin agua donde no podríamos vivir ni un minuto sin complicados equipos. A tal punto, que los astrólogos de la Edad Media que estudiaban la Luna a través de sus muy débiles telescopios —eran más bien los astrólogos del Renacimiento— dieron nombres encantadores a diferentes partes de la Luna, por ejemplo, el Mar de la Fertilidad. Sin embargo, el Mar de la Fertilidad es un desierto de arena en el que no hay nada, ni siquiera una gota de agua o una bocanada de aire. Y cuando Mishima —un escritor que he estudiado particularmente— escribió su gran cuadrilogía sobre el mundo moderno, la llamó irónicamente *El mar de la fertilidad*, es decir,

---

7 Segunda parte: "La ecología". TV Canadá, 1981. La traducción es nuestra.

un lugar excesivamente estéril. En cuanto a Saturno, es extremadamente bello ver en fotografías cómo sus anillos se enrollan y se desenrollan, pero éstos son mundos, podríamos decir, situados en el caos y en la noche.

Por consiguiente, todas esas ensoñaciones del hombre existiendo en otros planetas son un mito. No existiríamos en un mundo que nos es completamente hostil, sino estuviéramos ligados a la Tierra por nuestros cuerpos y nuestra tecnología. En cuanto a los otros universos, de los que hay millones, podemos postular que existen lugares agradables por aquí y por allá, e incluso lugares en los que podríamos vivir, pero están separados de nosotros por años luz, es decir, por algo que nuestra imaginación no llega a concebir. Y es incluso desafortunado que nuestra imaginación no sea capaz de concebirlo, ya que hacemos malabares con los años luz y con los espacios infinitos, imaginando que sería posible llegar allí algún día, sin ver hasta qué punto todo esto está alejado de nuestra muy breve vida y de las condiciones climáticas tan limitadas en las que finalmente estamos habituados a vivir. Y que incluso, si por azar un triunfo deportivo o científico permitiera acceder a ellos, todo esto representaría una especie de esfuerzo suicida, comparado con la verdadera vida humana situada en un medio que le es propio.

Muy a menudo me he preguntado incluso, si esta pasión de los hombres por arruinarse, por derrochar fortunas, millones y billones que necesitamos en la Tierra para sanear y embellecer todo, para volver a hacer más fácil la vida humana y la vida en general, que solemos hacemos desaparecer como humo, no se asemeja mucho a eso de lo que tanto nos quejamos hace cincuenta o sesenta años cuando éramos muy anticlericales y decíamos que finalmente los curas egipcios o de la Edad Media gastaron todo el dinero de las poblaciones en construir inmensas catedrales que no le servían a nadie.

Ahora, una de las cosas más asombrosas es la manera en la que el hombre ha abusado de la Tierra, inocentemente tan sólo al principio. Siempre nos han dicho que hubo una época en la que una ardilla podía ir desde Canadá hasta América Central, atravesando toda América del Norte sin poner sus paticas sobre la tierra. La inmensidad, los inmensos bosques que muy a menudo fueron perfecta e inútilmente destruidos por los primeros colonos que imaginaban que tenían frente a ellos tierra arable, tierra que les sería útil para nutrirse... En realidad, ese suelo del bosque no era productivo, pero lo supieron muy tarde y no pudieron acomodarse a él de manera diferente. En la época en que Cristóbal Colón viajó por primera vez al archipiélago del Caribe al que llamó "Los jardines de la reina" —tan bello era—, habló de las frutas salvajes, de los perfumes que embriagaban los equipajes paseándose de una isla a otra. El año pasado recorrí el archipiélago del Caribe y lo que más vi fueron condominios..., echando de nuevo a perder la naturaleza espantosamente. En la frontera entre Honduras y Guatemala estamos

destruyendo la selva tropical, con resultados nefastos para el clima. Y lo sabemos, nuestros hombres de ciencia lo saben, hace tiempo que lo supieron, pero los productores no lo saben aún o no quieren saberlo. Tengo en mi biblioteca un libro que guardo con gran aprecio, un atlas del mundo editado por Hachette en 1902, es decir, mucho antes de que naciéramos todos nosotros, que termina con una especie de epílogo del gran geógrafo encargado de publicar este libro, en el que dice: *estoy extremadamente preocupado por la manera en que destruimos los bosques, por la manera en que desviamos el curso de los ríos, por la manera en que atiborramos lugares que no están hechos para soportar tanta humanidad, por una población excesivamente grande que va a destruir nuestros recursos y a cambiar las condiciones climáticas del planeta.*

Uno se da cuenta de que este abuso de la Tierra por el hombre no data de ayer. El hombre siempre ha utilizado sus recursos, muchos o pocos, para generar muy a menudo el vacío en torno a él. Las grandes civilizaciones, como la de Mohenjo-Daro, que precedió a la de la India, o la de Babilonia, dejaron desiertos tras de sí. Había inmensas aglomeraciones urbanas, toda clase de comodidades que consideramos modernas, una gran población viviendo en condiciones..., en fin, aglomeraciones muy apeñuscadas y probablemente grandes intercambios de comercio y leyes complicadas entre una población y otra, pero todo esto se vino abajo, quedando sólo algunos caseríos miserables en medio de desiertos sin agua: como siempre, se había abusado de los recursos, se destruyeron las selvas para construir los grandes monumentos, y la revancha de la naturaleza llegó relativamente rápido, tal vez muy lentamente en términos humanos, pero muy rápidamente en términos planetarios.

Lo mismo ocurrió en un país que conocemos mucho más en detalle: Grecia. Pensamos en Grecia como en un país extremadamente bello pero muy seco, al menos en el Ático y en el Peloponeso, salvo en la alta montaña, y aun en ella. Platón cuenta que en su juventud el Ático estaba aún arborizado, incluso muy arborizado, y es la misma impresión que se tiene leyendo a los poetas griegos del siglo VI, que hablan de corrientes de agua y de grandes cantidades de aves y árboles. Eso parece encantador. Platón explica que su juventud coincidió con el gran período imperial de Atenas, con la época en la que Atenas era el centro de una confederación que se extendía a una gran parte del Mediterráneo y en la que, por consiguiente, había un gran número de barcos de guerra para cuyos mástiles y quillas se cortaron los árboles, dejando que las corrientes de agua se hundieran en la tierra y se convirtieran en torrentes. Fue así como el Ático, tal como lo conocemos, empezó a existir. Es una obra humana. Es el resultado de las expediciones de Alcibíades en Sicilia, de la lucha contra las ciudades confederadas que era necesario conquistar permanentemente para que pagaran impuestos, y de los treinta años devastadores de la guerra del Peloponeso.

La misma situación se produjo en un gran número de países. Podemos decir que toda civilización llevada al exceso porta con ella su Némesis, que es la destrucción de los lugares mismos o de los lugares circundantes. Venecia, por ejemplo, que ahora está muriendo por los efectos de nuestra contaminación industrial, fue construida sobre bosques sumergidos, los bosques de Dalmacia, que se convirtieron en un lugar excesivamente seco, con un clima y una temperatura excesivamente inestables. Y, sin embargo, Venecia está construida sobre las antiguas selvas de Ragusa y las diversas costas dálmatas. Ustedes ven entonces que la tendencia no es nueva, sencillamente se ha producido una aceleración evidente en nuestra época, desde hace más o menos doscientos años. Sin embargo, a partir de finales del siglo XVIII, Inglaterra se dedicó de lleno a la industria del carbón, y fue también el momento en el que, por una reacción normal, la poesía romántica empezó a protestar en favor de la naturaleza, del paisaje natural, de la vida simple, y en contra de las grandes aglomeraciones industriales que se estaban creando. Lo mismo ocurrió un poco más tarde en Francia hacia comienzos del siglo XIX, probablemente por el hecho de que antes, en la época de la Revolución, había otra cosa en qué pensar; pero las mismas reacciones, la misma reacción romántica se produjo a través de protestas que naturalmente no tuvieron efecto alguno. Incluso, podemos decir que Baudelaire, que aparece un poco después de esta generación, es el primer gran poeta francés de la miseria y la sordidez de las grandes ciudades. Y toda esta situación, con todas las protestas sociales que conllevó en contra de la condición obrera —perfectamente justas por demás, al menos al principio—, comenzó luego de esta revolución industrial.

Algo de lo que se habla menos, pero me parece casi tan importante, es el momento en el que el hombre dejó de gozar de su trabajo personal. Se volvió cada vez más y más el esclavo de un trabajo en equipo: el campesino de la Edad Media, el campesino de hasta mediados del siglo XVIII que fabricaba la cuna para sus hijos, su propia cama; las mujeres que hacían sus propias conservas, sus propias mermeladas, su propia comida, y que incluso mataban sus propios animales en lugar de matarlos industrialmente, vivían en un medio en el que, a fuerza de las cosas, todo se conservaba mucho más porque todo era infinitamente precioso, y se disfrutaba de los pequeños trabajos realizados como de una obra de arte. Se estaba muy orgulloso de haber construido una cama, una cuna o una mesa; por dura que fuera la vida —no niego para nada el hecho de que la vida humana haya sido siempre muy dura—, había, sin embargo, un componente de satisfacción personal por lo que se producía. Mientras que en nuestra época la satisfacción personal proviene de ir a gastar dinero en un gran almacén para comprar alguna cosa que no se sabe cómo está hecha, por quién fue hecha, ni cuáles fueron las condiciones económicas de miseria, incluso de malsana existencia, del obrero que la fabricó. La semana pasada leía, por ejemplo, unas reflexiones sobre el tema de la fábrica

americana Daw, que produce una gran cantidad de objetos manufacturados al estilo de las grandes hojas de aluminio y de papel de plata, y que durante la guerra del Vietnam fue una de las que produjo herbicidas y napalm: ya no lo hace, al menos públicamente. Hoy sus obreros se encuentran terriblemente propensos al cáncer, a causa de los elementos cancerígenos que manipulan. Es muy difícil que alguien que va a comprar un cojín en vinilo pueda saber que los obreros que lo fabrican probablemente van a sufrir de una enfermedad de los pulmones. El hombre de la Edad Media se encontraba muy a menudo en estados de salud y de fatiga igualmente lamentables; nos damos cuenta de ello cuando escuchamos, por ejemplo, la vieja balada del siglo XVI, "El pobre labrador":

> Ya sea que caiga nieve, que truene, que sople el viento o haga mal tiempo,
> Se ve siempre sin tregua al labrador en el campo.
> No hay rey, ni príncipe, ni duque, ni señor
> Que no viva de la pena del pobre labrador.

De esta manera, ustedes ven que la protesta social y las malas condiciones no son de hoy; hay que recordar esto siempre, pues de otro modo se tiende a parecer un idealista del tiempo pasado. Pero es cierto, sin embargo, que aquellas gentes que vivían tan mal, en los tiempos difíciles construían su propio decorado cuando llegaba la fiesta del pueblo, desenrollaban los pendones que ellos mismos habían tejido, sacaban sus propios violines y sus propias guitarras para danzar, y se daban a sí mismos una fiesta en su propio pueblo —como veo que aún se hace ocasionalmente en Marruecos y en los países vecinos—, en lugar de mirar en la televisión a otros que intentan captar su atención y abusar de ellos, algo que la misma gente del pueblo sería incapaz de hacer. Existía entonces ese contacto directo entre el hombre y la naturaleza, por desgracia a menudo infortunado, pero siempre directo. Recuerdo que en un invierno en la Provenza negra, cerca de la Fayence en Francia, no lejos de Draguignan, conocí a un antiguo marinero que se había dedicado a las antigüedades y compraba cosas en las granjas para revenderlas; algunas veces se trataba simplemente de telas a rayas de viejos faldones de campesinas, hechos localmente. Un día, mientras me las mostraba, o mientras me enseñaba un plato o ya no recuerdo qué cosa, me dijo: "No deja de ser extraordinario. Podríamos casi poner una fecha, no solamente una década, sino una fecha exacta y precisa del momento en el que las personas, salvo algunos artistas, comenzaron a perder el gusto. Hasta 1930, casi todo lo que se fabricaba en las ciudades era maravillosamente bello, una obra de arte. Después, los objetos no eran sino cosas que se compraban a vendedores ambulantes que trabajaban para fabricantes, y el gusto había desaparecido".

Uno no sabe qué decir cuando debe hablar de este tema —deberíamos contar con un gran número de informes para tener las cifras y los detalles exactos—,

pero está el hecho muy simple de que, gracias a la aceleración de las técnicas —no digo de la ciencia, la ciencia es otro asunto, sino de las técnicas que de alguna manera se han convertido en los parásitos de la ciencia—, hemos acelerado cada vez más el ritmo de deterioro, al punto que, por ejemplo, se ha constatado que un americano o un europeo, al caminar alrededor de su casa, al pasearse en su propio entorno, destruye la tierra más o menos unas treinta o cincuenta veces más que un campesino africano o un hindú. El lugar en el que habita esa persona, de alguna manera se ve destruido, desde el punto de vista ecológico, por el desgaste y el hundimiento de la tierra, por el uso de pesticidas o fertilizantes demasiado potentes, y no es recuperable sino al cabo de un período cada vez más largo.

Tenemos también el inmenso desarrollo de la red vial, que siempre ha sido una forma de civilización; es la gloria de los romanos, y hasta algunos años me parecía, en efecto, una de sus más grandes glorias. Ahora comenzamos a preguntarnos si la creación de aquellas vías —casi siempre reservadas a usos militares, a la circulación de los tanques de la época— no afectó los antiguos senderos de los celtas y germanos que hacían uso de la topografía de la tierra de una manera más racional.

Hoy, el desgaste se extiende no solamente a la tierra, sino al aire que destruimos con aerosoles, humo y contaminación, al punto que las fotografías nos muestran, por ejemplo, que hace veinte años los perfiles de las montañas eran infinitamente más claros de lo que son hoy, debido a que una cortina de vapores se interpone entre ellas y nosotros. Destruimos el agua, contaminando ríos y riberas, y ahora, con la búsqueda de petróleo submarino, utilizando el mar industrialmente. Grandes acontecimientos tecnológicos que fueron festejados como gloriosos hace ya una década —¡que, sin embargo, es muy poco tiempo!—, ahora hacen que la gente reflexione y se lamente. Es el caso de la represa del Nilo: Nubia, bruscamente convertida en un lago de la noche a la mañana. En aquel momento dijimos: "Qué alegría, vamos a tener mucha agua", pero la cantidad de peces del Mediterráneo oriental se redujo casi en un cien por ciento debido a las nuevas condiciones; y ciertas enfermedades inesperadas se produjeron inmediatamente a causa del nuevo drenaje del río y de las nuevas condiciones climáticas generadas al borde del agua. Podemos leer esto en los libros técnicos; es extremadamente sorprendente, y hoy en día es tan conocido que lo encontramos incluso en las guías turísticas.

Evidentemente, en aquella época nadie pensó en ello. Y hoy nos encontramos ante dificultades que, cuando pensamos en ellas, resultan muy simples: siempre se producen por la ambición, es decir, por el deseo de un país de situarse por encima de sus vecinos, por el deseo de obtener y amontonar un mayor material militar para aumentar el potencial industrial; no para la felicidad de los hombres, sino para la gloria de una ideología cualquiera. Es lo mismo que ocurrió en la

época en la que Mao hacía escribir sobre los muros de Pekín: *¡Muerte a las aves!*, creyendo que así se recuperaba un poco de grano para la población maoísta, sin darse cuenta de que destruía los cultivos. Hemos vuelto a ello, aunque un poco más tarde.

Entonces, por una parte tenemos la ambición, esa especie de sorda violencia que consiste en querer elevarse a toda costa por encima del vecino, y por otra, una especie de avidez, de necesidad de posesión, de creerse rico y sentirse seguro aun cuando nadie lo está. El error y la locura continúan porque a la gente le falta imaginación. En la isla de los Montes Desiertos, a medio kilómetro, vive un señor muy rico que naturalmente no nombraré, tan rico que hace traer en avión sus comidas preparadas en París —seguramente son espantosas al recalentarlas, pero en fin, ¡eso da prestigio!— y que posee un refugio atómico bajo su casa, en una pequeña colina artificial que mandó a construir —en el que hay varios pisos con series de impermeables en plástico que se atraviesan dejándolas caer una tras otra—, así como una provisión de conservas (¡se debe comer muy mal en su refugio atómico!) que renueva cada año o dos, porque seguro se habrán vencido. Quizás él se imagina saliendo de su agradable refugio, pero ¿para ver qué? ¡Un mundo devastado! Eso no me parece muy inteligente.

Así, en presencia de estas visiones un tanto apocalípticas, se me ha ocurrido pensar a veces en un mundo en el que nos gustaría vivir, pero está tan alejado de las condiciones actuales de nuestra época, que una reflexión semejante resulta casi siempre escandalosa; pues nótenlo: todos estamos censurados. Después de Mao era impensable que el *Pequeño Libro Rojo* no fuera una obra genial; ahora, quienes regresan de China aseguran que el *Pequeño Libro Rojo* no se consigue en ninguna parte: ¡quizás lo arrojaron al río Amarillo! En Rusia, no se puede siquiera pensar en hablar mal de la burocracia, y confieso que en Francia tampoco esto ha sido siempre muy bien visto. Cuando se habla mal de los establecimientos industriales en Estados Unidos, muchas personas se molestan; en Francia también, y un poco en todas partes. En general, estamos censurados por nuestra época mucho más de lo que pensamos; nos creemos libres porque hablamos mal de las ideologías de otra época, pero frente a las ideologías sinceras o artificiales de la nuestra, somos excesivamente tímidos.

[…]

Discurso de inauguración de la Fundación Marguerite Yourcenar[8]

Queridos amigos:

Los periodistas de televisión me preguntan a menudo, un poco ingenuamente, cuál ha sido el día más bello de mi vida. Felizmente la vida tiene muchos días hermosos, y no pocos malos, y es imposible elegir, pero digamos que este día en el que me encuentro entre ustedes para la inauguración de este proyecto, una reserva en los Montes de Flandes, es seguramente uno de los días más bellos de mi vida; pues desde hace mucho tiempo había pensado en una tal posibilidad, pero no la había creído realizable, se los confieso, más que en el transcurso de muchos años, así que verla ahora presente bajo mis ojos es algo que de alguna manera me conmueve profundamente. Por ello mi pequeño discurso, mi muy pequeño discurso, estará sobre todo hecho de agradecimientos.

Agradezco al Delegado de la Región, Señor Alcalde de Bailleul, y a los alcaldes de otras localidades que tan generosamente se han ocupado de este proyecto. Agradezco al señor Hartmann, que tiene la gentileza de ocuparse de la parte belga de este proyecto. Agradezco al profesor Géhu, que, al asumir la presidencia de esta obra, va a aportarnos algo tan importante: la seguridad de que no se trata de un impulso sentimental como muchos creen, sino de una obra de un profundo interés científico, cuya importancia crece días tras día en nuestra época. Agradezco al señor Sonneville, que desde hace mucho tiempo ha mostrado su amistoso entusiasmo y ha hecho numerosos esfuerzos en favor de este proyecto, y finalmente, agradezco a personas que quizás estén acá, quizás no. Creo que la mayor parte de ellas no se encuentra acá, por ejemplo, los miembros de la comunidad de Saint-Jans Capel que aún se acordaban de mí siendo niña, que se acordaban incluso de mis padres, y que hace algunos años quisieron depositar sus recuerdos en un casete, y hoy permanecen como un lugar y un testimonio entre mi infancia y yo. Pero agradezco sobre todo a la juventud que quiere ocuparse de esta obra que le importa aún más que a nosotros, pues es la juventud la que habrá de vivir en esta naturaleza que debemos renovar, si no queremos morir con ella.

Señores y señoras, o simplemente, queridos amigos: hay una frase muy célebre de Paul Valéry, quien la escribió, creo, al terminar la Primera Guerra Mundial. Él hace hablar a las civilizaciones, y dice: "Nosotras, las civilizaciones, ahora sabemos que somos mortales". Ahora sabemos algo más grave aún, sabemos que la biosfera, que la esfera de vida que nos rodea, que el agua —de la que los poetas

8 Bailleul, 10 de abril de 1982, pp. 38 a 45. Texto establecido por el CIDMY. La traducción es nuestra.

griegos sabían que es la mejor cosa del mundo, y de la que san Francisco de Asís sabía que era la más humilde y sana de las cosas del mundo—, que las plantas, que los animales, que la Tierra misma en la que vivimos también son mortales, y que de nosotros depende destruirlos, más de lo que ya lo hemos hecho, o por el contrario retroceder, retomar nuestros contactos amistosos con lo que vivimos y nos hace vivir, para reconstruir una Tierra en la que vivamos más felices. En este orden, podemos hacer ciertas cosas en el plano internacional: podemos escribir a las sociedades internacionales y a los presidentes de los diferentes países, quejarnos de tal o tal proceder, proponer tal o tal mejora; somos más o menos escuchados, quizás más de lo que creemos.

En el plano nacional, lo mismo es válido, pero están el plano local y el plano individual, que es donde tenemos la impresión de que cada uno de nosotros puede hacer tan poco y tanto a la vez: podemos persuadir o convencer a nuestros amigos y a nuestra familia, predicar con el ejemplo, no desperdiciar lo que no hay que desperdiciar, proteger lo que debe ser protegido, en fin, propagar un poco a la vez nuestra benevolencia hacia todo y nuestro entusiasmo a nuestro alrededor. Me parece que es lo que estamos haciendo en un proyecto como el nuestro, y me conmueve que mi nombre esté asociado a él. Me conmueve mucho que su punto de partida sea un lugar en el que crecí y un país en el que mis ancestros, campesinos, pequeños propietarios de tierras y funcionarios, vivieron durante algunos siglos. Quizás todo esto no signifique gran cosa, salvo para mí, pero es sin embargo una prueba de hasta qué punto podemos hacer algo por los lugares de los que venimos, y un poco por todas las regiones del mundo, extendiéndonos como mancha de aceite.

Felicito de nuevo, lo repito particularmente, a la juventud que quiere ocuparse de este proyecto, y a ella cito una frase de un gran filosofo chino, que no se refiere solamente al tema del que hablamos, sino que, como ustedes verán, posee simbolismos aún más dramáticos: "Todo lo que es fuerte, poderoso y violento, es algo que está llegando a su fin y que ya está prometido a la muerte. Todo lo que es flexible, ligero y que parece frágil es, por el contrario, algo que crece y tiende a la vida".

Me parece que ésta es una frase muy importante para nosotros que intentamos proteger todo lo que es frágil y que debe continuar, gracias a nuestros esfuerzos, tendiendo a la vida. Como una especie de muestra de confianza y esperanza, quisiera concluir con otra línea del mismo filósofo chino para mostrar cuán importante es este punto de partida en el que estamos y lo lejos que puede llevarnos: "Un viaje de mil leguas comienza con el primer paso que se da al cruzar la puerta. Una torre de trescientos metros comienza con el primer ladrillo que se pone sobre el suelo, y un bosque comienza con una semillita que se siembra en la tierra". Y bien, mis queridos amigos, estamos plantando esta pequeña semilla; confiemos en los grandes resultados del porvenir.

Preámbulo a la alocución de M. Yourcenar "… Si aún queremos intentar salvar la tierra"[9]

Yvon Bernier
Canadá

El último viaje que Marguerite Yourcenar realizó fuera de Estados Unidos, fue a la ciudad de Quebec. Por ello sorprende poco saber que la alocución que pronunció allí el 30 de septiembre de 1987, con motivo de la apertura de la V Conferencia Internacional de Derecho Constitucional sobre la calidad del medio ambiente, haya sido, igualmente, su último escrito de circunstancias. Pues si bien es cierto que dos semanas más tarde ofreció una conferencia sobre Jorge Luis Borges en la Universidad de Harvard, se trató, en efecto, de un texto ampliamente elaborado durante el verano y concluido a finales de agosto. En consecuencia, si se exceptúan las pocas páginas que añadió a *¿Qué? La Eternidad,* antes que la golpeara la enfermedad que habría de poner fin a su vida, Yourcenar empuñó de nuevo la pluma para abogar en favor de la naturaleza y las especies amenazadas. A este compromiso, que desde tiempo atrás fue la primera de sus fidelidades y que respetó incluso más allá de la muerte, ella le concedió una importancia tal, que destinó los ingresos de su fortuna y de sus derechos de autor, fundamentalmente, a organismos de carácter ecológico.

El despertar de Yourcenar a los peligros a los que está expuesto el medio ambiente por acción de la especie humana, se manifestó desde temprano y tuvo poca relación con la aparición de movimientos ecológicos. En efecto, su toma de conciencia posee un carácter eminentemente personal y se reveló poco después de su llegada a Estados Unidos en el otoño de 1939. De hecho, ésta sería una de las pocas influencias que ejercería este país sobre una sensibilidad prácticamente impermeable a la civilización americana que, exceptuando la tragedia negra, casi no suscitó eco en su obra. En cuanto al origen de ese despertar, nada más explícito que el prefacio de *La Sirenita* (1942): "A partir de esta época y por un proceso de ascesis que todavía continúa, el prestigio de los paisajes con huellas de un pasado humano, tan intensamente amado antes por mí, fue sustituido poco a poco por

---

9 Esta alocución fue pronunciada por M. Yourcenar en Quebec, el 30 de septiembre de 1987, con ocasión de la V Conferencia Internacional de Derecho Constitucional, consagrada por primera vez al medio ambiente. El texto encabezó las Actas del coloquio reunidas por Nicole Duplé de la Facultad de Derecho de la Universidad de Laval, bajo el título *Le droit à la qualité de l'environnement: un droit en devenir, un droit à definir.* Estas Actas fueron publicadas por la casa editorial Québec-Amérique de Montreal en la primavera de 1988. La alocución fue reproducida con la autorización del propietario de los derechos en Canadá.

el de aquellos lugares, cada vez más escasos, en los que aún no ha dejado su impronta la atroz aventura humana. […] El paso de la arqueología a la geología, de la meditación sobre el hombre a la meditación sobre la Tierra, fue y sigue siendo a veces un proceso para mí doloroso, pero que, finalmente, conduce a beneficios inestimables" (*S,* 152).

Una conversión similar habría de comprometer progresivamente a Yourcenar con una actividad militante de la que ciertamente testimonia su arte, pero más aún su correspondencia. Resta por hacer, sin embargo, el trabajo de buscar en sus cartas inéditas (de las que infortunadamente no siempre se tienen las copias necesarias), lo que atañe a su compromiso ecológico. Aún hay muchas perlas por extraer de este yacimiento. A título de ejemplo, se puede citar el hermoso pasaje de una carta de 1973 dirigida a *Combat pour l'Homme* y publicada en una hoja dactilografiada que, ciertamente, merecía una mejor suerte: "Con todo el corazón y el pensamiento puesto en ustedes en este día de la Fiesta de los Animales. La humanidad no se librará de su ignorancia, de su crueldad y su ferocidad (incluso hacia ella misma), hasta el día en que un acuerdo armonioso no se haya establecido entre la vida humana y la innumerable y humilde vida animal. No habrían existido vagones sellados hacia los campos de concentración, si el hombre no se hubiese habituado a los vagones donde los animales sufren y agonizan; habría menos guerras si el hombre no se diese a la caza; habría menos niños y ancianos desdichados, si hubiese menos animales maltratados. La Piedad es una".

Se comprenderá que la adhesión incondicional de Marguerite Yourcenar al cuarto voto budista —"por innumerables que sean las criaturas errantes en la extensión de los tres mundos, trabajaré por salvarlas"— se remonta a tiempo atrás y aparece de nuevo en las promesas sostenidas. Si ella aceptó la invitación a la V Conferencia Internacional de Derecho Constitucional, aun cuando se oponía de manera casi sistemática a solicitudes de este tipo, fue porque el tema de ese año se inscribía en el hilo conductor de sus propias inquietudes respecto al medio ambiente. A pesar de las fatigas que representaba un viaje como éste, era importante para ella aprovechar la tribuna puesta a su disposición para sensibilizar una vez más a sus semejantes, a lo que llamó "este drama de la tierra, del aire y del agua". En cuanto a la cálida acogida brindada a ella y a su mensaje "entre tanta gente afectuosa" —escribía poco tiempo después de su viaje—, tuvo además el singular mérito de desvanecer algunas imágenes sombrías que aún guardaba de sus estancias de 1938 y 1957 en Quebec, así como de la atmósfera opresora que en aquel entonces había encontrado asfixiante. Como prueba de ello tenía el proyecto de volver en el verano siguiente a título personal. Desafortunadamente, su muerte habría de impedir la realización de este amable deseo.

… Si aún queremos intentar salvar la Tierra[10]

Antes de hablar en nombre propio, quisiera leerles un párrafo de un artículo olvidado que descubrí en un viejo atlas universal de 1910. Es una reimpresión. El atlas fue publicado, creo, por primera vez en 1903. Al final del volumen hay un artículo o un ensayo de un científico de la época, de un geógrafo llamado Frédéric Schrader[11], quien analiza la situación del mundo a principios del siglo XX. El artículo es muy largo. He aquí cómo termina:

> Simultáneamente a la destrucción, la reconstrucción podría prepararse a través del estudio de las leyes físicas que gobiernan la vida planetaria. ¿La ciencia, que mide y anticipa las tormentas, no llegará a prever sus causas? ¿Ese gran laboratorio de los climas, ese cinturón vegetal de terciopelo húmedo y tibio del que se alzan espirales cadenciosas de ondas atmosféricas, será transformado sabiamente, explotado con el respeto del hombre y la naturaleza, teniendo en cuenta las relaciones del suelo y de la atmósfera; o bien, cederemos a la tentación de violentar la Tierra y atacar por las vías rápidas la selva tropical? En este caso, es la misma humanidad la que estaría en peligro, no solamente por las enfermedades desconocidas, sino por el desequilibrio de la atmósfera y por la introducción de la inestabilidad de los climas en el mundo entero.
>
> El panorama es sombrío. Pueda la realidad no ser aún más sombría, y pueda el sentimiento de peligro creciente sugerir a los hombres el reemplazo de la lucha que mata, por la alianza que fecunda. Pareciera que la Esfinge aparece de nuevo en la bifurcación de los caminos que puede tomar la humanidad, recordándole que en varias ocasiones ha debido ya cambiar su marcha, planteándole una vez más su pregunta temible, lista a devorarla si no adivinamos en qué vía debemos comprometernos. Una ley en adelante incontestable establece que la esperanza de vida de los organismos es inversamente proporcional a su complejidad. Si esta complejidad se exagera a fuerza de artificios y conflictos, la supervivencia es imposible.
>
> La solución está al alcance de la inteligencia humana, si bien quiere disipar la embriaguez que hoy la conduce y pedir a la ciencia, ya no solamente la posesión inmediata de la naturaleza, sino la comprensión de la armonía general. Es únicamente por el respeto de las leyes naturales y por la extensión de las relaciones de amistad entre los hombres que la historia podrá desarrollarse en "el orden natural de las cosas", siguiendo "el fluir natural de las cosas" en el que se encuentra la libertad, y así, salvaguardar el futuro de la humanidad.

He aquí un artículo no muy conocido que encontré hace algún tiempo, en el que un hombre de hace setenta años preveía ya todo lo que pensamos hoy. Y podría citar otros ejemplos. Una frase de Chateaubriand, por ejemplo, que prevé más o menos las mismas desgracias y muchas más. Podría citarles incluso el cuadro sombrío y satírico de un poeta hoy poco conocido, pero que tiene sus dotes de grandeza, Leconte de Lisle, en el que describe al hombre moderno sacrificando

---

10 Nicole Duplé, *Le droit à la qualité de l'environnement. Un droit en devenir, un droit à définir.* Actes de la Ve Conférence. Québec, Ed. Amérique, 1988, pp. 23-33. La traducción es nuestra.

11 Nota del editor en francés: se trata de Franz Schrader (Bordeaux, 1844-Paris, 1924), geógrafo, alpinista y cartógrafo.

al mundo a su avidez y muriendo tontamente mientras llena sus bolsillos. De tal manera, han existido, desde hace al menos tres cuartos de siglo, voces que se han levantado en favor de lo que nos preocupa hoy.

Ya durante años hemos visto en cada país el temor de la guerra, el temor de las revoluciones, o algunas veces el deseo de las revoluciones; hemos sufrido el drama de las clases y de las razas. Estos diversos temores están, por así decir, suspendidos de otro temor infinitamente más vasto que va creciendo: el de la destrucción de la Tierra misma, explotada y contaminada por nosotros; el del agua, el de la superficie marina, casi tres veces más grande que la superficie terrestre que contaminamos cada día más; el de las extensiones de agua que se hunden cada vez más en el suelo y se agotan en él, o, debido a una explotación deplorable, el del agua que recae en forma de lluvia y trae consigo los ácidos devastadores producidos por civilizaciones industriales mal comprendidas; el del aire, con sus alertas de ozono; el de los climas y el de los suelos que devastamos por la destrucción de los bosques húmedos de la zona tropical; y finalmente, el de la sobrepoblación desenfrenada de la raza humana, que lleva inevitablemente hacia nuevos conflictos igualmente destructores, tornando nuestra paz competitiva tan peligrosa como la guerra. De los bosques canadienses a la campiña alemana o francesa, de India a Senegal, de Marruecos a China, encontramos en todas partes este inmenso avance de los desiertos, esta desaparición del campo en favor de las ciudades, que no elimina —al menos no por mucho tiempo— ciertos problemas propios de los pueblos como la escasez o la contaminación del agua, y que multiplica los efectos de una sociedad de consumo, que es de hecho una sociedad de desperdicio, conduciendo no solamente a un deterioro de la condición psicológica y social del hombre, sino incluso a un deterioro de la Tierra.

Siempre me ha parecido que este drama interesa a pocas personas, aun si su presencia bienhechora en este lugar nos prueba la existencia, en todos los países, de individuos preocupados por este nuevo drama que no está, o que no ha estado hasta ahora, a la medida del hombre. El menor escándalo de un hombre político, el pequeño lujo bárbaro y excesivo de algunas esposas de hombres célebres —como los trajes de Eva Perón o los zapatos de la señora Marcos—, el pequeño cosquilleo sexual producido por la noticia del décimo matrimonio de una estrella, todo eso parece interesar más a las masas que este drama de la tierra, del aire y del agua del que nos ocupamos. Todo eso ocupa más la primera página de los diarios y de los medios, y poca gente, en medio de estas pequeñas noticias del día, piensa en la destrucción irreparable que continúa en este mismo momento en que hablo, de millares de especies animales y vegetales que tardaron siglos en nacer y en desarrollarse bajo la forma que aún tenían ayer. Todos los que han intentado hablar a este respecto y predicar el ejemplo en su vida cotidiana, que es tan importante, por la que vamos haciendo tanto bien y tanto mal, se han percatado de que la

mayoría de los espíritus muestra una especie de inercia en este tema. ¡Cómo! No utilizar sino un pañuelo de papel cuando teníamos el hábito de tomar un puñado; reciclar cuidadosamente los desechos de nuestra comida para devolverle a la tierra lo que le pertenece; nosotras, las mujeres, no utilizar productos cosméticos obtenidos a través de sufrimientos inútiles de animales; no cortar el árbol que purificaba el aire sin reemplazarlo por otro que tendremos la dicha de ver crecer; impedir que el agua corra innecesariamente en el fregadero, ¡porque esta agua es la vida misma del mundo! Tan poco, y es sin embargo a partir de este poco que la ecología se establece en la vida de cada uno de nosotros y que aprendemos a ser consumidores reflexivos, en lugar de predadores inconscientes.

Ustedes me dirán que este tema es de todos los tiempos. Sí, ciertamente. Pero hoy disponemos de medios tecnológicos infinitamente más poderosos que los de otros tiempos, que podrían servir para bien, que a veces sirven para bien, pero cuyo poder también está al servicio del mal, mientras que nuestros ancestros no conocían, a menudo, más que errores limitados y en ocasiones, aunque no siempre, reparables. Sabemos por Platón y por Tucídides que el Ático fue deforestado en el transcurso de las guerras entre Atenas y Esparta, en parte para proveer mástiles a la flota de navíos, y que fue por esa época que las fuentes y las superficies de agua se sumergieron bajo la tierra. Sabemos que las islas griegas, entre las que nos paseamos admirando su belleza, su desnudez, su blancura de mármol, estaban en realidad pobladas hasta su base por bosques, matorrales, planicies cubiertas de flores de las que nos hablan los poetas del siglo VI. Sabemos también, mucho más cerca de nosotros, que los grandes parques de Inglaterra no han sido hasta ahora recuperados, luego de que tantos árboles fueran abatidos durante la Primera Guerra Mundial para fortalecer trincheras. Sabemos, por Ronsard y los poetas de la misma época, que algunos hombres de aquel tiempo eran sensibles a la muerte de un árbol.

¿De dónde viene entonces esta especie de extravío de la conciencia humana? En mi opinión, de la codicia que desea aprovecharse al máximo de los bienes terrenales y de una especie de desconfianza hacia los hombres de otros países o de otras razas que se quiere distanciar en ciertas esferas; del deseo de servirse de todo para llegar hasta el colmo de la riqueza y construir un condominio donde antes había un lugar apacible en su estado original, donde las multitudes, una tras otra, terminaban por hallar un poco de frescura o de paz. Sabemos que la desconfianza entre las naciones mantiene los gastos de preparación de la guerra, y sobre todo, creo, más allá de todos estos motivos que son importantes, que es preciso pensar también en un miedo oscuro, acuciante, aunque oculto, debido al hecho de que los plazos devienen cada vez más cortos. Por ejemplo, tengo por secretaria a una joven mujer madre de un niño de cuatro años, una mujer de una energía y una sabiduría extremas en la vida cotidiana, que no quiere escuchar

hablar de ninguno de los problemas que nos interesan en este momento, porque le producen miedo, y que, sin embargo, de un tiempo para acá me confía, casi en voz baja, haber visto pasar por su pueblo, en la noche, un convoy de vagones transportando materias nocivas que irán a ser enterradas en alguna parte; ella se pregunta dónde, y si su hijo estará cerca o no de esos depósitos de peligro.

Además, olvidamos con tanta rapidez. Los acontecimientos se suceden tan rápidamente que, en lugar de que el interés se acumule, las diferentes emociones parecen anularse unas a otras. Prácticamente se ha olvidado Bhopāl, o bien, se ha convertido simplemente en una discusión jurídica que no interesa sino a pocas personas, a pesar de que millares de seres humanos aún sufren las consecuencias de este hecho, y de que estos seres, antes de la explosión, sufrían ya por haber sido expulsados, forzados, la mayoría —incluso sin saber que estaban obligados por la fuerza de las cosas—, a abandonar la civilización campesina que los unía, que anudaba las familias entre ellas y les brindaba espacios sagrados; y a los animales, a los que de generación en generación la familia permanecía vinculada, para abandonarlos alrededor del terreno baldío que era la fábrica. Y ese terreno baldío resultó, en consecuencia, tanto más desastroso cuando llegó la catástrofe. Concernía a individuos aislados que habían perdido lo que tenían de arraigo. Se olvidó la contaminación del Rin. Yo me encontraba en Basilea al día siguiente de esta noticia. Y se olvida, en particular, que estos acontecimientos que se cree finiquitados tras haber leído uno o dos diarios continúan, sin embargo. Por ejemplo, que los efectos de la contaminación del Rin en Basilea han continuado sobre las riberas del Zwin y la frontera holandesa. Se ha olvidado Chernóbil. Aunque a causa de este pequeño accidente, pues no es más que un pequeño accidente comparado con lo que podríamos temer, los lapones no solamente perdieron sus rebaños, que tocó destruir en gran parte, sino que vieron mortalmente agravada la dificultad de su existencia secular, que hace de ellos una especie humana casi amenazada.

En Marruecos, de donde venimos de admirar las extraordinarias montañas desnudas con los reflejos del sol poniente, me digo a menudo que esta planicie, que es casi un desierto, estos ríos errantes y estas montañas completamente descubiertas, fueron en una época, que era ya la era histórica, lugares arborizados, bosques por los que erraban los elefantes de los que se sirvió Aníbal. Allí, la historia humana deja sus rastros por doquier y éstos son generalmente destructivos. Incluso en Atenas constaté que ya no es posible penetrar al interior del Partenón donde antaño caminé, donde me senté a leer o a descansar durante días enteros, y que de alguna manera era una gran casa para todos nosotros. Y que las Cariátides se desmoronan bajo sus pórticos, gracias, si se puede decir, a las catorce refinerías de petróleo instaladas sobre la ribera de Eleusis hace apenas quince o veinte años bajo el reinado de los coroneles. Hemos prácticamente olvidado el reinado de los

coroneles, pero sus efectos están allí. Y una ciudad —Nueva York— en la que viví con el sentimiento de una existencia humana aún encantadora a principios de la Segunda Guerra Mundial, se ha convertido ahora en un lugar del que uno no piensa sino en partir lo antes posible, debido a la calidad del aire, a la falta de espacios verdes y a las crisis de salud cada vez más frecuentes que se producen en verano cuando hace mucho calor, y cuando sencillamente falta el aire respirable.

En Egipto, donde estuve en dos ocasiones, reflexioné a menudo en lo que me decían los arqueólogos de origen europeo y los granjeros de origen nubio que abandonaron su granja en el momento en que el agua de las represas los invadía, y en el hecho de que desde entonces los monumentos, las bases de los monumentos y las raíces de las plantas comenzaron a sufrir en un suelo cada vez más salino. También reflexioné sobre el hecho de que este milagro que era el ciclo anual del Nilo haya desaparecido, suscitando una erosión en la mayoría de sus orillas, en medio de una humanidad cada vez más pobre y siempre, inútilmente, más multiplicada. Y finalmente, en que la raza de los peces, por así decir, esté completamente desaparecida del delta, y que a lo largo del Nilo mismo se vean las brumas —provenientes de embalses tan anchos que sobrepasan las necesidades reales— insertarse en el cielo azul.

En Bharatpur, India, me percaté de que la mayor y más bella reserva de aves migratorias, que cada año es atravesada por millares y millares de aves provenientes de lugares tan diferentes como Holanda y Siberia o Rusia del norte, está ahora amenazada por una fábrica situada no muy lejos de allí, a una distancia igual entre Bharatpur, paraíso de una naturaleza, por así decir, anterior al hombre, que se había logrado reconstituir en ese lugar, y el Taj Mahal, obra maestra de la arquitectura y la matemática humanas.

Los hombres de otros tiempos, muy a menudo en su modernismo, atacaban salvajemente a sus monumentos del pasado, como además lo hacen aún en ciertos países. Ahora las criaturas vivas, nuestros hermanos, tanto como los monumentos que mejoran la opinión que nosotros mismos nos hacemos de nuestra propia raza, están amenazados. Yo misma intenté establecer una pequeña reserva sobre los montes de Francia, dos en Flandes, entre Cassel y la frontera, que han sido muchas veces devastadas por la guerra, y hemos trabajado, yo misma y un hombre cuyo nombre me place pronunciar aquí, el profesor Géhu de la Universidad de Lille —pues yo estoy lejos de poseer los conocimientos técnicos y científicos necesarios—, para intentar reconstruir estos terrenos, reencontrar las plantas de otros tiempos, muchas de las cuales han desaparecido, y así recrear un pequeño bosque. Y bien, me parece que él y yo, y aquellos que se interesan en este pequeño proyecto, nos pasamos la mitad de nuestro tiempo ocupándonos de estas cuestiones, de alguna manera puramente ecológicas, y la otra mitad en tratar de luchar para que esta reserva consagrada a las plantas, a las aves y a los pequeños

animales de la región no se convierta simplemente en un nuevo campo de juego industrial, en un nuevo estacionamiento, en una nueva feria plagada de máquinas ruidosas y, creo, inútiles. Nosotros, todos, somos los constructores de la Torre de Babel, y también, los aprendices de brujo en una pequeña colina de Alemania. Sabemos lo que le ha sucedido a esta clase de hombres. Expliquemos, estudiemos y empleemos mejor nuestros recursos, que son grandes. Démoslos a conocer a aquellos que aún no saben, que no han sabido nunca que los recursos del hombre no eran infinitos. Y enseñémosles a utilizarlos de inmediato, pero por su bien, tanto como por el nuestro, si aún queremos intentar salvar la Tierra. La fórmula "Tierra de los Hombres" es extremadamente peligrosa. La Tierra pertenece a todos los vivientes y nosotros dependemos en suma de todos los vivientes. Nos salvaremos o pereceremos con ellos y con ella. Si somos cristianos, pensemos que Dios hizo de nosotros los guardianes y no los aprovechadores y destructores del mundo. Si pertenecemos a las grandes religiones no cristianas, pensemos en no destruir más la armonía del orden de las cosas y en salvar también esta capa de agua, esta pequeña capa de agua que es nuestra alma, en la que el cielo y la tierra se contemplan.

Para terminar, quisiera contarles un pequeño cuento chino, tal y como se encuentra en el Tao Te-King, que me parece muy simbólico de nuestra situación:

> Cerca de una vieja aldea china había una bella colina con un bello bosque. Los habitantes de la vieja aldea estaban muy contentos. En un país donde hace calor, iban a buscar la sombra y también algunos frutos. Se paseaban, ofrecían sacrificios a los dioses, a los genios de la región, y en fin, todo estaba bien. Repentinamente se dijeron: "Necesitamos un gran edificio en madera, vamos a cortar los árboles de la mitad de la colina", y así se hizo. Quedaba aún la otra mitad donde las gentes podían pasearse. Nadie se quejaba. Al cabo de algunos años necesitaron un segundo gran edificio. Se cortó la otra mitad de los árboles de la otra mitad de la colina. Los cortadores de árboles dijeron: "Ustedes saben, no se agiten, volverán". Y en efecto, volvieron. Tras treinta años, cuarenta años, había ya un joven bosque. Diez años más tarde, se dijeron: "Necesitamos árboles, cortemos este nuevo bosque, ya que él renace". Volvió, más modestamente. Y de nuevo, tras cuarenta o cincuenta años, fue cortado. Esta vez no volvió. Y ya no hay un solo árbol sobre la montaña sagrada.

Entrevistas

Bérengère Deprez
Universidad Católica de Lovaina
Bélgica

La fe y las raíces

Las respuestas de Marguerite Yourcenar a las preguntas sobre su relación con la naturaleza y la ecología impactan de inmediato por la actualidad trágica de su discurso. Ella misma, en *Con los ojos abiertos*, cita a un geógrafo que deplora la desaparición de las especies, el saqueo del entorno natural, y prevé cambios climáticos ante la destrucción del medio ambiente por el hombre... ¡en un texto de 1911!

Un compromiso tan constante y profundo no es consecuencia de un efecto de moda, como despectivamente lo han pretendido algunos críticos que seguramente se vieron desconcertados por este tema tan poco literario; a este respecto, Yourcenar es mordaz cuando ironiza sobre los letrados que no preparan su propio alimento y pierden el contacto con la vida concreta. Pero lejos de ser así, esta fe ecológica está enraizada en el corazón mismo de los intereses de la escritora. Michèle Goslar fue la primera biógrafa en resaltar la importancia para Yourcenar de *su infancia* y de la naturaleza, aunque no sería posible determinar en qué medida su establecimiento en Estados Unidos fue igualmente decisivo en el pasaje de la historia a la geología, como la autora lo llama en el prefacio de *La Sirenita* (1942). Allí, Yourcenar establece de nuevo el contacto con la naturaleza salvaje y las planicies infinitas de Flandes, que seguirán siendo tan queridas por ella, llevándola incluso a sostener activamente la creación de un parque natural en los lugares mismos de su infancia: el Mont-Noir, masacrado por las bombas, pero arborizado nuevamente por las autoridades locales y regionales. Cuando se reúne con los habitantes del pueblo para esta ocasión, al final de su vida, ella se regocija por "un momento de sabiduría en un mundo tan a menudo aquejado por la locura", por una celebración humana, y por ese pequeño paso hacia aquella "fatalidad del bien" que invocaba en sus votos "para salvar el mundo".

¿Sentimentalismo, como lo sugiere uno de sus interlocutores? Claro que no. Yourcenar *también* comprendió, antes que mucha gente, al menos en Francia,

que la ecología es un programa político a cabalidad. La ecología concierne al consumismo desenfrenado, a la degradación del medio ambiente por desechos químicos, a la guerra energética que nos desgarra entre el Caribdis de lo nuclear y la Escila del petróleo, a la falsa productividad anestesiada por pesticidas mortíferos y monoculturas dementes, a la mala calidad, e incluso a la nocividad creciente de nuestros alimentos, a las hecatombes animales frente al menor riesgo de zoonosis, a las sucias actividades trasladadas a los países pobres, y a la seguridad de los trabajadores supeditada a los beneficios del amianto, constatando por doquiera el poder brutal del gran capital mundial, cuya única ley es el máximo provecho al menor costo.

¿Sentimentalismo? Yourcenar sabe muy bien que al degradar, lo humano se degrada. Lejos de un necio y malsano pesimismo del tipo "mientras más conozco a las personas más amo a los animales", el compromiso ecológico es para la novelista —en ocasiones moralista— la expresión indirecta de una profunda fe en el ser humano. Infatigable, jamás resignada, ella visita los lugares, escribe y testimonia en favor del parque del Mont-Noir, así como lo hace por las playas de Marruecos, los bebés focas y las plantas de las riberas del Nilo; abogando, en el fondo, por la especie humana que los frecuenta. Incluso si en su obra se hallan huellas de un "mundo anterior a la falta", cuyo retiro total del yo pareciera ser el síntoma —lo cual ha generado abundantes discusiones—, Yourcenar no tenía nada de enclaustrada, ni física ni intelectualmente. Si ella protegía su vida privada, si para las entrevistas escogía cuidadosamente a sus interlocutores (sorprende, sin embargo, el bajo nivel de algunos de ellos), tomaba siempre una postura firme y con el "frío amor" que presta a Zenón. Y uno de sus caballos de batalla fue la ecología.

Esta firmeza, esta constancia en las respuestas a las entrevistas, se expresa al menos en tres aspectos: 1. *El ser humano no es el centro sino un actor del universo*. Desde el lugar que ocupa, puede actuar para lo peor, pero también para lo mejor. Una educación adecuada es susceptible de detener, e incluso de alterar los procesos de destrucción. Esta educación debe ser misión de los pedagogos, pero también de los medios de comunicación y de todos los ciudadanos, a través del testimonio de su compromiso. A este respecto, el escritor es depositario de un mandato particular. 2. *El respeto por la vida animal y vegetal es una exigencia inseparable del respeto por la vida humana*. El animal, el árbol, son esos hermanos vivientes, esos espejos, y en ocasiones, esos modelos que nos conectan con lo real, por lo cual nos negamos a nosotros mismos al matarlos a través de la caza desenfrenada, de la destrucción de los bosques, del uso de pieles bajo las cuales no vemos la sangre gotear, de la desolación de las lluvias ácidas y del anonimato de los mataderos donde el sufrimiento se añade a la muerte. 3. *Hay urgencia*. Con humildad, ya que no somos más que nosotros mismos y la tarea es inmensa, pero

con obstinación, puesto que la acción es posible, debemos reflexionar y actuar.

"No somos jueces. Pidamos simplemente que cada ser haga lo mejor", dice serenamente la dama de los Montes Desiertos. A este respecto, Marguerite Yourcenar era muy consciente de la audiencia que su celebridad aportaba a la causa ecológica: una dimensión importante de este compromiso político que sólo los miopes le niegan. Es un placer relevarla aquí.

Marguerite Yourcenar y el amor por la Tierra[1]

[Jueves 2 de febrero de 1984]

Introducción

Este otoño, Marguerite Yourcenar dejó su isla de los Montes Desiertos durante algunas semanas. De camino al África y a la India, se detuvo en Europa occidental para recibir el Premio Erasmo, en Ámsterdam. Rumbo a París, tomó el camino que conduce al parque natural que creó en la región de su infancia —el Flandes francés, en el límite con Bélgica—, financiado con sus propios recursos a través de la Fundación de los Montes de Flandes Marguerite Yourcenar.

Ella, que casi no gusta de las entrevistas, quiso atendernos respecto a un tema que le preocupa sobremanera: la naturaleza y la defensa del medio ambiente. Este jueves en la mañana, luego el martes 7, el jueves 9 y el martes 14 de febrero, la escucharemos hablar de las ocas salvajes, de la no violencia, de la cocina, de la ética y del absoluto, de la imaginación, de los medios, y de su último libro, *El Tiempo, gran escultor*, una recopilación publicada por Gallimard, donde todos estos temas son abordados. "Todo confluye —dice Marguerite Yourcenar—, la expresión humana es la expresión del mundo".

Entrevista

Marguerite Yourcenar, usted vino a Europa a defender la naturaleza y la ecología...

Es uno de los objetivos de mi vista a Europa, aunque no el único; eso sería muy bello. Vine a Europa porque es el camino que tomaré para ir a Kenya y a India, y de paso, como hago siempre que me detengo en Francia y en Europa occidental, me tomaré un tiempo para detenerme en esta pequeña reserva que los habitantes de la región donde crecí tuvieron la gentileza de organizar para mí. Quise que algún día se estableciera una reserva en este país que ha sido tan cruelmente devastado, donde todo está por hacer, donde la naturaleza ha recobrado sus derechos, pero a la que hay que ayudar a pesar de todo, especialmente para impedir que se la destruya, como se hace tan a menudo. Muchas personas de estas regiones, los alcaldes, las autoridades del país, se han ocupado de constituir esta reserva, o más bien, estas pequeñas reservas que finalmente se encontrarán, de alguna manera, a lo largo de los montes de Flandes, y que ahora van incluso a sobrepasar la frontera

---

1 Entrevista con Laurence Cossé. France-Culture, 2, 7, 9 y 14 de febrero de 1984. Texto establecido por el CIDMY. La traducción es nuestra.

belga, puesto que ya se ha comenzado en el monte Kemmel, que es el único monte de Flandes que está del otro lado de la frontera.

Hay que decir que usted no era desconocida en la región, es la región donde pasó su infancia y donde su familia estaba instalada desde hacía siglos.

¡Desde hacía siglos! Inicialmente en Cassel, luego en Bailleul y finalmente, a partir de comienzos del siglo XIX, en una propiedad situada sobre el Mont-Noir. Ahora, estos montes de Flandes continúan siendo célebres, quizás sobre todo en la literatura contemporánea inglesa, a causa de las enormes pérdidas que sufrieron allí los ingleses, puesto que fueron ellos quienes defendieron la región. Por ejemplo, el lugar en el que me encontraba, en la cima del Mont-Noir, sirvió al estado mayor inglés durante la guerra del 14. Así, todo fue completamente pulverizado: en toda la región no quedaban más que tres árboles anteriores a 1914, y hoy se lleva a los niños de las escuelas a ver esos árboles que están atravesados por balas y fragmentos de obuses.

Es una bella noción de preservación de la naturaleza la de crear un parque natural en una región que no es particularmente bella, que no es particularmente pintoresca.

No es pintoresca, casi diría que por fortuna. Atrae quizás menos a los turistas, que muy a menudo cumplen un rol a la vez nefasto y benéfico, ya que las autoridades están dispuestas a proteger la naturaleza para que los turistas tengan algo que ver; maléfico, porque los turistas suelen crear una especie de erosión a causa de los estacionamientos, las boutiques y toda clase de cosas que no siempre son muy deseables. Pero la región es bella. Ha sido maravillosamente recreada por los pintores del siglo XVII. En particular, por un pintor cuyo nombre no recuerdo, y cuyos cuadros, que están en Versalles, representan las campiñas de Luis XIV y los cielos inmensos que comienzan en esa región de Francia y se extienden hasta Dinamarca. Es decir, planicies, y por un extraño azar, en estas regiones, seis o siete colinas se encuentran prácticamente sobre esta planicie que, como digo, va hasta Jutlandia.

[...]

¿Cuál era su objetivo al crear esta Fundación?

Defender la naturaleza, por supuesto, como siempre.

¿Y para defender la naturaleza piensa que lo más sencillo es crear reservas?

En nuestra época es absolutamente necesario hacerlo, de una manera u otra.

Usted es una ardiente defensora de la naturaleza, puesto que no solamente se proclama apóstol de la protección de la fauna y la flora, sino que además es vegetariana. Usted escribe: "Sólo el hombre primitivo o prehistórico puede matar por necesidad. Yo tendría la impresión de digerir la agonía si aceptara la carne en el plato".

Yo no he dicho eso del todo. Ésa no parece ser exactamente una frase mía, "la carne en el plato...", no. Pero dije algo muy parecido. Hace algunos años escribí la vida de un tal Zenón, es decir, *Opus nigrum*, personaje imaginario, es cierto, que se rehusaba a "digerir agonías". Es un poco en su nombre que redacté estas notas.

En ese mismo libro, El Tiempo, gran escultor*, usted es muy severa respecto a la crianza artificial de los animales...*

Sí, que es monstruosa, sencillamente monstruosa. Además, muy peligrosa para el hombre...

Así es, y respecto a la caza. Y de la crianza artificial de los animales, usted habla de "su horrible vida empaquetada".

Sí.

He resaltado esta expresión.

Absolutamente atroz, pienso sobre todo en los pollos, naturalmente.

¿Ha tenido la ocasión de visitar criaderos?

¡Por supuesto! Infortunadamente. Hay criaderos en el estado de Maine. Criaderos donde los animales están sometidos las veinticuatro horas del día a la luz artificial, a los que se les han cortado el pico y las uñas de las patas para que en su desesperación no destrocen a sus vecinos, puesto que están inmovilizados sobre una plancha, forzados a atiborrarse y a que esto desarrolle en ellos hormonas que determinan la actividad de la violencia, del miedo, etcétera, y naturalmente terminarían por atacar a sus vecinos. Entonces, nos vemos concernidos por estos animales estupefactos, totalmente mutilados, y uno se dice: es cierto que ésta no es la manera más sana de criar animales, incluso para el hombre que los consume.

[...]

¿Han debido replicarle con argumentos económicos, decirle que alimentar los animales con granos no podría ser objeto de una comercialización a gran escala?

Se podría hacer perfectamente, es una cuestión de querer. Sobre todo, de no querer sacar grandes provechos, que es el error de todo el mundo en nuestra época.

¿Ha obtenido éxitos en este primer combate?

No sé a qué llama éxitos. El éxito es tal vez que las cosas estén impresas, que la gente las lea, y que entre mil personas haya una que se sensibilice completamente y diez que lo estén un poco. Ya sabe, ¡es siempre la parábola evangélica de la buena semilla!

Y de la caza, usted dice que es el puro símbolo nuevo de una actividad completamente arcaica.

¡Absolutamente!

¿Sabe que en Francia, particularmente, los hombres están muy aferrados a la caza?

Francia es el país más deplorablemente situado desde el punto de vista de la caza. En otra época, Malta estaba antes que Francia, ahora es Francia la que tiene el primer premio, si se puede decir. Es un primer premio lúgubre. En Holanda, en los países escandinavos, en Finlandia, incluso en Bélgica —aunque en Bélgica quizás menos—, nos ocupamos enormemente de los animales, las leyes son buenas, aun cuando no siempre sean acatadas. Uno se turba mucho por la actitud de Francia, puesto que es deplorable intentar hacer esfuerzos para conservar especies a menudo amenazadas, y descubrir que cincuenta metros más allá son abatidas en Francia. Por ejemplo, el director de una de las grandes reservas de Holanda y Bélgica me contó que el año pasado un grupo de doscientas ocas salvajes, que había atravesado las reservas de Bélgica, era esperado en la frontera francesa, e incluso un poco más lejos, y fue atacado en el territorio extranjero. Hoy, de doscientas, sólo queda una.

[…]

¿Usted quiere decir que la violencia contra los animales es el comienzo de la violencia contra la humanidad?

Absolutamente.

Usted escribe: "Todo acto de crueldad sobre millares de criaturas vivientes es un crimen contra la humanidad, que la endurece y la vuelve un poco más brutal".

Así es.

Hay allí una aproximación muy osada...

Así es. Ésta ha sido la gran razón para luchar, y continuamos luchando, por el tema de las focas en Canadá. Es espantoso que esta población pobre, lo reconozco, de la que, sin embargo, el gobierno debería ocuparse quizás un poco más, se regocije

ante la idea de ganar un poco de dinero en primavera, yendo en grupo a matar a golpes a los bebés focas sobre el hielo. Es una manera escabrosa de ganar un poco de dinero.

Es otra de sus grandes batallas. Usted está decididamente en contra del uso de pieles, por encontrarlo a la vez estúpido e inútil, ya que otros materiales son igualmente cálidos.

Sí. Creo que en el caso de la mujer, particularmente, hay una enorme inconsciencia, pues si la mujer viera esa piel cubierta de sangre, arrancada cinco minutos antes a un animal, no la querría más. Evidentemente, también en el caso del hombre, puesto que a menudo es el hombre quien compra el abrigo de piel a la mujer y quien se regocija de verla llevándolo puesto; pero digamos que es la mujer quien mira las vitrinas de los almacenes y quien elige.

[Martes 7 de febrero de 1984]

Introducción

El jueves pasado tuvimos una primera entrevista con Marguerite Yourcenar sobre el tema de la salvaguarda de la naturaleza, la flora, la fauna y los grandes equilibrios ecológicos, que tanto le preocupan.

La escuchamos condenar la caza, en especial la de animales usados en la industria de pieles, tema que aborda en su último libro, *El Tiempo, gran escultor*, una recopilación de textos recientemente publicada por Gallimard. Proseguimos con esta entrevista, que continuará el jueves 9 y el martes 14 de febrero.

Entrevista

Marguerite Yourcenar, a lo largo de nuestra anterior conversación, usted nos decía cuán criminal encuentra que para llevar pieles se masacren animales, y citaba el caso bien conocido de los bebés focas. Cómo explica la indiferencia del público. ¿No es información lo que hace falta?

No lo sé. Creo que ante todo se trata de una cuestión de estatus, como se dice, como no debería decirse, de una cuestión de lujo, en fin, de mostrar que se tienen los medios para comprar un abrigo de piel, cuyo uso ha sido avalado por la tradición y la aceptación de la moda. Todo aquello parece inocente pero no lo es, pues es de la misma manera en que se acepta también, llegado el día, la moda de las dictaduras o de cualquier cosa, la moda del racismo, la moda de todo.

Usted también decía que a menudo no se asocia la piel que se lleva puesta o el bistec que se come, a las terribles condiciones en las que han sido abatidas las focas o las vacas. Entonces, ¿es falta de información?

Es quizás una falta de imaginación, porque hoy, en nuestros días, la información hace lo que puede. Pero la mayoría de las personas tiene poca imaginación.

¿Cómo hacer para incentivarla? ¿Es el trabajo del escritor?

Es uno de los trabajos del escritor, lo que hace que su posición no sea totalmente inútil. ¡Alegrémonos de poder hacer algo!

[…]

Si le entiendo bien, ¿sus reproches a la masacre actual de la naturaleza sugieren una especie de crimen?

Sí, así es.

Y según usted, ¿cuál es el alcance que podría tener este crimen a más largo término?

Para mí, es inmenso. En este momento es incluso tan grande, que nosotros mismos no sabemos si ya estamos cerca de franquear el punto de no retorno, más allá del cual ni siquiera el hombre podrá vivir. Por ejemplo, las lluvias ácidas que se están desatando sobre América y Europa, que parten generalmente del Rhur en Europa, y que ya han destruido una parte de los bosques de Alemania, crean una especie de carencia de aire respirable de la que toda la humanidad va a sufrir. La naturaleza y la humanidad son solidarias: el hombre es una parte de la naturaleza. En los tiempos antiguos, evidentemente, el hombre no lo sabía, francamente lo ignoraba; creía que matar un oso aquí, un cisne allá, no hacía mella en una naturaleza tan abundante como entonces lo era, y que los crímenes que cometía estaban extremadamente limitados a su grupo, a su entorno, a su pequeño pueblo, etcétera. Pero ahora, todo lo que hacemos tiene repercusión mundial.

Esto tiene repercusiones más profundas. Por ejemplo, usted dice que hoy ya no hay un lugar dónde refugiarse, dicho de otra forma, ya no hay lugares de recogimiento.

Absolutamente, incluso dónde refugiarse físicamente. Todos estamos expuestos a una posibilidad de ataque nuclear: el año pasado visité a Hiroshima. Todos estamos expuestos a nuevos contagios, causados en gran parte por los alimentos artificiales y por las sustancias artificiales que introducimos en el medio ambiente. Ninguno entre nosotros puede ya encontrar refugio alguno, aunque tal vez sea mejor así. El día en que volvamos a crear refugios existiremos de nuevo, pero habrá que volver

a crearlos. Me parece que hay algo de absurdo al hablar de desarrollo, como si el desarrollo fuera infinito. Nada es infinito en un planeta finito y entre seres que están, todos, sometidos a la finitud. Y si este desarrollo —que es falso porque pretende precisamente alcanzar dimensiones impensables en el mundo en el que vivimos— se continúa, es claro que un día u otro el mundo entero será víctima de las mismas dificultades y de las mismas tragedias.

¿Piensa que es necesario que otro tipo de desarrollo suceda al desarrollo económico?

Creo incluso que la palabra "desarrollo" se debería eliminar y hablar, por el contrario, de la mejor calidad posible de vida, de las mejores condiciones de funcionamiento del ser humano, y dejar atrás la palabra desarrollo, que en sí misma contiene una especie de agresividad.

Así es. Pero yo pensaba en un desarrollo espiritual, un desarrollo del ser.

Por supuesto, pero incluso en esto seamos prudentes para no parecer que estamos oponiendo nuestro propio desarrollo, más acelerado, al desarrollo, más lento, de otra persona: no somos jueces. Pidamos simplemente que cada ser haga lo mejor.

Usted también afirma que la vida está amenazada en su diversidad.

Así es. Y eso es excesivamente grave. No tengo aquí las cifras y temo equivocarme, pero creo que soy muy modesta al decir que trescientas o cuatrocientas especies vivientes han desaparecido en el transcurso del siglo pasado.

Y usted también afirma que al estar amenazadas la vida y la diversidad, es la belleza la que se ve amenazada.

Por supuesto: la belleza, la alegría, el goce de la vida. El peligro es que el hombre se encierre en sí mismo, y que al hacerlo se encierre en ciudades cada vez más parecidas a campos de concentración, y en una ideología igualmente cada vez más totalitaria.

[…]

¿Usted misma, personalmente, eligió la naturaleza desde hace tiempo al instalarse en Estados Unidos en los años 40?

Yo llegué a Estados Unidos en los años 40, pero no fue sino hasta 1951 que me instalé en la casa que aún poseo actualmente.

¿Es la naturaleza norteamericana la que ama especialmente?

No, no es la naturaleza que prefiero. Creo, por ejemplo, que la naturaleza de ciertos lugares de Inglaterra, de Holanda —me gusta mucho la naturaleza del

Norte—, de ciertos lugares de Escandinavia, es igualmente bella, quizás incluso más que la norteamericana. Sin embargo, ésta es muy vasta, en ella está presente el sentimiento de amplitud, y allí donde no está arruinada, se la arruina muy rápidamente, está siendo arruinada incluso en mi isla. Cuando me instalé en ella —no sé si lo haría hoy— había menos carreteras y eran aún rústicas. Cada año el cuerpo de ingenieros crea nuevas carreteras inútiles bajo el pretexto de que habrá menos accidentes, siendo que al ampliar las vías la velocidad también aumenta, el número de automóviles es cada vez mayor y la cantidad de accidentes no disminuye.

¿Es una naturaleza particular aquel trozo de tierra rodeado de agua? ¿Ama en especial ese tipo de paisaje?

Sí, debo decirlo, me gustan mucho las islas. Esa mezcla de bosque y agua o de arena y agua, o de pradera y agua, es algo que para mí tiene siempre un gran encanto.

¿Ve en ello una simbología particular? Usted no ignora, por supuesto, que la isla es un tema literario muy frecuente. ¿Acaso ve en ella un microcosmos de la creación?

Un microcosmos ecológico es siempre, más o menos, lo mismo que una isla.

[…]

[Jueves 9 de febrero de 1984]

Introducción

Hoy es la tercera de nuestras entrevistas con Marguerite Yourcenar sobre el amor a la Tierra y la defensa de la naturaleza.

Hemos escuchado a la escritora sublevarse contra la relación bárbara que el hombre moderno sostiene con su mundo, con su entorno y con los animales, y analizar las profundas repercusiones de este maltrato a la Tierra. Hoy, de lo que se tratará, es de la simpatía con la creación.

Entrevista

¿Marguerite Yourcenar, usted piensa que la naturaleza es una buena escuela?

Se aprende enormemente de la naturaleza. Esto es lo que ha hecho que, por ejemplo, incluso las poblaciones que eran salvajes —es una palabra difícil de

emplear— sostuvieran relaciones inteligentes con la naturaleza. Tomemos el caso de los indios de Estados Unidos: ellos cazaban solamente lo que necesitaban para apaciguar su hambre, se excusaban ante el animal que mataban —lo que parece una hipocresía—, pero esto mostraba que sentían el peligro de tiranizar la naturaleza, de ejercer lo que pedantemente llamamos, hablando de los griegos, el *unubris*, es decir, una violencia hacia a la naturaleza. Pasar un año en el mismo paisaje —me ha sucedido— nos enseña más de lo que podríamos creer sobre el transcurrir de las estaciones, sobre la supervivencia, sobre la renovación de las cosas. Saber que la hierba continúa creciendo bajo la nieve, que no espera sino el primer rayo de sol para aparecer, y que las hojas muertas del otoño ayudan a proteger del frío a las flores de la primavera, crea un sentimiento que no es más que la admiración literaria por la naturaleza.

Usted dice en alguna parte que la creación y la simpatía universal por la naturaleza son de orden religioso.

Absolutamente.

¿Esto induce en usted una visión del mundo?

Ciertamente. Es una simpleza afirmar que la palabra religión quiere decir lo que une, pero desafortunadamente esto no siempre es cierto, ya que a menudo la religión continúa enfrentando a las personas entre sí, pero es cierto que la religión es una forma de "unión" del hombre con un principio absoluto que encuentra en un lugar personal, en las religiones —lo que llamamos las religiones del Libro, es decir el cristianismo, el judaísmo, el islam—, en un sentido de lo infinito, de los ciclos infinitos —como la religiones de la India o la China— o bien en sí mismo, al considerarse como una parte de lo absoluto o de la naturaleza. Siempre está ese sentimiento de algo más grande que nosotros y aún más incomprensible que nosotros mismos. Digo "aun que nosotros mismos", porque somos ya, de hecho, muy incomprensibles.

> El color es la expresión de una virtud oculta.
>
> ***
>
> Algunas aves son llamas.
>
> ***
>
> Me hace observar un jardinero que es en otoño cuando se aprecia el verdadero color de los árboles. En primavera, la abundancia de clorofila los reviste a todos con una librea verde. Cuando llega septiembre aparecen engalanados con sus colores específicos: el abedul rubio y dorado, el arce amarillo-naranja-rojo, el roble color de bronce y de hierro […].
>
> ***
>
> Signo hermético del aire, triángulo vacío que apunta hacia lo alto. En días tranquilos, la pirámide verde del árbol se sostiene en el aire en perfecto equilibrio. En días de viento, las ramas agitadas insinúan el comienzo de un vuelo.
>
> ***

> Signo hermético de la tierra, triángulo que apunta hacia abajo pero al que una barra detiene en su caída. El terrón de tierra estable, cuando ni la gravitación, ni el viento, ni la patada de un paseante intervienen.
>
> ***
>
> El agua que por sí misma cede y desciende. Y por eso le conviene el calificativo franciscano: *umile*.
>
> ***
>
> ¿Hay algo más bello que esa estatua de suplicante que hizo Rodin, y que representa a un hombre rezando que tiende los brazos y se estira a la manera de un árbol? Con toda seguridad, el árbol reza a la luz divina.
>
> ***
>
> Las raíces enterradas en la tierra, las ramas que protegen los juegos de la ardilla, el nido y los cantos de las aves, la sombra otorgada a los animales y a los hombres, la copa en pleno cielo. ¿Conoces una manera de existir más sabia y más benéfica?
>
> ***
>
> Y de ahí el sobresalto de rebeldía en presencia del leñador y el espanto, mil veces mayor, ante la sierra mecánica. Derribar y matar lo que no puede huir. (*TGE*, 219-220)

Usted hizo una reflexión sobre los objetos, que me hace pensar que su ecología se extiende aún más allá de la fauna, de la flora, del aire... Usted dijo que hoy los objetos son muy complicados en su conjunto. ¿Está a favor de formas más simples de vida?

Sí, ciertamente estoy a favor de formas más simples de vida, en la medida en que sea posible. Naturalmente, esto no siempre es fácil en nuestra época: no me gusta mucho el avión, pero lo tomo porque no hay otros medios para viajar a ciertos lugares. Aceptamos lo que el mundo nos da en la época en que vivimos, porque hay que hacerlo para vivir en él, así como acepto la electricidad. Le confieso que nunca enciendo una lámpara eléctrica sin decirme: "Esto equivale a un embalse, a cierta destrucción de la naturaleza, a gastos formidables que quizás podrían destinarse a otros fines". Lo mismo cuando tomo una servilleta de papel para secar la vajilla, y entonces me digo: "no tomemos sino la mitad porque igual, estamos destruyendo los árboles".

He aquí aún una conciencia que pocas veces tienen los consumidores, como se dice hoy.

Sí, así es.

¿Usted ve, además, un valor espiritual, por ejemplo, en la frugalidad?

Creo que hay un valor espiritual en la frugalidad, a condición de no hacer de él un dogma armado que desanime a las personas, que incluso las aleje del punto de vista que querríamos defender. Hay también momentos en los que quizás habría un mérito en la prodigalidad, en el gasto, en el ímpetu, etcétera, pero en el conjunto de las cosas, la frugalidad me parece buena como actitud de vida,

porque en principio nos hace menos dependientes de todo tipo de señalamientos exteriores.

En varias ocasiones usted ha hecho alusión a la noción de autonomía, que, según dice, se encuentra en la naturaleza ¿Cree que es bueno tener múltiples cuerdas en su arco y ser también autónomo en el plano de sus actividades? Hemos visto fotos suyas en la cocina: ¿piensa que es bueno saber cocinar, arreglar el jardín…?

Creo que es extremadamente bueno saber cocinar. Pienso que una de las razones de la indiferencia del hombre al sufrimiento del animal, o a las cuestiones de la higiene, o a la ausencia de higiene de las sustancias que ingiere —muy grave en nuestra época, en la que todo está más o menos adulterado—, tiene que ver muy a menudo con el hecho de que muchos hombres de letras, artistas, intelectuales, como se dice, pasan su vida en un restaurante, no se alimentan a sí mismos, no hacen el esfuerzo para cocinar su propia comida o hacer su pan, etcétera; y entonces, ya no ven muy bien lo que sucede. Un niño de las ciudades acompaña a su madre al supermercado a comprar una carne cualquiera envuelta en papel transparente o en una caja que contiene, en líneas infinitamente pequeñas, las indicaciones de los productos químicos, a menudo peligrosos, que le han sido añadidos, y entonces, ya no sabe exactamente lo que es un animal, el animal que él come, ya no sabe exactamente lo que es un grano de trigo o un grano de arroz. En mi cocina tengo grandes recipientes de vidrio en los que hay diferentes granos: el arroz, la harina, la harina de invierno, es decir, el trigo duro, la avena, las habas, y siempre me conmueve ver cuán felices son los niños del pueblo al ver estas sustancias que muy a menudo no han tenido la ocasión de ver.

[…]

Volvamos ahora, si usted quiere, a su último libro, El Tiempo, gran escultor*, una recopilación de ensayos publicada por Gallimard. Lo llamativo de esta recopilación es la diversidad de los temas explorados. ¿Estos textos tienen un parentesco?*

Ante todo están emparentados en mí, por el hecho de que me interesé en estos diferentes temas y porque, en suma, todo se articula, porque el mismo sentimiento que me ha llevado a estudiar la sesión de tortura de Campanella, es el que ha hecho que me interese por el tema de los animales y de las aves de corral maltratados. En el fondo, todo es lo mismo: la expresión humana y la expresión del mundo.

¿De hecho, es una ética la que gobierna sus búsquedas?

Cualquier cosa que se haga, se es de ella, no diría prisionero, pero siempre se está sometido o sostenido por ella.

¿Cómo definiría usted su ética? Se dice a menudo "estoicismo". ¿Está de acuerdo?

No. Creo que la palabra "estoicismo" es empleada muy a menudo de manera abusiva. El estoicismo es algo bello, algo muy especializado que no siempre responde a lo que se entiende cuando se habla de estoicismo, así como la palabra "misticismo" no obedece del todo a lo que entienden las personas que dicen que algo es muy místico. Estas palabras son empleadas de forma abusiva. Yo creo que simplemente se trata de no preferirse al universo, como decía Dog al Marchiol, de no preferirse a otras razas, a otros pueblos, seguir siendo uno mismo, perdiendo esa especie de agresividad del sí, tratando de estar lo más posiblemente abierto a las influencias, aceptándolas y sintiendo lo poco que se es en la naturaleza, aceptando también el sentimiento de que al pertenecer a la naturaleza, al mundo, a algo más grande que nosotros que no podemos definir, somos al mismo tiempo mucho más pequeños y más grandes de lo que pensamos.

Esto que acaba de exponer es más que una ética, ya que no son solamente principios para la acción. ¿Es una forma de espiritualidad?

Sí, pero la acción nace de la forma de espiritualidad que hemos aceptado.

De hecho, en toda su obra, y en lo que acaba de decirnos, sobresale este deseo de unificación del ser.

Así es.

¿No cree que esta intención de unificación esté hoy en peligro?

Creo que lo está. Creo que siempre lo ha estado, que no hay bellas épocas en el pasado. Nuestra época, sin embargo, es más grave y se formula preguntas más formidables de lo que a menudo se formularon en el pasado; todo va más rápido y tal vez se requiere actuar con mayor firmeza. Curiosamente, esta falta de unificación es causada muy a menudo por la falta del sentido de la diversidad: esto pareciera una paradoja, pero no lo es. El individuo que se encierra en una estrecha individualidad, ya no reconoce más la diversidad fisiológica de los seres, de las diferentes clases de animales o de plantas. No conoce tampoco la diversidad de las razas, tiende a ser hostil o totalmente indiferente —que es lo mismo que ser hostil— a otras formas de vida, a otras formas físicas de vida en el mundo, o a otras razas o comunidades humanas, porque se encierra en esa unidad estrecha que es el sí mismo y que está muy lejos de una unidad universal.

¿No deberíamos temer, por el contrario, que si la naturaleza se empobrece, si las razas desaparecen, si las ciudades se asemejan, paradójicamente, y a diferencia de lo que usted dice, la cultura se vuelva más desarticulada?

Evidentemente, la cultura será cada vez más mezquina por la fuerza de las cosas, y es sobre todo la sensibilidad la que tiende a embrutecerse, así como se degrada un objeto que se ha golpeado demasiado. Y luego, finalmente, lo que hay que decir y jamás perder de vista, es que incluso antes de que todas las cosas se hayan producido, o mientras se estén produciendo, podría haber una destrucción de la vida misma, un empobrecimiento tan grande de la vida. Al ritmo que vamos, no estamos para nada seguros de que permitiremos a la vida, libre o no, desarrollarse en nuestro mundo; en este muy pequeño planeta. No digo en el universo, el universo se nos escapa.

Un escritor en su siglo[2]

Matthieu Galey: *Entre los grandes problemas que le interesan, parece que la ecología es una de sus principales preocupaciones.*

Marguerite Yourcenar: Y desde hace tiempo. Creo haber estado alertada antes de que el problema se fuera imponiendo en los diarios y en todos los medios de difusión. Por otra parte, ya se había impuesto, por lo menos, a los espíritus clarividentes desde principios de siglo. Chejov utiliza ya palabras terribles refiriéndose a la destrucción de los bosques rusos, y al final del *Atlas de Geografía Histórica* publicado por Schrader en 1911, encontré a guisa de epílogo, lo que sigue:

> […] Al mismo tiempo que actúan todas esas causas de desequilibrio... el planeta se deteriora... se empobrece. El hombre […] cree valorizarlo destruyendo la lenta acumulación de riqueza vegetal que había producido la colaboración, mil veces secular, de la atmósfera y del globo terrestre. El gran bosque del hemisferio norte —ese ropaje que protegía la tierra, equilibraba los climas, ponderaba los vientos y la lluvia— disminuye día a día ante una loca explotación, sin poder ser reemplazado por un valor equivalente. Lo que se instala en su lugar es, con mucha frecuencia, el desierto o los grandes cultivos, esos grandes cultivos que, alejando al hombre de la tierra, preludian invariablemente la barbarie […].

La realidad es, por supuesto, más sombría aún de lo que se atrevía a prever el sabio que formulaba estas conclusiones en 1911, de las que los tecnócratas y los constructores de la época deben haberse reído. No podía imaginar ni las lluvias ácidas, ni la contaminación de los ríos y de los mares debida al mercurio y a otros desechos de la industria química y atómica, o a la elevación artificial de la temperatura del agua a causa de las fábricas ribereñas. No previó que más de dos mil especies animales serían exterminadas antes de que termine el siglo; tampoco sabía nada del uso de los herbicidas, ni de los solapados depósitos atómicos, escondidos en lugares alejados, o en las cercanías de las ciudades, o transportados secretamente, a precio de oro, para que continúen su nocivo ciclo milenario en el subsuelo de los continentes pobres. Tampoco hubiera podido imaginar el desastre de nuestras mareas negras, fruto de la incuria y de la avidez, pues una construcción más sólida y más racional de los petroleros obligaría a eliminar la mayoría de los existentes. No podía prever tampoco la destrucción de la estratosfera, el enrarecimiento del oxígeno y el ozono, el casquete térmico oscureciendo la luz solar y elevando artificialmente la temperatura a ras de suelo.

---

2 En *Con los ojos abiertos, entrevistas de Marguerite Yourcenar con Matthieu Galey.* Buenos Aires, Emecé Editores, 1982. Traducción de Elena Berni, pp. 249-260.

Se ve que por lo menos sabía bastante como para indicar el camino tomado por nuestros aprendices de brujo y por nuestros mercaderes del Templo, que en nuestros días no sólo atestan los alrededores de los santuarios, sino la Tierra entera. Lo que decía, con algunos más (Albert Schweitzer, un poco más tarde, en África, también había sido alertado por los demasiado súbitos cambios de clima), nosotros lo gritamos hoy.

Temo que sea en vano, pues el conjunto de los intereses económicos y nacionales se orienta en un sentido que usted juzga destructivo.

Sin embargo, aun en la región en la que estoy, constato algunos signos de cambio. Hace unos veinte años se oía decir con frecuencia, "no se detiene al progreso"; hoy se lo dice menos. Los gobiernos locales cometen todavía graves errores, pero son discutidos de inmediato y se protesta en la prensa; y no sólo la protesta y la discrepancia producen sus efectos; a veces la persuasión no carece de eficacia. Ciertas compañías renuncian a sus métodos por sí mismas, tras haber reconocido —siempre demasiado tarde, por otra parte— sus desastrosos efectos. Un joven granjero de veinticinco años, al que no conocía, vino ayer a hablarme de ecología, de *El Tiro de gracia* y de Grecia, que había visitado el año pasado. Llegó con su mujer y dos hijitos que comieron sobre el césped, y con otro granjero de la misma edad, también ecologista y aficionado al cine, con quien hablé de Pasolini y de Bergman. Este hombre conocía bastante bien América Central y en especial Bélice. Estos dos granjeros me hicieron notar hasta qué punto las grandes compañías de silvicultura son sensibles a lo que aquí llaman su "imagen", y a veces están dispuestas a adoptar ciertos proyectos nuevos. Son los "viejos", de alrededor de cincuenta años, los que se empeñan en conservar sus métodos —nuevos en su época, pero ahora discutidos— en los cuales han basado sus carreras.

Estábamos bastante de acuerdo sobre suficientes cosas como para despedirnos abrazándonos unos a otros. No me fío demasiado de su optimismo, pero tiende a probar, no obstante, que, imperceptiblemente, todo cambia.

[…]

¿En qué época apareció esta desmesura?

Creció con el hombre. Donde tuvo la oportunidad de practicarla, lo hizo, aunque a veces haya tenido cargos de conciencia. No obstante, en la Antigüedad era mucho más fácil pensar que los recursos del planeta eran inextinguibles. En Ática, sin embargo, tuvieron la prueba de lo contrario en una región delimitada. El hombre consiguió empobrecer y desecar el paisaje rápidamente. Bajo el Imperio romano, los grandes fideicomisos financieros cometieron estragos comparables a los que se vieron en el siglo XIX y en nuestros tiempos, forzando a los campesinos a abandonar sus propiedades para reemplazarlas por grandes explotaciones.

[…]

¿Cree usted que nos acecha una evolución semejante?

Falta muy poco. Mire cómo dependemos del combustible, de la electricidad. Bastaría con que se agrave aún más la crisis del petróleo, que las centrales sean destruidas por una catástrofe nuclear o química, cuyas primicias son visibles en todas partes —Love Canal, Three Miles Island, Port Elizabeth, New Jersey—, o que se desencadene un huracán apenas más fuerte que los que asolan todos los otoños estas costas muy pobladas, y al nivel del mar. Sin hablar de los inviernos excepcionalmente fríos que bloquean las rutas y sin mencionar la guerra que, bien sabemos, estallará un día. Aquí, por ejemplo, para no depender, en lo posible, de los combustibles industriales, todo el mundo se está reconvirtiendo a la leña.

Con la condición de que haya suficiente madera.

Nuevo problema que se reduce, como todos los otros, al de la sobrepoblación y la construcción. Se deberá usar menos la calefacción, disminuir la altura de los cielos rasos, el tamaño de las piezas, volver a las casitas modestas de antes.

Para usted, ¿el gran pecado del presente es el despilfarro?

Piense en lo que perdemos cada día en el mundo, centenares de hectáreas arables. Las regiones desérticas aumentan cada año en todos los continentes. Esto se debe al crecimiento desmesurado de las ciudades, al cultivo demasiado intensivo, a los métodos artificiales que arruinan la tierra y la agotan, a la gran cantidad de ganado que destruye el pasto, al abuso del agua. Vea el caso de Cerdeña, por ejemplo. Los constructores se apoderaron de la isla, erigieron mansiones o inmuebles de lujo, con baños, piscinas, etcétera, y Cerdeña ya no tiene suficiente agua; no puede soportar semejante consumo. Había, por cierto, otros medios para remediar la pobreza del lugar.

En la clave de todo esto está la superpoblación, otro mal.

Es el peor de todos. El equilibrio sólo será posible si se destruyen esos núcleos urbanos artificialmente poblados y esas monstruosas expansiones costeras que engendran una forma de envilecimiento y de desequilibrio, cuya misma naturaleza es nueva para nosotros. Para la humanidad no queda sólo la amenaza de su desaparición en un planeta muerto, cada hombre, para vivir *humanamente,* debe tener el aire necesario, una superficie viable, una educación, algún sentido de su utilidad. Necesita por lo menos una migaja de dignidad y algunas simples felicidades. Crear terrenos baldíos donde pululan millones de niños abandonados es deshonrar a la especie.

Es la consecuencia inevitable de la evolución.

En ese caso, para los creyentes más obtusos y según el pensamiento moderno, cumpliría el papel de "la voluntad de Dios"; pero dejemos esas abstracciones,

que en esta época son una de las formas de la impostura, y miremos al desnudo la codicia, por un lado, y la credulidad y la ignorancia, por el otro, que han construido este mundo donde el aire, el agua, la tierra, los alimentos, el silencio mismo, están contaminados; donde los objetos inútiles reemplazan las realidades; donde las tensiones y las frustraciones causadas por una demografía incontrolada preparan las guerras "absolutas" del futuro. Cuando los gorgojos son demasiado numerosos en un saco de harina, se devoran entre ellos.

[…]

La acción individual parece un poco irrisoria cuando la sociedad entera toma el mal camino.

Todo parte del hombre. Es siempre un hombre solo el que hace todo, el que comienza todo: Dunand y Florence Nightingale en la fundación de la Cruz Roja, Rachel Carson en la lucha contra los pesticidas, Margaret Sangers en la planificación familiar. Hablando de Dios, hago decir a Zenón: "Quiera Aquel que Es quizá, dilatar el corazón humano a la medida de toda la vida", y es para mí una frase tan esencial que la he hecho grabar en mi tumba por adelantado. El hombre debería participar con simpatía del destino de todos los otros hombres; más aún, de todos los otros seres.

En el caso de un escritor, creo que se trata de borrar su personalidad específica (no hay peligro, siempre quedará bastante) para ser por entero de los demás. En suma, no es tan diferente del verdadero amor, que consiste en querer el bien de un ser, de los seres. Los italianos tienen una maravillosa expresión para decir "te amo": *Ti voglio bene.* Es también lo que se debe obtener de sí en todos los campos humanos.

¿Pero cómo obtenerlo de los otros, si se está solo?

Quizá se deba amar mucho a los seres para eliminar su desconfianza, romper su soledad. En Estados Unidos hay una sociedad dirigida por Dorothy Day, que fue anarquista y es todavía una católica anarquista (The Catholic Worker). Esta gente tiene casas en los barrios más sórdidos de Nueva York, donde reciben a los que recogen en las calles (una especie de Madre Teresa neoyorquina). Poseen también una granja donde instalan a los alcohólicos y a los drogadictos; confían en ellos. Esa gente hace el pan, hace jardinería en conjunto, y me siento a la vez humilde y honrada cuando les envío los veinticinco dólares de cotización anual (el mínimo es veinticinco centavos), porque hacen lo que yo no podría hacer. No me veo sirviendo sopa todo el día; no tendría fuerza para ello.

¿Y antes la hubiera tenido?

Quizá, pero uno tarda tanto tiempo en separarse de sí mismo, de sus propias necesidades, de sus propios proyectos, y cuando casi se ha llegado, muchas veces

es demasiado tarde; la ruta —quizás en el fondo la misma ruta— está trazada sobre otra curva, pero hay experiencias que no se olvidan. La experiencia de la gran pobreza, cuando se la ha vivido (yo la he rozado una o dos veces); la experiencia del sufrimiento de los animales, de la que fui testigo en los mataderos de Grecia; la experiencia de ver prisioneros políticos esposados unos con otros, en un barquito griego que navegaba entre dos islas en medio de turistas indiferentes.

¿Y aquí, en América, ha tenido experiencias comparables a ésas?

Hasta conocí la cárcel, muy brevemente, debo decirlo, y una vez me paseé con una pancarta. Fue durante la guerra de Vietnam, en la principal ciudad de la isla, en Bar Harbor. La gente pasaba; no se interesaba mucho por nuestro grupo de hombres y mujeres sándwich. Éramos bastante numerosos; había de todo: la hermana del cura católico, negros. Un señor muy agresivo pasó delante de nosotros en un auto descubierto y gritó: "¡Vuelvan a Cuba!". La mujer que estaba a mi lado, que era muy ingenua, me preguntó: "¿Por qué nos dice que volvamos a Cuba? Yo nunca fui allí". Fue una experiencia que valió la pena, fue la experiencia de la picota, pero ya no tengo la resistencia necesaria. En realidad, lo que se debería cambiar es la mentalidad de la gente, obligándola a mirar los problemas de cerca.

¿Qué problemas en particular?

Por ejemplo, la destrucción del hombre por el hombre. No hay ninguna solución viable mientras no se haya resuelto el problema de la demografía. Estamos en el punto en el cual es necesario que la sociedad acepte un retroceso para sanearse.

¿Le parece entonces que las naciones ricas, donde la población se estanca o disminuye, van por buen camino?

Curiosa expresión: yo no diría que la población se estanca, sino que ha alcanzado el equilibrio. Demasiada gente, por ignorancia o por prejuicio sexual, procrea niños que abastecerán de soldados a las futuras guerras, y mientras tanto, proveerá de clientes a los constructores. Hemos comenzado a levantar la barrera de los anticonceptivos y del aborto legal, en contra de una indebida e involuntaria fecundidad. Olvidamos no obstante que, si algunas técnicas son nuevas, las precauciones de este tipo son tan antiguas como el hombre en la Tierra.

[…]

Pero en una sociedad como ésa ¿habría un lugar para los escritores? Ellos también son un lujo.

Los verdaderos escritores son necesarios: expresan lo que otros sienten sin poder darle forma, y es por eso que todas las tiranías los amordazan. Por otra parte, ¿qué es el lujo? No es necesariamente la posesión de cosas. Pasearse en primavera por

el campo, es un lujo; ser feliz cuando tanta gente sufre, es un lujo; estar sano entre tantos enfermos, es un lujo. No veo nada malo en que escribir sea un lujo para quien lo hace, no más que cantar o rezar.

Una política para el mañana[3]

Mattieu Galey: *¿No se ha interesado también en la lucha por el saneamiento de los productos alimenticios?*

Marguerite Yourcenar: Ciertamente. El nombre de Nader es casi desconocido en Francia; aquí, este abogado que lucha desde hace años contra el fraude alimenticio, es una celebridad. De esos diferentes grupos que combaten para sanear y desmitificar los alimentos que nos venden; pertenezco a uno que lleva el simple nombre de asociación de amas de casa: *Homemakers Associations.* Estas mujeres —todas voluntarias— se ocupan en hacer copias de sus informes mensuales o bimensuales, asisten a todas las sesiones sobre alimentación que realizan los comités gubernamentales, se informan para poder verificar las técnicas de los productos de carne, de alimentos en lata o congelados, y olvido otras cosas más.

Por otra parte, estos trabajos están muy ligados a preocupaciones humanitarias: la cría del ternero para obtener esa delicada carne blanca, convierte en una tortura la corta y miserable vida de este animal; las gallinas que ponen huevos "en cadena", bajo una iluminación eléctrica permanente, y a las que se les corta el pico para que no puedan herir a sus vecinas, apretadas contra ellas, sufren un suplicio que, por otra parte, sólo produce huevos insípidos y probablemente nocivos, puesto que provienen de animales enfermos. Además, estos trabajos están también muy ligados a la cuestión de las masas y a su puesta en guardia contra las tecnologías malsanas, destinadas a enriquecer a algunos productores.

En lo que a mí concierne, soy vegetariana en un noventa y cinco por ciento: la excepción principal sería el pescado, que como quizá dos veces por semana para variar un poco el régimen, sin ignorar, por otra parte, que en el mar, tal como lo hemos dejado, el pescado también está contaminado, pero sobre todo, no olvido la agonía del pescado sacado con anzuelo o estremeciéndose en el fondo de un bote. Igual que a Zenón, me desagrada "digerir agonías". En todo caso, la menor cantidad posible de aves, y casi únicamente los días en que se invita a comer a alguien; nada de ternero, de cordero, de cerdo, salvo algunas raras ocasiones en que como un sándwich de jamón al borde de una ruta; naturalmente, nada de animales de caza, ni de carne de vaca, por supuesto.

¿Por qué, por supuesto?

Porque tengo un profundo sentimiento de afecto y de respeto por el animal cuya hembra nos da la leche y representa la fertilidad de la tierra. Curiosamente, desde

---

3 En *Con los ojos abiertos, entrevistas de Marguerite Yourcenar con Matthieu Galey, op. cit*., pp. 261-268.

mi más tierna infancia me negué a comer carne, y tuvieron la gran sabiduría de no obligarme. Más tarde, alrededor de los quince años, edad en la que se quiere "ser como todo el mundo", cambié de opinión; luego, hacia los cuarenta años, regresé al punto de vista de los seis años.

Esta cuestión de la vigilancia de los alimentos ofrecidos al público está también muy ligada a la defensa de los derechos del hombre. Durante años, no comimos uvas en esta casa, por seguir las directivas de César Chávez[4].

[…]

¿Ésta es la única acción suya de este tipo?

No. Me he ocupado también del boicot de los productos lácteos destinados a la alimentación de los bebés en el Tercer Mundo. Algunas sociedades muy conocidas envían allá a mujeres viajantes de comercio, con delantales blancos, a las que las humildes mujeres de las aldeas de la selva o de los campamentos nómadas toman por enfermeras. Esa gente compra a precio de oro (para ella) alimentos que creen maravillosos y que alejan a las mujeres del amamantamiento natural. Además, al usar con precaución estos productos porque son caros, subalimentan a sus hijos o los enferman, pues disuelven esos polvos en agua contaminada.

[…]

¿Participa también en campañas humanitarias?

La primera idea que tuvieron de esto en Francia, fue por una carta que publiqué en *Le Monde*, creo, acerca de la matanza de focas. En realidad, mi constante participación en este tipo de esfuerzos comenzó mucho antes, pero justamente, la matanza de focas recién nacidas conmovió la imaginación de las masas. Se convirtió en uno de los símbolos de nuestra brutalidad con la naturaleza, por razones fútiles e indefendibles. Se conoce a los beneficiarios de estas atrocidades: algunas compañías canadienses y noruegas que operan alrededor de Miquelón, de Terranova y en Labrador, desde que felizmente, la bahía de Fundy quedó clausurada para los carniceros; hay también algunas compañías americanas, en las Pribiloff, que venden a las mujeres, y a veces a los hombres, chaquetas de piel que no deberían comprar, o bien, horribles baratijas que representan pequeños gnomos, animalitos más o menos cómicos, hechos con un trozo de piel de los animales masacrados; parece, además, que el aceite de foca desnaturalizado entra como criptoelemento en algunas margarinas. Nos dicen que la población local, que va a matar a las focas recién nacidas en el hielo, y a veces las desuellan y las descuartizan cuando están vivas aún (como se sabe, los animales aterrorizados

---

4 César Estrada Chávez (1927-1993, Arizona, Estados Unidos). Líder de los campesinos de California, en Estados Unidos, durante la época de lucha por los derechos civiles. N. de los T.

"se hacen los muertos"), necesita esos sangrientos beneficios para vivir; que se les busquen entonces industrias locales no contaminantes; no se tiene el derecho de combinar los males de la era atómica con el salvajismo de la Edad de Piedra. Por lo menos hemos conseguido que ni Italia, ni Alemania, ni Holanda, compren pieles de foca, y espero que se haga lo mismo en Francia, si no se ha hecho ya. Me parece atroz tener que pensar cada año, hacia el fin del invierno, en el momento en que las focas paren en los bancos de hielo, que ese gran trabajo natural se cumple en provecho de inmediatas masacres, así como tampoco alimento a las tórtolas en mi bosque sin pensar que sesenta millones de ellas caerán este otoño por los disparos de los cazadores. Se debe "limitar la proliferación de las especies", como dice la gente que nunca piensa en limitar la propia. Hasta cierto punto, estamos todos de acuerdo, pero pienso en los millones de palomas migratorias (*passenger pigeons*) que con su vuelo cubrían el cielo de Estados Unidos: hoy es una especie extinguida, de la que sólo subsiste un miserable ejemplar embalsamado en un museo de Nueva Inglaterra, ya que el resto se convirtió en *fricassés* y en plumas para sombreros.

Me digo con frecuencia que si no hubiéramos aceptado, durante generaciones, ver a los animales asfixiarse en los vagones jaula o quebrarse las patas, como les ocurre a tantas vacas y caballos, enviados al matadero en condiciones absolutamente inhumanas, nadie, ni siquiera los soldados encargados de escoltarlos, hubiera soportado los vagones sellados de los años 1940-1945. Si fuéramos capaces de escuchar los aullidos de los animales cazados en una trampa (siempre por sus pieles) y royéndose las patas para intentar escapar, prestaríamos más atención a la inmensa e irrisoria angustia de los presos de derecho común —irrisoria porque va en contra de la meta, que sería la de mejorarlos, reeducarlos, hacer de ellos seres humanos. Cuando bajo los espléndidos colores del otoño veo salir de su auto, al borde de un bosque, para no tomarse el trabajo de caminar, a un individuo cálidamente envuelto en su ropa impermeable, con una "pint" de whisky en el bolsillo del pantalón y una carabina con mira para espiar mejor a los animales, cuyos despojos sangrantes traerá a la noche atados al capó, me digo que ese buen hombre, quizás buen marido, buen padre o buen hijo, se prepara sin saberlo para los "May Lai"[5] del futuro. En todo caso, ya no es un *Homo sapiens*.

¿Cómo participa usted en estas campañas?

Con donaciones de dinero, lo más generosas que pueda, con cartas o telegramas enviados a los grupos responsables, con la palabra cuando la ocasión se presenta,

---

5 May Lai es una aldea vietnamita cuya población fue masacrada por un destacamento norteamericano, noticia que estalló con retraso e hizo escándalo durante algún tiempo.

es decir, cuando la gente quiere escuchar, y finalmente, con lo que hago aquí en este momento, con el libro. Sin embargo, estas causas abrumadoras no deben hacemos olvidar que más esencial es, quizá, la tarea de protección; la adquisición, para bien público, de espacios todavía limpios y vírgenes […]. Se debe luchar también contra la destrucción de los bosques, ese maravilloso y complejo conjunto de seres vivientes, que son reemplazados por la silvicultura industrial, de la que ya hemos hablado. Se hacen crecer hileras de pinos, que dentro de cinco años serán cortados para producir pasta de papel (sobre la que, por desgracia, se imprimirá esto), y con ayuda de herbicidas que destruyen las otras especies vegetales que aseguraban, sin embargo, la estabilidad del bosque y lo salvarían de los contagios de un árbol a otro. Pertenezco a una de las sociedades que compran tierras para crear reservas de aire y de agua no contaminados y de vida tanto vegetal como animal. Aquí poseemos varias islas de la costa.

¿No es un combate de retaguardia?

Más bien de vanguardia, pues se trata de preparar para el mañana un mundo más limpio y más puro.

¿No es demasiado tarde?

Nunca será demasiado tarde para intentar obrar bien, mientras haya sobre la Tierra un árbol, un animal o un hombre.

Correspondencia

Philippe Berthier
Universidad de París III
Francia

Elementos de ecología aplicada

Éste es el título de la obra de François Ramade[1] que Marguerite Yourcenar, interrogada por Jean Chalon acerca de lo que más la marcó en los años 70, menciona como "uno de los libros de mayor actualidad" (*C*, 473). Es bajo esta insignia resueltamente militante que podría situarse su postura inequívoca, así como lo transluce su correspondencia, aun cuando los detractores de lo "ecológicamente correcto" encuentren sus posturas someras y simplistas. Al mismo interlocutor que le pregunta por qué su pesimismo parece agravarse, ella le reprocha —no sin rudeza— su ligereza y enceguecimiento, desplegando ante él un paisaje abrumador:

> RESPUESTA. Su POR QUÉ me causa estupor.
>
> 1ª respuesta (corta). Abra usted los ojos.
>
> 2ª respuesta (larga). Cualquiera diría que un periodista joven de porvenir (y de presente también) no tiene tiempo de ver en "los noticieros" la verdadera actualidad. La contaminación del aire, de la tierra y del agua; el increíble despilfarro de esta última y ya su escasez; 5.000 toneladas de mercurio vertidas anualmente de los continentes a los océanos; el 80 por ciento de los lagos en las cercanías de Estocolmo convertidos en mares muertos; mar muerto también el Mediterráneo en buena parte de sus costas; mares muertos o a punto de estarlo, los grandes lagos de América del Norte; el Rin convertido en "llaga purulenta"; los bosques devastados por la guerra o saqueados por la explotación abusiva; centenares de especies animales y vegetales aniquiladas o amenazadas de extinción: esto en cuanto al balance planetario. (*Ibid*., 474)

En pocas palabras, para Yourcenar como para Nietzsche —pero en un sentido totalmente literal—, "el desierto crece", el hombre avanza con un éxito cada vez más catastrófico hacia la destrucción de su biotopo —y es de temer que alcance sus fines—, dando muestras, a escala mundial, de esa imbecilidad

---

1 François Ramade. *Eléments d'écologie appliquée*. McGraw-Hill, Ediscience, 1974.

o miopía que Flaubert atribuía al fabuloso catoblepas, que se comía sus pies sin ni siquiera darse cuenta de ello. Solamente que allí donde el catoblepas se limita a una automutilación (que después de todo es su derecho), el hombre, responsable de la especie y su porvenir, consuma un suicidio colectivo del cual parece no poder escapar en lo sucesivo, sino a través de una verdadera conversión, infortunadamente, cada vez más improbable:

> [Y]o creía, en la época en que terminaba *Memorias de Adriano*, que un espíritu o un grupo de espíritus sanos podrían reorganizar nuestro caos. Al cabo de veintitrés años, de los que cada uno ha representado una soterrada agravación respecto al precedente, no creo ya más que en un cambio total de las mentes y de la óptica sobre la vida; cambio que se ha efectuado en un cierto número —un pequeño número— entre nosotros, que sabemos que el hombre no se ha encontrado jamás, en ninguna época, ante opciones tan tajantes como las de hoy, y que no ignoramos tampoco, por desdicha, que para algunas de esas opciones la hora de poder elegir libremente ha pasado ya. (*Ibid*., 475)

Yourcenar-Casandra se siente extremadamente aislada en una toma de conciencia de orden, en el fondo, profético, de que la masa, entregada a sus objetivos fáciles y a corto término de producción/consumo y arrastrada por el movimiento exponencial de una aberrante irresponsabilidad, está muy lejos de compartir. ¿Es necesario subrayar hasta qué punto la evolución posterior ha confirmado estos sombríos pronósticos, convertidos en lugar común?

De esta forma, Yourcenar intenta salvar lo que aún puede ser salvado y se compromete cada vez que una acción, por modesta que sea, está a su alcance. Por ello escribe al presidente Pompidou para protestar contra un proyecto de amputación (económicamente motivado, por supuesto) del Parque de la Vanoise:

> En esta época nuestra, en que la menor reserva de aire puro y de suelo intacto, la más insignificante existencia animal o vegetal mantenida y protegida es, o lo será mañana, cuestión de vida o muerte para todos, y cuando la idea de oponer a la conservación del medio ambiente natural los intereses del hombre no es ya más que una contra-verdad nefasta y gastada, la merma, aunque sólo fuera de una parte de dicho parque, sería, de hecho y como símbolo, una pérdida energética, estética y moral. (*Ibid*., 422)

Los tres adjetivos esbozan una gradación: el parque es un pulmón en el que se acumula fuerza virgen, es "thing of beauty" y, sobre todo, justamente por su "inutilidad", valor y sentido de una admirable y necesaria gratuidad. ¡Nada ha sido arruinado en él! Los apetitos mercantiles, humillados por tan sublime inutilidad, sueñan con corroer y reducir a piel de zapa esos oasis cada vez más amenazados, últimos vestigios del Jardín primero. En su isla americana, Yourcenar se regocija de vivir en un parque nacional, que es también reserva de vida salvaje, pero en el que observa los abusos que convierten a los animales en víctimas: ni siquiera en su santuario están exentos de la insensata crueldad de los hombres. Yourcenar asume sin apasionamientos, y como un deber imperioso, el ridículo que a juicio

de muchos se asocia a la defensa de los animales, causa sagrada de solteronas, como dirían algunos. En este sentido, ella felicita a Lise Deharme,

> […] por haber tenido la valentía de tratar ese tema (pocos hay que sean tan graves) y por desdeñar de antemano el reproche de sentimentalismo que los necios no dejarán de hacerle. […] Nunca se proclamará bastante que la explotación ilimitada del animal por el hombre, el libre ejercicio de la brutalidad de éste, de su sadismo o (lo que es acaso peor todavía) de su obtusa indiferencia hacia esos seres, comprometidos como él mismo en la aventura de existir, es una de las formas del mal; una forma que ninguna religión, ninguna moral (al menos en nuestro Occidente) ha tenido el valor de denunciar, ni siquiera de encarar como es debido. (*Ibid*., 149)

La compasión búdica universal encuentra evidentemente aquí una de sus aplicaciones más próximas y más concretas. ¿Por qué nos indignamos inmediatamente con Freud cuando le *Pegan a un niño*, pero permanecemos inconmovibles y nos encogemos de hombros cuando le *pegan a un perro, a un asno o a un caballo*? Evidente opositora incondicional de la vivisección y miembro de numerosas asociaciones de defensa de los derechos de los animales en ambos lados del océano[2], Yourcenar fue pionera en la denuncia de atrocidades padecidas por los bebés focas[3], y al advertir sobre esto a Brigitte Bardot en una extensa carta (*ibid*., 312-318), contribuyó eficazmente con las campañas destinadas a desalentar a la clientela femenina en el porte vanidoso de estos despojos: "La mujer no es todavía y no será nunca un ser humano consciente de sus responsabilidades de ser humano, mientras lleve puesto o clave en sus paredes un cementerio" (*ibid*., 424); "[…] mientras siga ataviándose salvajemente con pieles de animales, sin imaginación siquiera para ver la sangre que gotea" (*ibid*., 465). Ante esta imagen de una violencia revulsiva, Yourcenar no teme en emplear el término de "tragedia" para denunciar la masacre de inocentes en la banquisa canadiense, la cual exige una protesta paradójica pero voluntariamente calificada de "humanitaria".

En efecto, podría resultar irrisorio el hecho de que Yourcenar alce su voz de protesta contra los sufrimientos de los mamíferos marinos, mientras tantas

---

2 Marguerite Yourcenar pertenecía a numerosas asociaciones de defensa de los animales y la naturaleza. Para no citar más que las asociaciones francesas, digamos que en 1979 pertenecía a l'Oeuvre d'Assitance aux Animaux d'Abbatoir (Sociedad de Asistencia a los Animales de Matadero), la Conféderation Nationale des Sociétés Protectrices des Animaux de France (Confederación Nacional de las Sociedades Protectoras de Animales en Francia), la Ligue Contre la Vivisection (Liga Contra la Vivisección), la Association de Journalistes et Écrivains pour la Protection de la Nature (Asociación de Periodistas y Escritores para la Protección de la Naturaleza), la Ligue Française pour la Protection de l'Oiseau (Liga Francesa para la Protección de las Aves), Amis de la Terre (Amigos de la Tierra) y la ARAP (Asociación de Amigos de los Zorros y otros Animales) (*C*, 318).

3 Por un implacable retorno de las cosas, la muerte de los bebés focas por apaleamiento ha sido retomada recientemente en Canadá. N. de los T.

criaturas humanas son presa de abominables explotaciones en el mundo entero, que debería juzgar como una urgencia prioritaria. Pero para ella, todos los rostros de la vida son orgánicamente solidarios. Y esta solidaridad es tan fuerte que, por una pendiente inevitable, quien inflige un suplicio a los animales llegará lógicamente a infligirlo a sus hermanos. Es entonces en nombre de la humanidad (en todos los sentidos del término) que Yourcenar reclama el fin de los tormentos causados a los animales:

> […] se nos puede objetar que esas matanzas anuales, capaces de abocar a la extinción total de esa especie, son poca cosa en comparación, por ejemplo, con los horrores del Vietnam. Mas ese razonamiento es falso porque todo está relacionado, y el hombre culpable de tal ferocidad, o, lo que es tal vez aún peor, de grosera indiferencia a la tortura infligida a los animales, es también más capaz de torturar a sus semejantes. Ya está, por así decirlo, bien entrenado. (*Ibid*., 315)

Yourcenar volverá en numerosas ocasiones a esta idea fundadora: a pesar de ser otro, el animal comparte misteriosamente algo con nosotros; cuando lo degradamos, es a nosotros mismos a quienes golpeamos y nos herimos en él. Lejos de toda beata ingenuidad, de todo remilgo naturista, la ecología integral de Marguerite Yourcenar, fundada en una constatación de áspera lucidez, hace escuchar una exigencia sin complacencia ni concesiones: ella convoca a la reconquista de los poderes plenarios del Ser —cada vez más problemática en razón de la frivolidad general—, a través de una convivencia amistosa y nutricia con todas las formas de vida.

Cartas a sus amigos[4]

A Lise Deharme[5]

7 de agosto de 1957

Estimada señora:

He encargado a mi librero que me envíe… *Et la bête*[6]*,* que me ha señalado una crítica literaria de *Le Monde.* Antes incluso de haberlo leído, la felicito a usted por haber tenido la valentía de tratar ese tema (pocos hay que sean tan graves) y por desdeñar de antemano el reproche de sentimentalismo que los necios no dejarán de hacerle. Yo la conocía a usted sobre todo por sus relatos, a la vez fantásticos y llenos de encanto, y la admiro aún más al haberse lanzado personalmente a abordar ese problema tan lúgubremente banal.

Nunca se proclamará bastante que la explotación ilimitada del animal por el hombre, el libre ejercicio de la brutalidad de éste, de su sadismo o (lo que es acaso peor todavía) de su obtusa indiferencia hacia esos seres, comprometidos como él mismo en la aventura de existir, es una de las formas del mal; una forma que ninguna religión, ninguna moral (al menos en nuestro Occidente) ha tenido el valor de denunciar, ni siquiera de encarar como es debido; y según parece, el enorme desarrollo actual de los medios técnicos, lejos de disminuir en algo el sufrimiento inútil, como hubiera podido creerse, sirve más bien para aumentarlo, y tiende a anular todavía más la comprensión y la simpatía del hombre hacia todo lo que está vivo.

Incluso aquí, en esta isla americana de los Montes Desiertos, que es en parte un parque nacional y una reserva de vida salvaje, un buen número de habitantes (que no tiene la disculpa de la miseria) practica la caza furtiva, sirviéndose de un procedimiento muy sencillo que consiste en apostarse en coche en los linderos de los bosques, con todos los faros encendidos, para poder así disparar con toda comodidad sobre los ciervos atraídos por las luces. Hace unos meses me contaban unos muchachos de aquí, entre los más educados y más simpáticos del pueblo, buenos hijos, buenos obreros, y ahora reclutas modelo en el ejército norteamericano, cómo habían perseguido en automóvil a un ciervo herido para tratar de arrollarlo.

---

4 Marguerite Yourcenar, *Cartas a sus amigos*, Madrid, Alfaguara, 2000. Traducción de María Fortunata Pietro Barral.

5 Pp. 149-150. Fondo Yourcenar en Harvard, bMS Fr 372 (886). Lise Deharme (1898-1980). Poeta y novelista.

6 Se trata del panfleto *Libelle... et la bête,* Paris, 1957.

La excusa que daban (no era ni siquiera excusa, sino afirmación) era que "Dios ha dotado a los hombres del derecho de hacer [palabra ilegible]..."[7] ellos mismos a sufrir y a morir, puedan ser hasta ese punto obtusamente indiferentes al espanto, al dolor, a la humilde desesperación de criaturas acosadas y abatidas, como tal vez un día lo serán ellos. Pocas probabilidades tiene el hombre de dejar de ser verdugo del hombre, mientras continúe aprendiendo en el animal su oficio de matarife.

Conservo un recuerdo muy grato de nuestros dos encuentros (el segundo fue uno de los mejores momentos de la más inútil y ruidosa de las sesiones de fotografía), y le ruego que acepte el testimonio de mi simpatía,

Marguerite Yourcenar

***

A Brigitte Bardot[8]

Petite Plaisance
Northeast Harbor
Maine 04662 EE UU
24 de febrero de 1968

Muy señora mía:

Admirando el interés que viene usted mostrando por todo lo que concierne a la protección de los animales, y sabedora de los servicios que con tanta simpatía ha prestado a dicha causa, he pedido su dirección a la Oeuvre d'Assistance aux Animaux d'Abattoir [Sociedad de Asistencia a los Animales de Matadero], y me permito enviarle una amplia documentación acerca de una situación que probablemente ya conoce usted: la horrible matanza de focas que tiene lugar todos los años en aguas canadienses, y sobre todo la manera tan atrozmente cruel de matar las crías, las "pieles blancas", que mientras no tienen más que unas semanas permanecen soñolientas en los bancos de hielo hasta que, concluido el período en que maman, llega el momento de poder sumergirse y buscarse su propia subsistencia (cada foca hembra pare anualmente una sola cría). En estos últimos años, durante unos breves días en marzo, que es el mes de la caza, más

7 El estado de la copia no permite ni rectificar la ruptura sintáctica de la frase, ni completar las comillas.

8 Pp. 312-318. Fondo Yourcenar en Harvard, MS Storage 265. La actriz francesa (nacida en 1934) se implicó muy pronto en la defensa de los animales.

de cincuenta mil focas jóvenes han sido abatidas según un "método" que consiste en matarlas a garrotazos y arrancarles inmediatamente la piel, de tal manera que, pese a todo lo que niegan las personas y entidades interesadas, las constataciones hechas allí mismo por algunos veterinarios han proporcionado abundantes pruebas de que en muchos casos el cazador no conseguía asestar al animal un golpe mortal y lo desollaba estando todavía vivo.

Por si fuera poco, son innumerables las focas adultas que perecen en el curso de esas batidas (aunque su piel sea menos preciada), ya sea al paso de los barcos que cortan los bancos de hielo, con ganchos, palos, por disparos de fusil cuando intentan defender a sus crías, o bien de cualquier otro modo.

Desde hace unos años ha sido tal el movimiento de opinión que las autoridades (Ministerio de Pesca Canadiense), inquietas por la amenaza de un boicot total de las pieles de foca, y asaltadas por agrupaciones humanitarias tanto canadienses como internacionales, dictaron ciertas normas (por ejemplo, prohibición de la caza nocturna y obligación de utilizar palos perfeccionados, más aptos para asestar golpes mortales) y designaron también a un cierto número de funcionarios para que vigilaran las operaciones cada temporada de caza. Algunos de ellos, según dicen las asociaciones humanitarias, hicieron cuanto les fue posible y más para atenuar la brutalidad y la crueldad de tal masacre.

No obstante, dadas las condiciones en que se producen las cosas (rapidez del "trabajo", peligros a causa de la temperatura, el mal tiempo, el estado de los bancos de hielo, inmensidad de los territorios que deben ser vigilados), esas "mejoras" resultan poco menos que ineficaces, y es muy de temer que, como suele ocurrir, la opinión pública llegue a adquirir el falso convencimiento de que "ahora todo se hace de la mejor manera", cuando en realidad todo está por hacer.

Me apresuro a añadir, para dejar bien sentado que no se trata de un impulso de propaganda dirigido contra el gobierno canadiense solamente, que ese país, aunque obtiene considerabIes beneficios de la venta de las pieles de foca, no es el único que saca partido de esa indignidad, y que no es menos nefasto el papel que cumple Noruega: al parecer importa la mayor parte de las pieles procedentes de Canadá para explotarlas industrialmente y/o convertirlas en diversos objetos de lujo o semilujo (chaquetas deportivas, bolsos, baratijas forradas de pelo de foca de esas que se venden en todas partes a los turistas que visitan Noruega, y, en fin, pieles que gracias a diversos procedimientos de fabricación y diferentes tinturas, cambian de aspecto y se convierten a voluntad en otra piel más o menos valiosa). Otra matanza análoga tiene lugar hacia el mes de junio en las islas Aleutianas en el Pacífico norte, es decir, en aguas que son en gran parte estadounidenses; hay menos información de lo que allí pasa y algunos informes parecen indicar que son algo menores las atrocidades cometidas, lo que queda por probar. Las pieles procedentes de ese sector son consideradas como menos valiosas que las

de Canadá o del Labrador. La tragedia sobre la que trato de llamar su atención es, pues, internacional.

Por supuesto, aquellas personas o grupos financieros interesados en que se mantenga esa caza han tratado por todos los medios de desacreditar el movimiento humanitario que hace oposición, y eso tanto más por cuanto el gobierno canadiense ha recibido, desde que se han conocido esos hechos, millares de cartas, y que la situación ha sido objeto de numerosos debates en el Parlamento. Se alega que las crías de focas viven en una especie de entumecimiento, y que aunque los golpes no las maten del todo, están lo bastante inconscientes como para sufrir muy poco al ser desolladas, y que ese estado de entumecimiento natural o de estupor causado por los golpes explica que no debatan. Pero veterinarios competentes que han seguido de cerca esas cacerías señalan lo que saben, por otra parte, todos aquellos que han criado animales jóvenes: que el animal aterrorizado se hace el muerto y que se queda literalmente paralizado por el miedo.

Se ha dicho también que algunas de las películas presentadas sobre este tema estaban falseadas, cuando menos la primera. Lo que ocurre es simplemente que ese primer filme había sido objeto de los habituales montajes; otros, luego, fueron rodados en varias ocasiones por agentes de sociedades de protección de los animales y por veterinarios, sin pasar estrictamente por ningún retoque: su proyección es casi insoportable. La Federación de Sociedades Europeas de Protección de Animales posee una de esas películas, reciente, con banda sonora en francés, que presta si se le pide.

Voy a decirle el motivo de haber escrito todo esto, motivo que seguramente ya ha adivinado usted: su intervención en favor de los animales de matadero ha sido tan maravillosamente útil que estoy convencida de que usted mejor que nadie puede persuadir al público femenino de que debe boicotear la ropa o los accesorios fabricados a costa de tanto dolor y agonía del animal y, lo que es quizá igualmente grave, a costa de tantísima brutalidad y salvaje crueldad por parte del hombre. Doy por seguro que se nos puede objetar que esas matanzas anuales, capaces de abocar a la extinción total de esa especie, son poca cosa en comparación, por ejemplo, con los horrores del Vietnam. Mas ese razonamiento es falso porque todo está relacionado, y el hombre culpable de tal ferocidad, o, lo que es tal vez aún peor, de grosera indiferencia a la tortura infligida a los animales, es también más capaz de torturar a sus semejantes. Ya está, por así decirlo, bien entrenado.

Me atrevo por tanto a solicitar de usted un gesto, sea simplemente una carta dirigida al Primer Ministro de Canadá, una más que vendría a añadirse a las innumerables que ya se han escrito, o bien hacer en la televisión una protesta contra la utilización de esas trágicas pieles de foca, tan poco útiles, incluso en el uso más práctico que pueda hacerse, es decir, en ropa para deportes de invierno, puesto que en nuestra época la ciencia y la industria pueden inventar mejores

aislantes. Me imagino que una gran parte de su tiempo lo acapara su trabajo profesional; sé que no por haber hecho ya tanto hemos de pedirle que haga aún más, y que, en fin, es muy posible que intente usted desesperadamente, como nos ocurre a todos, disponer de algunos momentos libres para vivir su vida íntima. Pero me ha parecido que, de todas maneras, debía escribirle todo esto, pidiéndole disculpas de antemano si es que ha hecho usted ya algo en ese sentido (no sigo la televisión francesa más que a través de los escasísimos comentarios de la prensa). Este llamamiento que le hago es particularmente oportuno, puesto que la caza (que dura unos tres o cuatro días y se extiende del golfo de San Lorenzo al Labrador) se abre este año el 18 de marzo. Esta fecha es dos semanas más tarde que la fecha habitual; sin duda han tratado de evitar las terribles condiciones atmosféricas del año pasado, pero los directivos de las asociaciones humanitarias temen que sea por ello más cruel todavía: en efecto, las crías habrán crecido este año un poco más y estarán, pues, más robustas, más cargadas de la espesa capa de grasa que les recubre la cabeza y los hombros durante el período de lactancia, y por consiguiente será más difícil acabar con los animales a golpes.

La cacería van a seguirla este año algunos agentes de sociedades de protección de los animales, delegados como observadores y acompañados por cuatro veterinarios cualificados procedentes de Canadá, Estados Unidos y Europa. Esta expedición, financiada enteramente por donativos voluntarios, se llevará a cabo en condiciones, como siempre, muy peligrosas, aunque esta vez parece ser que van a poner a su disposición tres helicópteros bien equipados, gracias sobre todo a la generosidad del director del parque zoológico de Francfort, que se ha ocupado mucho de esta causa, como se ha ocupado asimismo de la defensa del patrimonio zoológico en África. Toda protesta, todo llamamiento sincronizado de manera que se haga en el mes que viene, sería particularmente útil.

Por mi parte, confieso que este mundo en que vivimos, tan atroz ya por muchas razones, me parece más atroz todavía al pensar que en este momento mientras escribo, más de cincuenta mil animales dispersos por los bancos de hielo están destinados a no ser, de aquí a un mes, más que unos despojos sanguinolentos, y que sus madres, esas focas que ahora están amamantándolos, irán de uno a otro intentando reconocerlos y emitiendo una especie de gemidos, tras haber tratado en vano de defenderlos cuando aún estaban vivos y recubiertos de su piel blanca (los interesados se han burlado mucho, por supuesto, de estos detalles "sentimentales", pero las fotografías y los testimonios son irrefutables).

Bien sé que van a aducir que los pobres habitantes de las regiones costeras canadienses tienen necesidad de esos cientos de dólares que les aporta una buena caza, realizada, por otra parte, en condiciones de indudable peligro. En la práctica, los beneficiarios de esas "buenas cazas" son ante todo las compañías (principalmente noruegas), los habituales intermediarios y la balanza comercial

del gobierno canadiense, y la caza se lleva a cabo en gran parte por medio de rompehielos y helicópteros pertenecientes a dichas compañías. En cuanto a los pobres habitantes de la costa que se arriesgan en los bancos de hielo con peligro de su vida, y "golpean en el montón", ya es hora de que las autoridades se preocupen de proporcionarles, para los largos meses de invierno, empleos estables de tipo industrial que suplan la ganancia harto aleatoria de las pesquerías durante el corto verano, y precisamente, suprimir ese miserable "suplemento" contribuirá a que llegue el momento de que se ocupen verdaderamente de mejorar su nivel de vida. No se puede vivir a la vez en la edad de la planificación y en la del hombre de las cavernas. Hasta los simples marineros canadienses que trabajan en esos barcos de dichas "compañías", suelen encontrar horrible su tarea.

Le envío a usted una serie de documentos sobre la cuestión; están en inglés, pero si no domina esta lengua seguro encontrará quién se los traduzca. Verá usted que incluso los representantes de las sociedades de protección de los animales están divididos (como siempre ocurre) en dos grupos: los radicales, que quieren el boicot total de la caza, y los que intentan antes que nada unas mejoras parciales y tienen interés en mantener un *modus vivendi* con las autoridades y las empresas industriales concernidas. Igual diversidad, lo que es natural, en los enfoques; los unos, preocupados sobre todo por salvar la especie; los otros, sensibles más que nada al sufrimiento del animal. Pero aunque parezcan en algunos puntos oponerse unos a otros, a fin de cuentas es positivo que ambas actitudes coexistan. Yo pertenezco al grupo que estima, como la Federación Mundial para la Protección de los Animales, que el resultado deseado no lo conseguiremos verdaderamente si no es boicoteando la piel de foca. Es ahí donde la opinión de las mujeres puede entrar en juego decisivamente.

Pongo fin excusándome por tan larga carta (pero me he esforzado por paliar el hecho de que los documentos enviados sean en inglés), y renovando mi gratitud por todo lo que ya ha hecho usted: es maravilloso que la gracia y la belleza se unan al mismo tiempo a la bondad.

Marguerite Yourcenar

***

A Georges Pompidou[9]

Petite Plaisance
Northeast Harbor
Maine 04662 EE UU
25 de enero de 1971

Señor Presidente:

Encuentro en un periódico la mención de una visita que le ha hecho a usted recientemente Simonne Jacquemard, para hablarle del Parque Natural de la Vanoise. Sin estar segura de que esa reseña sea exacta, quiero asociarme a ese llamamiento en favor del parque amenazado, y me felicito por haber encontrado en usted un oído atento y bien predispuesto. Sé que me asocio así también al voto de millares de franceses y francesas deseosos de que el Parque de la Vanoise sea preservado íntegramente. En esta época nuestra, en que la menor reserva de aire puro y de suelo intacto, la más insignificante existencia animal o vegetal mantenida y protegida es, o lo será mañana, cuestión de vida o muerte para todos, y cuando la idea de oponer a la conservación del medio ambiente natural los intereses del hombre no es ya más que una contra-verdad nefasta y gastada, la merma, aunque sólo fuera de una parte de dicho parque, sería, de hecho y como símbolo, una pérdida energética, estética y moral. Nos atrevemos todos a esperar que gracias a su intervención, eso no llegue a producirse.

Le ruego que acepte, Señor Presidente, el testimonio de mi mayor consideración,

Marguerite Yourcenar

***

9 P. 422. Fondo Yourcenar en Harvard, bMS Fr 372 (1370). Copia de carta manuscrita. Georges Pompidou (1911-1974), presidente de la República Francesa de 1969 a 1974.

A André Brincourt[10]

Petite Plaisance
Northeast Harbor
Maine 04662 EE UU
27 de febrero de 1971

Señor Director del *Figaro Littéraire:*

He leído con indignación, en la página 36 del *Figaro Littéraire* del 31 de enero pasado, un artículo de Michèle Bret ("Pour vous, Madame") recomendando a las elegantes que compren pieles porque, según ella, van a venderse mejor que nunca y forman parte, no sólo ya del atavío de las mujeres, sino también de la decoración de sus interiores. La autora no se limitaba a preconizar la adquisición de cueros y pieles de animales domésticos, o de animales salvajes criados y encerrados en corrales por los "productores" que los destinan a la venta de sus pelajes, lo que seria, *en rigor*, soportable, sino que mencionaba con entusiasmo las pieles de osos, cebras y panteras, especies éstas amenazadas, ya diezmadas en sus tres cuartas partes por la necia brutalidad humana, y en cuya defensa se esfuerzan valientemente el Fondo Mundial para la Defensa de los Animales y tantas otras organizaciones análogas, en el extranjero y en la propia Francia.

¿Qué opina de ese artículo nuestro amigo Jean Prasteau[11], tan enterado de todas las cuestiones de conservación del medio ambiente?

Pour vous, Madame... Siendo yo mujer y simpatizante en principio, con todos los movimientos feministas progresistas tendientes a mejorar la condición femenina y a reafirmar la dignidad de la mujer, ante pruebas de inconsciencia como ésta voy a acabar por creer que la mujer no es todavía y no será nunca un ser humano consciente de sus responsabilidades de ser humano mientras lleve puesto o clave en sus paredes un cementerio.

Le saludo muy atentamente.

Marguerite Yourcenar

***

10 Pp. 423-424. Fondo Yourcenar en Harvard, MS Storage 265. André Brincourt (nacido en 1920). Literato y periodista. Redactor jefe de *Le Figaro Littéraire* de 1971 a 1986 y editorialista de *Le Figaro* desde 1986.

11 Jean Prasteau (nacido en 1921). *Charentes et Merveilles.* Paris, France Empire, 1977*; Paris, Ses places et ses jardins.* Paris, SIDES/Editions de la Tourelle, 1985.

A Françoise Parturier[12]

Petite Plaisance
Northeast Harbor
Maine 04662 EE UU
26 de octubre de 1973

Estimada señora:

Mucho le agradezco el envío de su libro sobre el amor a los animales[13], título que aún prolongado por "algunas otras ideas" no indica sin embargo, a mi parecer, toda la variedad de los temas que trata.

Usted sabe con cuánto fervor comparto sus opiniones en todo lo que concierne a los horribles maltratos que infligen los hombres a los animales y que son la deshonra del hombre —y entre paréntesis, le ayudan a prepararse para tiranizar y torturar a sus semejantes—. Hay en ello un crimen y una fatalidad fundamental que pesa sobre toda la historia de la humanidad, y nuestra existencia no habrá sido completamente vana si logramos hacer algo para luchar contra ello. La causa de los animales le debe a usted mucho.

[...]

En lo que se refiere al movimiento de liberación femenina, me encuentro en un terreno menos estable. No es que deje de admirar el esfuerzo de un puñado de mujeres, y de algunos hombres, por elevar la situación femenina, situación arcaica en todas partes, y particularmente en Francia, y que es decididamente indefendible. Pero me parece que lo esencial de tal esfuerzo debería dirigirse a las propias mujeres (la inmensa mayoría de las mujeres), y casi iba a decir, contra ellas. Mientras no aprendan a renunciar a seguir ciegamente la moda, que ya no es sino un negocio comercial y publicitario sin relación alguna con la utilidad, ni siquiera con la estética; mientras sigan ataviándose salvajemente con pieles de animales, sin imaginación siquiera para ver la sangre que gotea; mientras admiren a los matones de cualquier especie, y pongan en el matrimonio o el éxito amoroso condicionamientos de vanidad o de dinero, me parece que la causa de las mujeres estará en situación muy crítica. Me dirá usted que esta imagen de la mujer corresponde a lo que el hombre ha preferido hacer de ella; no cabe duda, al menos hasta cierto punto, pero creo que es una imagen a la que muchísimas mujeres siguen apegadas, más aún incluso que los hombres. Por muy importante

---

12 Pp. 464-466. Fondo Yourcenar en Harvard, MS Storage 265. Françoise Parturier (1919-1995). Novelista y ensayista.

13 *L'amour des animaux et quelques idées*. Paris, Albin Michel, 1973.

que sea el combate en el terreno legal, jurídico, económico, estoy tentada a creer que es el estado *moral* de la mujer lo que ante todo, o al mismo tiempo, hay que transformar[14].

Le pido me excuse por lo que estas reflexiones tienen de rudimentario, como todo lo que quiere expresarse en un párrafo. Pero no por ello dejo de apreciar su energía y valentía en este tema.

De usted con toda simpatía,

Marguerite Yourcenar

***

A Jean Chalon[15]

Petite Plaisance
Northeast Harbor
Maine 04662 EE UU
29 de marzo de 1974

Querido Jean Chalon:

A vuelta de correo contesto a su cuestionario[16] recibido hoy, y tal como me aconseja, se lo envío a André Brincourt. ¡Buenas vacaciones!

[...] PREGUNTA 3. ¿Por qué mis libros, de *Memorias de Adriano* a *Recordatorios,* reflejan un constante aumento de lo que usted llama mi pesimismo?

[…]

En lo tocante al balance humano (si es que el hombre puede considerarse aparte del planeta en que vive y al que está matando), una sobrepoblación que hace del mundo un termitero y del hombre la materia prima ("expansible") de las guerras en el futuro; el apartheid, los genocidios y los regímenes represores que florecen como si nada aquí y allá en todo el mundo; los millones y millones que se gastan anualmente en mantener el odioso equilibrio atómico y en almacenar, en previsión de nuevas guerras, armas químicas de las que una décima parte bastaría

14 Françoise Parturier precisa en su carta que por entonces ya está redactando su *Lettre ouverte aux femmes* [carta abierta a las mujeres] que también publicaría Albin Michel el año siguiente. La misiva de Marguerite Yourcenar no podría sino fortalecer su opinión sobre la pasividad de las mujeres.

15 Pp. 472-478. Fondo Yourcenar en Harvard, bMS Fr 372 (872). Suprimimos los pasajes de esta carta ya mencionados por Philippe Berthier en su introducción.

16 Publicado en *Le Figaro* del 11 de mayo de 1974.

para destruir la especie humana; los *mass media* al servicio, a veces de la verdad, pero más a menudo al de la mentira; la violencia ofrecida en espectáculo y erigida en dogma; la impostura y la rivalidad comercial, por un lado, y las economías dirigidas, por otro, que han roto el viejo equilibrio proverbial entre la oferta y la demanda y van reduciendo cada vez más la parte de libertad del consumidor; la desaparición, que se diría concertada, de los artesanos y los pequeños comercios libres en provecho de las "cadenas" comerciales que son, en verdad, auténticas cadenas; el despilfarro instaurado como sistema; la agresividad imparable; el desconcierto en todas las estructuras, desde las religiones establecidas hasta las oficinas de correos. "Creen que progresan porque están devorando sus reservas", decía hace unos cuarenta años un personaje de *Contrapunto*[17] de Aldous Huxley.

[…]

Ese cambio de las mentes y de las opiniones ¿se producirá en las masas antes de que se vean forzadas por muy duros despertares? Uno querría creerlo, pero hará falta para llegar a ello una revolución más profunda (y más completa) que las producidas por la conversión al cristianismo o al budismo. Debemos actuar como si diéramos por sentado que ha de venir una revolución de ese tipo, pero para creerlo con fe, sería necesario poder suponer la existencia de una "Fatalidad del bien", como se lo plantea Rémo en *Recordatorios.* Hasta ahora, esa "Fatalidad del bien" no se ha manifestado en los asuntos humanos.

[…]

Cordialmente suya,

Marguerite Yourcenar

17 Aldous Huxley, *Point Counter Point*, Londres, Grosset, Dunlap, 1928.

Fragmentos

Vicente Torres Mariño
Universidad de los Andes
Colombia

Los fragmentos que se leerán en esta sección han sido tomados principalmente de ensayos y memorias —unos pocos de la obra novelesca—, a través de los cuales, y desde época muy temprana, Marguerite Yourcenar convierte en centro de reflexión el estado y el devenir del aire, el agua, las plantas y los animales.

¿En qué momento de su trayectoria surge en Yourcenar el interés por el entorno natural? Cuando la anciana escritora decide recobrar el pasado, a través de la empresa autobiográfica, y se inclina con curiosidad hacia la niña que ella fue, uno de los primeros recuerdos —cuando la pequeña Marguerite tenía una hora de nacida— tiene que ver con el sacrificio animal. Largas temporadas de su infancia transcurren en un viejo castillo —la propiedad paterna del Mont-Noir—, rodeada de animales, árboles frutales, arroyos y flores. Escenario de factura romántica a través del cual la pequeña ensoñadora establece los primeros lazos mágicos con la naturaleza, en una especie de libertad fundadora, ya que la ausencia súbita y temprana de la madre y la presencia de un padre que no tiene nada de invasor le permiten gozar a la pequeña de una precoz libertad y, por lo tanto, de una temprana soledad. Cuando Yourcenar evoca ante M. Galey, a los 77 años de edad, sus días de infancia, afirma que,

> [L]os recuerdos más profundos son los del Mont-Noir, porque allí aprendí a amar todo lo que sigo amando: la hierba y las flores salvajes mezcladas con la hierba; los huertos, los árboles, los pinares, los caballos y las vacas en las grandes praderas; mi cabra, a la que mi padre había dorado los cuernos; la burra Martine y el burrito Printemps, mis cabalgaduras, en especial la burra sobre la que había aprendido, desde temprana edad, que era sagrada entre todas las criaturas porque lleva en su lomo la huella de una cruz por haber llevado a Jesús el Día de Ramos; mi cordero, al que le gustaba rodar sobre la hierba, los conejos libres que jugaban en la maleza, a los que sigo amando mucho —esos conejitos a los que Zenón libera poco antes de morir—, el viejo perro cuya muerte me fue anunciada una mañana con un tiro de fusil, y que sería mi primera gran pena (tenía ocho años), pero amaba también las playas y sus planicies sin fin cuando el mar se retira, en el movimiento para mí casi hipnótico de las olas. (*OA,* 22)

Quien haya convivido con la naturaleza desde temprana edad aprende a amarla, y la infancia, lo sabemos, es el intervalo de la vida en el que se logran

establecer contactos de orden religioso, en el sentido etimológico de *religare*, "unión" con el mundo. El niño, el anciano y el místico están solos, y ese retiro suscita a menudo formas de trascendencia. Nathanael, el personaje de *Un hombre oscuro*, última novela de la autora y considerada por ella como su testamento literario, es "amigo de los animales", se embriaga con el aire y el viento y las noches de la isla frisona donde se retira y muere; accede a una íntima unión con el cosmos —el lenguaje se ha desvanecido—, recobra una especie de libertad adámica y su relación con la naturaleza se asimila a la de los niños, es decir, se vuelve mágica:

> […] Nathanael divisó a [un oso] en plena soledad, cogiendo con su ancha pata todas las frambuesas de un matorral y llevándoselas al hocico con un placer tan delicado que sintió como suyo. Aquellos poderosos animales, hartos de fruta y miel, no eran peligrosos mientras no se vieran amenazados. No habló con nadie de aquel encuentro, como si entre el animal y él hubiera un pacto.
>
> Tampoco habló del zorrillo con el que tropezó en un claro del bosque, y que lo miró con una curiosidad casi amistosa, sin moverse, con las orejas tiesas como las de un perro; ni reveló a nadie la parte de la espesura en donde vio a unas culebras, pues temió que el viejo quisiera matar a lo que él llamaba "esas alimañas". El muchacho amaba asimismo a los árboles; los compadecía, por muy altos y majestuosos que fueran, por ser incapaces de huir o de defenderse, entregados al hacha del más débil leñador […].
>
> Nathanael se sentía repartido entre el gozo del pájaro, cuando por fin atrapaba algo para su sustento, y el suplicio del pez, que era tragado vivo. […] Los conejos, que saltaban por entre las cortas hierbas de las dunas, […] eran […] unos visitantes desconfiados, que salían de sus madrigueras como si fueran de otro mundo. Escondido debajo de un arbusto, una vez los vio bailar al claro de luna. Por las mañanas, las avefrías ejecutaban en el cielo su vuelo nupcial, más hermoso que ninguna de las figuras de los ballets del rey de Francia […].
>
> Los indios, al marcharse, habían dejado tras de sí unos manojos de juncos que utilizaban en cestería y cuya virtud principal consistía en exhalar, cundo el tiempo era de lluvia, el olor que fue suyo meses y años atrás, cuando todavía eran verdes y frescos, a la orilla de los arroyuelos. Nathanael pensaba que era algo así como si aquellas hierbas tuvieran memoria. (99-100, 196, 103)

Pero volvamos a la pequeña Marguerite observada por la anciana Yourcenar: como lo señala en *Recordatorios* (1974), la primera percepción del bebé es su destino asociado al animal; el primer objeto que la acompaña está elaborado con el marfil de colmillos de elefante, ocasión para aludir a la práctica humana tan rechazada por la escritora, la caza de animales, y para recordar al mismo tiempo la dulzura animal:

> Esta niñita, que apenas acaba de cumplir una hora, se halla, en todo caso, atrapada como en una red por las realidades del sufrimiento animal y de la pena humana; también lo está por futilidades de una época; por las pequeñas y grandes noticias del periódico que nadie, esta mañana, ha tenido tiempo de leer y que yace encima del banco del vestíbulo; por lo que está de moda y por lo que es pura rutina. Colgada en la cuna se balancea una cruz de marfil adornada con una cabeza de angelote que, por una serie de casualidades casi irrisorias, poseo todavía. El objeto es banal: es una piadosa baratija colocada allí entre unos lazos casi igualmente rituales, pero a la que, probablemente, Fernande había mandado bendecir. El marfil

> procede de un elefante muerto en la selva congoleña, cuyos colmillos serían vendidos a bajo precio por los indígenas a cualquier traficante belga. Aquella enorme masa de vida inteligente, procedente de una dinastía que se remonta por lo menos a principios del Pleistoceno, ha terminado en esto. Esta baratija formó parte de un animal que pastó hierba y bebió el agua de los ríos, que se bañó en el barro agradable y tibio, que utilizó este marfil para luchar contra alguno de sus rivales, o para tratar de defenderse de los ataques de los hombres; que acarició con su trompa a la hembra con la que se apareaba. El artista que labró esta materia no supo hacer con ella sino una beatería de lujo: el angelito al que atribuyen el oficio de ángel de la guarda, en quien la niña creerá algún día, se parece a esos cupidos mofletudos también fabricados en serie por los trabajadores a destajo grecorromanos. (37-38)

Cuando Yourcenar traduce del inglés al francés una amplia selección de los *spirituals* negros (*FP*, 1964), asocia el destino que Europa depara al aborigen africano, considerado como "una mercancía pintoresca", un "objeto de lujo", al de los animales del mismo continente: las plumas del avestruz que engalanan los sombreros femeninos, los leones y los monos sometidos a la prisión exhibicionista de las jaulas. Alude igualmente al "marfil de los elefantes masacrados, materia prima de las dulces Vírgenes esculpidas por los artistas góticos y más tarde de los teclados de piano" (9). ¿Qué plegaria puede elevarse hasta el cielo, ante una virgen hecha de agonías? ¿Quién puede escuchar, tras la sublime partita de Bach, el grito del elefante abatido? Se requiere de dones supranormales para ver en el humano éxtasis, el dolor animal. Un pliegue de preocupación debe haber ceñido la frente de aquel ángel yourcenariano…

En estos inicios de una vida, los juguetes están igualmente emparentados con lo sagrado y lo mágico, ya que de manera consciente o inconsciente, niñas y niños establecen a través de ellos un diálogo con lo invisible. Asociados a los ritos de *fecundidad*, los juguetes permiten reproducir la vida de los adultos, pues son receptores de energía psíquica que los irradia con una forma particular de vida. Rito iniciático, el juguete prepara el camino hacia la adaptación futura del objeto que él representa. Es necesario señalar aquí al "animal-estrella" que acompaña a Yourcenar a lo largo de toda su obra: la vaca. Fue el primer objeto lúdico que tuvo entre sus manos. De esta experiencia afectiva de su infancia proviene tal vez en parte su rechazo hacia el consumo de la carne animal. Evocación que Yourcenar hace en *¿Qué? La Eternidad*, hacia el final de su vida:

> Animal también y, al mismo tiempo, recipiente sagrado, utensilio mágico, fue el primer juguete del que yo me acuerdo: era una vaca de hojalata o de chapa, enteramente recubierta de piel de vaca de verdad, y cuya cabeza se volvía hacia la derecha y hacia la izquierda haciendo *muuuu.* Aquella cabeza se desenroscaba para introducir en el vientre de metal un poco de leche, que luego salía por los imperceptibles agujeros de la ubre cubierta de piel rosada. Yo rechazaba, desde que me habían quitado el pecho, todo elemento cárnico; mi padre respetó ese rechazo. Me alimentaban bien, pero de otra manera. A la edad de diez años, aprendí a comer carne "como todo el mundo", aunque seguía rechazando el cadáver de cualquier animal salvaje o de cualquier criatura alada. Más adelante, cansada ya de luchar, acepté aves y

> pescado. Cuarenta años después, indignada por las masacres de animales, he vuelto a seguir el camino de mi infancia. (217)

La leche, gracias a la cual nos desarrollamos en la tierna infancia, tiene para Yourcenar el rostro de la fecundidad, y gracias a ella obtiene su primer placer. Fecundidad y placer… en este sistema yourcenariano de unión con el todo, no puedo dejar de evocar aquella expresión que utiliza Zenón, en *Opus nigrum*, para referirse al semen humano: "la sangre blanca del amor"… Pero la niña presiente a través de la anciana —en esta especie de *visitación* de la infancia que constituye toda escritura autobiográfica— el destino brutal al que el hombre somete al dulce animal:

> La leche apacigua los gritos de la niña. Ha aprendido muy pronto a tirar, casi con salvajismo, del pezón de goma; la sensación agradable del líquido que fluye dentro de ella es, seguramente, su primer placer. El rico alimento proviene de una bestia nutricia, símbolo animal de la tierra fecunda, que da a los hombres no sólo su leche, sino más tarde, cuando ya sus mamas se hayan agotado definitivamente, su pobre carne y, finalmente, su piel, sus tendones y sus huesos, con los que harán goma y carbón animal. Morirá de una muerte casi siempre atroz, arrancada de sus prados habituales, tras un largo viaje en el vagón para animales, que no dejará de sacudirla hasta llegar al matadero; a menudo dolorida, sedienta, asustada, en todo caso, por aquellas sacudidas y ruidos tan nuevos para ella. O bien la empujarán, a pleno sol, a lo largo de un camino, unos hombres que la pincharán con largas aijadas y la maltratarán si se resiste; llegará jadeante al lugar de ejecución, con la cuerda al cuello, en ocasiones con un ojo reventado, y la entregarán en manos de los matarifes, gente que se ha vuelto brutal a fuerza de ejercer su miserable oficio, y que empezarán a despedazarla cuando aún no esté muerta del todo. Su mismo nombre, que debería ser sagrado para los hombres a quienes alimenta, resulta ridículo en francés, y probablemente también algunos lectores pensarán que tanto esta observación como las precedentes son igualmente ridículas. (*R,* 40)

A los 76 años, Yourcenar publica *La Corona y la Lira*, selección y versión en francés de poetas griegos que se extienden del siglo IX a. C. hasta el siglo IX de nuestra era. Uno de ellos, Bianor (siglo I a. C.), retiene la atención de nuestra autora, ya que algunos de sus epigramas "tratan admirablemente de los animales; [Bianor] es sensible a los sobresaltos de éstos y a los sufrimientos infligidos por su contacto con el hombre" (*CL,* 390):

> La vaca maltratada[1]
> El granjero hace arrastrar a la vaca escuálida
> su duro y pesado arado. El recién nacido la sigue.
> Ella avanza, temiendo una lluvia de golpes

---

1 "La vache maltraitée": *Le fermier fait traîner par la vache aux flancs mous/ Son soc dur et pesant. Son nouveau-né la suit./ Elle avance, craignant une grêle de coups/ Au moindre arrêt, tardant le plus possible afin/ Que le faible petit (il a froid, il a faim)/ Chancelant, ne soit pas trop laissé en arrière./ Ô fermier au cœur dur, écoute ma prière!/ Laisse un peu de repos à la mère inquiète,/ Et consens qu'elle dorme ou rumine aujourd'hui,/ Flanc a flanc, à côté de celui qu'elle allaite.* (Bianor, s. I a. C.) *La Couronne et la Lyre,* p. 390. La traducción es nuestra.

si se detiene; se retrasa lo más que puede,
para que el débil pequeño (tiene frío, tiene hambre)
vacilante, no sea dejado demasiado atrás.
¡Oh granjero de corazón duro, escucha mi plegaria!
Dale un poco de reposo a la madre inquieta,
y concede que ella duerma o rumie hoy,
flanco contra flanco, al lado de quien amamanta.

Conocida es la vehemencia y la mordacidad de los juicios de Yourcenar respecto a la vanidad de la mujer, cuyo precio puede ser muy a menudo el dolor animal. El porte de pieles y sombreros, el uso de cosméticos derivados de sustancias animales o probados en ellos, convierten a este tipo de mujer en depredadora cómplice, obnubilada en su afán de gustar, sin que esto excluya a los hombres, cuyos atributos masculinos creen realzados por el uso de prendas de cuero. En una carta de febrero de 1968, dirigida a Helen Howe Allen, Yourcenar señala la proximidad entre la hembra humana y la hembra vacuna, pasaje que puede escandalizar a quienes ignoran la visión sagrada que tiene la escritora respecto a los animales. La valorización de lo humano, como lo abordaremos luego, frecuentemente tiene lugar en Yourcenar a través de la valoración animal:

> [S]iempre me quedaré estupefacta ante unas criaturas que, por su constitución y su función, deberían parecerse a la tierra misma, que dan la vida entre sangre y deyecciones, que están unidas por la menstruación al ciclo lunar y a ese misterio del flujo sanguíneo, que son portadoras como las dulces vacas de un alimento primordial en sus glándulas mamarias, que cocinan, es decir, que manejan la carne muerta y las legumbres todavía incrustadas de tierra, y que, en fin, asisten en su cuerpo, en su rostro, en su combate desesperado contra la edad, a la perpetua y lenta destrucción y corrupción de las formas, enfrentándose día tras día a la muerte en las arrugas que se acentúan o los cabellos que blanquean; que puedan esas criaturas ser hasta tal punto ficticias. (*C*, 310-311)

En la compleja red de signos suscitados por la infancia, encontramos igualmente la vocación hacia la escritura, cuyo punto de partida está, en el caso de la pequeña Marguerite, íntimamente ligado a la muerte de los animales. Su primera "composición" es el resultado del desgarramiento causado por la desaparición de Trier, el perro de Fernande, la madre también muerta. En las postrimerías de la vida de Yourcenar, otro texto —*¿Qué? La Eternidad*— vuelve sobre el de la infancia, completando así la reparación del duelo a través de la escritura. La voz de la niña y la de la anciana se unen en una solidaridad que va más allá de los estrechos límites del tiempo:

> Los últimos tiempos fueron particularmente penosos: al igual que tantos otros *bassets* alemanes seleccionados por los criadores por su línea casi grotescamente estirada, Trier padecía dolores dorsales. Tuvo que renunciar a subir las escaleras. Daba igual, puesto que dormía abajo, en la paja. Apenas si podía arrastrarse hacia mí fuera de la cuadra, gimiendo y llorando de alegría alternativamente; sus cuartos traseros paralizados se arrastraban por los

> adoquines del patio, dejando tras él huellas de sangre. Su alegría al verme era conmovedora: el amor del animal por el ser que tan poco le da y que es su sol humano. Si yo hubiera sido mayor, habría suplicado que lo dejaran cerca de mí mañana y noche; habría tratado de dispensarle un poco de esa dulzura que a los hombres y a los perros moribundos procura la presencia de los seres a quienes aman. Pero la infancia es cobarde. Ni siquiera me despertó, una mañana, el tiro que le disparó Alcide en la oreja: este medio de acabar con una agonía demasiado larga de un animal familiar era el más corriente antes de que existieran nuestras inyecciones de hoy. *"Mi querida tía: escribo para decirte que estoy muy triste porque mi pobre Trier ha muerto"*. Así comienza el único mensaje a mi tía inválida que el azar me ha devuelto. Es, en suma, mi primera composición literaria. Lo mismo hubiera podido contentarme con eso. (239-240)

El lector habrá observado, en algunas de las citas anteriores, la recurrencia del posesivo *mi primer(a)*: mi *primera* gran pena, el *primer* juguete, *primer* placer, mi *primera* composición literaria… La pasión de Yourcenar por los orígenes, su gusto por todo tipo de genealogías, hacen de su escritura una verdadera arqueología del saber. Cuando el emperador Adriano expone al joven Marco Aurelio la metodología que adoptará para la construcción del relato de su vida, evoca —en términos universales— la necesidad de volverse hacia los fundamentos del ser: "Una parte de cada vida, y aun de cada vida insignificante, transcurre en buscar las razones de ser, los puntos de partida, las fuentes" (*MA*, 26). En *Archivos del Norte* (1977), Yourcenar se propone relatar la vida de su padre, Michel, y para tal efecto, afirma que "quisiera […] partir directamente de inexploradas lejanías". Tan inexploradas que desemboca —según la expresión de Racine, que Yourcenar hace suya— en territorios "antes del nacimiento del mundo". Su ensoñación la hace sobrepasar el tiempo de su nacimiento y la lleva a recrear ese mundo que precedió a la aparición del hombre. La meditación sobre el tiempo desborda en la geología. Alborada de la vida, alborada de la creación…

> Contemplemos […] ese mundo en donde el hombre no estorba todavía […]. Recreemos dentro de nosotros ese océano verde […] cambiando en el transcurso de las horas, de los días y de las estaciones, que fluyen sin haber sido computados por nuestros calendarios ni por nuestros relojes. […] Bañémonos en ese silencio casi virgen de ruidos de voces y herramientas humanas, sólo interrumpido por el canto de las aves […].
>
> En las ciénagas rebosantes de agua, un pato se sumerge; un cisne que toma impulso para volver al cielo hace enorme ruido de velas desplegadas; las culebras reptan silenciosamente sobre el musgo o susurran entre las hojas secas; hierbas rígidas tiemblan en lo alto de las dunas, movidas por el viento del mar que aún no han ensuciado los humos de ninguna caldera, ni el aceite de ningún carburante, y sobre el cual todavía no se ha aventurado nave alguna. (20-21)

Esa alborada de la humanidad se encuentra desplegada en la aurora, cuyos "dedos rosados" —la expresión es de Homero— encarna el despertar en la luz recobrada. Renovada en cada amanecer, el alba encarna el símbolo de todas las posibilidades, reanuda las promesas, ya que en pequeña escala recomienza el

mundo, brota la esperanza y huyen las tinieblas. Yourcenar, en *El Tiempo, gran escultor*, hace del amanecer una verdadera cosmogonía:

> Se trata de un mundo más antiguo y más joven que nosotros, nuevo en cada aurora, al que ha diezmado y perseguido el hombre desde los tiempos en que los cazadores vestían clámides y juboncillos, cazadores que al menos tenían la disculpa de creer en la abundancia inagotable de la naturaleza, excusa que nosotros ya no tenemos, pues seguimos destruyendo no sólo a los animales, sino que nos empeñamos en destruir la naturaleza misma. Es el mundo que encontramos de nuevo, latiéndonos el corazón, cada vez que, cuando salimos al amanecer, vislumbramos a un gamo merodeando al linde del bosque, o a las crías de algún zorro jugando en la hierba. En él está la huella de los cascos de animales y de las garras en la arena, el agua bebida a lengüetadas al llegar el crepúsculo, las pupilas brillando entre las hojas, el celo que hace abrazarse en la selva a los amantes salvajes y a las fieras. En él están las diversas razas de los perros y la familia de los caballos, vasallos heroicos y fieles del hombre; en él está el león inocente que despedaza apaciblemente su presa; y en él se encuentra también el ciervo de pie, tenso el cuello y protegiendo a su manada, destacándose, muy oscuro, sobre la palidez del alba… (198-199)

Por otro lado, la naturaleza es el espacio privilegiado de encuentro entre lo profano y lo sagrado, entre lo divino y lo humano. En la construcción semántica de *profano* intervienen *pro*, "delante", y *fanum*, "templo", es decir, lo que se halla ante el templo, fuera de los límites del templo mismo, lo que se extiende ante nosotros. Yourcenar comparte con Giordano Bruno la idea neoplatónica de la sacralización de la naturaleza y reivindica al mismo tiempo el animismo (siglo XVIII) —del latín *anima*—, creencia en un principio superior, hálito vital o alma, que reside en los lugares u objetos. Es curioso observar que todas las tentativas de los personajes yourcenarianos — sobre todo de Adriano y Zenón— por encontrar el sitio donde reside el alma humana resultan vanas. Incluso para Alexis, en *El Tratado del inútil combate* (1929), primer personaje novelesco de Yourcenar, "el alma muere antes que [el cuerpo]" (p. 75), echando así abajo toda posibilidad de existencia de esa entidad. Recordemos que la trascendencia, en esta obra de sabiduría, es inherente a la materia y que la negación de la existencia del alma en los seres humanos es un tema recurrente (una de las razones del juicio inquisitorial contra Zenón es la negación, por parte de éste, del alma). Con algunas tentaciones, como es el caso del texto "En memoria de Diotima. Jeanne de Vietinghoff", en el que Yourcenar rinde homenaje a quien considerara la mujer ideal, compañera de estudios de la madre de la autora, y la cual se convertiría luego en la amante de su padre, Michel. El homenaje a Jeanne comienza con la frase: "Hay almas que nos hacen creer que el alma existe" (*TGE*, 225). La duda es menos acentuada cuando se trata de los animales, así como lo indica la "Serie de estampas para Ku-Ku-Hai" —el canino pekinés de la joven Yourcenar—, donde ella afirma: "Tienes mil almas. Un alma olfativa, […] Tu alma digestiva […]" (*PE*, 89). O el título del ensayo "¿Quién puede saber si el alma del animal

desciende bajo la tierra?", tomado del Eclesiastés, o como lo atestigua Clément Roux, en *El denario del sueño:*

> Ni el prejuicio inmemorial que atribuye la posesión de un alma únicamente a los miembros de la raza humana, ni ese grosero orgullo que convierte al hombre moderno —cada vez más— en el advenedizo de la naturaleza habían conseguido persuadir nunca a Clément Roux de que un animal es menos digno que el hombre de la solicitud de Dios. (151)

De ahí la indignación de Yourcenar ante el cristianismo, que niega a los animales la existencia del alma y autoriza al hombre para que ejerza sobre ellos su poder, es decir, su crueldad. El gran momento de duda de la Biblia, expresado en el Eclesiastés, es reivindicado por la escritora, en aras de la existencia del alma animal. En *¿Qué? La Eternidad,* cuando Yourcenar relata la muerte de Marie, hermana de su padre Michel, abatida accidentalmente por un cazador, asocia el destino humano al animal y el desprecio de éste por parte del cristianismo:

> La mención de los animales que caen como [Marie] cayó, pero sin razón y sin amor, es a un tiempo estremecedora y penosa; estremecedora porque parece aludir a la manada de jabalíes vislumbrada aquella mañana, y de los cuales casi todos se hallan destinados a padecer un día u otro la muerte violenta que fue la de Marie; penosa, porque revela la insolente morgue del alma cristiana ante la criatura. "¿Quién puede saber —dice el Eclesiastés— si el hálito de la bestia desciende bajo la tierra?". ¿Quién le asegura a Marie que los animales golpeados de muerte caen "sin razón y sin amor, porque hay que caer"? Ella debió constatar la ternura, que a veces llega hasta el heroísmo, de los animales por sus crías, la fidelidad del perro a su amo, el paciente afecto de los caballos por su compañero de fatigas. ¿Con qué derecho se arroga Marie una superioridad sobre los que viven y mueren? Pero ella no se arroga nada; permanece simplemente fiel a las opiniones que oye a su alrededor. (69)

Una de las grandes piedras de construcción de la obra yourcenariana, junto con la fuente griega, es la fuente oriental. El hinduismo, el budismo y sus diferentes escuelas se convierten en verdaderas herramientas literarias. Sus personajes mayores, Adriano, Zenón y Nathanael, realizan recorridos análogos dictados por la sabiduría y ponen en práctica los grandes principios que constituyen las corrientes místicas orientales: el desprendimiento bajo todas sus formas, el desvanecimiento del yo a través del triunfo sobre instintos y pasiones, el recogimiento y el servicio a los demás, lo que por otro lado equivaldría a los tres estadios de la construcción alquímica —elemento primordial en Yourcenar—: la obra en negro (*Opus nigrum*), la obra en blanco (*albedo*) y la obra en rojo (*rubedo*). El acercamiento de sus personajes a las otras formas de vida se enmarca en esta visión oriental, a través de la *compasión*, entendida como la facultad de "tener piedad", "conciliarse", "sufrir con", según la etimología latina *compati*. Al asociar, por ejemplo, el hinduismo y su estrecha relación con la naturaleza, Yourcenar evoca una forma de animismo, a la que se unen la concepción unitaria de la existencia y el amor de la inteligencia hacia los "otros

reinos", oponiéndose así al riguroso cristianismo que establece, en este sentido, una clara separación. El animal accede al estatuto de divinidad a través de los diferentes dioses, éstos se humanizan a través de aquél, los hombres se divinizan a través de los animales:

> "Los pavos reales bailan de alegría... Acuden las vacas, rumiando aún su hierba, y los terneros embadurnados con la leche de sus madres. Los animales lloran dulces lágrimas al oír la flauta del Pastor...", dice poco más o menos el antiguo *Bhagavata Purana.* Ni la obra de Jayadeva, ni la plástica de los templos dan mucha importancia a la dulce presencia de los animales que llena, por el contrario, las imágenes más suaves de las miniaturas mogolas, en donde Krishna disfrazado de lechera ordeña las vacas junto con sus amantes. Y, sin embargo, esa presencia del animal desempeña un papel considerable en el idilio sagrado: el éxtasis divino y la humana dicha no pueden prescindir de la apacible alegría de las humildes criaturas explotadas por el hombre, y que comparten con él la aventura de existir. En el amor sobre todo es donde los griegos mezclaban sus animales y sus dioses. Mal puede apreciarse la belleza única del mito hindú mientras no se haya reconocido —junto a la más cálida sensualidad, y quizás precisamente porque dicha sensualidad se realiza poco más o menos sin coacciones— la fresca amistad hacia los seres que pertenecen a otras especies y a otros reinos. Esta ternura, nacida sin duda del viejo pensamiento animista pero que lo superó desde hace tiempo para convertirse en una forma muy consciente de la unidad de los seres, sigue siendo uno de los dones más hermosos de la India al género humano: la Europa cristiana no la ha conocido apenas, o muy brevemente, sólo en la égloga franciscana. (*TGE*, 133-134)

Incluso Yourcenar reduce aún más la distancia hombre-animal-divinidad, utilizando el procedimiento —recurrente en su obra— del filósofo presocrático Heráclito, según el cual, existe una conciliación de los elementos contrarios, una unidad que surge en el seno de la oposición misma. Llega incluso a concebir la fusión del sujeto con el objeto, tal como lo aconsejan los pensadores orientales, en aras de la disolución de las categorías que separan y engendran sufrimiento. ¿Cómo no evocar en el siguiente fragmento de *Con los ojos abiertos*, las enseñanzas del sabio hindú Jiddu Krishnamurti?:

> [L]os trabajos [anteriores] a los de la antropología […], nos demostraron que, mucho más que "antropomorfizar al animal", con frecuencia el hombre ha elegido sacralizarse, animalizándose. El primitivo no "eleva" a la pantera al rango de hombre; *se hace* pantera. El niño que juega a ser un perro, se imagina perro. El milagro —el niño y el primitivo lo sienten— es que precisamente la misma vida, las mismas vísceras, los mismos procesos digestivos o reproductores, con ciertas diferencias en los detalles fisiológicos, por cierto, funcionan a través de esta casi infinita variedad de formas, y a veces de poderes que nosotros no tenemos. […] Hay aun de una especie a otra, de un individuo a otro de esa especie, las mismas variaciones que hay en nosotros entre un hombre inteligente y un idiota, siempre con la diferencia de que la idiotez del animal jamás es debida a la absorción de consignas publicitarias. (272)

En la sección "Necromantia" de *¿Qué? La Eternidad*, último libro que Yourcenar escribía en el momento de su muerte, la autora vuelve —desde

la perspectiva de sus memorias familiares— a la idea del fértil intercambio animal-divinidad-hombre. Se trata del pasaje ya evocado, en el que Marie, tía de la escritora, muere en un accidente de caza. En una habitual superposición de diferentes dimensiones del tiempo, Yourcenar percibe la escena desde épocas anteriores a la aparición del hombre, luego desde el presentimiento de éste —a través de los animales— de la existencia de un orden superior, para desembocar finalmente en la torpeza de un cazador, un 30 de enero de 1902, un año antes del nacimiento de la autora misma:

> De repente, bien visibles al linde de los bosques donde aún flota la niebla, se distinguen los poderosos y obtusos cuadrúpedos, prehistóricos en la bruma y en la distancia. Hay algo fantástico en todo encuentro con la naturaleza salvaje. Un jabalí visto de cerca, hurgando con su hocico en búsqueda de raíces, no sorprendería y no haría quizás más que divertirnos, a condición de que nos supiéramos prudentemente fuera del alcance de sus colmillos. Toda una manada de poderosos animales emigrando de una parte del bosque a otra parece, por el contrario, pertenecer a otro tiempo del mundo en que el hombre, en presencia de los animales, presentía aún la existencia de los dioses. El joven guardabosques salta de gozo, y en su excitación, sin siquiera tratar de alcanzar a uno de los grandes puercos salvajes, dispara su escopeta.
>
> Al instante o, todo lo más, un segundo más tarde, Marie cae al suelo, derrumbándose sobre sí misma […] La bala, al dar sobre el tronco de un roble, ha rebotado y ha venido a golpearla en mitad del corazón. Tal vez no ha tenido ni tiempo de oír el tiro que la ha matado. (62-63)

Señalaba anteriormente la importancia que reviste para Yourcenar el desvanecimiento del *yo*, es decir, la necesidad del desplazamiento del ser humano del *centro* a la *periferia*, ya que él no es más que un elemento en el conjunto de las cosas. Ésta es la razón por la cual la escritora se desencanta del humanismo, lo abandona paulatinamente para adherirse a lo que llamaba "el orden de las cosas", expresión que utilizaba para referirse a la naturaleza. En este sentido, Grecia fue para Yourcenar la gran reserva humanística, la cual nutrió, junto con el Oriente, su pensamiento y escritura. Por eso declara a Jacques Chancel, en 1979, que "la noción de Grecia terminó por desvanecerse, así como se desvanecen las de la Revolución Francesa, el Renacimiento, la Belle Époque, etc. En pocas palabras, considero terminada, para mí, la experiencia griega" (*RJC*, 37). En la introducción, de 1970, a *La Sirenita* —pieza de teatro que data de 1942—, inspirada en el cuento del escritor danés Christian Andersen, Yourcenar, a través de una mirada retrospectiva, sitúa en el tiempo su conversión del humanismo a la naturaleza, de la historia a la geología:

> A partir de esa época [verano de 1942] y por un proceso de ascesis que todavía continúa, el prestigio de los paisajes con huellas de un pasado humano, tan intensamente amado antes por mí, fue sustituido poco a poco por el de aquellos lugares, cada vez más escasos, en los que aún no ha dejado su impronta la atroz aventura humana. El año en que fue compuesta esta fantasía es asimismo el de mi primera visita al estado de Maine. Son las costas de Maine y no las de Dinamarca, que no conocí hasta tiempo después, las que inspiraron los

> paisajes azul-blanco-grises y la familiaridad con las focas y los pájaros-ángel. El paso de la arqueología a la geología, de la meditación sobre el hombre a la meditación sobre la Tierra, fue y sigue siendo a veces un proceso para mí doloroso, pero que finalmente, conduce a beneficios inestimables. (152)

Ese "proceso doloroso" coincide con los grandes cambios en la vida de Yourcenar: abandono de Europa —acentuado por el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial—, su instalación en Estados Unidos, la necesidad de buscar un sustento como profesora de literatura y el "descubrimiento" de la isla de los Montes Desiertos en el estado de Maine. Cuando es nombrada miembro de la Academia Francesa de Letras (1981) —primera mujer admitida en esta institución, desde su fundación por Richelieu, en 1634— en el puesto dejado vacante por Roger Caillois, declara, en el discurso de recepción:

> Pero ya, y el mismo Callois lo dijo, "una fisura se había iniciado y secretamente se iba agrandando en [el hombre]". Sin compararme ni mucho menos con ese gran talento, debo decir que yo conocí por la misma época [los años de la Segunda Guerra Mundial] algo parecido a esa escisión. Fueron aquellos años en que, buscando en el pasado un modelo que aún fuese imitable, yo imaginaba como posible todavía la existencia de un hombre capaz de "estabilizar la Tierra" y, por tanto, de una inteligencia humana en su punto culminante de lucidez y eficacia. Pero es asimismo el momento en que empezaba a frecuentar, con una pasión que no ha hecho sino crecer, el mundo no humano o prehumano de los animales del bosque y de las aguas, del mar no contaminado y de los bosques aún no talados o defoliados por nosotros. En otros términos —que yo prestaba al mismo emperador Adriano— mi fidelidad empezaba a pasar "del nadador a la ola". Esta revolución me ayuda a situar el momento en que la gran ola cósmica lo revolvió todo o, más bien, lo levantó todo en Callois. "Dejé poco a poco —dice— de considerar al hombre como exterior a la naturaleza y como su finalidad". "Mi primera actitud testimoniaba —prosigue— una adhesión celosa y ciega a la aventura humana". (*PE*, 205)

Por la misma época, Yourcenar realiza el balance de la recepción de la naturaleza a través de la historia, como testimonian, en *Peregrina y extranjera*, los "Cuadernos de notas, 1942-1948":

> Arte griego: el hombre *es* la naturaleza y la encierra dentro de sí toda entera. Arte de la Edad Media: el hombre está *en* la naturaleza como el ave en el bosque, como el pez en el río, objetos colocados y sostenidos en el tiempo por la mano del Creador. Arte de Extremo Oriente: el hombre y la naturaleza, inextricablemente mezclados uno con otro, huyen, cambian y se disipan, apariencias cambiantes, onda que se mueve, juego de sombras paseadas por el lienzo eterno. Arte barroco: el hombre convierte a la naturaleza en objeto de su tiranía o de su meditación, inventa los jardines de Versalles o las soledades ordenadas de Poussin. Arte romántico: el hombre se precipita en la naturaleza, a ella lleva su pena y sus gritos de animal herido. Arte del siglo XX: el hombre hace estallar la naturaleza, detiene o precipita la evolución de las formas... (178)

¿Cuáles son para Yourcenar las causas del desequilibrio actual en materia ecológica? ¿Por qué esa imposibilidad casi fatal de no poder detener lo que ya

parece irreversible? El humanismo, en su versión religiosa, ha instaurado la supremacía del hombre, en detrimento de otros grupos considerados "inferiores", a los que ha perseguido y eliminado sistemáticamente. La historia de la Iglesia —y en general, de los fanatismos religiosos— está manchada de sangre. Desde la Inquisición hasta la silenciosa complicidad en los genocidios, por parte del nazismo, pasando por las sórdidas maquinaciones políticas de la Edad Media; desde las expediciones militares europeas comandadas por el Papa —convertido en jefe militar de las Cruzadas—, organizadas para arrasar con los "infieles", hasta las violentas represiones contra los protestantes en la Francia de Luis XIII —con el cardenal Richelieu manipulando los hilos del poder—, la destrucción religiosa, en nombre de Dios[2], se ha encarnizado contra musulmanes, judíos, negros, prostitutas, homosexuales, artistas, hechiceros y locos —antes del surgimiento de los evolucionistas en el siglo XIX, la locura era considerada como una maldición divina—. Debemos incluir a la mujer en este triste catálogo de los bufones de Dios, puesto que clérigos y legistas la han considerado, a través de la historia, como a un ser menor incapaz de decidir sobre su propio cuerpo, relegándola al papel de compañera penumbral del gran depredador: el hombre. ¿Qué espacio de reconocimiento queda en estas dramáticas condiciones para los animales? Cuando Darwin, en el siglo XIX, crea los fundamentos de la teoría evolucionista y establece una continuidad entre el animal y el hombre, la Iglesia católica se ve obligada a reconocer el valor científico de esta teoría, pero impone una restricción que equivale a negarla: "Si el cuerpo humano tiene sus orígenes en la materia viviente que existe antes de él, Dios ha creado el alma espiritual […] Podría afirmarse que con el hombre, nos encontramos ante una diferencia de orden ontológico, ante un salto ontológico"[3].

Ese poder devastador del hombre, "anomalía dentro del conjunto de las cosas", respaldado por la cosmogonía cristiana, es la causa mayor del desequilibrio del mundo, como lo afirma Yourcenar en *Archivos del Norte*:

> Pero ya —y puede decirse que por todas partes— aparece el hombre. El hombre aún diseminado, furtivo, perturbado a veces por los últimos empujes de los glaciares cercanos y que no ha dejado más que unas pocas huellas en esta tierra sin cavernas ni rocas. El depredador-rey, el leñador de los animales y el asesino de los árboles, el cazador que dispone sus trampas en donde se estrangulan las aves, y sus estacas, donde se empalan los animales

---

2 Ver, en este sentido, la monumental obra (9 tomos) de Karlheinz Deschner, de desenmascaramiento histórico, *Historia criminal del cristianismo*, Ediciones Martínez Roca, col. "Enigmas del cristianismo". Comenzada en 1970, el vol. 9 fue publicado en 1998.

3 Juan Pablo II, "Discurso en la Academia Pontificia de Ciencias", 22 de octubre de 1996. Citado por Boris Cyrulink (dir.), en *Si les lions pouvaient parler,* Paris, Gallimard, 1998.

> de piel; el ojeador que acecha las grandes migraciones estacionales para procurarse carne seca para el invierno; el arquitecto de ramajes y leños descortezados, el hombre-lobo, el hombre-zorro, el hombre-castor, que reúne dentro de sí todo el ingenio de los animales; aquel de quien la tradición rabínica dice que la tierra negó a Dios un puñado de su barro para darle forma, y sobre el cual aseguran los cuentos árabes que los animales temblaron cuando vieron aquel gusano desnudo. El hombre con sus poderes que, sea cual fuere la manera de evaluarlos, constituyen una anomalía dentro del conjunto de las cosas, con su temible don de ir siempre más allá del bien y del mal que el resto de las especies vivas que conocemos, con su horrible y sublime facultad de elección. (23)

Yourcenar es consciente del poder humano y sus desmanes desplegados contra todo aquello que considera inferior. En el prefacio de *Fleuve profond, sombre rivière*, hace un balance del tratamiento de las comunidades negras por parte de la civilización europea y asocia el destino de los esclavos al de los animales:

> No faltaron economistas que afirmaran que el buen rendimiento del esclavo no sobrepasaba los siete años y que lo importante era extraer de él el máximo de trabajo durante ese período de vigor, mas no tratarlo en vista de una avanzada edad, siempre inútil. Incluso sin adjudicarles una clarividencia tan fría, no hay lugar para creer que la mayoría de los amos trataban a sus esclavos enfermos o ya viejos, con mayor piedad de la que el hombre ha tenido en todos los tiempos por sus viejos caballos y sus bueyes gastados a fuerza de haber servido. Lo más amargo que puede decirse respecto a la institución de la esclavitud, es que deja legalmente al ser humano a la merced de ese monstruo de insensibilidad, de locura o avaricia que demasiado a menudo es otro hombre. (p. 14. La traducción es nuestra)

Sabida es la gran reticencia de Yourcenar respecto al progreso, la ciencia y la tecnología: su visión es negativa. Para ilustrar el mal uso de las invenciones, evoca a menudo el descubrimiento de la ley de la gravedad por parte de los primeros hombres, para aplastar a sus semejantes con el desplazamiento de rocas. Las lecciones del pasado son frecuentemente para Yourcenar una forma de prever el futuro, como lo hace Adriano respecto al eterno retorno de la guerra. Al final de *¿Qué? La Eternidad*, la anciana escritora se acerca de nuevo a la pequeña Margarita y le vaticina un porvenir sombrío, que sería el del siglo XX. En sus pronósticos incluye igualmente la amenaza a la que está sometida la obra de arte —confirmada por museos saqueados y destruidos en guerras recientes—, como si la capacidad de ensoñación de la humanidad a través de la creación artística padeciera de la misma vulnerabilidad y fragilidad que la naturaleza. La tecnología y su paroxismo destructivo se convierten en atributo mayor para el refinamiento bélico:

> [La pequeña Marguerite] Vivirá unos tiempos que son los peores de la historia. Verá al menos dos guerras llamadas mundiales y las secuelas que consigo traen de otros conflictos que se encienden por doquiera; guerras nacionales y guerras civiles, guerras de clases y guerras de razas e incluso, en uno o dos puntos del globo, por un anacronismo que demuestra que nada termina, guerras de religión que llevan, cada una dentro de sí, las suficientes chispas para provocar la conflagración que todo lo arrase. La tortura, que nos parecía relegada a una pintoresca Edad Media, se convertirá en una realidad; la pululación de la humanidad des-

> valorizará al hombre. Unos medios de comunicación masivos, al servicio de intereses más o menos camuflados, derramarán sobre el mundo, junto con visiones y ruidos fantasmales, un opio del pueblo más insidioso de lo que fue jamás ninguna religión. Una falsa abundancia que encubre la creciente erosión de los recursos dispensará alimentos cada vez más adulterados y unas diversiones cada vez más gregarias, *panem et circenses* de unas sociedades que se creen libres. La velocidad, al anular las distancias, anulará asimismo la diferencia entre los lugares, arrastrando por todas partes a los peregrinos del placer hacia los mismos sones y luces ficticios, hacia los mismos monumentos tan amenazados en nuestros días como los elefantes y las ballenas, con un Partenón que se desmorona y al que proponen rodear de cristal, con una catedral de Estrasburgo corroída, una Venecia podrida por los residuos químicos y una Giralda bajo un cielo que ya no es tan azul. Cientos de especies de animales que habían logrado sobrevivir desde la juventud del mundo serán aniquilados dentro de unos años por motivos de lucro y de brutalidad; el hombre arrancará sus propios pulmones: los grandes bosques verdes. El agua, el aire y la protectora capa de ozono, prodigios casi únicos que han permitido la vida en la Tierra, serán manchados y desperdiciados. En ciertas épocas, se asegura que Siva baila sobre el mundo, aboliendo las formas. Lo que hoy baila sobre el mundo son la estupidez, la violencia y la avidez del hombre.
>
> No convierto el pasado en un ídolo: esta visita a unas oscuras familias de lo que hoy es el Norte, nos ha mostrado lo que hubiéramos visto en cualquier otro sitio, es decir, que la fuerza y el interés mal entendidos han reinado casi siempre. El hombre, en todo tiempo, ha hecho algún bien y mucho mal; los medios de acción mecánicos y químicos que se ha procurado recientemente y la progresión casi geométrica de sus efectos han hecho este mal irreversible; por otra parte, unos errores y unos crímenes no muy importantes cuando la humanidad no era, en la Tierra, sino una especie igual a las otras, se han convertido en mortales desde que el hombre, víctima de la locura, se cree todopoderoso. […] El aire que respirará la hija de Michel y Fernande, llevará hasta ella las fumarolas de Auschwitz, Dresde e Hiroshima. […] hoy ya no existen asilos seguros. […] es el estado del mundo que algún día pesará sobre esta recién nacida. (*AN*, pp. 366-368)

El primer gran proyecto literario que Yourcenar concibió hacia los 18 años, y que debería llevar por título *Remous*, sería una gran novela sobre sus antepasados del norte de Francia y Bélgica en el siglo XIX, y se remontaría en el tiempo hasta ascendientes mucho más lejanos; proyecto que Yourcenar abandonó por su magnitud para una escritora demasiado joven. Gran parte de la obra posterior saldría de esas desbordantes ensoñaciones, como los dos primeros libros del tríptico autobiográfico *El laberinto del mundo*, a saber, *Recordatorios* y *Archivos del Norte*, redactados en la vejez. Pero a la ensoñación familiar se uniría su gran preocupación por el estado del mundo, en general, y por la situación del medio ambiente, en particular. Si bien es cierto que los temas que aborda en su escritura novelesca son en general temas del pasado (la Roma imperial del siglo II, el Renacimiento), en los textos de *El laberinto del mundo*, la evocación del pasado está íntimamente ligada a las preocupaciones del presente. Por ello, el destino de la humanidad en relación con su torpeza ante la naturaleza ocupa gran parte de sus reflexiones. Una vez más, en *Recordatorios*, a los vaticinios que acabamos de señalar se une una serie de meditaciones sobre la industria y la contaminación, la extinción de plantas y animales, y el mal por antonomasia de la humanidad: la sobrepoblación. Defensora

del aborto, recusante vehemente de la célula familiar, su constante incitación contra el embarazo —incluso por causas estéticas que deforman el cuerpo de la mujer— y contra la insensata producción en cadena de la especie humana, que ha convertido la existencia en una experiencia indigna y ultrajante, aparece bajo su pluma:

> La mayoría de las propiedades mueren mal. Despojada de sus jardines y su parque, ocurría con ésta como con esos caballos de pura sangre reducidos al estado de rocines antes de enviarlos al matadero. El jardín, según decían, sería convertido en una plaza, pero cuando las municipalidades de nuestra época votan por la instalación de una plaza, ésta siempre acaba por convertirse en estacionamiento. Yo no lamentaba la muerte de una casa, ni de las plantaciones de árboles de un jardín, sino la de la Tierra, asesinada por la industria como por los efectos de una guerra de desgaste, la muerte del agua y del aire, tan contaminados en Flémalle como en Pittsburgh, Sydney o Tokio. Yo pensaba en los habitantes del pueblo, expuestos a las súbitas crecidas del río que aún no había sido encauzado. También ellos, por ignorancia, habían mancillado la Tierra y abusado de ella, pero la falta de una técnica perfeccionada les había impedido llegar muy lejos por ese camino. Habían arrojado al río el contenido de sus orinales, los esqueletos del ganado que ellos mismos sacrificaban y las porquerías del peletero, pero no vertían en él toneladas de subproductos nocivos y hasta mortales. Habían matado animales salvajes con exceso, y abatido árboles; no obstante, estas depredaciones no eran nada al lado de las nuestras, pues hemos creado un mundo en el que ni animales ni árboles podrán ya vivir. Cierto es que padecían unos males que los ingenuos progresistas del siglo XIX creyeron vencidos para siempre; carecían de víveres en tiempos de escasez, a reserva de atiborrase en tiempos de abundancia con un vigor que difícilmente imaginamos, mas no se sustentaban con alimentos desnaturalizados en cuyo interior circulan insidiosos venenos. Perdían un gran porcentaje de niños en edad temprana, pero una especie de equilibrio se mantenía entre el medio natural y la población humana; no padecían las consecuencias de una pululación que produce las guerras totales, desclasa al individuo y corrompe la especie. Soportaban periódicamente las violencias de la invasión, pero no vivían bajo la perpetua amenaza atómica. Sometidos a las circunstancias, no lo estaban todavía al ciclo de producción a destajo y del consumo imbécil. Hace cincuenta o treinta años todo lo más, este paso de una existencia precaria de animales del campo a una existencia de insectos agitándose dentro de su hormiguero le parecía a todo el mundo un avance incontestable. Hoy empezamos a pensar de otra manera. (*R,* 98-99)

En este proceso contra la tecnología, Yourcenar pone en tela de juicio dos invenciones que se aúnan a las riquezas que el hombre acumula en beneficio propio y que hoy ennegrecen el cielo, el aire y el agua: el automóvil y el avión. Grandes "logros" de la Belle Époque y de los años que le sucedieron (el alemán Carl Benz inventa el primer automóvil en 1886 y los hermanos Wright realizan el primer vuelo motorizado en 1903) encarnaron el triunfo de la ilusión y el optimismo, desmentidos hoy por el carburante que inunda el planeta entero. Yourcenar evoca los primeros momentos de la invención del automóvil, que despertó gran entusiasmo en su padre Michel, gusto que la escritora asocia al mismo que experimentó Marcel Proust:

> Hemos olvidado hasta qué punto fue un milagro el descubrimiento del automóvil para el hombre de finales de siglo. Nos hallamos sólo a siete u ocho años de la época en que el

> joven Proust lloraba con lágrimas de entusiasmo al ver elevarse el primer avión en el cielo de Balbec. Desde entonces, hemos asistido a tantos nuevos triunfos tecnológicos que no han cambiado para nada al hombre, y no siempre en el buen sentido la condición humana, que hoy aquellos entusiasmos nos dejan un resabio amargo.
>
> […] es un error común a casi todo el mundo pensar en las satisfacciones del presente y en los beneficios del mañana, pero no en cuando pase un siglo. Marcel no previó la muerte que cae del cielo, como en Coventry, Dresde e Hiroshima, ni las destrucciones situadas más allá aún, en lo que será nuestro porvenir, como tampoco las fricciones producidas en períodos de supuesta paz debidas a los odios y rivalidades de las naciones artificialmente cercanas. Michel no preveía los embotellamientos de las calles ni de las carreteras cubiertas todos los años de tantos muertos y heridos como los que provoca una guerra civil, ni los gases que sueltan los motores contaminando nuestros pulmones, descomponiendo la piedra y matando a los árboles, ni el esclavizamiento del mundo por las potencias petrolíferas, ni el océano mancillado por perforaciones y sondeos, ni las mortales mareas negras. De momento, lo que Michel siente es la impresión de desplazarse libremente por un mundo que se extiende hacia todas partes, tan lejos como lo lleven sus carreteras. No más ferrocarriles que ruedan sobre unos rieles inflexibles, no más estaciones ruidosas y llenas de humo, fuera esos humos negros vomitados sobre el paisaje. Ni Marcel al pasearse con Albertine por Normandía, ni Michel yendo en su coche a toda velocidad por el pavimento del Norte, adivinan que aún más devastadores que dos guerras juntas, los "progresos de la circulación" acabarán con los hermosos olmos y álamos de las carreteras francesas que ellos tanto amaron, con objeto de permitir a los malos conductores adelantarse unos a otros con más facilidad. Tampoco sospechan que esa deliciosa libertad de detenerse allí donde les apetezca y de llegar, por carreteras poco frecuentadas, a unos parajes que no imaginaron nunca tan cercanos, pronto se vería suplantada por el claustrofóbico rigor de la autopista, de la cual se sale únicamente por unas salidas autorizadas, anunciadas mucho antes por señales, y gobernada por unos focos verdes y rojos, al igual que antaño los rieles. La extraña facilidad con que los objetos creados por el hombre acaban pareciéndose, aún no se les ha revelado… (*QE*, 32-33)

He dejado para el final tres prácticas de la crueldad que satisfacen, por una parte, la avidez y la vanidad humanas, y por otra, las exigencias de la ciencia: la caza, la industria de pieles y la vivisección.

Cuenta la leyenda que Huberto, nacido hacia el año 650 en Bélgica, gran aficionado a la caza, se encontraba un Viernes Santo con su jauría en el bosque, cuando observó a un venado al que siguieron sus perros. Huberto se internó en el bosque, y grande fue su sorpresa al ver a sus perros echados alrededor del hermoso ciervo, en medio de cuyos cuernos brillaba una cruz. En medio de un silencio inusual que repentinamente reinaba en el bosque, Huberto escucha una voz interior que le reprocha su afición a la caza, causa del descuido de su salvación. Desde ese momento data su conversión. Canonizado por el papa Sergio I, el 3 de noviembre se celebra su fiesta en toda Europa. El pintor flamenco Bruegel de Velours representa este pasaje en el cuadro *Visión de san Huberto* (1617), hoy en el Museo del Prado. Paradójicamente, el santo se convertiría en el patrono de los cazadores, cuyo nombre lleva hoy, por ejemplo, una asociación argentina de caza. A lo largo de su obra, Yourcenar menciona en dos ocasiones a San Huberto; en

Recordatorios, a propósito de la práctica de la caza en Flémalle —situada en la provincia de Lieja, Bélgica—, escribe lo siguiente:

> Estamos en el país de San Huberto, pero el matador que se convirtió por haber visto acercarse a él a un ciervo con los ojos llenos de lágrimas, llevando entre sus astas a Jesús crucificado, se ha convertido, por una inversión de cuya ironía nadie se percata, en el patrón de los cazadores y sus jaurías, algo así como cuando el crucifijo ocupó un puesto en el pretorio, al lado de los jueces. (91-92)

Es de señalar que Francia cuenta con el mayor número de cazadores en Europa —1'485.000, según las estadísticas de 2004— y ocupa igualmente el primer lugar en cuanto al número de especies cazadas: 64. Según cifras establecidas por la Oficina Nacional de la Caza y la Fauna Salvaje, basadas en una encuesta durante la temporada de caza en 1998-1999, respecto a 39 especies de las 64 ya mencionadas, fueron abatidos 30 millones de animales, de los cuales la mitad son animales de cría (faisanes, patos, perdices, conejos). Una encuesta realizada en 1983-1984 estimó en 46 millones los animales abatidos (13 millones de los cuales eran tordos). Durante la temporada 2001-2002 acaecieron 167 accidentes de caza en Francia con humanos, 31 de ellos mortales[4]. Esta práctica es atacada con vehemencia por Yourcenar, quien siempre se rehusó a ingerir carne proveniente de la caza; ya durante el Renacimiento, en el norte de Europa, Zenón denuncia a "una compañía de ballesteros [que] salía a cazar tordos, […] cada uno de ellos llevaba un zurrón en bandolera donde pronto se almacenarían parcelas de vida que un momento antes cantaban en pleno cielo" (*ON*, 263). Un siglo más tarde, Nathanael, el personaje de *Un hombre oscuro*, es testigo de escenas de caza por parte de los indios abenaki —en la misma isla que Yourcenar habitaría tres siglos más tarde—, a propósito de las cuales vuelve a emplear el adjetivo, *pleno,* de Zenón, en la expresión *pleno vuelo*, indicando con ello que para Yourcenar el cielo y el vuelo de las aves hacen parte de la *plenitud*:

> Cuando llegó la primavera todos se pusieron a trabajar en el campo. Llegó primero la época en que las aves migratorias suben hacia el Norte; los hijos del indio —que poseía gran destreza en el manejo del arco— llevaban a la choza ocas salvajes, muertas en pleno vuelo, para trocarlas por el trigo que quedaba. Otras veces llevaban conejos, a los que habían dado muerte golpeándolos con un mazo o tirándoles piedras con una honda: éste era uno de los juegos favoritos. Como la pólvora escaseaba, cuando querían matar a un animal de gran tamaño cavaban unas fosas que cubrían con ramajes. Allí dentro agonizaba el animal, con las patas rotas por la caída o ensartado en unos palos situados al fondo de la fosa hasta que alguien lo remataba con un cuchillo. […] En el agua de la cala, casi siempre tranquila,

---

4 Datos tomados de *L'animal dans nos sociétés,* textos reunidos por Florence Burgat, Paris, La Documentation Française, 2004, p. 101. Algunas consideraciones de esta sección se inspiran en este texto.

> construían una suerte de laberinto con espinas y juncos, donde atrapaban a los peces. Los llevaban después tierra adentro en una nasa, saltando y ahogándose por falta de aire, cuando no los remataban golpeándolos con el remo. (98-99)

Asociando el trágico destino humano al animal, Yourcenar evoca la visita realizada por ella al castillo que el archiduque Francisco Fernando de Austria poseía en Bohemia —cazador inveterado y que a su vez fue abatido por arma de fuego—, hecho que desencadenaría la Primera Guerra Mundial:

> El mundo humano temblaba en sus cimientos; un príncipe austriaco cuyos trofeos de caza contemplé con repugnancia más adelante, en su castillo de Bohemia, acababa de ser asesinado en Sarajevo, al igual que cualquiera de los animales que él solía matar, como un alce, o un oso de sus monterías. (*QE,* 280)

La segunda práctica de la crueldad ejercida sobre los animales está a cargo de la industria de pieles. Para ello, el hombre no duda en criar animales en cautiverio, ahogar castores con trampas acuáticas; o abatir lobos y osos con fusiles que, tras una agonía a menudo lenta, son despellejados para vender sus pieles a empresas como la Hudson's Bay Company en Canadá o a la casa francesa Révillon. También son vendidas en subastas de mercados mundiales como los de Copenhague, Londres, Leipzig, Toronto, Nueva York, etcétera. La mayoría de pieles de animales salvajes proviene de criaturas capturadas en América del Norte, Noruega, Finlandia o Rusia. Las especies perseguidas son por lo general la foca, la nutria, el mapache, el castor, el tejón, la mofeta, el conejo, el armiño, el visón, el coyote, la marta, el lince y el lobo, entre otras, incluidos perros y gatos en Corea. En Asia central, los corderos karakules de Uzbekistán tienen una piel muy codiciada, conocida bajo el nombre de *astracán,* piel arrancada del animal a los quince días de nacido. Se conoce como *piersanera* la piel del mismo cordero, menor de quince días de nacido, y como *breitschwantz,* la del cordero que nace muerto o antes del término. La extracción de esta última piel —la más apetecida— exige el aborto del feto y la muerte de la madre. Dicha práctica, inducida por cesárea o inyección, se ha implantado desde 1930, con el fin de aumentar los niveles productivos. En África del sur se crían igualmente corderos karakules (600.000 pieles por año)[5].

De ahí la indignación de Yourcenar respecto a las mujeres que portan pieles, como testimonia el ensayo "Animales de hermosa piel" (*TGE*), en detrimento de "animales cuya raza, que desde hace millares de años antedataba a la nuestra, va a extinguirse y desaparecer […] antes de que esas lindas mujeres que las lucen hayan llegado a la edad de las arrugas" (98). El uso de maquillajes de origen

5 *Ibid.,* pp. 76-78.

animal y el porte de pieles (abrigos, chaquetas, faldas, pantalones, calzado, bolsos) convierten a este tipo de mujer en cómplice y es una de las razones por las cuales la escritora entabla un verdadero proceso contra el mundo femenino. Si se pudiera ver un poco más allá de las apariencias —prosigue Yourcenar—, veríamos correr la sangre tras esas pieles y comprenderíamos que los artificios de la vanidad y las incontenibles ansias de gustar están envueltos en crímenes…

Cuando Yourcenar visitaba al Canadá, tenía un gusto particular por el viaje en tren desde Montreal hasta Vancouver, debido a la belleza de los paisajes atravesados, y sin embargo, manchados por acción de los cazadores. La ensoñación que suscitaban en ella la naturaleza y la percepción de la sangrienta intrusión humana queda consignada en el texto "De un océano al otro", en *Una vuelta por mi cárcel*:

> "Existen en la Tierra lugares tan bellos que uno quisiera estrecharlos contra su corazón". Nadie parece haber sentido deseos de estrechar la tierra canadiense contra su corazón. Los tramperos la recorrieron para recolectar pieles de animales destinadas a forrar el traje del canciller de Inglaterra o adornar el escote de las damas de Versalles; inmigrantes que guardaban en el corazón el recuerdo de su Bretaña o de su Normandía natal desbrozaron y cultivaron con grandes esfuerzos esta tierra difícil. En ningún sitio tiene uno la impresión de encontrarse en un paraje humano que hunde sus raíces amistosamente en el suelo, unido a él como los más pequeños pueblos de Italia a sus viñas, o las granjas escandinavas a sus sembrados bordeados de abetales. […] La vida difícil en un clima duro sólo aconsejó al hombre la agresión y la explotación. El prototipo viril siguen siendo el trampero, el cazador de grandes animales, el matarife de focas y el leñador. No ignoro que estos pocos estereotipos humanos no representan a todo el Canadá. Pero lo cierto es que muy pocos de esos pueblos, vislumbrados desde la ventanilla de un vagón, inspiran el súbito deseo de apearse, como lo haríamos en tal aldea de Provenza o de Inglaterra, con la intención de pasar allí el resto de nuestra vida. (26-27)

La tercera práctica de la crueldad humana hacia nuestros semejantes animales es la vivisección. La ciencia, en aras del "bienestar" humano, ha sacrificado a través de todos los tiempos a animales cuya única falta ha sido la de proporcionar al hombre un poco de calor, bellos cantos, la alegría que les puede causar nuestra proximidad… Claude Bernard, fisiólogo francés del siglo XIX, considerado el creador de la medicina experimental y cuyas tesis inspirarían gran parte del naturalismo en literatura —Zola en primer rango, en los 20 tomos sobre *Les Rougon-Macquart. Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio*—, no duda en exigir el derecho a "dislocar a los organismos vivos" para acceder al interior de los animales, realizar "disecciones vivas" y conocer los "mecanismos de la muerte"[6]. En su libro *Claude Bernard. La révolution biologique* (PUF, 1990), Alain Prochiantz escribe:

---

6 *Ibid.,* p. 64.

> ¿Es acaso necesario dejarse conmover por los gritos de sensibilidad de las gentes de mundo o por las objeciones de hombres ajenos a las ideas científicas? […] El fisiólogo no es un hombre de mundo, es un hombre de ciencia, un hombre cautivado y absorto en pos de una idea científica; ya no escucha los gritos de los animales, ya no ve la sangre que corre, no ve más que su idea y no percibe sino los organismos que le ocultan los problemas que se propone descubrir[7].

Prochiantz (apellido de sonoridad escatológica en francés), al igual que muchos científicos, parece ignorar todo lo acontecido desde C. Bernard hasta nuestros días. En este sentido, algunos aspectos de la ciencia permanecen inamovibles y están emparentados con las rígidas perspectivas de las religiones. Se trata de posturas peligrosas que "legitiman la obsesión del científico, su sordera ante los gritos y su ceguera ante la sangre"[8].

Por lo general, a los animales de laboratorio les sustraen órganos estando aún vivos. Al cabo del experimento se emplean diferentes métodos de eutanasia: congelación, aplicación de calor excesivo (microondas), medios químicos como agentes a base de gas-CO_2, monóxido de carbono, cloroformo, y la utilización de inyecciones de barbitúricos o de aire que producen embolias. Es de anotar que la Liga Francesa Contra la Vivisección (LFCV) indica la cifra de 400 millones de animales de laboratorio muertos cada año en el mundo, es decir, más de 10 por segundo, de los cuales 3 son destinados a la industria cosmética (30%) y 2 a la industria militar (20%).

Una gran variedad de experimentos es realizada con animales. Citemos tan sólo un ejemplo: en las investigaciones sobre el cáncer debido al consumo de tabaco, se hace ingerir a los animales (conejos, ratones, monos, vacas, perros…) el humo de cigarrillo durante un período que va de 3 a 16 meses, para crear lesiones enfisematosas o cancerosas, o se introduce —por vía de traqueotomía o broncoscopio— alquitrán en tubos para crear artificialmente lesiones en los tejidos respiratorios.

Yourcenar, que pertenecía a la Liga Francesa contra la Vivisección, condena estas prácticas, no solamente por la brutalidad ejercida sobre el animal, sino porque desde una perspectiva ética, la ciencia autoriza el maltrato animal. En *Recordatorios,* señala la autora:

> Durante este último siglo, miles de millones de animales fueron sacrificados a la ciencia convertida en diosa, y en diosa ídolo sanguinario, como les sucede casi fatalmente a los dioses. Estrangulados lentamente, ahogados, dejados ciegos, quemados, abiertos aún vivos, su muerte hace parecer inocente al sacrificador antiguo; lo mismo que nuestros mataderos,

7 *Ibid.,* p. 65.

8 *Ibid.,* p. 66.

> donde los animales son colgados vivos para facilitar el trabajo en cadena de los matarifes, convierten en algo relativamente limpio el mazo de las hecatombes y las víctimas coronadas de flores. En cuanto a los sacrificios humanos, que los griegos relegaban a tiempos de leyenda, han sido realizados en nuestros días casi por todas partes, en nombre de la patria, de la raza o de la clase, por millares de hombres sobre millones de hombres. La tristeza indecible del rostro de mármol ha debido aumentar. (260-261)

En el relato "Lena o el secreto" (*F*), cuando los servicios de seguridad del Estado griego —en el siglo VI antes de nuestra era— deciden dar muerte a Hermodios y a Aristogitón, por haber intentado asesinar al tirano Hipias, Lena, la amante de Aristogitón, es acusada de complicidad y luego torturada. La escena descrita por Yourcenar se asemeja a una práctica de vivisección y la autora no duda en asociar la tortura padecida por Lena a la padecida por los animales:

> Lena se arrodilla […] Unos sabuesos se le echan encima: le atan las manos […] Pone el pie en el suelo ante una casa que, por su aspecto de hospital y de prisión, debe de ser el palacio del jefe del Estado. […] Ve desfilar el pelotón de ejecución sin volver siquiera hacia su amo unos ojos ya vidriosos, como las pupilas de los muertos. […] La empujan dentro de una sala blanqueada de cal, donde los supliciados adquieren el aspecto de animales agonizantes, y los verdugos el de vivisectores. […] Los verdugos la tienden sobre un caballete para operarla de su silencio. Amenazan a aquella llama con el suplicio del agua; hablan de infligirle el suplicio del fuego a aquel manantial. […] Un chorro de sangre le brota de la boca, como en una hemoptisis […] (69-70)

¿Puede hablarse de soluciones ante semejante estado de cosas? Todas son, de cualquier modo, parciales. El mal está arraigado en la avidez humana bajo todas sus formas, la cual, para satisfacerse, busca el ejercicio del poder a toda escala: siempre habrá en el nivel más ínfimo de la jerarquía humana el deseo de dominar a otro. Puesto que una de las prioridades del poder es el usufructo económico, despojar al hombre de su codicia —desencadenada en nombre de la seguridad, la familia, el vértigo del éxito al que lo ha lanzado la sociedad— sería concebir a un ser virtual. Si se aminorara la insensata reproducción humana, si se detuvieran las maquinarias humanas generadoras de contaminación, si las guerras y el desarme nuclear tuvieran un fin mañana, si abandonáramos la parafernalia electrónica sin la cual ya no concebimos la existencia y la cual reduce la esperanza de vida del planeta, si la tala de bosques y los desechos químicos arrojados a las aguas fueran una ilusión del pasado, aun así es demasiado tarde… ¿Para qué añadir argumentos que demuestran la existencia innata de la devastación en el hombre? Bastaría encerrar a un niño de tres años con un gato para ver surgir, en ese diminuto humano, el deseo de querer extraer los ojos o desprender la cola del felino. Rousseau afirmaba que el hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe. Sade, por el contrario —en el mismo siglo—, afirmaba que el hombre es cruel por naturaleza y que la tarea de la sociedad es "alienarle" esa crueldad. Los hallazgos de Freud sobre el polimorfismo infantil van en el sentido de las afirmaciones

del divino marqués. Notas de una música fúnebre se ciernen sobre el aire del mundo…

El avance hacia lo irreversible ya está dado, y la lucidez —como lo señala Rémy Poignault— no es compatible con el optimismo. Los gritos agónicos de las Casandras que se elevan un poco por doquiera no llegan hasta nosotros, asfixiados por el estruendo de civilizaciones a las cuales nos hemos vuelto adictos, mezcla de adicción y éxtasis… Cuando Yourcenar era interrogada acerca de la muerte de Dios, afirmaba: "Mucho nos han hablado de la muerte de Dios. […] me inquieta que no se nos hable con mayor frecuencia de la muerte del hombre, que me parece peligrosamente cercana si continuamos sobre la pista en la que nos hemos lanzado" (*ER,* 30).

Desde mi postura de educador, quisiera recurrir a algunas ensoñaciones e imaginar la educación como elemento cristalizador de soluciones del desastre del mundo. Pero se trataría de una educación dada al niño a la par con su aprendizaje de descifrar el mundo con los signos de un alfabeto, cuando su espíritu aún es maleable y su mente aún goza de cierta libertad, condiciones *sine qua non* de una apertura hacia el universo. Pienso en los programas de las escuelas que contemplan formaciones cívicas, por ejemplo, y que no hacen más que inculcar nacionalismos odiosos forjados en pasiones por el líder político del momento, en paroxismos corazonistas, en ardores futboleros y efusiones por competencias de toda índole que incluyen costosos y ultrajantes certámenes de belleza o masacres de toros, con la complicidad silenciosa y socarrona del espectador. Pero sería una vez más navegar a contracorriente de los dictámenes del Estado, la Iglesia, la Familia, la Ciencia y los medios de comunicación, de los cuales la educación no es más que un catalizador y una marioneta de hilos desgastados.

Yourcenar exponía a M. Galey, en 1980, lo que pensaba acerca de la educación, verdadero programa de combate ideológico y político:

> Condeno la ignorancia que reina tanto en las democracias como en los regímenes totalitarios. Esta ignorancia es tan grande, tan total, que pareciera deseada por el sistema o por el régimen. He reflexionado con frecuencia acerca de lo que podría ser la educación del niño. Pienso que se necesitarían estudios básicos, muy simples, en los que el niño aprendería que vive en el seno del universo, en un planeta cuyos recursos deberá cuidar más tarde, que depende del aire, del agua, de todos los seres vivientes, y que el menor error o la menor violencia pueden destruirlo todo. Aprendería que los hombres se han matado entre sí en guerras que sólo han producido otras guerras, y que cada país acomoda su historia, falsamente, para halagar su orgullo. Se le enseñaría lo suficiente del pasado para que se sienta ligado a los hombres que lo han precedido, para que los admire cuando lo merezcan, sin hacer de ellos unos ídolos, como tampoco del presente o de un hipotético porvenir. Se intentaría familiarizarlo, a la vez, con los libros y las cosas; sabría el nombre de las plantas, conocería a los animales, sin hacer esas odiosas vivisecciones impuestas a los niños y a los adolescentes con el pretexto del estudio de la biología; aprendería a dar los primeros auxilios a los heridos; su educación sexual comprendería su presencia en un parto, su educación mental la vista de enfermos graves y de

> muertos. Se le darían también simples nociones de moral, sin las cuales la vida en sociedad es imposible, instrucción que las escuelas elementales y medias ya no se atreven a dar en este país [EE. UU.]. En materia de religión, no se le impondría ninguna práctica o ningún dogma, pero se le diría algo respecto de todas las grandes religiones del mundo, sobre todo de las de su país, para despertar su respeto y destruir por adelantado ciertos prejuicios odiosos. Se le enseñaría a amar el trabajo cuando el trabajo es útil, y a no dejarse engañar por la impostura publicitaria, comenzando por la que le pondera golosinas más o menos adulteradas, que le preparan futuras caries y diabetes. Hay ciertamente un medio de hablar a los niños de cosas en verdad importantes, y más pronto de lo que se lo hace. (*OA*, 232-233)

La obra de Marguerite Yourcenar explora los campos más diversos y con la más alta erudición: la historia, la política, la ciencia, la filosofía. Analizó profundamente la literatura, la escultura, la pintura y la arquitectura. Propuso toda una gama de posibilidades para desentrañar el misterio del mundo, gama que se extiende del *mito* al *logos*. Gran conocedora de las religiones y las ciencias ocultas —cábala, alquimia, entre otras—, indagó también a fondo sobre el amor y la muerte. Su conciencia de lo universal hizo que sobrepasara los estrechos límites del tiempo y el espacio. Pero en el acercamiento, a través de la compasión búdica hacia la naturaleza y los animales, el legado de la Dama-de-los-Montes-Desiertos se convierte en una lección que cada uno de los lectores de este libro está llamado, a su vez, a transmitir.

Apéndices

Serie de estampas para Ku-Ku-Hai[1]

Naciste en Florencia, la ciudad de las puntiagudas torres, de las cúpulas redondas como un seno, de los palacios cerrados como un rostro que ya no sonríe. Naciste a orillas del Arno amarillo y gris, de ese río tan leonado como tu pelaje, criaturita a la que un rival de Marco Polo, al volver de sus expediciones asiáticas, pudo traer de regalo a Beatriz, junto con un collar de jade y dos onzas de seda de China. Tú mismo eres un dragón de seda. Tu lengua, rosada voluta, pudo lamer las manos pensativas de la Dama angélica y los senos desnudos de Simonetta.

Aquí, en esta ciudad donde la fe luce tenue detrás de todas las cosas, como el fondo de oro de las pinturas, animalillo de Oriente, yo te proclamo cristiano. A lomos de un dromedario, por el camino lento de las caravanas, entre el incienso, el oro y la mirra, te uno al cortejo de los Reyes Magos que pintó Benozzo Gozzoli para un príncipe Magnífico. Y tu hocico no es ni más negro ni más chato que la faz de Baltasar. Durante toda la noche de la Epifanía, acostado en el portal, diste calor al niño Jesús. Después, un día de pobreza, sus padres, modestos carpinteros de pueblo, te vendieron a María Magdalena que empezaba por entonces su carrera de cortesana, ya cansada su carne y toda amasada con amor. Tú la seguiste ladrando al festín de Simón y alrededor del lecho de muerte de Lázaro. Dormías sobre sus rodillas durante la comida de Betania. Y bajo el árbol de la Cruz, cuando el maquillaje mezclado con lágrimas resbalaba por su rostro, tú contemplaste el llanto de aquella opulenta amante de Dios.

Buda, tu dios, el pálido asceta de las manos abiertas, recordaba haber pasado por todas las metamorfosis del Bestiario, como el embrión de hombre que desarrolla sucesivamente todas las formas animales, antes de concretarse en su rango de feto humano. Pero aquí, en esta vertiente más fría del mundo, el hombre se ha reservado a Dios para él, del mismo modo que se ha reservado el universo. Aquí, sólo el pecado da derecho a la vida eterna; sólo hay alma en la culpa y

---

1 Marguerite Yourcenar, *Peregrina y extranjera*. Madrid, Alfaguara, 1992, pp. 85-94. Traducción de Emma Calatayud.

salvación en el pecado. Tú eres anterior a la culpa. En ti reside la inocencia, tal vez la malicia, creaciones en flor antes de que el hombre viniera a complicarlo todo. Nuestros Salvadores sólo se interesaban por el hombre, y en el hombre, por su alma, como si fuese para ellos un mérito ser invisible. Y cuando se dieron cuenta de que los hombres no escuchaban, se volvieron hacia Aquel que no tiene forma. Ya no querían hombres; ya no querían una vida que sólo nos llega a través de nuestros sentidos humanos. Querían al Perfecto, al Inaccesible, a Dios. Su Dios era el infinito al que no limita sustancia alguna, el espacio vacío del que sustraían el universo. Esas gentes, que suplicaban a su Dios para que les concediese un milagro, no se asombraban del milagro de estar con vida. No se maravillaban de que la misma fuerza que piensa en el hombre, repte en la lombriz, vuele en el ave o vegete en la planta. De toda la naturaleza, sólo el cielo les interesaba. Todo lo más, hubieran consentido ver, en tus patas torcidas, en tu vientre redondo y en tus grandes ojos convexos, la inocente distracción de un Demiurgo que bate su arcilla, una de las distracciones del Creador. Para los más severos, no hubieras sido más que el perro de las Escrituras que retorna a su náusea.

Y puede que únicamente san Francisco te hubiera hecho un sitio pequeñito en su *Cántico de las Criaturas*.

Tienes mil almas. Un alma olfativa, que concibe el mundo como un tejido de perfumes. Y algunos de esos perfumes resultan extraños al olfato del hombre. Tu alma digestiva, doblada sobre sí misma como las circunvalaciones de las entrañas, tiene el apetito por buena conciencia. En ti como en mí se elaboran esa delicada química de los jugos, esas misteriosas combinaciones de átomos que nos permiten existir. Con paciencia, en silencio, tu cuerpo y el mío trabajan para vivir. Ambos somos dos pedazos de vida compactos, separados de lo demás, que no se conocen más que por oposición a todo. Ambos vivimos en un cuerpo estanco, al que nada de lo de fuera toca sin hacerle gozar o sufrir, por donde fluyen y se dividen en pequeñas ondas tibias las olas vivificantes de la sangre. Continuamente tú mezclas, propulsas y reprimes el flujo de imágenes, de instintos, de sensaciones, que es para ti el universo. Y como tú, a pesar de tantas evidencias contradictorias, yo no imagino el infinito sino concéntrico a mi corazón.

Me amas. Yo soy para ti la que abre las puertas, enciende las lámparas y puede preparar el alimento. En ti, yo toco el fondo de cada naturaleza, el egoísmo esencial que sirve de base a todo el amor. Sólo tú ves en mí la Omnipotente al ver en mí a la No explicada. Cada día, lleno de meticuloso ardor, te aplicas en lamerme las manos. Pero te irritas si las besan. Cada mañana, cuando despiertas, celebras mi resurrección porque los ausentes son muertos para ti. Cada noche, cuando duermo, tú te acurrucas a mis pies. Mientras me abandono a esa muerte temporal, me siento como las estatuas yacentes de las mujeres de la Edad Media,

con el doguillo familiar a sus pies. Privado del trato con tus semejantes, tu vida repleta adormece tus instintos para gran provecho del corazón. Cuando me miras, leo en tus vastos ojos esa religión de los débiles a quienes el miedo, la gratitud y la esperanza hicieron un día inventar a Dios.

Tienes antepasados ilustres. No desciendes del perro de Sirio: era un perro de caza y tú, tímida criatura, jamás cazaste más que mariposas. Pero apaciblemente apoyado sobre tus patas arqueadas, girando en tus ojos graves una imagen redonda del universo, desciendes en la décimo octava milésima generación del sapo de oro que sostiene las flautas del claro de luna.

Cae la noche o, más bien, se extiende como una ola. La noche, dama de todas las magias tristes, borra el tiempo y la distancia. He aquí que una luna de cristal quiebra lentamente el cielo de jade. La luna llena pequinesa desvela su faz reluciente y redonda, pálida como la máscara de una enamorada en el barco de flores de las noches estivales. La luna derrama sobre las murallas pintadas con cinabrio, sobre los pueblos donde duermen los fatigados *coolies*, sobre el desierto por donde van y vienen las caravanas, su encanto dulce como el zumo de la adormidera blanca. Las reinas y las mendigas se revuelven en su lecho. Una gota de luna tiembla como una lágrima en las pestañas de bronce de los ídolos. Los emperadores prisioneros escriben poemas para consolarse de seguir con vida, las cortesanas escriben poemas para consolarse del amor; los que se aman, enlazados dos a dos como en estrechas canoas, se deslizan por el río de la noche. Y tú, perrito, auditor de ojos abiertos de esta magia silenciosa, miras, en la noche de cristal, cómo palpita ese hermoso gong de plata.

Desde el fondo de tus vidas anteriores, de esas existencias ancestrales que se transmiten con la vida, ¿cuántas veces, desde esta misma terraza clara, has mirado caer la blanca luz de la luna? En la China azul de los Tang, el poeta Li-Tai-Po, seguido de su perro favorito, avanzaba ebrio de vino y de tristeza; vio un día, en el estanque blanco de luna, la pálida faz del bello astro como si fuera la cara sumergida de una mujer. Se lanzó, con las manos tendidas; el agua le llegó a media pierna, luego a la mitad del vientre y muy pronto el cuerpo del poeta flotó a la deriva en la noche. Y tú, perrito al que asusta la más mínima arruga del agua, permaneces a orillas del lago, ladrando miserablemente a la luna...

La sangre, las razas, las especies, las tradiciones nos separan. Con el destino que hizo de ti mi juguete, mi fetiche tal vez, colaboraron todos los azares planetarios. Producto de otro mundo, delicias de otro pueblo, nos serías ajeno si algo, no sólo de lo humano, sino de lo vivo, pudiese serlo. Y ni siquiera has tenido, como el hermoso lebrel del blasón, nada que ver con nuestros ancestros.

Los tuyos, diminutivos de dragones, crías de monstruos, reposaron sobre las rodillas de unos príncipes de uñas largas, tan voluptuosos que no podían por

menos de ser crueles. Velaron junto a dioses hechos hombres o quizá de hombres convertidos en dioses, desde hace mucho tiempo aniquilados en la paz, pero que sin embargo recuerdan lo suficiente de nuestra vida para otorgarnos su compasión. Mientras mis antepasados cazaban uros en los bosques de las Galias, juntaban las manos bajo la gran rosa de las catedrales o lloraban a María Antonieta, los de tu raza, nacidos en un repliegue de la Tierra amarilla, se alimentaban de arroz al fondo de ciudades prohibidas, o dentro del equipaje de las mujeres de Timur, atravesaban la región del abismo, el desfiladero de Pamir. Para que mi dilección te adopte, ha sido preciso el derrumbe de la Gran Muralla y el saqueo del Palacio de Verano. Y para que yo eleve en mis brazos tu cuerpo en continuo movimiento, fue necesaria toda la Historia.

Vives, pero tu infancia ha muerto. La mía había muerto antes incluso de que hubieses nacido. Pero posees ese gran don: el olvido. No sabes que existes; no sabes que dejarás de existir. Únicamente la muerte, criaturita feliz, igualará nuestra ignorancia, pues entonces ni tú, ni yo, sabremos que hemos existido.

Cuando yo muera, sé que mi sombra de anciana (si muero a una edad avanzada) irá simplemente a reunirse con mi sombra de niña, con mi sombra de adolescente, pronto con mi sombra de mujer joven, quienes ya me aguardan al otro lado del tiempo. Pero no me iré sola. Nos llevamos con nosotros toda una serie de fantasmas: todos aquellos a quienes amamos y que tal vez nos amaron. Muertos, una parte de nosotros sobrevive allá arriba, en unos cuantos corazones que aún laten al oír nuestro nombre: aunque vivos, nuestra vida se ha enfriado ya junto con las manos que no volverán a acariciarnos, se ha disuelto con los ojos que se cerraron sobre nuestra imagen. Todos los que han perdido a alguien están, por poco que sea, comprometidos con la muerte. Pero no hemos perdido nada. Ellos están ahí; nos esperan donde la espera no existe. A lo largo de esa pendiente que corre fuera del tiempo, tu sombra danzarina, perrito, seguirá de cerca mi sombra cansada. Y cuando, golpeando este corazón exangüe que ya no me servirá para vivir pero sí para sufrir, yo confiese a los Jueces de los muertos mi pecado de apego a las criaturas, tú dormirás, entre los cachorros de Cerbero, arrebujado y friolero, en el regazo de Proserpina.

Un día, quiso tu ama que entrases en una iglesia. No fue en Florencia sino en Nápoles, y unos prelados vestidos de rojo te miraron con admiración. ¿Acaso no te asemejas a los leoncillos que sostienen el púlpito, la Palabra evidente y dura, la Verdad hecha mármol en las iglesias de Sicilia?

Yo no quiero, animalito de Asia, arrebatarte por más tiempo a tu raza y a tu verdadero dios. Retorna, perro de Fo, a esas pagodas donde la sombra es como el misterio y la luz como una sonrisa. Acuéstate a los pies del Perfecto sentado con su traje amarillo; bésalos, esos pies color de asta, sucios del polvo

de todos los caminos. Pero no le pidas nada. Ni para ti, ni para mí, no le pidas la felicidad, porque es tarea nuestra el obtenerla y no de los dioses otorgarla. No le pidas reposo, pues lo obtendremos algún día sin los dioses. Lame sus grandes manos suaves, vaciadas por tantas limosnas, pero si te habla, no le escuches. No le escuches cuando te hable del largo sueño definitivo que debe suceder a todas las cosas, pues la amnesia no es la justicia, y el término de nuestros males no impide que hayan existido. No le escuches, pues la nada es sólo una ilusión como la vida; y el sosiego, el frío de la inmensa noche que no perturbará ninguna estrella no impedirán que tantos corazones de hombres, niños o animales, hayan latido hasta romperse.

1927

Tumba de Valentina[2]

Tres de octubre de 1971, domingo, dos de la tarde y algunos minutos. Salí a recoger algunas flores en los jardines abandonados a la orilla del mar. Las últimas rosas... Unas tijeras grandes en la mano. No era para mí tan preciado ese cuarto de hora de paseo, pero para la pequeña sí: era su mayor placer. Ella estaba sobre el césped; no tuve necesidad de llamarla para que me siguiese.

Por lo general me seguía muy bien; mi intención era permanecer sobre la acera de nuestro lado de la calle, pasar frente a la casa Kimball y enseguida atravesarla a la altura de la gran pradera. Pero debido a que habitualmente voy más por el costado de la propiedad Milliken, ella cruzó la calle y entró en aquel jardín. El jardín propiamente dicho está precedido por una especie de gran rotonda con arbustos, la entrada del servicio de la casa y la cabaña del jardinero. De allí parte el pequeño sendero que desemboca en el inmenso césped que desciende hacia el mar. Exceptuando los dos meses veraniegos durante los cuales hay gente, éste es el mejor terreno de ejercicio para los perros: nada que temer. Habría preferido tal vez no bajar al jardín Milliken ese día, ya que tenía en la mano esas tijeras, y el jardinero, un vecino y amigo, habría podido creer que yo venía sin permiso a coger sus rosas, a pesar de que jamás las toco a menos que me las ofrezca. Pero tengo por regla nunca permanecer del costado opuesto de la calle en el que se encuentre el perro, por temor a que al atravesarla nuevamente para regresar a mí, sea arrollado por un auto. Ese día la calle estaba completamente desierta como suele estarlo casi siempre en esta estación; no obstante, atravesé y entré en la rotonda Milliken.

Valentina estaba allí, saltando entre los arbustos. Tomó el sendero que se dirige hacia el césped y el mar y miró hacia atrás, plena de gozo, como esperando que la acompañase; luego desapareció entre los matorrales. Yo no estaba inquieta sabiendo que se encontraba allí completamente segura y gozando, al igual que yo, de ese hermoso día dorado y tranquilo. Sin embargo, me detuve en el umbral del sendero y la llamé para continuar junto a ella el paseo iniciado: ¡Valentina! ¡Valentina! Valentina… Amaba su nombre y hallaba una especie de placer al escandirlo, al cantarlo… Como no regresaba, volví atrás y di algunos pasos hacia la gran vía, pensando que quizás habría salido de nuevo sin que yo me percatase de ello. Un automóvil descendía a una velocidad muy moderada del costado de la gran pradera. Al volver al interior de la rotonda llamé de nuevo a Valentina que aún imaginaba en el césped. No pasó más de un minuto; de repente escuché que el auto se detuvo a la entrada de la rotonda, me volví creyendo que se trataba de

2 *Sources II*, *op. cit*., pp. 308-314. La traducción es nuestra.

un turista que preguntaba por su camino. Escuché una voz de mujer: "Is it your dog that I have hit?" [¿Es su perro el que he atropellado?].

Lancé una mirada a la vía, comprendiendo y sin comprender. Valentina estaba completamente tendida, inerte, intacta en apariencia, pero evidentemente muerta, finita. Finita y muerta, la pequeña vida mezclada a la mía desde hacía ya casi seis años, el pequeño genio que apenas dos o tres minutos antes saltaba sobre el musgo y la hierba.

Al escuchar mi voz, evidentemente ella regresó, y en lugar de ir a mi encuentro en la rotonda, como yo lo esperaba, pasó bajo los matorrales para lanzarse a la vía donde seguramente creía que yo me encontraba. El ímpetu de su carrera la lanzó contra el vehículo, dejándola luego a la orilla del camino con el cuello roto.

¿Por qué al escucharme intentó ir a mi encuentro atravesando la calle diez metros más arriba, en lugar de tomar el sendero de la propiedad en el que la esperaba y por el que de costumbre solía volver? Nada era más normal y razonable que llamarla como lo había hecho en ese lugar tan seguro, y sin embargo, fue probablemente al escuchar mí voz que el animalito se equivocó sobre el lugar en el que me encontraba y se precipitó hacia la muerte. Se precipitó… El miércoles anterior había ido al centro médico más allá de la gran pradera, dejando a Valentina en el jardín. Cuando me vio venir desde lejos, aproximadamente a la altura de la casa Kimball, se había precipitado a lo largo del andén (ella siempre permanecía en él prudentemente) para acogerme como un bólido de alegría y velocidad. No vi su último minuto de carrera, pero imagino que fue así como se precipitó.

Normalmente yo habría debido precipitarme hacia ella cuando la vi tendida. Pero no lo hice porque no gritaba, no se agitaba, porque lo irreparable era demasiado evidente. Atravesé la calle y caí literalmente de rodillas, con las manos sobre la hierba, bajo nuestros árboles, escuchándome gritar lúgubremente: "¡Mataron a nuestro perro! Mataron a nuestro perro". Nuevamente me puse de pie, al cabo tal vez de un minuto de ese horror, cuando escuché a la mujer que descendió de su auto (una mujer de la región), decirme: "I am awfully sorry" [Estoy terriblemente apenada]. En su auto había un caniche que ladraba. Me escuché responderle en inglés: "You see, we loved her so much" [Sabe usted, la amábamos tanto]. Luego, para tranquilizarla: "I saw your car coming: I know you were not going too quick" [Vi su auto venir. Sé que no iba demasiado rápido]. En ese momento llegó Grace que venía del bosque, y de nuevo me escuché gritar: "They killed our dog!" [¡Han matado a nuestro perro!] Juntas, fuimos hacia la pequeña que seguía inerte; Grace se inclinó hacia ella y sintió su corazón que aún latía muy débilmente; yo también lo sentí. "Ve a buscar un poco de leche, de coñac...". Entré a la casa, vertí un poco de leche en un vaso y tomé el frasquito de coñac que guardamos para casos de accidentes, pero me decía que si por azar ella aún viviera y tuviese hemorragia interna, no sería conveniente darle coñac; recordaba el día en el que fui a buscar

una botella entera a un bar cercano en una calle de Munich para intentar reavivar a un desconocido que moría en su auto a causa de un ataque cardiaco. ¿El veterinario? A treinta kilómetros de allí y un domingo, su consultorio estaba cerrado. Pero cuando me arrodillé con mi irrisorio vaso de leche, supe de nuevo que ya estaba fuera de nuestro auxilio. "Su corazón dejó de latir completamente bajo mi mano", me dijo Grace. En ese momento otros dos automóviles se detuvieron; los B., que viven frente a la gran pradera, a cuya casa justamente me dirigía a buscar flores y quienes también perdieron un perro de esta forma hace tres años; y un desconocido, dentista de Orono, dueño de una pequeña casa de campo muy cerca de acá, quien se mostró muy caritativo. Él también constató la muerte, los bellos ojos apagados, el cuello roto. Cuando la tomó en sus brazos para llevarla a nuestra casa, bajo los árboles, la hermosa cabeza pendía tristemente. Juntos recorrimos los casi cien pasos que hay que dar para atravesar la pradera y seguir el pequeño sendero de helechos que conduce a nuestro claro, al final del cual se encuentra la tumba de Monsieur, el negro predecesor de Valentina que estuvo con nosotras durante diez años. El servicial dentista dejó al pequeño animal al pie del montículo de musgo y enebros enanos. Nos quedamos solas. Grace me dijo: "Voy a avisarle a Elliott McGarr", nuestro vecino, el jardinero de la propiedad Milliken. Ella fue hasta allí, atravesando el pequeño bosque Rosengarten que nos separa de su casa.

Dudé un momento en dejar sola a Valentina; luego la seguí. La mujer de Elliott, Shirley, lloraba amargamente; nos abrazamos y la escuché decir "¿Why must it be to you that these things happen?" [¿Por qué tienen que pasarles estas cosas a ustedes?] Elliott propuso enterrar al pequeño animal muerto; escogimos un lugar muy cercano de aquel en el que se encuentra Monsieur. Grace nos pidió a Shirley y a mí que fuéramos a buscar helechos para hacerle un tendido y una cobertura, tal como hicimos con Monsieur seis años atrás. Monsieur murió el 6 de diciembre; los helechos ya estaban marrones con algunas pintas castañas; hoy estaban rubios y rojizos como Valentina misma. Recogimos varios manojos. Cuando me acerqué a la fosa que cavaban, escuché a Elliott decir: "I have touched something". "Monsieur's remains?" said Grace; "Careful, said Elliott; somebody is coming" [Toqué algo. ¿Los despojos de Monsieur? Cuidado, alguien viene.] Pero yo me incliné; el ya había recubierto los restos del pequeño cráneo; creí ver un mechón negro mezclado con residuos de la cal que habíamos vertido sobre él… Elliott se agachó y comenzó a halar de las patas a la perrita para hacerla deslizar hasta la fosa; Grace la levantó para hacerla descender; la acomodaron de tal forma que su hocico (sobre la lengua había una sola gota de sangre) tocó el lugar donde reposa el cráneo de Monsieur. Habíamos dispuesto los helechos como haciendo un tendido. Antes de recubrirla, Shirley tuvo una idea: "Yo le había comprado un regalito para Navidad, ¿puedo ponerlo con ella?" (I had bought her

a trinket for Christmas; can I put it with her?). "Surely", dije. Ella corrió hasta su casa y un instante más tarde regresó con un dije tipo "atuendo jewelry" que había comprado para el collar de Valentina: un corazón en metal dorado en el que estaba inscrito en una docena de lenguas: I love you; je t'aime; te querro; t'amo… ¿Y qué sé más aún? Con reverencia, lo dejé sobre el pequeño hombro izquierdo de pelo espeso; pusimos otra capa de helechos; luego el saco de cal que Elliott había ido a buscar; volvió él a cerrar la tumba y apisonó la tierra con el mismo gesto que tan a menudo le he visto hacer cuando siembra un árbol. Un instante más tarde regresamos a casa y Madame B. llegó con las rosas que yo pensaba cortar, y una tierna nota que evocaba a Valentina dando saltos "in Elyseum Fields" [en los Campos Elíseos].

No hay nada más que decir. Escribo esto un domingo a la misma hora de su muerte, exactamente tres semanas después (el 24 de octubre); sin duda nadie comprenderá si digo que viví esas tres semanas tan ocupadas (un equipo de televisión llegaría dos días más tarde para instalarse durante una semana; dos paquetes de textos para corregir, etc.) en un perpetuo estado de conmoción. Escuchando sin parar la voz de mujer "It is your dog that I have hit?" y yuxtaponiendo sin cesar esas dos imágenes: la feliz criatura que saltaba en el sendero del jardín Milliken, aparentemente a salvo, inerte a la orilla del camino dos o tres minutos más tarde; y la imagen del automóvil acercándose inocente aún de aquel desastre. El tiempo, el inopinado, el imprevisible, el irreversible… Y mi voz cantando su nombre, llamando, llamando al pequeño animal que creía tan cerca en el sendero y que desde otro lado había corrido hacia mí y hacia su muerte.

*

Siempre acostada a mis pies; la noche, sobre mi cama; durante el día, junto a mí, en la silla del escritorio y de la mesa donde escribo esto; o bajo mis pies en la mesa de la cocina; o en el salón al pie del sillón que ocupo para leer bajo la lámpara; o sobre mis rodillas con la cabeza apoyada en el brazo del mueble.

*

Había tomado el hábito de volverse, balanceando sus hermosos ojos color marrón; un mundo de emociones y pensamientos más allá del habla humana.

*

Acabado todo esto; acabados todos los pequeños conocimientos de los que su vida se había ido llenando poco a poco: la casa, sus chimeneas, sus puertas, los senderos del jardín, las ardillas, las aves, la mofeta y el mapache de la noche; las personas cuyo andar y cuya voz reconocía: el tendero, Dick, Bernice, Christine; los McGarr, Betsy M., y otros más; las horas de las comidas; la dulzura del sol; el sillón de mimbre que está en el portal con el gran almohadón en el que le gustaba acostarse para mirar a los transeúntes. Acabados los hábitos como el de levantarse

temprano en la mañana para acompañarme cuando iba a hablar con Grace a su habitación; el de tenderse sobre el tapete cerca de la tina cuando tomaba el baño; el de esperar en lo alto de la escalera cuando Grace salía en la tarde; o aun, el de representar cada noche una especie de escena de balcón pasando la cabeza entre los balaustres de la baranda para quedar frente a frente con quienes estaban abajo. O aun… Todo un universo trastocado, como para un ser humano…

*

3 de octubre de 1976. Jamás me consolaré de esta pequeña e inmensa muerte[3].

3 Añadido a mano en el revés de la página anterior. En el pensamiento integral de Yourcenar, los diferentes reinos de la naturaleza, así como la realidad y la ficción literaria, se unen conformando un todo. El siguiente fragmento tomado del "Cuaderno de notas" de *Opus nigrum*, es un ejemplo de ello: "En 1971 volví a recorrer en las calles de Brujas cada uno de los trayectos de Zenón. Cómo, por ejemplo, variaba su itinerario para ir a la herrería donde curaba a Han. En qué punto se encontraba la posada donde tomaba sus comidas. En qué ángulo de las calles vio pasar a Idelette, prisionera. Paseos en la mañana durante todo un mes de abril, en ocasiones bajo el sol, más a menudo bajo la bruma o la lluvia fina. Y conmigo Valentina la bella, la dulce, la rubia, la que ladraba con fuerza a los caballos (y yo se lo impedía), la que corría alegremente en el patio del Gruuthuse, la que saltaba en el jardín de las Beguinas entre los juncos, y ahora (seis meses más tarde, 3 de octubre de 1971) tan muerta como Idelette, como Zenón, como Hilzonda. Nadie me entendería si afirmo que jamás me consolaré de esa muerte, así como tampoco lo haría de una muerte humana". M. Yourcenar, "Carnet de notes", en *L'Oeuvre au noir* (*Opus nigrum*), col. "La Pléiade", 1982, p. 856. La traducción es nuestra.

Cronología

1903. El 8 de junio nace en Bruselas Marguerite Antoinette Jeanne Marie Ghislaine Cleenewerck de Crayencour. Diez días después muere su madre, Fernande Cartier de Marchienne, a consecuencia de una fiebre puerperal. La pequeña Marguerite y su padre Michel se instalan en la propiedad familiar de Mont-Noir, al norte de Francia, cerca de Bailleul.

1912. Venden la casa de Mont-Noir y se trasladan a París, a la avenida de Antin. Estudia bajo la dirección de una institutriz, pero Marguerite aprende sobre todo con las visitas a museos, la asistencia a teatros y largas lecturas.

1914. Cuando estalla la Primera Guerra Mundial, parte con su padre hacia Inglaterra. Reside en los suburbios de Londres. Marguerite aprende inglés y comienza a estudiar latín con su padre.

1915. Regresa a París. Marguerite inicia estudios de griego y aprende italiano a través de la lectura de poetas de esa nacionalidad.

1920. Con su padre, elige el seudónimo Yourcenar, anagrama de su apellido Crayencour.

1921. Hace su aparición *Le Jardin des Chimères* (Ediciones Sansot Chiberre), un largo poema en forma de diálogo, inspirado en la leyenda de Ícaro, a cargo de la autora y firmado Marg Yourcenar. Empieza *Remous*, proyecto de gran novela familiar, del que sólo conservará fragmentos (que después recogerá en *La Mort conduit l'attelage* y en *El laberinto del mundo*).

1924. Descubre Villa Adriana. Empieza a trabajar en *Memorias de Adriano* (que tendrá varias versiones hasta 1929, año en que abandona el proyecto).

1929. Muere Michel de Crayencour en Lausana. Aparece *Alexis o el Tratado del inútil combate*, en Sans-Pareil, firmado Marg Yourcenar.

1931. Se publica *La Nouvelle Eurydice* en Grasset.

1935-1937. Años griegos. Navega por el mar Negro y el Mediterráneo en compañía del poeta y psicoanalista griego Andreas Embirikos. Escribe *Fuegos* (Grasset, 1936), *Les Songes et les Sorts* (Grasset, 1938) y *Cuentos Orientales* (Gallimard, 1938). En 1937 visita en Londres a Virginia Woolf, de quien Marguerite traduce *The Waves* (*Las olas*). Conoce en París a la norteamericana Grace Frick, una estudiante de doctorado en la Universidad de Yale, de su misma edad, quien

la invita a su casa de New Haven. Grace se convertirá en su secretaria, en una excelente traductora de sus obras al inglés y en su compañera de vida.

1939. Publicación de *El Tiro de gracia* (Gallimard). Parte hacia Estados Unidos el 15 de octubre.

1940-1948. Se instala en Nueva York y luego en Hartford. Escribe "El misterio de Alcestes"*, La Sirenita,* "Electra o la caída de las máscaras", "¿Quién no tiene su minotauro?" (títulos publicados en *Teatro I* y *Teatro II*). En 1942 ingresa al Sarah Lawrence College, en los suburbios de Nueva York, donde enseñará literatura francesa hasta 1949. En 1947 adopta la ciudadanía estadounidense bajo el nombre legal de Marguerite Yourcenar y traduce *What Maisie Knew* (*Lo que Maisie sabía*) de Henry James, aparecido en Robert Laffont.

1949-1952. Recibe un equipaje que había dejado tiempo atrás en Europa, en el que encuentra algunos borradores sobre el emperador Adriano. Retoma de inmediato el proyecto. *Memorias de Adriano* aparece en Plon en 1951, novela que obtiene en Francia el premio Femina-Vacaresco un año más tarde. Al mismo tiempo, establece su residencia definitiva en Bar Harbor, isla del Monte Desierto, donde, al lado de Grace, compra la casa que llamará Petite Plaisance.

1953-1958. Yourcenar se compromete cada vez más en los movimientos pacifistas, ecologistas y antirracistas. En 1956 aparece *Las caridades de Alcipo*, colección de poemas, y en 1958, *Présentation critique de Constantin Cavafis*, seguida de una traducción integral de poemas, en Gallimard. En julio de 1958 Grace sufre la ablación de un seno. Yourcenar, cada vez más preocupada por los errores y los males de la sociedad contemporánea, se une, en Europa y Estados Unidos, a numerosos grupos de defensa de derechos civiles, lucha por la paz, contra la proliferación nuclear, contra la sobrepoblación y a favor de los animales, el aire, el agua y el medio ambiente. Esta preocupación será cada vez más reiterativa en su obra; su participación en declaraciones y artículos de periódicos señala esta nueva orientación.

1968. Aparece *Opus nigrum* en Gallimard. Marguerite y Grace vuelven a Francia, tras una ausencia de doce años. En noviembre, la novela recibe el premio Femina. A partir de ese momento, toda la producción de Yourcenar se publica en Gallimard.

1970. Elección en la Academia Real de Bélgica. Estadías en Francia, Bélgica y Holanda. Recibe en París la Legión de Honor y emprende la redacción de *Recordatorios*.

1972-1978. La vida inmóvil en Petite Plaisance. Los honores: 1972, premio literario Príncipe Pedro de Mónaco; 1974, Premio Nacional de Cultura por *Recordatorios* aparecido ese mismo año; 1977, Gran Premio de la Academia Francesa. Intensa actividad epistolar. Trabaja en *Archivos del Norte*, publicado en 1977. *El Tiro de*

gracia es llevado a la pantalla por Volker Schlöndorff. Último viaje largo con Grace a Canadá y Alaska en 1977.

1979. Se publica *La Couronne et la Lyre. Présentation critique et traduction d'un choix de poètes grecs.* En noviembre muere Grace Frick, en Petite Plaisance.

1980-1981. Lleva una vida itinerante con su nuevo compañero de viajes, el joven fotógrafo estadounidense Jerry Wilson. Emprende *Una vuelta por mi cárcel*. En 1980 es elegida en la Academia Francesa, donde es recibida el 22 de enero de 1981. Por la misma época recorre el Caribe y Guatemala, reservas naturales americanas, Inglaterra, el norte de Europa, Holanda, Bélgica y Mont-Noir. En 1980 aparece *Mishima o la visión del vacío*. Visita las islas Hébridas de Inglaterra y reservas de cisnes y aves acuáticas en Abbotsbury, Dorset y Whitney. Avanza hacia Jutlandia en búsqueda de paisajes y vestigios de la era de hierro danesa en los museos de Silkeborg y Aarhus. En 1981 tiene lugar el discurso de recepción en la Academia Francesa de Mme. Marguerite Yourcenar y la respuesta de M. Jean d'Ormesson.

1982-1984. *Como el agua que fluye* ("Ana, soror...", "Un hombre oscuro", "Una hermosa mañana"). Viaja por Egipto e Italia, da una breve vuelta a Grecia y Japón. Es incluida en la Bibliothèque de la Pléiade con las *Oeuvres Romanesques*. De regreso a Estados Unidos, Yourcenar asiste al Mont-Noir para inaugurar la Fundación Marguerite Yourcenar, pequeña reserva ecológica en los montes de Flandes (Bailleul). En 1983, visita Tailandia, India, Grecia, Italia, Francia. En Ámsterdam recibe el Premio Erasmo. Parte hacia Kenya, donde es herida en un accidente de tránsito. *El Tiempo, gran escultor*. En 1984, traducción del japonés y presentación de *Cinq Nô modernes* de Yukio Mishima (con la colaboración de Jun Shiragi). Traducción y presentación de *Blues et Gospels* (imágenes reunidas por Jerry Wilson).

1985-1986. El viaje a la India con Jerry y el amigo de este último, Daniel, es interrumpido por la enfermedad de Jerry. Marguerite sufre una seria intervención quirúrgica en el corazón (Estados Unidos, 1985). Jerry Wilson muere de sida en París, en febrero de 1986.

1987. Invierno en Marruecos. En septiembre viaja a Quebec para pronunciar la alocución "… Si aún queremos intentar salvar la Tierra", en la V Conferencia Internacional de Derecho Constitucional consagrada por primera vez al medio ambiente. *La Voix des choses*. Trabaja en *¿Qué? La Eternidad*, que aparecerá inconcluso en 1988, después de su muerte. Ataque cerebral en diciembre. El 17 de ese mes muere Marguerite Yourcenar en el hospital de Bar Harbor.

1988. André Delvaux lleva *Opus nigrum* a la pantalla.

1989. Aparece *Peregrina y extranjera*.

1991. *Una vuelta por mi cárcel. Essais et mémoires*, Bibliothèque de la Pléiade. Este volumen reúne los ensayos publicados en Gallimard y "textos olvidados", en caracteres reducidos.

1993. *Cuento azul*, *La primera noche* y *Maleficio* aparecen en Gallimard, con prefacio de Josyane Savigneau.

Bibliografía

Obras citadas de M. Yourcenar

Salvo mención especial, las obras han sido publicadas por Ediciones Alfaguara y traducidas por Emma Calatayud. Los títulos que aparecen en francés corresponden a las obras que no han sido traducidas al castellano.

Alexis o el Tratado del inútil combate, 1977.

Archivos del Norte. Alfaguara, Madrid, 1984.

Cartas a sus amigos. Traducción de María Fortunata Pietro Barral, 2000.

Como el agua que fluye: "Un hombre oscuro", "Ana soror…", "Una hermosa mañana," 1989.

Cuentos Orientales, 1998.

El denario del sueño, 1985.

El Tiempo, gran escultor, 1999.

Fleuve profond, Sombre rivière. Paris, Gallimard, 1996.

Fuegos. 1995.

La Couronne et la Lyre. Paris, Gallimard, 1979.

Memorias de Adriano. Traducción de Julio Cortázar, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1955.

Opus nigrum, 1995.

Peregrina y extranjera. 1992.

¿Qué? La Eternidad, 1990.

Recordatorios, 1984.

sources II. Paris, Gallimard, 1999.

"La Sirenita" (en *Teatro I*). Traducción de Silvia Barón-Supervieille, Barcelona, Ed. Lumen, 1984.

Una vuelta por mi cárcel, 1993.

Otras

Salvo los textos de *Con los ojos abiertos* y *Entretiens radiophoniques avec Marguerite Yourcenar*, la traducción de los otros se hace por primera vez en este libro.

Con los ojos abiertos, *entrevistas de Marguerite Yourcenar con Matthieu Galey*. Traducción de Elena Berni, Buenos Aires, Emecé Editores, 1982.

Discours d'inauguration de la Fondation Marguerite Yourcenar, Bailleul, 10 avril, 1982.

Entretiens radiophoniques avec Marguerite Yourcenar, Patrick de Rosbo. Mercure de France, 1972.

Marguerite Yourcenar et l'amour de la terre, entretien avec Laurence Cossé. France-Culture, 02, 07, 09 février 1984.

Propos et confidences, deuxième partie: L'écologie. T.V. Canadá, 1981.

"… Si nous voulons encore essayer de sauver la terre", 1987, in Nicole Duplé. *Le droit à la qualité de l'environnement. Un droit en devenir, un droit à définir*. Québec, Ed. Québec, Amérique, 1988.

Abreviaturas de textos citados

Alexis o el Tratado del inútil combate	***A***
Archivos del Norte	***AN***
Cartas a sus amigos	***C***
Con los ojos abiertos	***OA***
Cuentos Orientales	***CO***
Discurso de inauguración de la Fundación Marguerite Yourcenar	***FMY***
El denario del sueño	***DS***
El Tiempo, gran escultor	***TGE***
Entretiens radiophoniques avec Marguerite Yourcenar	***ER***
Fleuve profond, sombre rivière	***FP***
Fuegos	***F***
La Couronne et la Lyre	***CL***
La Sirenita	***S***
Les Songes et les Sorts	***SS***
Memorias de Adriano	***MA***
Opus nigrum	***ON***
Peregrina y extranjera	***PE***
¿Qué? La Eternidad	***QE***
Radioscopie de Jacques Chancel. Marguerite Yourcenar	***RJC***
Recordatorios	***R***
Sources II	***SII***

Un hombre oscuro ***HO***
Una vuelta por mi cárcel ***UVC***

Reseña de autores y participantes

Compiladores y traductores

Andrea Padilla Villarraga

Psicóloga, Máster en criminología de la Universidad Católica de Lovaina. Profesora de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Miembro de la Asociación Defensora de Animales y del Ambiente (ADA) de Bogotá. Ganadora del Tercer Concurso Nacional de Traducción de Poesía Francesa de la Embajada de Francia en Colombia y de la Casa de Poesía Silva, 2005.

Vicente Torres Mariño

Ph.D. Profesor de la Universidad de los Andes, Presidente de la Asociación Colombiana de Estudios Yourcenarianos (ACEY). Autor de *El mundo según Marguerite Yourcenar* (Icono Editorial, 2006). Traductor del libro *La escritura del Yo en la obra de Marguerite Yourcenar* (2005) y director de la revista *Marguerite Yourcenar, peregrina y extranjera* (2003).

Autores críticos

Bérengère Deprez (Bélgica)

Ph.D. en lenguas y literatura romanas de la Universidad Católica de Lovaina. Secretaria de la Société Internationale d'Études Yourcenariennes (SIEY). Directora de dos volúmenes colectivos sobre la obra de M. Yourcenar (*Marguerite Yourcenar, écritures de l'exil*, Bruselas, 1998; *La Ville de Marguerite Yourcenar*, Bruselas, 1999). Autora de *Marguerite Yourcenar. Écriture, maternité, démiurgie* (Peter Lang, Bruselas, 2003). Post-Doctoral Fellow de la Universidad de Harvard, 2007.

Florence Burgat (Francia)

Ph.D. en filosofía. Directora de investigación en filosofía del Instituto Nacional de Investigación Agronómica de París (INRA). Autora de *L'animal dans les pratiques de consommation* (París, PUF, 1995), *La protection de l'animal* (París, PUF, 1997), *Animal mon prochain* (Paris, Odile Jacob, 1997), *Les animaux d'élevage ont-ils droit au bien-être ?* (París, Inra éditions, 2001, en colaboración con R. Dantzer) y *Liberté et inquiétude de la vie animale* (París, Kimé, 2006).

May Chehab (Chipre)

Ph.D. Profesora de la Universidad de Chipre. Especialista en Saint-John Perse. Ha participado en numerosos coloquios y publicaciones internacionales sobre Yourcenar. Es autora de *Saint-John Perse*. Amers (2001), y prepara las obras *Saint-John Perse neveu de Nietzsche* y *Essais sur Marguerite Yourcenar*. Igualmente, en colaboración con Jean Bollack, prepara el libro *La réception littéraire d'Empédocle au XX^e siècle.*

Philippe Berthier (Francia)

Ph.D. Profesor de literatura francesa de la Universidad París III-Sorbonne Nouvelle. Autor de numerosos ensayos sobre Stendhal, Balzac, Barbey d'Aurevilly, Pierre Herbart, François Augéras y Julien Gracq. Autor igualmente de ediciones sobre Stendhal, Balzac y Barbey d'Aurevilly. Ha participado en coloquios internacionales sobre M. Yourcenar y ha organizado diferentes eventos alrededor de los más variados temas y autores.

Pierre-Yves Longaretti (Francia)

Ph.D. Investigador del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) y miembro del Laboratorio de Astrofísica del Observatorio de Ciencias del Universo de la Universidad Joseph Fourier de Grenoble. Autor de numerosas publicaciones en el campo de la astrofísica. Participante en investigaciones sobre la ecología y la actualidad planetaria.

Rémy Poignault (Francia)

Ph.D. Profesor de estudios latinistas de la Universidad de Clermont-Férrand. Fundador y presidente de la Société Internationale d'Études Yourcenariennes y vicepresidente del Centro de Investigaciones André Piganiol. Autor del libro *L'Antiquité dans l'œuvre de Marguerite Yourcenar. Littérature, mythe et histoire* (col. "Latomus", Nº 228, Bruselas, 1995). Director y editor de la revista de la SIEY (27 números en la actualidad).

Yvon Bernier (Canadá)

Profesor de literatura. Amigo personal de M. Yourcenar desde 1973, a quien ésta confió la edición de las *Oeuvres Romanesques* en la colección "La Pléiade" de Gallimard. Dirigió un número especial de *Études Littéraires* (Vol. 12, abril de 1979) dedicado a M. Yourcenar. Autor de *En mémoire d'une souveraine. Marguerite Yourcenar* (Québec, Éditions du Boréal, col. "Papiers Collés", 1990). Estableció el catálogo de las obras de M. Yourcenar en la Biblioteca de Petite Plaisance (SIEY, Clermont-Ferrand, 2004). Miembro del Fideicomiso Petite Plaisance y administrador de la Casa-Museo de M. Yourcenar en la isla de los Montes Desiertos (Maine). Actualmente es vicepresidente de la SIEY.

Este libro se terminó de imprimir,
en octubre de 2007,
en la planta industrial de Legis S.A.
Av. Calle 26 N. 82-70 Teléfono: 4 25 52 55
Apartado Aéreo 98888
Bogotá, D.C. - Colombia